

AÑO 98, No. 1-2, ENERO-JUNIO 2007
ISSN 0006-1727 RNPS 0383

REVISTA

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ

Los cien años de Roa

Raúl Roa Kourí

Pág. 9

Roa el delicado

Fina García Marruz

Pág. 34

**1907-2007. Raúl Roa García: El rumor
de la colmena**

Juan Nuiry Sánchez

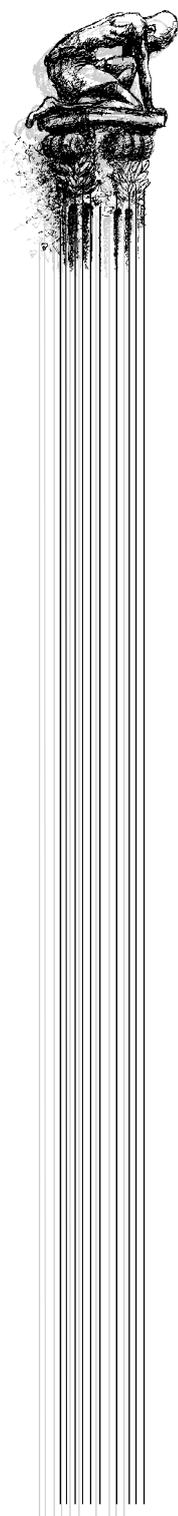
Pág. 44



AÑO 98, No. 1-2, ENERO-JUNIO 2007
ISSN 0006-1727 RNPS 0383

REVISTA

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ



Año 98 / Cuarta Época
Enero-Junio, 2007
Número 1-2
Ciudad de La Habana
ISSN 0006-1727
RNPS 0383

Director anterior: Julio Le Riverend Brusone (1978-1993)

Director: Eliades Acosta Matos

Consejo de redacción:

Rafael Acosta de Arriba, Salvador Bueno Menéndez, Ana Cairo Ballester, Tomás Fernández Robaina, Josefina García Carranza Bassetti, Zoila Lapique Becali, Enrique López Mesa, Francisco Pérez Guzmán, Siomara Sánchez, Emilio Setién, Carmen Suárez León, Eduardo Torres Cuevas

Jefa de redacción: Araceli García Carranza Bassetti

Edición y Composición electrónica: Marta Beatriz Armenteros Toledo

Idea original de diseño de cubierta: Luis J. Garzón

Versión de diseño de cubierta: Sergio Romero Valdés

Viñetas: Rolando Vázquez Hernández

Canje: Revista de la Biblioteca Nacional José Martí

Plaza de la Revolución

Ciudad de La Habana

Fax: 881 2428 / 33 5938

Email: revbnjm@bnjm.cu

En Internet puede localizarnos:

www.bnjm.cu

Primera época 1909-1912

Segunda época 1949-1958

Tercera época 1959-1993

Cuarta época 1999-

La Revista no se considera obligada a devolver originales no solicitados.

Cada autor se responsabiliza con sus opiniones.

Índice General

UMBRAL

Despedida en el Umbral 7

ELIADES ACOSTA MATOS

ANIVERSARIOS

Raúl Roa García (1907-2007)

Los cien años de Roa 9

RAÚL ROA KOURÍ

Testimonios 16

ADA KOURÍ, CARLOS LECHUGA, SAMUEL FEIJÓO, RAÚL ROA GARCÍA,
FEDERICO DE CÓRDOVA CASTRO, JULIO LE RIVEREND

Roa el delicado 34

FINA GARCÍA MARRUZ

Ardiendo pura 43

CINTIO VITIER

1907-2007. Raúl Roa García: El rumor de la colmena 44

JUAN NUIRY SÁNCHEZ

Raúl Roa evocando a Varona 50

EUSEBIO LEAL SPENGLER

Al camarada Raúl Roa, que con su palabra nos legó el máuser 53

JULIO A. GARCÍA OLIVERAS

El pensamiento revolucionario de Raúl Roa 63

LISANDRO OTERO

Roa y Ortiz, amigos 74

ANA CAIRO

El fecundo exilio de Raúl Roa en los Estados Unidos 79

CARMEN GÓMEZ GARCÍA

Raúl Roa García: De Martí a Marx y Lenin.

Reflexiones en su centenario 89

JUANA ROSALES GARCÍA

Raúl Roa: una fuente histórica imprescindible 102

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

Raúl Roa y las Misiones Culturales en Cuba 117

LEONEL MAZA Y LOURDES CASTELLÓN

| | |
|---|-----|
| Rosas para Roa | 126 |
| MATILDE SALAS SERVANDO | |
| <i>Juan Marinello Vidaurreta (1898-2007)</i> | |
| Marinello y la república española | 131 |
| CARIDAD MASSÓN SENA | |
| <i>Revista de Avance (1927-2007)</i> | |
| El “Manifiesto Avancista” de 1927. Página salvada | 144 |
| ANA SUÁREZ DÍAZ | |
| MEDITACIONES | |
| El neolenguaje como estrategia de dominación imperial | 154 |
| ELIADES ACOSTA MATOS | |
| Dulce María Loynaz, criatura de isla | 165 |
| MARÍA DOLORES ORTIZ | |
| El general Alberto Nodarse Bacallao: breve estudio (en el 140 aniversario de su natalicio) | 170 |
| PEDRO MÉNDEZ DÍAZ | |
| CRÓNICAS | |
| Fina García Marruz, premio Pablo Neruda | 178 |
| MERCEDES SANTOS MORAY | |
| Araceli o de la Biblioteca | 181 |
| CARMEN SUÁREZ LEÓN | |
| De maestro primario a profesor de la Universidad | 182 |
| AMAURY B. CARBÓN SIERRA | |
| La luz del museo | 193 |
| MARIO A. PADILLA TORRES | |
| Martí: ayer, hoy y siempre | 195 |
| JESÚS DUEÑAS BECERRA | |
| La maestría de Zoila Lapique | 198 |
| MERCEDES SANTOS MORAY | |
| Alegrías y penas siempre unidas | 200 |
| MARTA B. ARMENTEROS | |

DOCUMENTOS RAROS Y VALIOSOS

Traducción del latín al español de la Oración del presbítero
don Santiago Comas 202
AMAURY B. CARBÓN SIERRA

LIBROS

Roa director de Cultura: una política, una revista 207
JESÚS DUEÑAS BECERRA



Despedida en el Umbral

Eliades Acosta Matos

Historiador, ensayista y narrador

A fines de septiembre de 1997 llegué a la Biblioteca Nacional José Martí conociendo apenas a Fernando Ravelo que el día anterior, en nombre de la institución, me había recibido en el aeropuerto. Tenía magníficas referencias, eso sí, de investigadores de la talla de Araceli García-Carranza, Zoila Lapique y Juan Pérez de la Riva, quienes habían alumbrado mis sueños provincianos con publicaciones espléndidas y referencias eruditas a una cultura nacional de la que nos enorgullecíamos. Leyéndolos fue que surgió en mí la ambición secreta de procurar algún día emularlos, siempre y cuando, pensaba, tuviese la oportunidad de trabajar en un lugar semejante. Fue entonces, inesperadamente, como suele ocurrir a la hora de concretar los sueños, que recibí la propuesta de asumir la dirección de la Biblioteca Nacional José Martí.

Han transcurrido diez años, y por azares de la vida, me toca despedirme de esta institución y de sus trabajadores. Me marchó sin haber podido ver

realizados todos mis anhelos, entre ellos, emular con los escritos de Araceli, Zoila y Pérez de la Riva, que continúan imbatibles, para orgullo de los cubanos, entre los que me incluyo. No me fue dado ver concluido el proceso de automatización del catálogo, ni definitivamente salvadas para la posteridad sus excelentes colecciones. Probablemente me perderé, en el 2009, el jubileo por el centenario de la *Revista de la Biblioteca Nacional* a la que tanto tiempo dedicamos, tras rescatarla de una etapa de silencio y oscuridad. Aunque hoy cueste trabajo entenderlo, su salida estuvo interrumpida durante casi una década.

Pero junto a la lógica tristeza de la despedida, me enorgullece el haber compartido tantos momentos de creación con un colectivo como el de la Biblioteca Nacional, y muy especialmente, con quienes se embarcaron en la empresa de traer de vuelta esta Revista, adaptándola a los requerimientos de los nuevos tiempos. Quede lo realizado a juicio de la posteridad. Sépase que lo que pretendimos quienes asumimos la dura tarea de reflotar esta publicación fue continuar su rica historia, aunque fuese modestamente. Nos parecía injusto y desleal no intentarlo. Y lo logramos.

No tengo dudas de que la Revista ha venido para quedarse, y que nada ni nadie podrán impedir que siga llegando

a sus lectores dentro y fuera de Cuba. La lección ha sido aprendida. Una cultura como la nuestra lo necesita y exige. No estarán a menos altura que nosotros quienes hoy asumimos los destinos de la principal colección bibliográfica del país, y junto con ello, el deber de que su Revista mantenga su frecuencia de salida. Todos la estaremos esperando, y nos alegraremos al hojear sus páginas con la misma inocente alegría con que recibimos el muy delgado y humildísimo número que marcaba el retorno, allá por 1998. Entonces nos pareció, y nos sigue pareciendo, un ejemplar luminoso, que no tenía nada que envidiar a los de otras bibliotecas nacionales del primer mundo.

Mi despedida de esta Revista ocurre cuando los números del presente año se dedican a dos figuras históricas fascinantes, cuyos centenarios del natalicio conmemoramos en el 2007: Raúl Roa y Eduardo Chibás. Lamento ex-

traordinariamente no haber podido escribir lo que mi admiración por ambos exigía. Ya se sabe, las despedidas deben de ser cortas. Sólo decir que si algún voto podría formular para el futuro de nuestra querida *Revista de la Biblioteca Nacional* es que tome como dioses tutelares a Roa y Chibás en el largo camino que le queda por delante, en los innumerables servicios que aún prestará a nuestro pueblo y su cultura.

Que la pasión revolucionaria y la original brillantez de Roa la alumbren por siempre y que la entereza rectilínea y el civismo de Chibás le marquen el camino a seguir.

Es de buena educación despedirse en el umbral. Comienza ahora la nostalgia y la leyenda.

Aún no he partido y ya echo de menos a la Revista...

Le deseo la mejor de las suertes.

ANIVERSARIOS

Raúl Roa García (1907-2007)

Los cien años de Roa*

Raúl Roa Kourí

Diplomático

Cien años hace que Raúl Roa exhaló sus primeros gritos, de rebeldía, pienso yo, por venir al mundo en la habanera calle de Carlos III cuando la república, ganada por los mambises en la manigua con el filo del machete, había sido vendida y traicionado el mandato de José Martí. Hijo de un humilde y honrado empleado público, que vivió para servir a la Revolución como asesor del ministro de Hacienda hasta los ochenta y un años, cuando consideró prudente jubilarse, y nieto de Ramón Roa, “hombre del 68”, poeta, escritor y soldado, que dejó indeleble impronta en el nieto.

Fue el abuelo mambí quien primero le inculcó el amor a la patria, por Ignacio Agramonte, Máximo Gómez y Antonio Maceo, por los héroes de la “guerra grande” y de la gesta del 95, en sus paseos por la Víbora. Más tarde, halló en la biblioteca de su tío Jorge



Roa y en la de Federico de Córdova, las obras de Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Antonio Saco y José Martí que, junto a los clásicos de la lengua, en particular *El Quijote* de Cervantes, habrían de aguzar su apetito literario y acendrar su cubanía. Sin olvidar a Salgari y a Verne, que incendiaron su imaginación y poblaron sus sueños de feroces dayakos, pérfidos colonialistas, y visiones submarinas, cuando no selénicas.

Estudió bachillerato en la Academia “Champagnat”, de los Hermanos Maristas, pero aprovechaba cuanta oportunidad se le brindaba para *futivarse* de la escuela y subirse, albo-

* El 18 de abril de 2007 se cumplen cien años del nacimiento de Raúl Roa.

rozado, al moroso tranvía que conducía hasta el puerto, a la contemplación exaltada de los buques fondeados o la salida, con todo el velamen desplegado, por el estrecho canal que vigilan los castillos del Morro y La Punta, de las goletas que hacían el cabotaje de la ínsula, cargadas de mercancías.

Ingresó a la Universidad de La Habana a tiempo para escuchar “la palabra violenta y magnética” de Julio Antonio Mella. Bajo la poderosa influencia de José Ingenieros, había iniciado este en 1923 el llamado movimiento de Reforma universitaria, “enderezado a la renovación funcional, pedagógica y científica de la Universidad sobre una base democrática, que entrañaba la participación del alumnado en su gobierno”. La última vez que le vio hablar, en el histórico Patio de los Laureles, fue el 26 de noviembre de 1925. Al día siguiente Mella sería arbitrariamente detenido y, como protesta, se declaró en huelga de hambre que conmocionó al estudiantado y a todo el pueblo. Rubén Martínez Villena fue su abogado; Gustavo Aldereguía su médico. Poco después de ser puesto en libertad, amenazado de muerte por la dictadura machadista, tendría que exiliarse en México.

Desde aquella fecha memorable, en que sintió que el corazón “le latía a la izquierda del pecho”, Raúl Roa escogió su camino, al lado de los estudiantes revolucionarios y de los trabajadores, “de los pobres de la tierra”. Las ideas de Mella, que no eran sino las de Marx, Engels y Lenin, pero también de Martí, cuyo profundo sentido revolucionario había develado el joven líder, impactaron en la mente y la sensibilidad de Roa, que

anudó entrañable amistad con Rubén Martínez Villena y engrosó las filas de la Universidad Popular José Martí, fundada por Mella, como profesor de Teorías sociales, figurando entre los primeros colaboradores de la revista antimperialista *América Libre*.

Su primer proceso político data, precisamente, de 1925, cuando suscribió el manifiesto titulado “El monstruo asesina a Nicaragua”, con motivo de la intervención norteamericana en ese país y la heroica resistencia de Augusto César Sandino, el General de Hombres Libres. Fue, asimismo, uno de los dirigentes del vigoroso movimiento nacional de protesta contra la reforma constitucional que permitía la reelección de Gerardo Machado por un período de seis años.

Fundador del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) de 1930, estuvo entre los principales organizadores de la jornada del 30 de septiembre, redactando su “Manifiesto al pueblo de Cuba”. Poco antes de aquella sonada tángana, en que por vez primera se mezclaran sangre estudiantil y sangre obrera, asesinado Rafael Trejo y heridos Isidro Figueroa y Pablo de la Torriente Brau, había conocido Roa a este último en el bufete de Fernando Ortiz, enrolándole de inmediato para la acción del Directorio y anudando, según él mismo dijo, “la amistad más limpia, alegre y honda” de su vida.

Como resultado de discrepancias surgidas respecto de las concepciones y tácticas del Directorio, creó con Pablo, Gabriel Barceló, Ladislao González Carbajal, Aureliano Sánchez Arango, Manuel Guillot y otros compañeros (algunos de los cuales “se fueron a bolina”

como la revolución del treinta), el Ala Izquierda Estudiantil que propugnaba, junto al derrocamiento de Machado, la erradicación de las causas que engendraron la república neocolonial, y la dominación económica y política del imperialismo yanqui.

La tarde en que se discutiría la separación del grupo del Directorio, Roa fue capturado, con casi la totalidad de este, en casa del periodista Rafael Suárez Solís, y estuvo recluido en el Castillo del Príncipe durante 105 días, etapa que recoge Pablo de la Torriente en célebre reportaje. Como muchos de sus compañeros, Roa sufrió prisión en La Cabaña, la cárcel de Nueva Gerona y el Presidio Modelo, donde permaneció incomunicado un año y once meses.

Al ser liberado, se incorporó al Comité Ejecutivo del Ala Izquierda Estudiantil, desde el cual combatió la “mediación” de Sumner Welles¹ y participó en la organización y desarrollo de la huelga general que dio al traste con la dictadura. Fue el primer estudiante que entró en la Universidad de La Habana, el 12 de agosto de 1933, tomando posesión de ella. Esa mañana, desde la emisora de radio del Hotel Palace, denunció con Jorge Quintana el golpe de Estado que fraguaron Welles y el ABC, y exhortó al pueblo a apoderarse del poder.

Con visión no exenta de sectarismo –error que reconocería más tarde públicamente– se opuso, con el resto de la izquierda, al gobierno presidido por Ramón Grau San Martín, apoyado por el DEU, al que la acción de Antonio Guiterras, como ministro de Gobernación, dio una proyección nacional revolucionaria y antimperialista. Su artículo

“Mongonato, efebocracia y mangoneo” tuvo un efecto demoledor en aquella circunstancia y, por errar el tiro entonces, sólo vio la luz de nuevo en *Bufa subversiva*, su primer libro, de 1935.

Tras el fracaso de la huelga de marzo de ese año, último intento desesperado del pueblo por recuperar el destino traicionado de la revolución del treinta y tres, Roa, quien había participado en su organización, se vio forzado a abandonar el país con Pablo de la Torriente, radicándose inicialmente en Nueva York, donde ambos fundaron, con el concurso de Alberto Saumell, Gustavo Aldereguía, Carlos Martínez Sánchez y otros, la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA), cuyas siglas apenas ocultaban el destino que para ellos merecían los que nuevamente habían traicionado a la patria, y su órgano, el periódico *Frente Único*, objetivo político por el cual trabajaron entonces con denuedo.

Aldereguía y Roa representaron a ORCA en la Conferencia de Frente Único, celebrada en Miami en 1936, conjuntamente con los representantes del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), Joven Cuba, el Partido Comunista (PC), Izquierda Revolucionaria y la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), pero la intransigencia de Grau y la imposibilidad de lograr la aceptación de bases comunes para la revolución agraria, democrática y antimperialista que preconizaban las organizaciones de izquierda, malograron el intento.

En Tampa, a petición de José Z. Tallet y Judith Martínez Villena, escribió su famoso introito, “Una semilla en un surco de fuego”, a *La pupila in-*

somme, que recogía los poemas de Rubén. En esa pieza se revela, también, como uno de los renovadores de nuestra prosa, con imágenes de vibrante cromatismo, empleo desenfadado de lo popular junto a lo culto, a veces trasunto del modernismo –que no en vano había leído con fruición la obra de Martí y Rubén Darío–, pero formando parte indiscutible de la vanguardia.

De regreso a la patria, colaboró con Ramiro Valdés Daussá, José A. Portuondo, Aldereguía y otros en los esfuerzos por aunar a la izquierda (el PC, las organizaciones democráticas y antimperialistas) con vistas a su participación en la Asamblea Constituyente de 1940. Mas, en desacuerdo con la transacción que esta supuso, Roa mantuvo su posición insurreccional desde la revista *Baraguá*, que dirigía Portuondo.

Desde entonces fue, como él mismo se autodefiniera, un “francotirador” de izquierda, sin unirse a partido alguno desde 1939, cuando participó en el Comité Organizador del Partido Izquierda Revolucionaria. En 1965 integró el Comité Central del Partido Comunista de Cuba, fundado por Fidel y constituido por combatientes de las organizaciones que derrocaron la dictadura de Fulgencio Batista el 1º de enero de 1959.

Raúl Roa obtuvo, por concurso-oposición, la cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales en la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de La Habana, en 1940, ejercicio que enfrentó en la histórica colina a revolucionarios y reaccionarios, estos últimos partidarios de su opositor, el renegado y pro-nazi Raúl Maestri, con el apoyo del *Diario de la Mari-*

na, el rector Cadenas y miembros del claustro de profesores.

Su cátedra fue siempre hervidero de ideas. Ajeno, como era, al formalismo, la pose doctoral y el ergotismo estéril, prefirió el rumor de la colmena y el intercambio feraz con sus discípulos. Fue siempre asequible y gustaba conversar con los jóvenes, muchos de los cuales acudían desde otras facultades a sus seminarios y conferencias. Ocupó el decanato de la Facultad cuando otros temían aceptarlo, para no enfrentarse al *bonchismo*² batistiano de Jaime Mariné, pistoleros a sueldo del régimen que pretendieron enlodar la alta casa de estudios.

Jamás transigió con los enemigos de la Universidad, por la que quebró lanzas en más de una ocasión, tanto en el Consejo Universitario, donde propuso reformas e intentó introducir ideas de avanzada, para crear la universidad a la altura del tiempo que soñó con Mella, Gabriel Barceló, Ramiro Valdés Daussá y otros compañeros del treinta, como en la prensa y otras tribunas públicas. No en balde bautizó al nuevo edificio de la Facultad con el nombre del Apóstol y con el de “Manuel Sanguily” a su anfiteatro, además instaló el busto del “Titán de Bronce” en su vestíbulo y sugirió el de Pablo de la Torriente Brau como nombre de nuestra Asociación de Estudiantes de Ciencias Sociales y Derecho Público, que inauguró junto a su presidente, Juan Nuiry Sánchez, en 1956.

Por eso me pareció justo que sus restos fueran velados en el Aula Magna, aunque su figura había trascendido la Universidad e incluso las fronteras de la patria, al convertirse en paladín de la Revolución cercada y agredida

desde los años iniciales, en su “Canciller de la dignidad” y fiel intérprete del pensamiento revolucionario, socialista y liberador de nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

Muchos fueron su aportes: en la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, que ocupó de 1949 a 1951, dotó al país de una política cultural, “al margen de grupos, capillas y sectas”, para “servir a la nacionalidad cubana y a los valores del espíritu”, porque, decía, “en el ámbito de la cultura caben, como en un prisma, la refracción de todos los colores” y no importa el “significado de esos colores” sino “que esos colores tengan significado”. Y reivindicaba “el derecho a la herejía, ala y raíz de todo progreso cultural y humano”, puesto que “sin libertad de expresión, la capacidad creadora se agota, languidece y marchita”, y ello, sin olvidar que “la cultura es un proceso socialmente condicionado [y] expresa, en consecuencia, el sentido de la constelación dominante en cada ciclo de la historia”.

Tras el artero golpe de Fulgencio Batista en 1952, Roa conspiró de inmediato, junto a viejos compañeros de lucha (Carlos Alfara, Guillermo Barrientos, Salvador Vilaseca, Mario Fortuny y otros) en un proyecto que se deshizo en el camino, por razones varias que he explicado en otra parte. El 27 de noviembre de 1953 apareció el cadáver de Fortuny, asesinado después de sufrir tortura, y la organización a que pertenecía entonces mi padre decidió que debía salir al exilio.

En México, a donde llegamos en diciembre de 1953, Roa se empeñó en publicar un diario contra la dictadura batistiana, al que tituló *Patria*, como el

fundado por José Martí. Dado que nuestro exilio –al contrario del de los “priistas” de Miami– era pobre, sólo pudo editarse un número. Más tarde, empero, con el concurso de exiliados venezolanos, peruanos, panameños y de amigos mexicanos, se hizo cargo de la revista *Humanismo*, transformándola en un órgano de combate antimperialista, por la democracia y contra los espadones que entonces se enseñoreaban en muchos de nuestros países.

Durante su estancia en la patria de Juárez, Roa ahondó su visión americana, cerca del indio, “universo callado” que infunde sentido propio a Nuestra América. Desde la cátedra –impartió conferencias en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en Monterrey, en San Luis de Potosí, en el Colegio de México–, con la palabra y la pluma fustigó al tirano y al imperialismo. Regresó a Cuba en 1955, cuando la presión popular obligó a Batista a decretar la amnistía para Fidel y sus compañeros, y de otros presos y exiliados políticos.

Ocupó de nuevo su cátedra y el decanato de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público. Desde esa fecha, hasta el triunfo de la Revolución, expresó sus posiciones –cuando no lo impedía la censura– en *El Mundo* y *Bohemia*; con Carlos Lechuga trabajó en Resistencia Cívica; colaboró con el 26 de Julio y el Directorio. Sus libros *En pie* y *Viento sur*, de aquellos años, son testimonio de su inquebrantable postura frente a la tiranía y el imperio.

Como pensador político y revolucionario, martiano y marxista, dejó una obra que algunos historiadores de extraño pelaje excluyen de la historiografía

marxista cubana, olvidando (no sé si interesadamente) que desde sus años mozos libró una batalla ideológica contra la reacción, la ideología burguesa y el plattismo, como evidencia su carta a Jorge Mañach de 1931 –en la que abrevaron muchos revolucionarios de entonces y de nuestra época–; como se desprende de la lectura de *Bufo subversiva*, *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí* y de *El fuego de la semilla en el surco*, por citar sólo tres de sus libros, o de la polémica con Ramón Vasconcelos en 1948, “Escaramuza en las vísperas”. Y, obviamente, de su *Historia de las doctrinas sociales*, señalada por Fidel como una de las lecturas que influyó en su formación.

No debe olvidarse que Raúl Roa significó, para nuestra generación universitaria –la de José Antonio Echeverría, Fructuoso Rodríguez, José Machado (Machadito), Joe Westbrook, Faure Chomón, René Anillo, Juan Nuiry y tantos otros– como afirmara Julio García Oliveras, lo que Enrique José Varona para la “Generación del treinta”.

Por eso, cuando entró en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en junio de 1959, llegó con él la Revolución de Fidel. Salieron aquellos diplomáticos de vieja usanza que no dudaron en servir a los gobiernos de turno, incluida la dictadura batistiana, permaneciendo sólo algunos patriotas verdaderos, e ingresaron los jóvenes que hasta hacía no más escasos meses habían combatido la tiranía desde las filas del Movimiento 26 de Julio (M-26-7) y el Directorio Revolucionario (DR-13 de Marzo), compañeros del Partido Socialista Popular (PSP) y la Juventud Socialista Popular.

En diciembre de ese mismo año, el Gobierno Revolucionario, al aprobar la ley orgánica del nuevo Ministerio de Relaciones Exteriores, estaba sancionando algo más que un nombre diferente: daba vida al órgano que, desde entonces, ha sido ejecutor genuino de la política internacional de la Revolución y su principal artífice, el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

Hoy, que nuestro pueblo, bajo la guía infalible del Jefe de la Revolución, libra nuevas batallas internacionales contra el imperialismo norteamericano, bajo un feroz bloqueo económico, comercial y financiero que dura ya cuarenta y siete años, en un mundo unipolar que el hegemonismo yanqui pretende someter a la globalización neoliberal, al pensamiento único de sus monopolios transnacionales, fabricantes de una subcultura embrutecedora y desnacionalizadora, que derrocha los recursos naturales del mundo y es enemiga de la identidad cultural, la soberanía y la independencia de nuestras naciones; cuando libramos una gigantesca batalla de ideas y por el retorno de nuestros cinco héroes prisioneros del imperio; cuando convertimos en realidad el apotegma martiano de “ser cultos para ser libres” y brindamos nuestra solidaridad internacionalista a pueblos de África y de Nuestra América; mientras fortalecemos la economía y defendemos las conquistas del socialismo, y el destino socialista mismo de nuestra patria, el recuerdo del ejemplo combativo, culto, revolucionario y comunista de Raúl Roa nos llena de orgullo y sirve de acicate para continuar la brega, que sólo se coronará con el triunfo del socialismo y el comunismo en todo el mundo.

Porque Raúl Roa, nuestro inolvidable “Canciller de la dignidad”, es de los muertos que siguen dando luz, de los revolucionarios que siguen siendo útiles aún después de muertos.

Notas

¹ Embajador de Estados Unidos enviado por Franklin D. Roosevelt para “mediar” entre el dictador Gerardo Machado y la oposición burguesa y evitar el triunfo de las fuerzas revolucionarias de izquierda.

² Del inglés “bunch”, racimo, grupo, formado por pistoleros a sueldo del gobierno.



Testimonios*

*Parecía un poeta romántico*¹

Ada Kourí

Doctora en Medicina

Yo tenía trece años y Raúl veintitrés. Los muchachos del Directorio Estudiantil Universitario estaban presos y la familia de él me embulló para ir a verlos a la cárcel. Allí se encontraban Pablo y otros compañeros. Raúl llamaba la atención, era delgado, de bonito perfil, parecía un poeta romántico, con una melena preciosa.

Tenía amistad con mi papá, que era profesor de la Universidad y había sido el único en oponerse a que al dictador Gerardo Machado le entregaran el título de Doctor Honoris Causa; por esa razón los estudiantes lo respetaban y seguían.

Mis padres se casaron muy jóvenes, sin tener todas las condiciones, y fueron felices. Raúl les decía que a ellos la locura les había salido bien, lo que nos daba derecho a nosotros a probar también. Papá accedió. Nos casamos por poder y fui para los Estados Unidos, donde Raúl estaba exiliado.

Cuando salí embarazada volví para Cuba; queríamos que el niño naciera aquí. Raúl lo vio un mes y un día después. Recuerdo que le daba miedo cargarlo. Aquel día fue maravilloso, estaba feliz.

Cuando sus amigos enfermaban iba a verlos, los animaba, les distraía. Así

fue durante la enfermedad de Juan Marinello, de José Manuel Valdés Rodríguez, de Elías Entralgo, de Juan David.

Escribía en libretas, con un lápiz gordo de carpintero. A veces lo hacía tirado en el suelo o en la cama. Como siempre estaba fumando, lo quemaba todo. Pero nunca peleé con él; muy pronto comprendí que tenía que aceptarlo tal cual era.

Estaba al día en todo cuanto se refiriera a libros. Durante los últimos años de su vida recibía envíos de sus amigos, los editores mexicanos Arnaldo Orfila y Alonso Aguilar.

Cogía un libro en sus manos y enseguida detectaba si servía o no, si contenía o no algo original. Ya enfermo yo le leía; a veces me interrumpía y me daba explicaciones, otras me comentaba que algo estaba tomado de otro autor; podía hacerlo así porque, como él decía, tenía una memoria de papel de mosca.

Una de las cosas que más le conmovía era servir a la Revolución desde un puesto cimero y haber sido uno de los capitanes al frente de Relaciones



* Textos facilitados por la doctora Ana Cairo y cuyos títulos han sido atribuidos por ella.

Exteriores. Siempre lo vi orgulloso por la confianza que Fidel puso en él.

La ruptura en la Triple A²

Carlos Lechuga

Diplomático

Tan pronto vino el golpe de Estado de Batista, creo que al día siguiente o a los dos días, hablé con él y me comentó que Aureliano Sánchez Arango tenía la idea de formar un grupo insurreccional, que después lo creó, la Triple A.

Raúl, yo y otra gente estuvimos en la Triple A no recuerdo exactamente qué tiempo; yo me imagino que en 1953 o en 1954, nosotros nos fuimos de la organización. Salvador Vilaseca y Raúl estaban exiliados en México. Entonces Vilaseca se encontró con Aureliano en la calle y este le dijo que estaban muy ocupados; le reveló que había hablado con Trujillo, que estaba de acuerdo con Trujillo, el dictador dominicano. Vilaseca se negó a respaldar a Aureliano y se lo informó a Roa. Yo me enteré en La Habana y nos fuimos de la Triple A. Inmediatamente Raúl y yo comenzamos a militar en el Movimiento de Resistencia Cívica que, como tú sabes, trabajaba con el 26 de Julio. Estuvimos ahí hasta que triunfó la Revolución.

En México desarrolló Raúl una labor de propaganda a favor de la lucha insurreccional, fue director de la revista *Humanismo*. Había varios latinoamericanos en la revista esa, y era una defensa de la lucha insurreccional en Cuba.

Después del exilio, hubo una amnistía –no recuerdo exactamente si coincidió con la amnistía del Moncada– y él regresó a Cuba con otros compa-

ñeros, siguió luchando en Cuba. Tuvi- mos participación en actividades conspirativas. Raúl defendió las tesis de los estudiantes, del Directorio Estudiantil y del 26 de Julio.

Puro amigo³

Samuel Feijóo

Escritor e investigador

Jamás he podido ser amigo de gente vanidosa, violenta, autoritaria, dogmática y pedantona. La humildad y el ingenio de Raúl, y su conducta viril y generosa, ganaron mi aprecio para siempre.

En una ocasión tuve problemas con un rector violento de la Universidad de Las Villas y fui expulsado de ella sin consideración alguna a mis trabajos culturales. Roa fue el juez enviado a investigar el caso. Nunca olvidaré su indignación y generosidad por lo que hicieron conmigo. Me aconsejó que continuara trabajando editorialmente y me entregó la dirección de una revista para la investigación cultural general de Cuba y otras naciones a la que nombré *Signos*.

Roa era puro amigo. Aparte de su talento como escritor y periodista y de su valentía cívica, porque tenía un corazón humilde, me agradaba su ingenio, y porque era afectuoso y sincero. Si nuestras conversaciones se hubieran grabado, los filólogos estuvieran gozando con el tremendo cubano que hablábamos.

Siempre que venía a La Habana lo visitaba en su oficina, para refrescar mi mente y sentir la compañía cordial e inteligente de Raúl e intercambiar humor creativo.

Roa tenía un humor característico, a veces satírico, y la lingüística habanera de los años veinte y treinta, que yo conocía porque viví en La Habana por esos años. Las conversaciones siempre eran alegres, rociadas de carcajadas. Comentábamos las películas que veíamos en la época del cine mudo; y como le gustaba la pelota –había sido jugador en su juventud igual que yo– también hablábamos de los juegos.

Para mí, si Roa hubiera cultivado el humor como un firme estilo, se hubiera convertido en uno de los grandes humoristas de la lengua, pues su mente era rápida y relampagueaba alegremente.

En una oportunidad alguien me dijo que cuando Roa y yo conversábamos, la habitación se llenaba de rayos alegres. Parece que escuchaba nuestras risas naturales; porque hay la risa del alcohólico y la risa del canalla que goza con el llanto. Por eso hay diferencia en la alegría de los corruptos, abominables y el humor de la gente modesta, pura, justiciera en los hechos y generosa por necesidad vital, personal.

El humor puro, llamado a veces buen humor, es el sol de la psiquis humana. La gente de psiquis podrida, llena de odios, mezquinas ambiciones, vanidades asqueantes y de envidia lodosa, pierde el sol interior y se convierte en pedante, dogmática y de una brutalidad cerradora. Roa tenía el sol alegre en la mente, que le aclaraba los errores y bajezas de los necios, politiqueros, imperialistas, hipócritas.

Jamás le escuché una autoalabanza. Nuestras conversaciones, generalmente dominadas por una sensata sátira, nos regocijaban por su humor, a veces fantástico.

*Hombres y mujeres apasionadamente revolucionarios*⁴

Raúl Roa

Escritor y político

No voy a hacer ahora, ni se precisa, la historia del Ministerio durante el quinquenio revolucionario. Sí importa subrayar que, a partir de mediados de 1962, el Ministerio entra en una etapa nueva de organización, estructura y actividad, fruto del empeño concertado de la dirección y de los trabajadores del organismo, y normada por los dos gruesos manuales en que cristalizó el análisis, el estudio y la discusión efectuada a la sazón a todos los niveles. [...]

No es necesario encarecer la importancia de esta labor. Ni la conciencia política, ni la competencia técnica se adquieren sorbiendo el aire. Ni la una ni la otra se dan en la naturaleza. Se adquieren mediante el esfuerzo propio, conjugado con la educación y el estudio. No se trata del mango maduro, que cae al suelo por la fuerza de la gravitación. La conciencia política y la competencia técnica sólo se obtienen mediante el estudio, el trabajo, el espíritu de sacrificio, la pasión revolucionaria. Y mucha pasión revolucionaria hace falta en este Ministerio. Digámoslo ya. En este Ministerio sobran los tibios, los medios tibios y los medios calientes. En este Ministerio sólo deben tener cabida hombres y mujeres apasionadamente revolucionarios. Esa es la verdadera garantía de la superación, de la productividad, de la calidad, del ahorro, de la lealtad.

Pero no se confunda el resplandor con el fuego. Hay quienes por fuera

llamean de pasión revolucionaria, y por dentro son mantecado. Al verdadero revolucionario, la pasión le brota de las entrañas y, por eso, enciende todas sus actividades. Y, cuando se es apasionadamente revolucionario [...], se está siempre en disposición de superarse, de afanarse, de trabajar más y mejor cada día. Por eso, el verdadero revolucionario –hombre o mujer– no paliquea, no girovaga, ni despilfarra, ni murmura, ni invierte sus energías en trivialidades. El verdadero revolucionario lleva una vida correspondiente a su condición, tiene el estilo de vida que corresponde a un revolucionario.

Si no es lo suficientemente disciplinado, si tiene propensión a la girovagancia o al palique ambulatorio, si aún se padecen los arrastres de procedencia social, el verdadero revolucionario se esfuerza por disciplinarse, y si es de origen pequeñoburgués, como muchos de nosotros, trata cada mañana de yugular las ataduras que dificultan, deforman o extravían el desarrollo de su conciencia y su estilo de vida. [...]

Nadie podrá negar que el burocratismo y sus modalidades hacen estragos en el Ministerio. No voy a situarlo concretamente aquí o allá; el hecho es que aún está regado por el organismo. Este es un vicio heredado; pero el socialismo no está exento de ese vicio. El burocratismo es una de las peores rémoras del socialismo.

El burocratismo no es sólo el exceso de papeleo, el seguidismo en los métodos de trabajo, la concepción mecánica de los problemas: es también y, sobre todo, una actitud ante el trabajo. La más grave consecuencia del burocratismo es la sustitución del cere-

bro por la mesa y de la voluntad por la silla. En lugar de pensar y actuar, estereotipo y poltronería. El antídoto del burocratismo es la iniciativa creadora, que supone parejamente, racionalizar el trabajo, dinamizarlo, aumentar su calidad, vivicar el tiempo. Hacer, en fin, que el cerebro prime sobre la mesa y la voluntad sobre la silla. La iniciativa creadora es el más eficaz método de lucha contra el burocratismo. Aplicarlo depende, únicamente, del cerebro y de la voluntad de ustedes. Y aplicarlo no sólo como método de lucha contra el burocratismo, sino en todos los niveles de trabajo. Hay que desembarazarse de la rutina mental, de los conceptos entumecidos, de las ideas muertas. Hay que aportar iniciativas propias en el trabajo, pensar por cuenta propia, aplicar creadoramente el marxismo-leninismo. El primer deber de un comunista es pensar con su cabeza. La teoría y el método marxista-leninista se transforman en dogmas, si no hay una cabeza que los interprete y aplique. No echar esto en saco roto, que es muy importante. [...]

No se ha establecido cortapisa alguna al respecto. Entendemos que sin el empleo efectivo del método crítico y autocrítico es difícil adquirir conciencia de los errores y suprimirlos.

Pero es conveniente aclarar que la crítica nada tiene que ver con la murmuración, el chisme, el número ocho, o la falta de respeto en las relaciones de trabajo. Eso es inadmisibile e intolerable. Es fundamental que las relaciones entre los trabajadores se desenvuelvan en una atmósfera de fraternidad, cooperación y respeto recíproco. Todos debemos respetarnos en el cumplimien-

to de nuestras respectivas funciones y en el trato personal. Quien tenga algo que alegar contra el comportamiento de un compañero debe hacerlo en el lugar que corresponda, no a nivel de jardín, ni a nivel de comedor popular, ni a nivel de esquina. Lo honrado y revolucionario es plantear las críticas donde deben plantearse. Lo otro es chismografía, murmuración. Eso es negativo y, además, supone cobardía. Hay que darle cara a las cuestiones, de cualquier naturaleza que sean. Así proceden los revolucionarios. Ningún revolucionario le hurta el cuerpo a la responsabilidad. Ningún revolucionario procede solapadamente contra otro. Con eso hay que terminar de una vez para siempre.

*Apuntes sobre la infancia y la adolescencia de Raúl Roa García*⁵

Federico de Córdova Castro

Profesión

Luego de conocer toda una vida con las vivencias directas y cercanas, vida fecunda, brillante y la más singular que he conocido, mediando a la vez cierto parentesco político, es decir, cuando se tiene fresca la imagen impactante de una personalidad desaparecida a los setenta y cinco años de edad, tras haber dejado a su paso profundas huellas buriladas con su talento y actuar, pero muy especialmente por su idiosincrasia tan absolutamente propia y rutilante, que nadie que le conociera pudiera alegar que no hubo de quedar impresionado; en esta situación considero que un repaso retrospectivo,

concretado a los primeros años de aquella vida, en su infancia y adolescencia, ya que desde entonces tuve el privilegio de conocerla, no sólo me sea fácil, sino que pueda resultar de mayor utilidad la contribución de mi modesto aporte a los propósitos de un grupo de amigos íntimos, encabezado por el compañero Salvador Vilaseca.

Naturalmente que, conociendo la trayectoria y posterior proyección de aquel campeador, lanza en ristre, le produzca a uno mayor deleite remontarse a aquellos primeros días primaverales, cuando el retoño, apenas germinado, no ha dado todavía sus primeros frutos, que llegarían a superar las hazañas de su progenie mambisa, el abuelo paterino, redivivo en postrer y ejemplar tributo en *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí*.

Yo recuerdo con cierta vaguedad, como una imagen un tanto desdibujada, más bien de oídas en el seno del hogar, la venerada figura del poeta y héroe del 68, asistido por mi abuelo, médico, en sus últimos momentos. En la calle Lagueruela, en la Víbora, murió pobre, pero “lúcido y enhiesto” quien fuera ayudante de Ignacio Agramonte y secretario del presidente Domingo Faustino Sarmiento. Mi padre me refería que Ramón Roa quería mucho a su nieto y le llamaba “Lalito”.

A una cuadra de Lagueruela está la calle Gertrudis, y entre Segunda y Tercera, en las casas, justamente una al lado de la otra, conocidas por la forma de sus arcos, como “casa de los mameyes”, vivían mis padres y los padres de mi amigo de la infancia, al que desde entonces llamé Raulito y él a mí por mi apodo familiar de Fiquín.

El primer vivo recuerdo que guardo de él fue cuando jugando en el portal, separado por una baranda, a través de cuyos balaustres pasábamos nuestros juguetes, se detuvo en mi casa un coche del cual bajó una señora portando un maletín, y en tanto ascendía los peldaños de una corta escalera que daba del jardín al portal, una tía mía, que salía a recibirla, me dijo: “Ahí traen a tu hermanito”. Oído lo cual brinca Raulito la baranda y junto conmigo corre tras la comadrona, deteniéndonos en nuestra carrera al llegar a la tercera habitación cuyas puertas fueron cerradas. Y luego, tras un largo esperar –imposible precisar el tiempo–, nos llamaron para que viéramos a un recién nacido rubio que mi padre bañaba en una palangana. Aquel niño –que no lo había traído una cigüeña ni había venido de París, como entonces se nos enseñaba– es hoy un profesor de Psiquiatría próximo a los setenta años. Tendría yo entonces unos cuatro años y mi amigo alrededor de siete. Pero por esa época todavía no se nos dejaba traspasar abiertamente la reja del jardín.

Recuerdo por esa época otro suceso: intrascendente no, porque el primero era la vida y el segundo, que vamos a citar, era la muerte.

Frente a nuestras casas vivía y había fallecido un pariente del general Guas, padre del politicastro Rafael Guas Inclán, y él, a su vez político marrullero. Eran gente de posición económica muy desahogada, y por ello la carroza del entierro estaba tirada por varias carretas de caballos, con arnés, penacho y vistosas zacatecas portando bicornio y levitas rojas.

Y nosotros contemplábamos desde el portal aquel llamativo espectáculo, por primera vez visto. Y tanta fue la impresión que por nuestras mentes infantiles cruzó la aspiración callada de llegar a ser zacatecas. Hoy, calculo el torbellino que debió formarse en la mente de nuestro amigo, germen entonces de la más portentosa imaginación concebida, con aquella escenografía y legítima aspiración nuestra.

En otra oportunidad oíale narrarme ¡cómo circulaba el *subway* o metro! Y su grafismo era tal, la impresión transmitida tan vívida, que yo no salía de mi asombro imaginándome aquel ferrocarril corriendo por debajo de la tierra. Y lo más curioso es que hoy presumo que él todavía no había montado uno de esos trenes.

Pero ahí apuntaba ya, en aquel cerebro privilegiado, la idea de lo maravilloso. Su fantasía pictórica, definitivamente plástica y creadora.

He dicho fantasía pictórica, y he de abundar en este punto.

Nosotros también dibujábamos; él tendría unos ocho años. Recuerdo que quitábamos el tapete verde que cubría la mesa de comer y colocábamos con alegría papeles y lápices de colores. “Vamos a dibujar un barco navegando rápido” –decíame– y cada cual empezaba la tarea. “Ahora a colorear –agregaba–, pero ¡mira, chico, tenemos que darle movimiento, el efecto, el efecto!, que las olas rompan y la proa corte el agua... El sol da por aquí, del otro lado está la sombra, bueno, no se ve. ¡Ah! falta la espuma, pero no tenemos color blanco” –continuaba entusiásticamente hablando.

Y el dibujo concluido se convertía en una sinfonía caprichosa de colores. Con

el andar del tiempo yo le decía al pichón de artista: “Raulito, nosotros podíamos haber seguido pintando. ¿No recuerdas cuando en la mesa de tu casa pintábamos?”. Y me respondió: “¡Cómo no! ¿Y recuerdas una vez que quería hacer que el barco caminara y que al velamen le diera más la luz?”. “Te voy a decir –le repuse. ¡No!, y hasta yo creo que tú sentías el olor a yodo y el salitre de mar. En realidad tú no sabías de la existencia de los impresionistas y menos yo, pero en verdad te digo que tu imaginación te remontó a los tiempos de aquel movimiento”.

–¡Coño, pero qué carajo sabía yo entonces de los impresionistas! –díjome.

–Cierto –le repuse. Eso es lo grande, lo sorprendente. Tu fantasía y agudeza te hacían vivir momentos estelares de la plástica, cuyas corrientes no habían llegado aún a Cuba.

Y me miraba entonces de refilón, picarescamente, pero sonriente y asintiendo.

–Tampoco me negarás que querías que los barcos de chimenea echaran humo.

–Entonces, somos pintores frustrados –díjome esperando mi respuesta.

–No, nada de eso. Con tu pluma tú pintas. Tu prosa es un pincel maravilloso. Pintas lo que quieras y logras la impresión que te propones. Pero, además es machete, hacha y espada con punta y contrafilo ¿Recuerdas el machete mambí de tu abuelo que tu padre guardaba y que a nosotros nos despertaba curiosidad?...

El machete corta, y también cortaban las cuchillitas que poníamos en el rabo de los papalotes.

Nuestro amigo tendría ya unos doce, trece o catorce años, hacía bellos

papalotes y coroneles. Estos últimos eran más preciados, pero no producían el goce de una “cubanita” o “barrilito”. Cerca de nuestras casas comprábamos en un puesto de chinos el güin, y en una quincalla el papel de china, el hilo y la goma para confeccionarlo. El rabo era fácil: desperdicios de retazos servían... Ahora, en el rabo se ponía la trabilla si quería enganchar el papalote empinado del otro, supuesto contrincante, o una mitad de navajita, si pretendías cortar la pita tensa con que se empinaba el papalote del enemigo y echarlo a bolina, seguido de la expresión de la víctima de: “¡me cago en su madre, me jodieron el papalote!”.

Muy cerca también, a menos de 500 metros, se levantaba la Loma del Timón. Allí, por cierto, se conservaban trincheras cavadas cuando la guerra de independencia, y allí –no en las trincheras sino en el promontorio–, solían los muchachos empinar sus papalotes.

Por cierto que era conveniente realizar este deporte con algún amigo mayor y fuerte por si acaso al echar a bolina otro papalote había que fajarse. Nosotros, por entonces, dejábamos la caracterización de niños “góticos” para convivir con los “muchachos de la calle”, y los llamados pillos, que no eran otros que los pependieros y agalludos.

Nuestro héroe aún no ofrecía el temple de combatiente. Yo, menos que menos. Prefería fajarme al “abracao” que a las trompadas. Me había especializado en una “llave de barriga”. El kárate, faltaba todavía tiempo para arribar a Cuba. Yo no recuerdo a Raulito fajándose a golpes.

Sus rasgos característicos eran por esa época su locuacidad, fantasía creadora,

su eficiencia en todo lo que se proponía hacer, y una desbordante simpatía. Su hablar era desde entonces rápido y cargado, como una catarata que se precipita, de ideas reales o hijas de la fantasía, pero que le daban colorido y matización a sus relatos.

Observemos que hemos empleado el vocablo “matizar” muy cerca del concepto que envuelve la idea de la fantasía, y es bueno aclarar que no se trata aquí de la mitomanía, del mero embuste, sino de aquellos aspectos variados del relato, en el lenguaje hablado, prosa o verso que contribuyen a dar a la expresión su mejor colorido. Son licencias permisibles y sin las cuales –permítasenos esta afirmación atrevida– no hay creación estética. ¿Qué sería del poeta sin su fantasía?... Aca-so el vientre de una mula.

¿Que si era o no estudioso nuestro gran amigo? ¡Cómo no!; en la primera y segunda enseñanza. ¿Quién con aquella desbordante precocidad, su facultad de rápida captación, memoria y facilísima palabra, no iba a ser un alumno sobresaliente? ¡Qué inteligencia más privilegiada! Por supuesto, que no hay ni ha habido un Roa que no sea muy inteligente. Conocí a todos los hermanos de su padre, hombres y mujeres, y todos lo eran; además locuaces, agudos y con un ramalazo, mayor o menormente acentuado, de fantasía. ¿Vendría todo esto del viejo teniente coronel del 68? Por lo menos su prosa y décimas eran muy buenas e intencionadas; la capacidad sobresale, y sus ocurrencias criollas, como su cubanía. Hoy nos encontramos con que los bisnietos del viejo mambí son también inteligentes, marcadamente el hijo de mi

amigo, a quien por vía materna, le viene también la inteligencia de los Kourí; los de su hermana Gilda y nuestra prima común, hija de su tío Jorge y mi tía Esperanza.

La nota de sobresaliente era, por supuesto, la que él recibía invariablemente. Se educaba en los “Hermanos Maristas”, de la Víbora; de alguna rígida disciplina. No obstante, se me contaba de vez en cuando que un tintero había sido lanzado hacia la cabeza de uno de los maestros, y a mí, ingenuamente, me parecía ver volar por los aires el tintero. Pero en realidad las famosas “tánganas” de las que fuera protagonista o partícipe el brillante alumno, todavía no habían comenzado, mejor dicho, digamos aquellas en que él tomara parte. Mas, sin embargo, nótese ya que sus neuronas cerebrales vibraban orientadas en un sentido frente a determinados estímulos. Expliquémosnos mejor. La protesta era ríspida y rápida a lo considerado injusto. La rígida disciplina viene a ser como una camisa de fuerza, tradúzcase esta simbólicamente con el complemento y las desvergüenzas afines a las tiranías, o expoliación o situaciones de utilización de fuerza injusta. O sea, si el tintero ciertamente no fue lanzado, era razonablemente admirable que el adolescente, ya por entonces un manojo de nervios, en permanente tensión, digno a su vez, blandiera en su exaltada imaginación ese medio defensivo. Entiéndase bien, no estamos frente al díscolo en sí, sino al remotísimo antecedente del revolucionario, con el tiempo devenido en “Canciller de la dignidad...”.

Volviendo a nuestro escenario, la Víbora, nuestro protagonista se había

mudado ya a otra casa en la misma Gertrudis, de la acera de enfrente; y mis padres a la calle contigua, Josefina. Yo acababa de salir de la escuela pública, porque mi padre era laico aunque mi madre muy religiosa. En la misma calle Gertrudis, pero más próximo a la Avenida de Diez de Octubre, vivía mi abuelo paterno y en su casa nuestros tíos, de manera que en un círculo a la redonda no mayor de 300 metros nos encontrábamos nosotros.

Por cierto que, hace poco, cuando me hallaba en los trajines de estos apuntes, me contaba un viejo compañero que me fue presentado, que le parecía recordar a nuestro amigo caminando rápidamente por Obispo para examinarse en el viejo Instituto situado en aquella calle. Y justamente en aquel vetusto edificio me examiné yo de ingreso. Pero no nos desviemos del hilo del tema.

El adolescente brillante, era estudioso, pero exactamente, no un filomático, habíamos salido de la sobreprotección hogareña, éramos ya “muchachos de la calle”, de jugar a la “quimbumbia”, al “pon” a la pelota de “riche” o de “poli”, con forro de cuero o “enteipada”, bate de majagua o de roble, y guante y mascotín con tiritas del índice al pulgar y casi sin relleno, eso sí, embadurnados con palmacristi el día anterior del juego dominical, en los placeres viboreños, cuyos “files” estaban llenos de aromas y había que ser un héroe para coger en esos matorrales el batazo de “flai” o de línea y de largo alcance.

“Illas,” que así le llamaban –no recuerdo por qué– los entonces compañeritos de la calle, por no decir de la barriada, cogía admirablemente

bien. Era una primera base estrella, y como él mismo decía: “tiren chuchos para que vean cómo fildeo”. En realidad tenía estilo. Siempre en los desafíos cubría la primera base. Lo que no era un buen bateador. Primera base “fantasma”, para decirlo con sus propias palabras.

Primeramente jugábamos en un placer a la salida de la Finca don Facundo, en Josefina y Tercera, y luego frente a la casa de los Trujillo, en la misma calle Tercera esquina a Genaro Sánchez. El padre de los Trujillo, era veterano de la Guerra, había sido capitán del Ejército Libertador, y aprovechando su seriedad y rectitud lo poníamos de “ampaya”. “Mayabeque”, que luego sería conocido en el Ministerio de Relaciones Exteriores, donde fue colocado por el “Canciller de la dignidad” para recoger las hojas de la calle, nos “fongueaba” y entrenaba cuando teníamos casado un juego con un “pitén”, por ejemplo, de Mantilla. La Víbora no estaba todavía tan poblada.

Un joven de la revista *Bohemia* no hace mucho me preguntó que si era cierto que nuestro biografiado en estos apuntes sobre su infancia y adolescencia, acostumbraba a llevar un libro bajo el brazo, o que leía mientras su novena estaba al bate.

Le dije que sí, que él solía aparecerse de vez en cuando en el terreno con un libro como se decía “debajo del sobaco”. En los primeros tiempos, leía mucho a Emilio Salgari y oyéndole el relato de los famosos viajes del escritor, me figuró también que mi amigo era compañero de viajes del autor. Tal era su inquietud, movilidad y fuerza descriptiva. Por supuesto que debajo del brazo

nunca le vi un material de estudio, aunque estuviera cerca de los exámenes.

[Lo recuerdo] ya de mayorcito, cuando estaba más espigado, cogiendo la estampa somática longilínea (flaco, como también le llamaban) y vestíase de uniforme de pelotero y zapatos de “spai”, para integrar la novena patrocinada por el profesor Clemente Inclán, que se denominaba “Universidad Infantil”, también recuérdole portando un libro, pero este no era ya de Salgari ni de Vargas Vilas, sino de José Martí.

Permítaseme reproducir un párrafo de una entrevista que le hizo Jorge Enrique Mendoza, director del *Granma*, y que se publicó en *Juventud Rebelde* el domingo 17 de abril de 1977. Dice así el párrafo que entrecomillo:

Mientras yo jugaba pelota yo leía... no leía ninguno de los libros del colegio, leía otras cosas. Cerca de mi casa vivía el doctor Federico de Córdova, que es el padre de este compañero que se llama Federico de Córdova y del psiquiatra Armando de Córdova, que están emparentados con la familia de un tío mío por parte de padre. Este hombre tenía una biblioteca cubana maravillosa y tenía entonces la colección de libros de Martí, publicadas por Gonzalo de Quesada. Entonces, este viejo que me quería mucho a mí, me prestaba la colección esta que para él era una joya, que poca gente aquí la tenía, porque era una edición muy restringida. En aquella época la gente no compraba libros aquí. Me los prestaba. Y yo andaba con el libro ese, con el tomo cinco, el tres, el segundo, el que fuere. Cuando estábamos al

bate y no me tocaba batear, me sentaba en un rincón y leía mi libro.

Y era un pelotero con un libro en el sobaco. “Ahí va el pelotero con el libro en el sobaco” –me decían.

Esta anécdota relatada a Mendoza es muy veraz, aunque parezca estrambótica, y revela ya una manera de actuar liberada de todo amarre. Se asemeja al espíritu libre nietzscheano. Él mismo confesaría mucho tiempo después que aquellas lecturas primeras de Martí y su contacto inicial con los “muchachos de la calle” en los placeres y calles viboreñas, habían contribuido a liberarle de todo posible rezago discriminatorio. Y citaba al efecto la integración de los compañeritos de la barriada formada por negritos, el hijo de la cocinera, el bizco, el blanco, muy humildes unos, ligeramente acomodados otros, aquel con nombre y apellido rimbombante, el otro reconocido y recordado como Bebo, don Quintero o Tiempo de Agua.

Un día en el Latinoamericano, donde el amigo resultaba un concurrente asiduo, personalmente yo me encontré con un negro viejo que me miraba con insistencia. Yo también lo miraba con curiosidad pareciéndome conocido: pero ¿de dónde? ¡Oh, viejo en cantidad! Este debe ser de mi época de niño y adolescencia. De pronto se me alumbró el bombillo y alegremente le grité: “¡Castillito!”. “¡Fiquín!” exclamó él, y nos dimos un abrazo. Era uno de los muchachos de la calle, allá en la barriada viboreña, compañero de Illas y mío, jugador de quimbumbia y pelota. Hacía no menos de cincuenta y pico de años que no nos veíamos.

Mi padre decía, refiriéndose al pelotero con el libro en el sobaco, que

él le facilitaba los libros de Martí porque notaba en el amigo sensibilidad, inquietudes y talento. Recuerdo que siempre le prodigó verdadero afecto para el cual hubo reciprocidad con creces. Cuando mi madre murió, mi amigo de la infancia no se separó un minuto del lado de mi padre. Y cuando María Luisa García, su buena madre, falleció justamente días antes que él asumiera las primeras responsabilidades de la Administración revolucionaria, a la única persona de la familia que llamó para que estuviera junto a él fue a mí...

Por cierto, que antes de concluir estas notas, hijas de un gran afecto, nacido desde que tuvo uso de razón, y de una imperecedera gratitud a la vida por haberme proporcionado la oportunidad de intimar con la más chispeante inteligencia que he conocido, deseo señalar algunas impresiones de aquella época grabadas en mi memoria y que no quisiera que quedaran fuera de este esbozo.

Sería ya una tarde, ya al anochecer, cuando al salir él y yo por el portal de su casa, la madre, que estaba sentada tomando el poco fresco del estío, se percató de que yo no llevaba el pantalón de “bombache” que se usaba, sino pantalones largos, y dijo como sorprendida:

—Raulito, ven acá ¿a dónde tú llevas a este muchacho?... ¿Y esos pantalones largos?

—Son míos, mamá, él me los pidió y yo se los presté. Vamos a un teatro donde no dejan entrar con pantalones cortos.

Y en efecto, así fue; nos encaminamos al paradero de la Víbora, y allí tomamos un tranvía que nos dejó cerca del teatro Alhambra. Y allí sacamos asientos para la tertulia, que costaba

veinte centavos, y creo que era lateral y con asientos de tabla.

Por supuesto que disfrutamos de la función del género burlesco, con pletóricas críticas a la presidencia de Alfredo Zayas que finalizaba, y cuya enjundia el amigo, muy listo y de más edad, asimilaba mejor que yo. En lo que sí estuvimos al unísono con toda la concurrencia fue en los aplausos tributados a una cupletista que se presentó en la escena medio desnuda, y en los gritos de “¡que salga otra vez!...”.

Su primer ensayo literario fue sobre Julián del Casal, y recuerdo cuando su tío Jorge lo leía, a la luz de una lámpara del escritorio que estaba en la “saleta” de la casa de mi abuelo, haciendo algunas correcciones que el novel escritor aceptaba a regañadientes. El ensayo vio la luz en toda una página de la sección literaria dominical del *Diario de la Marina*, periódico donde Jorge escribía un artículo diario titulado “Del ambiente habitual”. Entonces, quien luego llegaría a ser uno de nuestros mejores ensayistas, tengo entendido que no había concluido el bachillerato. El futuro hombre de izquierda había hecho su aparición pública en un diario ultraconservador, pero que solía hacer concesiones a elementos de la acera de enfrente, especialmente literarios.

Recuerdo, por último, cuando, subiéndome unos escalones que unían el desnivel de Avenida Acosta y la Calzada de Diez de Octubre, camino a una tienda que había en la zona del Paradero de la Víbora, llamada “La Locura” —no sé por qué guardo con precisión estos datos del lugar tan intrascendentes, mi amigo me contaba, gesticulando

y con marcado grafismo, entusiasmo y signos admirativos, la impresión que le había hecho oír hablar a Julio Antonio Mella en la Universidad. No recuerdo, repito, si nuestro joven concluía por entonces el cuarto año de bachillerato (con Física Segunda, Historia Natural, Química y Cívica) y llevado de sus inquietudes había hecho irrupción en el Patio de los Laureles de la famosa y revuelta Colina, o ya se había matriculado en la Universidad. Lo cierto es que yo viví en aquellos minutos el exaltado relato, pareciéndome oír la verba encendida de Mella, y contemplar los verdes y frondosos laureles que aún desconocía.

No se olvide que nuestro amigo poseía desde la infancia y adolescencia, que yo tuve la fortuna de compartir, una chispeante inteligencia, simpatías, agudeza y fantasía creadora. Sus inquietudes y ocurrencias rápidas y sorprendidas llamaban la atención por su singularidad. No he conocido persona igual.

*Memorias de Roa y de la república española*⁶

Julio Le Riverend

Historiador

Intervenir en este seminario constituye un acto de aprecio a su necesidad. Raúl fue un compañero, amigo, profesor, escritor que, desde su quehacer vario y aun en las ausencias de su vida sin tregua y, desde luego, todo en los azares de la existencia de cada uno de nosotros, formó siempre parte de un gran fresco histórico —que no por cercano nos oculta sus incidencias y matices— en el cual él ciertamente fue el color y luz de los mejores. Más cer-

ca o más lejos nos acompañábamos muchos de los que me escuchan y otros que no han podido asistir, y en lo esencial, sobre todo en la urgencia de transformar al país, sus estructuras, su vida toda, estábamos de acuerdo. Reconocíamos y afirmábamos un camino de cada cual con lo suyo y la alentadora presencia de los demás tomaba convicción perdurable. Esto es lo que vale hoy día, cuando ríos, arroyos y arroyuelos han confluído en el poderoso, indetenible torrente de la Revolución de Fidel. Vivimos, y pocos vivieron con intensidad pareja a la de Raúl, en el seno de una subversión constructiva de la cual, idos a bolina lo episódico y lo coyuntural, formamos parte indivisa. Esta nueva historia, novísima, que se hizo y engrandeció a lo largo de más de cincuenta años, tuvo en Raúl un infatigable hacedor y vocero.

Bien hacemos cuando han de evocarse sus cosas desde las anécdotas hasta las más sesudas y trascendentes. Tratamos de acercarnos por primera vez al universo de su personalidad. Aún más, en las agudas travesuras de sus dichos hubo siempre un sentido más profundo, pues no eran puro ingenio o gracia sino, ante todo, vocación permanente por la verdad directa. No pudo haber dicotomía y distancia entre lo súbito, inesperado o inusual y lo meditado, sino unidad. Su decir era como su pensar, eso es lo fuerte de su expresión humana. Y vaya por delante la afirmación de una cubanía que se revela con la humorística seriedad de las palabras y con la grave ocurrencia del concepto. En sus ensayos más trabajados —véase por ejemplo lo que dijo de Ortega y

Gasset— se pierde ese como parcelamiento de su personalidad. La gracia, sin embargo, no desaparece; se envuelve discretamente en las significaciones científicas.

No puedo precisar cuándo lo conocí. Aseguro que hace más de cuarenta años. Quizás alcancen no lejos de los cincuenta. Siento que supe de él siempre, a lo mejor todavía cuando no nos habíamos encontrado. En esa etapa de la vida una diferencia de algunos años —cinco o seis— representaba una distancia que iba del bachillerato no terminado —el mío, claro está— a los primeros años de los estudios universitarios. Cuando yo entraba por primera vez en la antigua Biblioteca Nacional, allá por 1928, él era alumno ayudante de Sociología y se le conocía por su participación en la Universidad Popular José Martí. Lo que sí recuerdo es que María Villar Buceta lo mencionó más de una vez en aquellas conversaciones que me convirtieron de la filomacia al humanismo.

Rodaban entonces, y después, sus frases que, unidas a las de Pablo de la Torriente, eran como consignas o síntesis de lo que hubiéramos deseado decir los más jóvenes. Es un caso en que se nos aparece con toda nitidez la fuerza política del ingenio.

No podríamos en este momento intentar una caracterización más general y precisa de su obra toda. Para ello se requerirían otras sesiones del seminario. Por lo pronto es deber y ha sido justo objetivo de esta reunión el aproximarnos a la variedad de sus afanes. Raúl no es de los que solamente tuvieron una vocación, un solo tono, un timbre único, si hacemos, claro es, a un lado su incesante acción revolucionaria

—raíz signo de todo lo demás— desde las inquietas mocedades.

Recuerdo los debates de sus clases de Historia de las Doctrinas Sociales. Su autoridad, pues no la tenía simplemente por el cargo de profesor sino ganada desde la década de los años veinte, no abrumaba, iluminaba. La clase debatida, tanto más en aquellos tiempos de controversias nada bonancibles, era una lección aprendida por todos. Más de una vez, su verdadera función —la mayor de cualquier maestro que lo sea de veras— consistía en un apretado y pródigo resumen de lo dicho por unos y otros, coronado por una fulgurante sabiduría. Allí estaba la carga de muchos años de lectura, de reflexión, de juicio y de aprehensión inmediata del conocimiento.

Años después, cuando pasé meteóricamente por nuestro Servicio Exterior, lo encontré varias veces en el Ministerio, con la secreta intención de escucharle aquello que pudiera servirme para el desempeño de la misión en la Unesco. Nunca salí frustrado de esos ratos de conversación porque Raúl —seguramente no me miraba como diplomático— hablaba y debatía... de historia, la vivida o la reconstruida. En ello, como en otras tantas cosas de la cultura, estaba al día, como estuvo siempre: al día del ayer, al del hoy y al del mañana. Su visión histórica, evidente en sus trabajos anteriores, dispersos, pero reunidos en lo hondo, se reveló en sus obras mayores.

1. Sin embargo, compañeros, no era este el camino que me propuse. Con el tiempo que ha faltado ahora e, incluso, con alguna que otra carta recibida, podría ir más allá de los apuntes hasta

este instante esbozados. Prefiero abordar aquí uno de los más consistentes aspectos de su acción. Es el que se refiere a sus vinculaciones múltiples con la república española.

Aunque debemos seguirle paso a paso, pues en los años del enfrentamiento de las dos España, su voz no cesó de oírse, veamos los volúmenes en que recopila el trabajo de todos los días: contienen artículos y ensayos que muestran la dimensión de lo que significaba para él aquella guerra, ensayo de la que vino poco después para destruir y matar solamente porque dos puñados de imperialistas necesitaban a desmán saber quién tendría la hegemonía mundial; pasando, como es sabido, por la liquidación del socialismo.

Pero había otros elementos, sustanciales por demás, en su querencia española que, sin desbordar su alineamiento ineludible, constituyen una reviviscencia de viejas y auténticas raíces de pueblo. La España de esos días, por la obra de muchos de sus mejores hijos, precisamente aquellos que la querían democrática, nueva y sin reservas imperiales, nos entraba por la sangrienta huella de la lucha civil y se integraba con las mejores tradiciones cubanas. Hay que decirlo, porque así lo vio Raúl, lo vieron los cientos de centenares de milicianos cubanos. Lo vimos todos aquellos que vivíamos para la nueva historia del futuro. La extraordinaria hazaña del pueblo español frente a la confabulación internacional significó un giro de dimensión más que nacional. En Cuba, nos reveló lo que ya estaba en Martí: había dos España; y una de ellas, la que debió ser vencida, porque también abusaba de su pueblo

allende al océano, supervivía en estas tierras y, aún más se revestía del uniforme de la falange, con la anuencia sonriente de la dictadura batistiana. Aquel acercamiento nuestro, popular y entrañado, al pueblo español, suponía un hondo matiz necesario en la conciencia histórica de nuestro pueblo.

Hubo en Raúl una permanente incorporación a la lucha antifascista. No habría que decirlo, pero vale recordarlo, pues aparece desde 1937 en su lúcido ensayo “Martí y el fascismo”, publicado precisamente en los inicios del gran atentado contra la segunda república. Por cierto, Martí no había sido ajeno a la protesta popular contra el golpe de Estado que dio fin a la primera república cuando estudiaba allá en Zaragoza. Esa historia retornaba, y los cubanos éramos fieles al ejemplo del magno Maestro porque lo sabíamos o por intuición del pueblo. ¿Cómo no había de alinearse Raúl que, en su presente y en la obra mayor de los cubanos, renacido en los años entre 1925 y 1939, hallaba fuego e impulso para ese gran combate de ideas?

La solidaridad cubana fue inmediata y en el gesto de su Pablo tan cercano a él por el humor, la palabra y las perentorias idealidades, ido para España el año 1936, muerto el 18 de diciembre de ese año en Majadahonda, se constituía un llamado más para la fidelidad de Raúl al pueblo español. Su voz en la calle, en la tribuna, en la prensa, ahí estaba.

Desde aquellos días, cuando la falange se atrevía a extender a Cuba la incalificable guerra nazi, durante los días en que el Batista de siempre se gozaba por retener el barco “Manuel

Arnús” con amañadas denuncias y procesos judiciales –nada ajenos a las esferas sociales–, Raúl Roa mostró su adhesión a la causa republicana y de la mejor cultura española. Sus gestos de amigo bueno no fueron solamente los días del desgarramiento. Duraron mucho más.

2. Cuando comenzó el exilio masivo de los escritores, de los científicos, de los maestros, Raúl –como se revela en su artículo “España en éxodo” (1937)– ya se ha manifestado a la cabeza de un movimiento para afincar en Cuba aquella legión de hombres de los más varios saberes. Aquella idea, obvio es, no le venía solamente de su relación con Carlos Montilla, último representante diplomático en Cuba de la república crucificada por los fascistas. Ya en 1938 venía formándose en su acción universitaria ese proyecto, en el cual le seguían profesores universitarios –escasos en verdad– y muchos de los que, siendo estudiantes de la Universidad, apoyábamos una iniciativa que nos parecía la mejor manera de liquidar la inveterada fábrica de graduados que aprendían solamente después de salir de ella.

Cierto es que por las aulas universitarias, en algunos momentos libres de empobrecidos planes y programas, y, aun antes, por la Institución Hispano-Cubana de Cultura, creada y continuada por Fernando Ortiz, habían pasado algunos sabios profesores y su huella reveladora del impulso hacia un laboreo investigativo y una reflexión serios, nos ofrecían, como compensación de los aires neocolonialistas, una nueva, más honda reforma de los estudios. Al cabo, no estaban tan lejos los días de Mella y su enérgica acción transformadora universitaria.

Para Raúl, de aquella batalla iniciada entre 1937 y 1938 formaba parte también la lucha contra la intención de escamotearle la cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales para dársela, precisamente, a un personaje que tras las grandes protestas estudiantiles de 1927, había roto su compromiso con la patria y públicamente se adhirió a las ideas nazis. Se integraba de ese modo un cuadro de pugnas de principio y de episodios y escaramuzas en que también se dirimiría la suerte de la conciencia revolucionaria cubana. Todo lo fundamental y episódico convergía para promover el enhiesto pensamiento de Raúl y de sus compañeros.

Reuniones, entrevistas, gestiones, dentro y fuera del recinto universitario con Montilla, con Fernando Ortiz, Emilio Roig de Leuchsenring, Elías Entralgo, quedaron en el semisecreto de un movimiento que no tenía –¿podría haber sido de otra manera?– la más mínima simpatía de los cubanos millonarizados por el azar político o los negocios, movimiento que sentía sobre sí la ojeriza de una mayoría de los claustros universitarios. Por muy mezquinas razones, toda esa gente se alineaba, consciente o inconsciente, con el fascismo al oponerse a la acogida de los intelectuales españoles.

Recordemos lo que costó el reconocimiento oficial universitario de la sabiduría auténtica de don Gustavo Pittaluga.

Profesor cubano hubo que invitó a dar un curso a cierto especialista de gris talento y cuando un buen número de estudiantes se manifestó insatisfecho de aquellas clases de flaca sabiduría, dijo con un cinismo que no le abandonó hasta

su huida el 1º de enero de 1959: “Eso ha sucedido para que ustedes vean que hay malos profesores en todas partes”.

No precisa aclarar que era imposible obtener fondos procedentes de fundaciones extranjeras. ¿Entraba acaso en sus planes favorecer en Cuba la presencia de hombres que combatían con sus ideas y su trabajo y no pocos también con sus armas y su compromiso político de progreso?

Pasaron por el puerto de La Habana cientos de intelectuales españoles. No se les permitía desembarcar. Solamente fueron admitidos algunos pocos que arribaron individualmente o los que por razón de algún parentesco con residentes en Cuba lograron aquí avecinarse. Un Herminio Almendros de generosa y sabia aplicación a la educación, un Francisco Prats y Puig, que todavía contribuye con amor y entusiasmo a la ciencia histórica, un Juan Chabás que renovó con hondura el interés por la historia de la literatura española, fueron, con algunos más, de las escasas excepciones. Los demás, solamente pudieron pasar de largo, tras una breve estadía en medio del acoso científico y la indiferencia social.

Claro está que no podía entonces haber comparación entre la grandeza solidaria de Lázaro Cárdenas que abrió las puertas de México a aquellos exiliados de calidad, y los enanos, encabezados por el dictador cubano de turno, atento solamente a definirse cuando se le hicieran las señas de juego antifascista por el gobierno norteamericano.

Pero Raúl no era hombre que cejaba. Por eso, ganada aquella debatida cátedra en 1940, continuó insistiendo en la necesidad de la presencia de los pro-

fesores españoles. No pocos de ellos después de 1941 llegaron por su iniciativa y apoyo, otros fueron recibidos por él con fraternal acogida. Y es que la España de lo mejor, errante y admirada, era para él, para los más de nuestra generación, el símbolo vivo de las fuerzas democráticas que, por primera vez, habían mostrado al mundo cómo había que enfrentarse al fascismo desembozadamente agresor y genocida.

No pocos artículos, de los cuales solamente compiló en sus libros unos cuantos, jalonan su obra desde 1940.

Numerosos proyectos realizados, fueran invitaciones personales o creaciones institucionales, se hallaban en esa línea de conducta iniciada entre 1936 y 1937. Díganlo su entusiasmo tanto por la presencia de Joaquín Xirao, de quien fue muy su amigo, como por el dolor de su muerte, su interés por la obra de José Gaos antes y después de su visita a Cuba; díganlo también otros vínculos, a dos de los cuales he de referirme inmediatamente.

Fue el uno, la fundación del Instituto Universitario de Investigaciones Científicas y de Ampliación de Estudios (esta última parte del nombre rememora una iniciativa española de la cual participaron numerosos profesores transterrados por la contienda civil) que, si malviviente por escasos recursos, dejó su huella como de germen, hasta fines de la década de los cuarenta. Raúl fungió de secretario de ese Instituto.

El otro consistió en su apoyo y participación en el Primer Congreso de Profesores Españoles Emigrados celebrado en La Habana (1943), donde

pudo anudar su admirativa con el sabio Augusto Pi Suñer, nombrado entonces Profesor Honoris Causa de la Universidad de La Habana, no sin que precisamente Roa fuera el redactor de la ponencia aprobada por el Consejo de la casa de estudio.

3. Pero si todo esto constituye una historia significativa, aunque hubo más en su acción, dentro del común “redescubrimiento” de la España amable en su pueblo y en su gente de saber constructivo, no podríamos olvidar otros aspectos. Venían desde muchos años atrás hasta 1956, fecha en que se publica por la Universidad de La Habana, la obra de compilación de Fernando de los Ríos titulada *Ciencia y conciencia*. El prólogo inacabado de Raúl Roa es una pieza maestra de su activa comprensión de la España que, a medida de la imposibilidad de una democracia sana y, por consiguiente, de la pérdida de los restos de su imperio para que cayeran en las garras sangrientas y esquiladoras del capitalismo financiero norteamericano, se alzaba por la renovación perentoria de su vida intelectual, de su existencia toda. Desde su famosa conferencia en la Institución Hispano-Cubano de la Cultura, en enero de 1928, que escuché mozo y aún algo menos que mozo (como las del maestro Américo Castro) en que don Fernando de los Ríos refleja la continuidad de los hombres magnos de la Institución Libre de la Enseñanza con el Martí admirador –por aproximación a una nueva concepción futurista de la conciencia española– de los que “Krausifican a España”; desde esos años, que coinciden con la formación de Roa como hombre de combate, De los

Ríos dijo que Martí no podía pervivir sino “como padre de vida, generador de una corriente de acciones reales, esto es, cooperador en la formación ulterior de la existencia”, los vínculos entre nuestro compañero memorable y la España que, como Cuba, aspiraba a que su honra patria viviera dentro de la honra universal, fueron permanentes y acrecidos en los democráticos años entre 1936 y 1940.

Ese prólogo de Raúl que ilumina con copiosa información y reflexión el nacimiento de la España que se opuso sin desmayo al fascismo, no pudo ser terminado y por eso aquel libro no circuló hasta después de 1959.

Eran las horas de los “hornos” que diría Martí. No pudo terminarlo, pero nos queda como la última gran expresión de su fidelidad a una España en que la Revolución cubana ganó respeto y solidaridad; allá se sabía cuánto cuesta abrir el camino del futuro.

Habría mucho más que decir. Si el tiempo lo permitiese daría a este esbozo un contenido aún más diverso y preciso, pues no se me oculta que en casi todos sus textos aparecen cercanías y filiaciones de pensamiento que, matizadas por su definición ideológica y las circunstancias tanto como las condiciones de la patria, realzan aún más y fortalecen su encuentro con la España materna. Pero la vocación de decir, como en su caso, nunca deberá ser más poderosa que el afán de hacer. Compartido el tiempo entre esas dos vertientes, indisolublemente unidas en el quehacer de todos los días, podré –lo espero y lo propiciaré– presentar páginas mejores en un seminario ulterior.

Ni qué decir cómo se encuentra la huella del genial y doliente Antonio Machado en la obra de Roa, o la de García Lorca. Hay que dar estas presencias por sabidas, y no solamente en Cuba. Multiplicadas e incitadoras, las obras de aquellas víctimas de la gran tragedia tenían que llegar a él, y a muchos de los contemporáneos, como diálogo de pueblos en que el pasado inspirador de la creación popular española era ya y por siempre, futuro.

Notas

¹ González Bello, Manuel. *El canciller*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1999. pp. 28-29.

² *Ibidem*, pp. 24-25.

³ *Ibidem*, pp. 80-81.

⁴ Fragmento de un discurso en el MINREX (diciembre de 1963). En: *Ibidem*, pp. 71-73.

⁵ *Raúl Roa el canciller de la dignidad*. México, D.F.: Editorial Nuestro Tiempo S.A., 1985. pp. 19-30.

⁶ *Ibidem*, pp. 120-129.



Roa, el delicado*

Fina García Marruz

Poetisa y ensayista

Yo no voy a recordar aquí, porque otros lo han hecho mejor de lo que pudiera hacerlo yo, al Roa luchador, que hizo de la “pluma en ristre” arma de batalla, el del habla vivaz, chisporroteante, ascua de la que salían, más que los matices del color, los del movimiento agilísimo, el que atacaba su tema por varios lados a la vez, con estrategia de guerrilla, el que se entraba por lo inesperado, tundiendo y aturdiendo con la carga de machete de su palabra, al enemigo brutal que nos quiere poner fuego a la casa todavía, sin ver que la niña, la isla, no está sola, sino que la madre está ahí parada en medio de la balacera, y el hijo predilecto vela todavía, y los hijos que le nacieron al hijo magno no dejarán que el enemigo la venza, el enemigo brutal, que se extinguirá como se extinguieron las grandes especies antediluvianas, por su enorme torpeza, en tanto quedó el hombre sin más, en su justa y proporcionada estatura, mediando entre la tierra y los astros. Yo no voy a recordar al “Canciller de la dignidad” que desde las entrañas mismas del monstruo nos defendió la isla, con todas las palabras como pedruzcos que encontró a mano,

porque hay que recordarle al grandulón que abusa de la niña, la isla, no está sola, que oye aún aquel “vamos” inmemorial como un eco agrandado, y que vamos entre todos a protegerla, con la muerte, y con la vida.

Yo voy a recordar al Roa delicado, el que quizás se conoce menos, el que incluso ignoran algunos que le admiran virtudes y defectos –porque hay defectos admirables– excusando con sonrisas de innecesaria indulgencia sus inesperadas “salidas”, capaces de confundir a todo un cuerpo de traductores, como en las memorables sesiones de la Organización de Naciones Unidas (ONU), cuando su atropellado torrente verbal dejaba con las manos impotentes en alto a los que en la estrecha cabina se esforzaban por traducir a un idioma conocido el lenguaje de la centella y el fuego graneado. No, amigos, no hay que subrayar, pero tampoco ocultar, con gesto pudibundo, las entrañables “malas palabras” de Roa, tan distintas a las de otros. Hay hombres vulgares que nunca han dicho ninguna, y otros, esencialmente delicados, que las usan, más allá de su significado literal o su propósito de ofensa, como puras cargas explosivas, y siempre para defender al más débil. Los de buen oído distinguen entre aquellas gratuitas o procaces, y estas honradas y valerosas, nietas del mejor Quevedo, al que llamara Vallejo “nuestro abuelo dinamitero”, y en las que el centelleo verbal está puesto al servicio de una causa noble. Buena entonces esa carga de dinamita.

* Trabajo publicado en: *Seminario sobre Raúl Roa García, celebrado en La Habana (julio 5-6 de 1983) en el primer aniversario de su muerte*. La Habana: Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García, 1983. pp. 61-73.

Como otros ocultan, bajo un manto refinado, su bastedad esencial, Roa ocultaba, con raro pudor, su delicadeza. No la ostentaba, no se vestía con ella, que se le volvía, recatada, a los adentros, como esos parajes de más fino entramado que sólo descubre el que se aleja de la carretera. A ese Roa había que adivinarlo, que sorprenderlo, cuando no estaba en guardia: se dejaba ver en un rápido gesto, en un juicio justo sobre un enemigo ya muerto con el que no fuera hidalgo gastar ya bizarrías, en un fulgor emocionado de los ojos que enseguida se volvían a su posición de combate. Este Roa, que podía, dolorido “infinitamente”, soportar una visita larga sin impaciencia o queja es el que se deja ver en un retrato juvenil con Pablo de la Torriente Brau, en la embarcación que lo llevaba rumbo a la cárcel de Isla de Pinos, momentáneamente vuelto hacia sí mismo, bajo el área de influjo de su hermano mayor, que allí aparecía en un segundo plano, con el rostro fogueado un tanto oscurecido. Le hice un poema a esa foto que voy a leerles, no porque valga algo, sino porque recoge un aspecto suyo menos ostensible. Le puse, “Retrato interior”, aunque sólo en dos versos aludía a esa secreta delicadeza, para respetársela como debía. Como esperaba, Roa, tan pródigo de generosidades con lo mío, no me dijo ni una palabra de este poema, que por otra parte se entendía mejor con su silencio que con cualquier banal elogio. Aunque su insuficiencia es mucha, de su pobreza literaria me alegro: el fugaz homenaje eran sólo unas “señales de bandera” a un barco que iba a otro sitio, para que supiese que había sido visto. Decía así el “Retrato...”:

*Pablo a tu lado siempre, ardiente,
[fiero
y festivo a la vez, de cubanía,
entrañable, Pablo, que es Pablo de
[la simpatía,
muchacho siempre, y qué muchacho
[entero,*

*tan año treinta –política, boxeo,
estudiantil denuedo y tiranía–,
nauta parece aquí, hondo minero,
soldado recio y paladín del día,*

*Y tú, chisporroteante, de expresiva
mano que juega, que discute o clama,
al presidio a que ahora te encaminas,*

*vas con tan libre y tan rara dulzura,
raro poeta allí, reverso de otra llama,
con Pablo aún y siempre todavía.*

También Pablo ocultaba, bajo el torrente de su simpatía, lo absoluto de su arrojo, como Rubén lo transido de la sonrisa que ahora deja ver su mascarilla, cerrado ya el fuego verde de los ojos. Muertos los dos, su energía pareció refugiarse en la mano gestual de Roa, abierta en cinco puntas de llama viva, como denunciante e indignada coherencia en la larga noche de la patria.

La sensibilidad de Roa era como una antena en alto, era la de un vigía avizor: le recorría la flaca armazón, abría arriba, como la pucha estrellada de la palma. Ella le anunció, en más de una ocasión la presencia inminente de un peligro, o de una pena. Estas cosas, que hoy estudia la parasicología, las ha explicado siempre la posesión de una alta sensibilidad. Fue ella la que le hizo sentir un raro desasosiego, un deseo inmediato de comunicarse con su hijo, unas horas an-

tes de que se intentase hacer explotar una bomba en su máquina situada frente a la Misión Cubana de la ONU, la misma que le hizo sentir una ansiedad angustiosa, inexplicable, según él nos contara, a las mismas horas en que se estaba muriendo su fraterno Pablo por la causa del pueblo de España, muerte que lo dejó siempre huérfano, porque hay amistades destinadas, y así fue la que lo unió con Pablo y con Rubén Martínez Villena, el de los ojos de arrebatado fulgor. A esos chispazos de luz creció su alma.

Nada de lo que en ella se sembró, cayó en surco vano. Así las historias relampagueantes del abuelo mambí, el que fuera secretario y ayudante de Ignacio Agramonte, de Manuel Sanguily, de Máximo Gómez, el del desventurado lance con Martí, que encendió la malevolencia de Rafael Leónidas Trujillo, y que tanto afligió a Roa. Recuerdo cuánto lo alegró cuando Cintio Vitier y yo le llevamos una carta inédita en que José Martí daba una visión favorable de Roa visitándolo, solícito y constante, en su cárcel de Santander, y cómo corrió a añadirla a su libro, ya en prensa, sobre su abuelo, que no fue por cierto el autor de la carta insolente, cuyo original aparece de puño y letra de Enrique Collazo, autor y firmante. Roa no escribió este libro para defender a su abuelo “frente” a Martí sino para dejar conciliados para la historia, como lo estaban dentro de sí mismo, a sus dos mayores devociones patriotas, para recordar hechos posteriores, como el elogio de Martí a Roa en el prólogo a *Los poetas de la guerra*, que quedaron oscurecidos por el fragor de aquella “escaramuza dialéctica”, como le llama, y quizás para alegrar, así fue-

ra póstumamente, a su pobre abuelo, glorioso, y “lacerado”, finalmente, por tantas calladas penas.

Bien debió haber tenido Roa las destemplanzas verbales del abuelo mambí, no siempre justas, pero provenientes de un corazón honrado y excitable. Algunas flechas dejó en la aljaba del nieto, al que le salían también las invectivas silbando como balas: “las aceitadas reformas del alcanforado Don Antonio Maura”, el régimen colonial, organismo “desvencijado y esclerótico, temblequeante y pellejudo”.

El estilo de Roa le venía de la sangre. No lo sacó de las infatigables lecturas, sino del chisporroteo de la luz cegadora del mediodía cubano. No se andaba en contemplaciones, pero su jugada fue siempre limpia, como el pelotazo de uno de sus “azules” del Almendares. Parecía que daba siete remolinos al brazo antes de tirar en línea recta sus andanadas de dicerios, rompiendo, como Don Quijote el de Maese Pedro, el retablo político de aquella primera república, dando en pleno pecho a sus “alabarderos”, “ventrílocuos”, “inverecundos a paga”, adulones y guatacas, “botafumeiros de ritos”, follones, sicofantes y “trabucaires” de toda laya. Con frecuencia recurría a vocablos tomados de la medicina o la patología para detectar las causas de aquel tumor maligno que parecía devorar el organismo patrio, “coágulo de plomo que infarta el inapreciable fluir de la vida”.

Los años treinta sellaron su estilo. Aquella revolución “se fue a bolina”, como el papalote que se remontó por las azoteas entre la desilusión de la muchachada ilusa. Son frases que tienen todo el aire de aquellos años bidimensionales, en que la realidad

pareció tener, como las caricaturas de Eduardo Abela o Conrado W. Massaguer, sólo dos planos, y en que faltó –salvo en unos pocos iluminados– la dimensión de la esperanza. Hay por eso en ellos algo discontinuo, que ardía y se apagaba rápido, como aquellas vidas jóvenes entregadas, y el idioma mismo tenía algo de estrepitado y espi-rituoso, un fulgor que estallaba aquí o allá como estallaban en las esquinas los petardos machadistas. En Roa se hizo centrífuga aquella fuerza “concentrada, colérica, expectante” de Rubén, que no hallaba una “forma” sino buscaba “una función oscura y formidable”. Fue la década joven. Fueron los tiempos de la Universidad Popular José Martí, la Liga Antimperialista, la fundación del Partido, la huelga de hambre de Julio Antonio Mella, la manifestación del 30 de septiembre, el asesinato de Trejo y todos parecen haber recibido los volantes que iba a tirar Rubén del avión de no haber sido detenido, las proclamas más subversivas. Es el tiempo en que el deporte fue más serio que la política, Liborio se burlaba del Tío Sam en los muñequitos y carnavales, mientras que el Tío Sam se burlaba de verdad de Liborio, y cobraba al contado en las trastiendas electorales. Es cuando se decía que se estaba “en la fuácata”, la “prángana”, esdrújulo habanerísimo. No en balde escribió Roa el “Elogio del pirulí”, paleolítico del elogio de la jiribilla de Lezama, bobo de Abela de los dulces, denunciando, con esa mezcla de burla y de nostalgia tan cubanas, el “dulce adormecimiento” de su pico amarillo, en aquella siesta interminable que pareció dominar la vida nacional, a la sombra cómplice del dril y el jipijapa. Es el tiem-

po en que la rebeldía fue aislada, del Grupo Minorista, la Protesta de los Trece, la Liga de Veteranos y Patriotas, el de la poesía social surgente, el descarrilamiento de los tranvías a campanillazo limpio por todo San Lázaro, la huelga obrera, el desfile universitario, roto a tiros por la policía. Es el tiempo de los ultra, de las vanguardias, en que las viejas sinestesias simbolistas aparecen ya irreconocibles en títulos como “Sinfonía de color” y otros, con ese aire de audacia inmotivada que tienen los gimnastas.

Al apagarse y caer en el vacío la hermosa gesta de la lucha antimachadista, muertos sus mejores adalides, quedó como una oquedad, una tristeza, sobre la que medró el cinismo –negocio sucio y relumbrón en la mano–, a la sombra segura del respaldo yanqui, y unos pocos desesperados, cuyo idioma fue el grito en la tribuna o el pecho balaceado. No es extraño que una nostalgia de lo heroico y hazañoso volviese el idioma de Roa una especie de lenguaje de caballería. No dice “tropa” sino “huestes”. Una luz no ilumina sino “destella”. Sus nombres preferidos son “heraldo”, “paladín”, “bastión”, giróvago o “girovagante”, “vigía”. Los espinazos son “erectos” y los picachos “fulgentes”. Basta fijarnos en sus adjetivos: afilado, señero, cabal, prometeico, recoleto, fragoso, empinado, centelleante. Repasar sus verbos es conocerle el ánimo humilde y batalladora: se le ven las preferencias por lo que “denuncia, afiebra, organiza, avizora” y también y siempre por lo que “fluye”, “susurra”, “acaricia”, “fustiga”. Su adjetivación parece reiterativa, pero gusta de irse enrareciendo y afilando: los elementos son “afines, concurrentes y coadyuvantes”. El enemigo es “contu-

maz”, el viento “estéril, hirsuto, caliginoso”, Tomás Estrada Palma no asegura sino “abrocha” su dominio en la Cámara y el Senado, como si fuera una levita de época. No se está lleno, sino “pletórico de esperanza”.

Esta “plétora” es la que le rompe lo eslabonado de la frase, en que lo lamido queda hecho añicos como el espejo de la sala de un capítulo de *Los tres mosqueteros*. Hay siempre en él algo de Cyrano de Bergerac, del aroma de las novelas de Salgari o de aventuras que leyó de niño. A veces es tan rápido que parece oscuro, sin serlo ni pretenderlo: “Rebrota el pastiche en la yerba escondida” o “Ya hemos hinchado el cascabullo, y pinchamos la nuez”, frases que nos dejan en la memoria como “el silbido del lampreazo”. “Estoy a merced de los gurruminos, a dieta de sogas embreada cocida con cebo y postre de boniatillo”. Se ve que se ha propuesto petardear la falsa circunspección, lo “bonito” sin entrañas, para mostrar la realidad tan desfondada como nos la dejaron las dictaduras de aquellos años que tuvo que combatir, y que le dejaron ese aire de francotirador sin apoyo, de tira-piedras a lo solemne cuco y campanudo de la época. Algo tiene de ese gesto con el que pintó a Sanguily, cuando se volvía bruscamente “como un esgrimista en acecho”. Algo de las delirantes “metáforas marciales” de Manuel de la Cruz. Algo de la emoción de aquellas palabras con que su abuelo agradeció la invitación a los veteranos de Camagüey para develar un mausoleo a los héroes del 68: “Es verdad que no sé cómo agradecer por medio del lenguaje

atropellado e inseguro, lo que sí de agradecer en el fondo de un corazón callado y firme”.

Al fondo de sus palabras, que también atropellaba la vehemencia, habla esa firmeza sin engaño con la que también contribuyó —como su abuelo “con el hacecillo de luz de su machete” a la defensa de la patria. Fue esa lealtad callada la que dio a la Revolución en un momento en que aquel estilo suyo, forjado en la lucha desigual y minoritaria contra dos tiranías, aquella su “bufa subversiva”, su arremetida quijotesca contra todos los remolinos del “viento sur”, las complicidades y bastardías, ya no tenía la misma razón de ser en medio de una Revolución triunfante y mayoritaria, que si bien en lo internacional exigía sus viejos arrestos de batallador, en lo interno exigía la victoria más difícil de la autodisciplina y del tenaz laboreo diario. Uno de los sacrificios más callados que hizo Roa por Cuba fue el de dedicar el resto de sus energías a la Asamblea Nacional del Poder Popular, restándose las al tiempo de escribir su libro sobre Rubén, que nadie como él podría ya hacer nunca. Sacrificio modesto de la entrega de sus horas a tantas deliberaciones y problemas urgentes pero a veces tediosos, de imprescindible atención, ya sin el aliciente de aquellas largas invectivas contra el imperialismo que dieron sus arrestos juveniles a las memorables sesiones de la ONU, trabajo que arroja mucha luz sobre el sentido de servicio que tuvo no sólo su palabra sino su vida. Trunco quedó el libro que tantas veces soñara hacer, y trunco en la decisiva parte final, que es la que da

forma a todo libro como a toda vida. ¿Pero no había sido ese, a fin de cuentas, el legado de Rubén, que dijo: “Yo destrozo mis versos, los desprecio, los regalo, me interesan tanto como a la mayor parte de nuestros escritores interesa la justicia social”? Frase que formó a Roa, que marcó su febril prólogo a *La pupila insomne*, aquel librito delgado y entrañable que todos leímos en la adolescencia. No se convive impunemente con una llama.

Cuando se le hizo en la Biblioteca Nacional aquella exposición homenaje por su cumpleaños, vimos en una de las vitrinas una vieja revista de juventud en la que aparecía un trabajo suyo sobre Martí en que citaba:

*El clarín
me tiende, trinando, el ala.*

Comprendimos que eran los versos de aquel libro que más debieron gustarle, que le estaban destinados. Pues hay que aclarar que aquella impaciente frase de Rubén no significó ningún desprecio hacia la poesía, sino que justamente partía de una fidelidad mayor hacia ella que la vinculaba, en lo secreto, con el sacrificio y la entrega. En la formación de Roa tuvo que estar aquel tomillo de *Los poetas de la guerra* y el prólogo de Martí: lo alado, lo ígneo, había de venirle a través del llamado del clarín mambí, proclama y anticipo de la alborada. Esa secreta relación de belleza y militancia revolucionaria no quedaba jamás rota, aun cuando se presentase cada una aisladamente: ello permitió a Rubén la comprensión de la primera poesía preciosista de Pedroso, su nexos con la “Salutación fraterna al taller mecánico” o la poesía social, ya que, como bien dijera, aquellas “gemas

imposibles”, aquellas letras “miniadas”, tenían “una exquisitez de revancha contra la rudeza de su oficio”, eran “una justa y humilde reacción”, ya que “el esclavo del salario se sueña rey”. Pero estas cosas las entienden los poetas revolucionarios, no los críticos que quieren serlo. De aquí que fuera tan formativa la relación de Roa con Rubén, que explica a su vez su rara comprensión de dos generaciones tan distintas como la que le precedió (la generación de Poveda y Boti) y la que le sucedió, la generación de *Orígenes*, para reconocimiento y simpatía. Siendo escritores tan antagónicos, hay en Roa algo del gusto de Poveda por las palabras “raras”. A propósito de esto, cuenta Vilaseca que en una ocasión pidió Roa a sus amigos que le hicieran una lista de palabras bien “estrabóticas”, de poco o ningún uso. Con ellas compuso un burlón “Criptograma” con el que buscaba en el fondo decir algunas cosas contra la dictadura de Batista, pero en forma tan críptica que pasara inadvertida por la policía. Después de todo el esteticismo fue, a su manera, un lenguaje cifrado, secretamente subversivo. ¿No molestó siempre a la reacción el lenguaje nuevo de la vanguardia, como molestó a los colonialistas la metáfora modernista? Vale la pena detenernos en esta curiosa página.

El héroe del relato aparece burlescamente presentado como un pastor de cabras que hace una primera salida quijotesca al alba “bajo un cielo estelífero y con la fanturriña espiritada”, y al que los “galafetes” de la zona, alzan en vilo y muelen como al Caballero, dejándole lastimosamente descremado. No faltan dulcescas alu-

siones a una “zagala bruna”, aunque sólo sueñe con “un fiacre lila”, que bien podría ser figuración del país corrompido por la baja política, de aquí que llame a los trabajos que por ella “ingenuidad florecida de mieles en un prado de gardenias tostadas”. La frase críspica, pero como se ve, hay en ella una burla de lo romántico, un gusto por el “grotesco” en la expresión, que tratan en el fondo de ponerse a tono con lo grotesco de la situación misma, la burla ambiente a todo lo elevado. Es un recurso semejante al del atuendo deliberadamente ridículo de Charlot, al del bobo de Abela dejándose tomar el pelo, asumiendo que por tal lo tenga el politicastro, tonto, como lo son todos los pícaros según Martí, o el de la Tontópolis del Damián Paredes de Luis Felipe Rodríguez: es un recurso en realidad muy de estos años. ¿Y por qué ha recibido el cabrero la brutal golpiza? Al ver el contraste entre lo esforzado de su intento y lo flaco de su rocín, “ganas me han dado, dice de espurrar al bellaco y estridurarle la osamenta”.

Lo que lo ha expuesto a esa tunda es que no puede el pastor resistir una injusticia sin que le vibre todo el cuerpo, o para decirlo a su modo: “Es como si me atravesasen el nómeno con afilado espetón”. ¿No pasaba otro tanto a Roa, que burla burlando, nos deja aquí su retrato en caricatura? Por eso llamará a Sócrates, el primer mártir de la libertad de conciencia, su maestro, a la mulata Eusebia su nodriza, y su divisa, a la vieja Roma: “primero libertad, y luego comeremos”. Entre veras y burlas se cuele, sin embargo, subrepticamente, cierto lirismo recoleto no confeso, que sin aludir al trópico de “los abanicos de

las palmeras” o la ya “trémula cristalería” del arroyuelo da de pronto una nota más veraz de un paisaje visto a través de la impaciencia política, muy dentro de la sensibilidad estética de aquellos años: “Sobre los muros grávidos los bueyes babeaban su incapacidad de amar”. Aquellos bueyes que en “La zafra” de Acosta aparecían vistos de modo pictórico, “octogonales” y casi cubistas, mero fondo de la tragedia de nuestros ingenios de azúcar, aquí se metamorfosean en algo “babeante” sobre los surcos cargados de semillas, con una incapacidad incomprensible para fecundarlas. En esta, como en tantas otras páginas suyas, está la huella de aquella “semilla estéril” en “el surco de fuego” de Rubén, que lo dejara “enrollando nostalgias entre sementeras y pedregales”. Su lenguaje está imbuido de esta peculiar atmósfera de los años veinte y treinta. “Desde que me enzurricé los pantalones largos...”, comienza, y uno recuerda que aquel era el signo que efectivamente marcaba la salida de la niñez, ya que hoy se hace uso en cualquier tiempo del pantalón largo. Es como si dijera: “Desde que por aquellos años me alcé, para no dejarla, hasta mi altura mayor de hombre”. Otro ejemplo: la porra era la policía de Machado, y aunque en esta página estamos ya en la de Batista, escribe de este lance del cabrero: “No podré olvidar nunca los mamporrazos del macanboche”, lo que parece un neologismo o un compuesto de “macana” y “boche”, que significa “burro” o sea, “burro con macana”, lo que bien podría ser a su vez derivación del “asno con garras”, espetado por Rubén a Machado y que Roa aplica ahora a Batista

y su “porra” policíaca, En cuanto a “galafate”, que es “ladrón que roba con arte, disimulo o engaño” es en una segunda acepción “pez de Cuba”, y ya se sabe que a Gómez se le llamó “Tiburón”, como después a todos los políticos que roban.

Si todo lo que un hombre hace, así sea en broma, resulta revelador, hay mucho de Roa en este pastor de cabras a quien, cuando la injusticia lo “hiere” se queda ronco de tanto gritarle y “la bronquitis galopa en zafarrancho sobre su escuerra armadura”. La página la escribe en la “gayola”, o sea la cárcel, de la que el circunspecto diccionario nos dice que era también la jaula o casita escondida entre los árboles de “los guardas de las viñas” del Buen Amor del Arcipreste, los guardas del fruto de la vida, ¿de la vida?

Esta página, que Roa recoge en *Retorno a la alborada*, publicado después del triunfo revolucionario, fue escrita en agosto de 1952, o sea en plena dictadura de Batista, por eso hay en ella un secreto nexa con el desencanto profundo de Poveda, que fue el de los primeros años de la república. Sólo que Roa es todo lo contrario de un elegíaco, tiene ese cubanísimo rechazo a la autoconmiseración que tan bien refleja su lenguaje desenfadado, de un lirismo que se burla de sí para denunciar lo que a todos nos burla, por lo que declara que no es un “epulón” u hombre dado a comer o regalarse con exceso, a dieta como está de “orquídeas fritas y mapamundis sancochados”, que no es un “ignavo”, ni un “ignoto” –ya nos vamos acercando a nuestros “raros” de la década del veinte– sino “un criptógrafo sobreviviente de los tiempos del

Arcipreste de Hita”, pero eso sí, “puesto a girovagar por el malecón en deslumbrante jerapellina”.

¿De dónde sacaría esta palabra? Significa sencillamente “vestido viejo, hecho pedazos, andrajoso, raído”. El diccionario, como esos sirvientes que en las novelas de misterio dan con toda inocencia un dato que esclarece un vínculo entre dos hechos lejanos, añade que la palabra “viene de harapo”. Y entonces recordamos que al final de su “Elegía del retorno” Poveda, el poeta, el que parecía testimoniar sólo una personal angustia, revelando el verdadero destinatario de ella concluye: “Esta muda elegía, Patria, que el viento de la noche despliega como un harapo sobre nuestro infortunio”.

Harapo patrio en que se convirtió por entonces nuestra bandera y que reaparece, ya irreconocible, en esa frase del “Criptograma” en pleno 1952, cuando la noche todavía no parecía anunciar el “retorno a la alborada”.

Hemos querido destacar, por menos señalados, estos aspectos de su tan rica hechura. Sí, Roa el delicado. No sólo el batallador político, el polemista formidable, sino aquel a quien un primer contacto con la poesía dio luz para entenderle su otra forma de servicio, olfato para lo verdadero, ojos para verla en la raíz de la patria, el mismo capaz de ver por los días de su exilio político, los crepúsculos de Morelia, de recatados tonos sibilinos, “la fina plata de Guanajato”, “la cerámica y orfebrería de la luz” a la hora en que se creyera ver el Tata Vasco de Quiroga, amado de los indios.

No queremos escribir un “In Memoriam” al que todavía recordemos todos tan vivo de gestos como de pa-

labras, en el Ministerio, en la Embajada, en el sillón de su casa, mal plegada en el asiento la garabateada silueta movediza que la caricatura maestra de David captó de modo insuperable, las manos como antenas eléctricas cambiando de posición, sin cesar, la tacita de café dejada al lado, el cigarrillo nervioso, y un humillo gris velando fondos de rojo chispa y verde claro, en lo ligero intenso imprevisible. Deslenguado tan solo ante la infamia, fino de fondo, “infinitamente”. Nadie menos ni mejor diplomático, ni nada más refrescante que su absoluta falta de hipocresía, el modo que coronaba un suceso favorable, cuando la tensión internacional parecía más intensa, con su adjetivo breve, pictórico, bizarro inconfundible.

La muerte lo sorprendió como sorprende a los servidores de la vida, en plena tarea. No pudo llegar a retirarse, como dijo en memorable entrevista, a escribir sus memorias, envuelto en un ropón morado, con gorro frigio con una estrella en la cabeza, a manera de ese Don Quijote que aparece en un grabado de Doré también en ropa de dormir, encalabrinado el cerebro por los libros de caballerías, sino que estuvo hasta el final como en sus retratos de joven, delgadito, vibrátil, vertical, sirviendo, sirviendo a su Cuba. No sé si arrullaría su sueño aquel “alacrán de cobalto” de la fiebre que en una de sus páginas aparecía “tocando, sin cuerdas, unos acordes de la *Heroica* de Beethoven”. A él le tocó la faena, no la música, pero sólo un violín sin cuerdas deja oír algunos acordes. Estoy segura de que le dejaran, como pidió en su testamento juvenil, “la edición completa de Salgarí, seis tomos de Rocambole, un ejemplar

raído del Quijote” y –siempre lo hazaroso y aquella nostalgia de lo muy delicado– “una edición primorosa de *La Edad de Oro* de José Martí”.

La tarde en que fue devuelto a la tierra que defendió sin cansarse, al oír la larga, estremecedora nota del clarín, las descargas cerradas que por esta vez parecen profundizar más que interrumpir el agudísimo silencio, me di cuenta de que Roa había sido en realidad un mambí, y que era justo que recibiese los honores de un militar muerto en campaña, porque en campaña murió y en campaña había vivido siempre. No pasó a Roa lo que a su abuelo, a quien elogiara Gómez como a “un hombre del 68”. No fue sólo un hombre de los años treinta, aunque ellos marcasen su vida y su vocabulario. Dio gusto ver a Roa en su segunda salida quijotesca al alba, poniendo al servicio de la Revolución sus dotes de polemista y su indomable energía. A su muerte, comentando con el poeta Félix Contreras cómo con Roa se había ido un pedazo de la historia de Cuba, un estilo, una época, nos dijo con un acento de desconsolada tristeza: “Era el ardor cubano...”.

Sí, Félix, Roa era el ardor cubano, el que centellea en el peligro como en la fiesta, el que uno oye, como en una segunda crecida, en algunas viejas canciones cubanas –“mil saetas al oído!”– en las que la Patria nos mira como una niña arrobadora, y nos hierre dulcemente. Es el ardor cubano, el que, a la menor injusticia, cuando “en su dolor se siente herido”, se yergue y guerrea sin tregua, el que entonces peleó, luchó, perdió, y ahora aún guerrea, canta, vence y vencerá, el que nos salva.

Ardiendo pura*

Cintio Vitier

Poeta, crítico, ensayista y novelista

*Esa mano relámpago, más viva
que la ardiente palabra en que restalla,
esa mano zig-zag de la batalla
a pecho limpio de la patria altiva:*

*esa mano vibrante, deportiva,
disparando el strike que no le falla,
hipérbole la pólvora en que estalla
y sale de sí misma, rediviva:*

*esa mano de Roa que flamea
invicto airón sobre la dictadura
y en la cueva del yanqui centellea:*

*esa mano que increpa, rapta, jura.
Garabato de luz, fulmínea idea,
es la estrella mambí, ardiendo pura.*

* Poema dedicado a la intervención del doctor Raúl Roa en la Organización de Naciones Unidas (ONU) en abril de 1977. Fue publicado en *Signos* (Villa Clara, Cuba) (21):29; en.-dic. 1978.

1907-2007. Raúl Roa García:

El rumor de la colmena

Juan Nuiry Sánchez

Historiador y profesor de la Universidad de La Habana

Recién elegido Ricardo Alarcón para presidir la Comisión en Homenaje por el Centenario del Natalicio de Raúl Roa García,¹ le escuché hacer la siguiente pregunta: “¿Como debemos hacer esta conmemoración? Hay que hacerlo al estilo de Roa, sin empaque ni protocolo, ameno y alejado de todo formalismo como fue su existencia. No podría ser de otro modo”.

Mientras oía atentamente al compañero de tantos años señalar en su medular intervención el tránsito de Roa como profesor y decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de La Habana, pensaba: “Los que conocimos a Roa en esa etapa, ¿cómo podríamos trasladar a

la nueva generación la imagen que conservamos, que fuera consecuente con su peculiar manera de ser, pues el hombre es su estilo?”.

Sin lugar a dudas, cuando en esta conmemoración se destacarán sus múltiples facetas, tan llenas de matices, pero imposibles de conocer en su co-

recta dimensión sin hurgar en su raíz que, indudablemente, está en la Universidad de La Habana.

Julio Antonio Mella había matriculado en la Facultad de Derecho en 1921 y la Colina estaba impregnada de su prédica. Por entonces, Raúl Roa aún era alumno de bachillerato cuando lo conoció en la Universidad y admiró su

porte altivo, su acento valiente y vigoroso, su palabra encendida. Roa ingresa en la misma escuela en 1925. Resulta interesante la imagen que guardaba de su posterior encuentro con Mella, el 26 de noviembre de ese año.

Esta ocasión fue precisamente la última en que Mella estuvo en la Universidad. El lugar fue el

Patio de los Laureles, donde con su magnetismo característico, se subió en un banco. Roa lo recuerda de este modo: “[...] su mirada resuelta y brillante se encogió un momento en sí mismo y luego con gesto dominador y altivo, la melena flamante, el brazo poderoso rubricando el aire, rompió a hablar”.



Gerardo Machado sucede a Alfredo Zayas en la presidencia de la república. En la víspera del 30 de septiembre de 1930, Roa es manifestante y redactor del “Manifiesto al pueblo de Cuba”; fecha imborrable en el decursar de su vida. Se incorpora al Directorio Estudiantil Universitario, después funda con Pablo de la Torriente Brau, el Ala Izquierda Estudiantil. Su prédica, participación y combate, contra el “asno con garras” lo lanzan una y otra vez a la cárcel. De ahí nace una conducta, una posición ineludibles que mantiene hasta el final de su vida.

Se gradúa como Doctor en Derecho Civil y Derecho Público en 1934. Otra vez se frustra la revolución y en 1935 fracasa la huelga de marzo. Dos meses después, Antonio Guiteras caía combatiendo en El Morrillo. Fue una pérdida irreparable.

Ante un cuadro sombrío en la vida nacional, marcha al exilio. Se inicia un triste período donde impera la figura siniestra de Batista. Regresa de los Estados Unidos a Cuba y prosigue su lucha y posición revolucionaria.

En 1940 ganó por oposición la cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales en la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, en la Universidad de La Habana.

Con estos apuntes iniciales, que constituyen vivencias inolvidables, nos aventuramos a describir nuestro encuentro y vinculación con Raúl Roa García. Yo había matriculado en el curso 1951-1952 en la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, donde el doctor Roa García era decano.

Entre un montón de recuerdos, observo la imagen de aquel profesor, flaco

y nervioso, con un montón de libros bajo el brazo –del sobaco como él decía–, resuelto y ágil, bien caminando o sentado en un banco en la Plaza Cadenas, hablando con elocuente verbo, gesticulando, “arañando el aire con sus manos”, contando anécdotas, rodeado siempre de estudiantes que lo escuchaban con entusiasmo, sin más protocolo que su prestigio.

Recuerdo haberlo oído hablar por primera vez del mentor argentino José Ingenieros, también de la epopeya de Augusto César Sandino, el General de Hombres Libres, referirse con pasión a Pablo de la Torriente Brau, Rubén Martínez Villena, Rafael Trejo y Gabriel Barceló, así como a Manuel Sanguily, Enrique José Varona y José Carlos Mariátegui; destripar a la Enmienda Platt y crucificar a tráfugas, farsantes y politiqueros. También referirse a su ineludible posición frente al “bonche” universitario.

No era un hombre de pose, era ameno y sencillo, lo mismo que sucedía en su cátedra. Cuando impartía clases no sólo estaban sus alumnos, sino también acudían los de otras facultades para oír sus lecciones, entre ellos José Antonio Echeverría, quien le profesó siempre estimación, admiración y respeto. Tal como lo describe Raúl Roa Kourí, en su “Liminar”, en la última edición de *Historia de las doctrinas sociales*, publicada por el Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, en el año 2001: “Su cátedra era ventana abierta para otear con mirada crítica el entorno político y social”, donde el profesor Roa hacía gala de su formación cultural, sus conocimientos y de su afilado ingenio.

Para acercarnos al estilo pedagógico del profesor Roa, es importante citar un fragmento de su libro de texto *Historia de las doctrinas sociales*, el cual definía claramente de esta manera:

He tratado de infundir a mi clase el rumor de la colmena [...] Creo sobremanera provechosa, que la enseñanza se administre con la activa participación del estudiante. Hacer útil, vivaz, coloquial y alegre la tarea de aprender ha sido mi céntrica preocupación. Ni vacuas solemnidades, ni distanciamientos filisteos. Jamás, afortunadamente, he sentido proclividad alguna por los obsoletos rituales de la pedantería académica. El profesor debe producirse en su oficio por la propia naturalidad del pez en el agua. La mayoría de los que suelen asumir aires lejanos y ademán de perdona vidas, pertenecen por derecho propio, a la flatulenta dinastía de los Pachecos.

De alumno del profesor Raúl Roa, pasé a ser su amigo y compañero de lucha. Al producirse el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, declaró:

En el año del cincuentenario de la fundación de la república y en víspera de los comicios generales, un golpe militar nos ha retrotraído a tiempos que parecían trasmontados. No puede ser más dramático el cuadro [...] La Bicentenario institución –reservorio de la alta cultura y baluarte irreductible de la dignidad nacional– ha estado siempre en su puesto de combate en la coyuntura crítica de la Patria. No podría dejar de ocuparlo en estas difíciles circunstancias.

El año 1953 es de gran significación histórica. Se conmemoraba un siglo del natalicio de José Martí; cae bajo las balas de la dictadura en el mes de enero Rubén Batista Rubio, primer mártir estudiantil de esa generación; Roa recordaba a Rafael Trejo en valiente denuncia; Fidel Castro dirige el heroico asalto al Cuartel Moncada, segunda fortaleza del país, en Santiago de Cuba.

El 27 de noviembre de 1953 es asesinado el honesto y valiente Mario Fortuny, vinculado estrechamente a Roa, del cual escribiría: “Ningún crimen después de la horrenda masacre subsiguiente al asalto al Cuartel Moncada, había sacudido a la opinión pública cubana, como el vil asesinato de Mario Fortuny”. La vida de Roa, pendía de un hilo.

El 11 de diciembre, el rector Clemente Inclán leía, ante el Consejo Universitario de La Habana al que Roa pertenecía, una carta que este envió para explicar a sus compañeros la razón de su asilo, donde decía: “Me veo forzado a abandonar temporalmente mi Patria, por encontrarme desde el vil asesinato de Mario Fortuny, en inminente peligro de muerte”.

En México trabaja y combate. El 19 de mayo de 1954, al cumplirse el 59º aniversario de la muerte de José Martí en Dos Ríos, junto a la efigie del Apóstol esculpida en el Bosque de Chapultepec expresó en improvisada intervención:

Compromiso es nuestra palabra y acto nuestra conducta. No somos martianos de letra, sino martianos del espíritu. Martiano como lo fue Julio Antonio Mella y lo son hoy la legión

de titanes que asaltó el Cuartel Moncada y los jóvenes que están dando ejemplo con su coraje y sacrificio. No podía ser de otro modo tratándose de quienes somos: Desterrados combatientes revolucionarios.

En febrero de 1955 fui electo presidente de la Asociación de Estudiantes de Ciencias Sociales y Derecho Público y por esos días recibí un telegrama de Roa, siempre atento al acontecer nacional, donde expresaba: “Colonia Cuahtemoc D.F. FB 7 Juan Nuiry Sánchez, Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de La Habana. Felicítote exaltación presidencia escuela renovando fe juventud universitaria y destino de Cuba. Saludos. Raúl Roa”. Telegrama que guardo con emocionado recuerdo.

En enero de 1955, la opinión pública era sorprendida por el *affaire* del Canal Vía Cuba, que fue declarado “de utilidad pública”. Pero, la presión popular gana dos importantes batallas: impedir este criminal engendro de dividir a Cuba en dos y la de arrancar la formulación de una amnistía política a la dictadura, y la salida de las cárceles de los presos políticos y el regreso de los exiliados. Fidel y los moncadistas salen de la prisión de Isla de Pinos, el 15 de mayo de ese año, y Raúl Roa arriba nueve días después de la promulgación de la ley. “Me fui de pie y retorno de pie”, declaró al bajar del avión que lo traía de nuevo a la patria.

A su llegada, asume de nuevo su cargo en la Universidad.

Interminables serían las vivencias de aquel vínculo nuestro como presidente de la Asociación de Estudiantes y Roa como decano. Raúl Roa Kourí forma-

ba parte de nuestra candidatura en la Agrupación Manicatos, en la Asociación de Estudiantes y también en la Dirección de Cultura de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), y esto hace que se estrechen aún más los lazos con la familia Roa-Kourí.

Aquí es necesario hacer un alto, pues no se puede hablar de Raúl Roa, sin destacar la personalidad de la doctora Ada Kourí. Ella no sólo fue su compañera en la vida, sino también una destacada combatiente y distinguida profesional que, con su hijo Raúl, hacían una familia revolucionaria de formación y acción. Luego del 13 de marzo de 1957, ellos eran de las pocas personas que conocían dónde me encontraba. Fue precisamente la doctora Kourí quien, sola, me trasladó hacia la Embajada de México, en medio de aquellos difíciles momentos.

Recuerdo una reunión que se efectuó en la casa del doctor Raúl Roa, en el reparto Miramar, en los últimos días de mayo de 1955, la cual fue un intento de Roa y José Antonio por lograr la unidad revolucionaria. En esa ocasión estaban presentes Fidel Castro, Rafael García Bárcenas y Raúl Roa; por la FEU, participamos José Antonio, Fructuoso Rodríguez y yo. Ada Kourí y Raulito Roa, entraban y salían del local.

En ese encuentro primó el sentido unitario de Fidel y José Antonio, como lo demostraron siempre. Pero se pusieron en evidencia dos criterios insuperables en los enfoques estratégicos. Fidel fue amplio y detallado en sus argumentos: la lucha armada apoyada por una huelga general, que contara con una fuerza de combate, frente a la tiranía. Bárcenas

repetía la confianza en sus contactos dentro de las fuerzas armadas y nunca en un enfrentamiento contra el Ejército. No hubo acuerdos. Fidel dejó abierto cualquier análisis posterior para el logro de una verdadera fuerza unitaria en el campo revolucionario.

En el Campamento de La Rinconada, en aquellos momentos Comandancia de la Columna Uno “José Martí”, en Charco Redondo [actual provincia de Granma. N. de la E.], donde nos encontrábamos en los primeros días de diciembre de 1958, el compañero Marcelo Fernández me habló sobre Raúl Roa, de su posición de siempre y participación en el proceso. Días después, conversé largamente sobre el particular con el Comandante Fidel Castro.

Pero volvamos al presente. La amplia y rica proyección de Roa es imposible abordarla en un trabajo. En esta conmemoración se oirá hablar y escribir como señalaba Alarcón: “Como ensayista y cronista; de su pensamiento político, social y cultural; historiador; diplomático; diputado; periodista –ganó en dos oportunidades el galardón periodístico Justo de Lara–, y también de su afición beisbolera, pues en la céntrica esquina de las calles 12 y 23 en el Vedado, hay ‘una peña de pelota llamada Raúl Roa García’”.

Asimismo se hablará de cómo podía utilizar la jerga popular con palabras que debían buscarse en el diccionario; de su amplia gama de vocablos, pero comprensible y directa en su certera y combativa artillería, pues su cultura era tan amplia como el conocimiento que poseía de la actualidad cotidiana y ocurrencias populares. Pero dejemos que lo

diga Roa con sus propias palabras:”Soy criollo de cepa y por eso, escribo tan espontáneamente como hablo saliéndome las expresiones populares y las palabrotas sin que intervengan mi sistema central. Mi estilo se parece a mí, como yo a él”.

Para conocer a Roa es necesario leer su vasta obra, pero para acercarnos al personaje, a su agilidad mental, su permanente juventud y su penetrante óptica, yo recomendaría sus palabras durante el acto efectuado en su investidura como Profesor de Mérito de la Universidad de La Habana, el 23 de abril de 1977, cuando se refirió con emocionado afecto a “mi Universidad de estudiante y mi Universidad de profesor”.

A continuación citaré fragmentos de dos trabajos periodísticos donde se pone de manifiesto su afilado ingenio. El primero, realizado por Ambrosio Fonet, para la revista *Cuba* en octubre de 1968, con el título: “Tiene la palabra el camarada Roa”, y el segundo, elaborado por Samuel Feijóo y publicado el 18 de abril de 1972, en ocasión de los setenta años de Roa.

En la entrevista, Fonet le pregunta: “¿[...] cuándo descubrió que era un intelectual revolucionario o simplemente un revolucionario?”, a lo que Roa respondió: “Descubrí que era revolucionario el día que me sentí disconforme con el mundo estante y anhelé uno más justo y bello: Mella contribuyó decisivamente y acaso también el sedimento inconsciente de mi progenie mambí. A la sombra iluminada de mi abuelo, Ramón Roa, hice yo mi primera vela de arma”.

Luego añade:

Leí *El hombre mediocre*, de José Ingenieros, antes de sentirme o ser

marxista. Y, así mismo, sus demás libros [...].

[.....]

Estimo que se puede ser marxista y admirar a un escritor no marxista. ¿No admiraba Marx a Aristóteles, Epicuro, Demócrito, Heráclito, Heine, Schiller, Shakespeare, Diderot y Balzac? Y ¿Lenin no se deleitaba con Tolstoi? Si Marx propugnó la transformación del mundo, esto no empieza ni acaba con él. Nadie tuvo más clara conciencia de eso que el genial tudesco.

De esa larga entrevista a Roa, cuando le pidieron que retratara o definiera a distintos hombres, lo hizo así: Villena: la semilla; Guiteras: el fuego; Prío: el caco; Varona: el maestro; Mañach: el cuello duro; Mella: el olímpico; Barceló: el desconocido; Pablo: el talento, y Roig: el indispensable.

Finalmente le preguntan por el tipo más simpático de su generación, a lo que jocosamente responde: “No me queda otra alternativa que reconocerlo: el tipo más simpático soy yo”.

De la entrevista de Samuel Feijóo a Raúl Roa, “escritor revolucionario sin final previsible”, extraigo este pasaje: “Y de tu cumpleaños, ¿qué?”. A lo que Roa respondió:

Cumplo los 70 abriles sin darme por enterado [...] La raíz de esa juventud que todavía cabalgo a despecho de los años es una, clara y obvia: la revolución cubana fuente inagotable de proteínas, vitaminas y hormonas para el espíritu. Por eso, puedo decir que el 18 de abril, vísperas de la histórica victoria de Playa Girón, entro en la segunda juventud. Eso significa que el ropón

morado y el capuchino con una estrella roja que me mandé a hacer para encasquetármelo el día en que sintiera el primer síntoma de vejez, permanecerá guardado un siglo más por lo menos. Ahora enarbolaré dos oriflamas: ¡Patria o Muerte, Venceremos! y ¡Hasta la Juventud Siempre!

Mientras escribía este trabajo, confieso que en cada palabra me asaltaban los recuerdos y en cada cita encontraba una nueva enseñanza. Aún más, si se tiene en cuenta el tiempo transcurrido desde su desaparición física, aquel martes 6 de julio de 1982, su presencia me parece más cercana, diría mejor, más actual. Porque de Roa se podría decir lo mismo que él expresó el 19 de noviembre de 1933, al despedir el duelo, emocionado, ante la tumba del insigne maestro Enrique José Varona: “Quien fue leal a su tiempo, quien lo vivió y lo sintió entrañablemente, será de todos los tiempos”.

Finalmente, ante la trayectoria y obra presentes en este advenimiento y adiós a la vida de Raúl Roa, recordemos los versos del poeta Antonio Machado:

*¡Murió!... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.*

Notas

¹ Raúl Roa García nació en La Habana el 18 de abril de 1907 y murió el 6 de julio de 1982, en la misma ciudad. Este año arribaría a cien años de su natalicio y se cumplen veinticinco de su desaparición física.

Para este trabajo se ha consultado la extensa obra de Raúl Roa, archivos del autor y los señalados en el texto, así como *Visión y pasión de Raúl Roa* de Enrique de la Osa.

Raúl Roa: evocando a Varona*

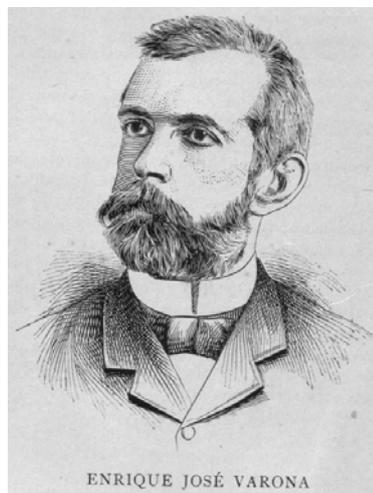
Eusebio Leal

Historiador de la Ciudad de La Habana

*Incomprensiblemente, los genzaros
habían respetado su biblioteca
y, como siempre, sobre su diminuto
escritorio flameaba un puñado de rosas
rojas y se desplegaban alegóricamente
las túnicas de la Victoria
de Samotracia.*

RAÚL ROA

En el marco severo y evocador del Aula Magna de la Universidad de La Habana tuvo lugar el sábado 23 de abril de 1977 la investidura del doctor Raúl Roa García como Profesor de Mérito de nuestra alta casa de estudios. La sala colmada de los más altos representantes del Partido y del Estado, del claustro de profesores y de estudiantes de todas las facultades, nos dio ocasión de meditar profundamente en cómo la Revolución socialista y sólo ella es capaz de premiar en cuanto vale y supone el saber en todos los órdenes. En esta oportunidad representada por el hombre enérgico y sencillo, cubano hasta la médula en el decir y en el hacer, cuya vida revolucionaria recordada por la doctora Vicentina Antuña, profesora titular, en su discurso de



presentación nos sirvió para recorrer la historia de la república convulsa de luchas, plena de sacrificios y de entregas en la que la vanguardia juvenil de que formó parte el doctor Roa dio pruebas de su temple con la vida y con la muerte. Nunca apareció más joven el autor de *Retorno a la alborada* que en estos setenta años que, sin pronóstico de reposo ni desaliento de ninguna índole, se proyecta hacia delante sin más tristeza reconocida que aquella que surge de lo más hondo de su espíritu fraterno cuando evoca a los caídos, sus compañeros, en cuyas manos llameantes coloca el título y el homenaje.

Como se impone en estas ocasiones, el profesor ha ofrecido una clase magistral, y, de manera brillante, ha presentado con irrefutable análisis dialéctico la personalidad del insigne Enrique José Varona, hombre determinante en nuestra cultura, cuya vida es elocuente testimonio de la evolución

* Publicado originalmente en la revista *Bohemia* (La Habana) 69(25):41; 24 jun. 1977.

del pensamiento político. De sensibilidad a toda prueba ante las necesidades apremiantes de un país que conoció en dos tiempos distintos: colonia y república, que fue colonia superviva, cuyas lacerantes contradicciones encontraron en Varona al crítico profundo que, fiel a sus convicciones cubanísimas y desoyendo la tentación del ámbito corrupto, abrió sus puertas a la juventud vehemente y tenaz que buscó el amparo de su talento y el arcano de su experiencia como bandera en más de una época difícil y hasta su muerte.

Con razón José Martí en su carta dirigida desde Nueva York el 13 de septiembre de 1887 le advierte: “Yo no veo en mi tierra, fuera de los afectos naturales de familia, persona a quien deba yo querer más que a Vd., por la limpieza de su carácter y la hermosura de su talento”.

De ella se intuye que sin lugar a dudas el destinatario que alcanzó tal elogio era ya, enrutado al camino inequívoco y sin regreso de la revolución, objeto del aprecio de quien fue tan mesurado en elogios y tan certero en la crítica edificante y el rechazo a tantísimas actitudes oportunistas y cobardes.

Lo que reitera más tarde cuando al responder a la adhesión sincera de Varona le interroga:

¿Y cómo le pago yo su arranque del alma? Yo no sé si merezco premio alguno por haber servido de lengua a nuestra tierra, amenazada y ofendida; pero el gusto de verlo a Vd. tan noble como se me muestra en su carta sería el premio mayor que yo pudiese apetecer. Increíble es que nos esperen mayores desdichas; pero parece de veras que

nos están reservadas humillaciones y angustias más terribles, por menos remediables, de las que le tienen a Vd. atribulado el corazón, y a mí como un muerto en vida. ¡Qué alegría verlo a Vd. entre estas penas, como una flor de mármol!

Y termina el Apóstol: “No quiero más que decirle que quedo enorgullido con su carta, y con la fe que he contribuido a inspirarle, y yo no tengo por fanatismo ni ceguera, sino porque sé que en mi tierra hay aún hombres como Vd. que le mantengan el corazón, y le saneen el aire podrido”.

De la identificación alcanzada por Varona con los propósitos enunciados del Partido Revolucionario Cubano en el cual militó, y especialmente con José Martí, deja testimonio en su admirable discurso pronunciado en honor del Apóstol de la independencia de Cuba en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York el 14 de marzo de 1896, cuando hacía poco el hombre genial, a quien exalta su palabra, había caído en un campo de batalla esclareciendo, de una vez y por todas, el deber presente y futuro que contrae el hombre de pensamiento nacido en un país esclavizado y que une en su suerte a su pueblo hasta dar su vida por él en una guerra patriótica de liberación.

Dijo Varona: “Tenía fe en sí, en la pureza de su intención, en la eficacia del derecho. Y no necesitaba más. Ya desde entonces abrigaba la convicción, que expresó con noble confianza antes de lanzarse a la tremenda obra, y podía decir, como después: ‘yo alzaré el mundo’. Y se puso a levantarlo con su corazón y su genio”.

El discurso del doctor Roa abunda en la justeza del homenaje a él dedicado. Nos hizo regresar, salvando el tiempo transcurrido, a aquellos días inolvidables en que alcanzó con su enérgica palabra las grandes victorias diplomáticas que han marcado un hito en la historia de la Revolución cubana, y que infundieron en los jóvenes de nuestra generación, que no tuvimos la oportunidad de ser sus compañeros en otro tiempo ni sus discípulos en el aula universitaria, el respeto indeclinable hacia él.

Salvada de suerte adversa, símbolo de la esperanza de Enrique José Varona en el porvenir por el cual se debía resistir y luchar, el Museo de la Ciudad de La Habana conserva la *Victoria de Samotracia*, copia fiel de la célebre obra de arte de la antigüedad, que era objeto de la especial dilección del gran sabio cubano y a la cual dedicó las frases ardientes con que concluye su discurso de ingreso en la Academia Nacional de Artes y Letras el 11 de enero de 1915:

Aquí, sobre mi mesa de trabajo, tengo una famosa escultura: la *Victoria de Samotracia* ha perdido un fragmento. No importa. Todo su cuerpo nervioso y musculoso avanza, se precipita en ímpetu irresistible; la túnica se le adhiere a los miembros resistentes y un viento de tempestad la agita y parece trazarle una estela; sus alas aquilinas están totalmente desplegadas. Vuela. ¿A dónde? ¡Quién sabe! De todos modos, a conquistar el futuro que le tiende los brazos.

¡Cuánta confianza contenida en el bronce de este legado se ha hecho realidad en nuestro tiempo!

Así enlazados el maestro inolvidable y el discípulo fiel que un día luctuoso ya lejano hizo el postrer elogio en nombre de la juventud cubana, sobre su tumba, enuncia ahora, en vísperas del 250° aniversario de la fundación de la Universidad de La Habana, el homenaje que esta ha de rendirle como a uno de sus más esclarecidos educadores.

Al camarada Raúl Roa, que con su palabra nos legó el máuser

Julio A. García Oliveras

Historiador

Cuando en 1978 terminaba de escribir *José Antonio Echeverría: la lucha estudiantil contra Batista*, me pareció necesario hacer una dedicatoria a la personalidad revolucionaria que más había influido en nuestra generación estudiantil universitaria y por lo tanto en el libro que proyectaba. Hoy, treinta años después, y en ocasión de conmemorarse el centenario del nacimiento de nuestro profesor, más justa y exacta considero aquella iniciativa.

Roa no nos legó un máuser, pero con su extensa obra contribuyó a situarnos en el camino correcto de la Revolución cubana. Fue el “agente transmisor” de las proyecciones políticas e ideológicas de la heroica “Generación del treinta” –de la que no se había ido a bolina–, del ejemplo de sus héroes y de sus mártires. Con ello nos conectó al cable que nos habría de transmitir también el legado de nuestros luchadores por la independencia. Así tomamos conciencia de que a nuestra generación le correspondía, si no culminar, al menos llevar adelante la obra comenzada en Yara.

El golpe militar de Fulgencio Batista, el 10 de marzo de 1952, suscitó el rechazo inmediato del estudiantado universitario. En mi caso, ese mismo día decidí unirme a la resistencia, e inclu-

so tomar parte en el enfrentamiento armado. No tenía entonces militancia política y sí un rechazo visceral a la politiquería tradicional reinante. Después de cavilar largo tiempo sobre mi actitud, he llegado a la conclusión de que esta fue resultante de dos factores: la oposición terminante al cuartelazo militar impuesto por Batista, de sanguinaria trayectoria dictatorial de 1934 a 1944, y la influencia que ejerció sobre mí la heroica tradición del estudiantado y, sobre todo, por su lucha en el no muy lejano enfrentamiento a la tiranía de Gerardo Machado.

Muchas veces he contado la profunda impresión que me causó, recién ingresado en la Universidad, la visita al Salón de los Mártires de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), en una inolvidable tarde otoñal, al verme confrontado a solas con las fotos de aquellos héroes juveniles como Julio Antonio Mella, Antonio Guiteras, Félix Ernesto Alpízar, Pío Álvarez, Floro Pérez, que me hicieron pensar que su ejemplo integraba los deberes que ahora debería asumir como estudiante de la Universidad de La Habana.

Esto se hizo presente para mí aquel día fatídico de 1952. Mi generación, de pronto, se vio enfrentada a una tarea histórica. Y los primeros pasos de la

batalla demandaban la urgente búsqueda de puntos de referencia. La lucha contra Batista estaba decidida, pero cómo llevar adelante el combate era una tarea más complicada. El medio universitario, en aquellos momentos, estaba revuelto como resultado de la influencia del negativo proceso de los gobiernos “auténticos” de Ramón Grau San Martín (1944-1948) y Carlos Prío Socarrás (1948-1952). La politiquería y el gangsterismo habían extendido también su presencia a los medios universitarios, aunque se iniciaba ya en esos años una reacción de la masa estudiantil, en la que participaban Fidel Castro y un grupo reducido de otros estudiantes. Pero todavía el cuadro era heterogéneo y complejo entre el estudiantado.

En la búsqueda de las necesarias referencias, rápidamente surgió ante nosotros la figura del profesor Raúl Roa García. Era bien conocido en la Universidad, gozaba de gran prestigio dentro del claustro de profesores; era una personalidad de renombre internacional en el mundo intelectual, particularmente latinoamericano, y en especial gozaba de la simpatía de los estudiantes.

Todos conocíamos su trayectoria revolucionaria. Había sido un combatiente destacado de aquella “Generación del treinta”, miembro del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) que ocupó la primera fila en las luchas contra la tiranía de Gerardo Machado, y como si fuera poco, uno de los fundadores del Ala Izquierda Estudiantil en aquellos años.

El acercamiento a Roa se efectuó por distintas vías. Lo que nos parecía más urgente, en aquellos meses que si-

guieron al 10 de marzo, era el rechazo inmediato, con las armas en la mano, al golpe militar. No éramos muy selectivos en cuanto a las tendencias políticas o ideológicas. Más o menos en abril de ese año, había regresado a Cuba clandestinamente Aureliano Sánchez Arango, ex ministro de Educación en el depuesto gobierno de Prío, que volvía con el definido proyecto de organizar la resistencia armada contra el nuevo dictador. El plan tenía el apoyo financiero del ex presidente y de inmediato se inició la introducción clandestina de armas. Las relaciones que habían mantenido los gobernantes auténticos con otros regímenes no dictatoriales de la región, coadyuvaban al suministro bélico.

Tan pronto regresó Aureliano fundó su organización insurreccional, que se conoció como la Triple A. Reclutó a viejos compañeros del Directorio y el Ala Izquierda como Willy Barrientos, Salvador Vilaseca, Mario Fortuny, Carlos Alfara, y como es natural a Raúl Roa. En aquella primera etapa la disponibilidad de armamentos nos atrajo de inmediato a incluirnos en los planes de la Triple A. Pero además, el encargo de atender al sector estudiantil fue el doctor Willy Barrientos, un combatiente con una fabulosa y conocida trayectoria de hombre de acción en los combates del treinta. Conocimos de inmediato que Roa era parte del movimiento.

Pero la inminencia de un enfrentamiento armado, según pasaban los días, hacía surgir en nosotros la necesidad creciente de encontrar un fundamento y una meta para una lucha a la que estábamos apostando

nuestras vidas. Y ante esa disyuntiva el profesor Roa iba a jugar un papel fundamental. Todo comenzó para mí con la lectura de *Pluma en ristre*, el libro editado por Roa en 1949. Los escritos de Pablo de la Torriente Brau, de golpe, nos conectaron con la “Generación del treinta”. El libro circuló rápidamente en la Universidad entre los aprendices de revolucionarios. De allí, se inició la búsqueda y captura de *Bufa subversiva* del propio Roa, más difícil de obtener, pues había sido editado en 1935. Pero su contenido ya nos llevó de lleno a la lucha de los estudiantes universitarios contra Machado y, por tanto, al mismo Roa. Se hicieron presentes las primeras señas del debate ideológico en aquellos años y se apuntaban las nacientes tendencias del pensamiento de izquierda.

A partir de entonces, la búsqueda de los escritos de Roa, se convirtió en la ruta inmediata de nuestra formación revolucionaria. Sus aportes se profundizaron con trabajos como “Escaramuzas en las vísperas” de 1947. A los aspectos que caracterizaron la lucha contra el machadato, se unieron entonces el balance crítico de nuestra vida republicana a partir de 1902, así como los fenómenos de la politiquería, corrupción y gangsterismo de los años más recientes. Algo que, en particular, se ponía de manifiesto era la vertical posición adoptada por Roa enfrentándose al bonchismo y al gangsterismo en la Universidad.

La lectura de los trabajos de Raúl Roa se convirtió en una necesidad de la lucha. Las hazañas de los estudiantes del treinta, de Rafael Trejo a Gabriel Barceló, se constituyeron en

decisivos elementos de emulación para nuestra generación. Otros libros fueron más difíciles de conseguir, como *15 años después*, de 1950 o *Viento sur*, de 1953. Parejamente, con el mensaje histórico, entrábamos en contacto con el inmenso bagaje cultural de Roa.

Mientras, la lucha estudiantil revolucionaria se fue profundizando. Si a partir del cuartelazo nuestra meta urgente era enfrentarnos y derrotar el golpe militar, pronto el objetivo iba a cambiar y proyectarse a su justo alcance. Yo diría que el punto de inflexión fue la acción del Moncada el 26 de julio de 1953, organizada y dirigida por Fidel. Aquel intento heroico, llevado a cabo por un grupo de jóvenes anónimos, nos sacudió a todos y nos hizo reflexionar sobre nuestros objetivos.

A partir de ese momento, se hizo claro que la lucha no podía ser sólo para eliminar al mandante de turno, sino que tenía que dirigirse a realizar una revolución radical y definitiva en nuestra patria. Puedo asegurar que así lo comprendió José Antonio Echeverría. Por esa razón se propuso alcanzar la presidencia de la FEU, la organización creada por Julio Antonio Mella, y convertirla en el instrumento que uniendo a los estudiantes y a los trabajadores realizara, lo que a partir de 1954, definió como la Revolución cubana. Así diría al respecto: “La única salida a los tremendos y crecientes males de Cuba no puede ser la transacción bochornosa o la claudicación cobarde a componenda alguna sino la gran revolución, renovadora total del sistema”.¹

Para la trayectoria de nuestra generación estudiantil no podríamos decir que Raúl Roa fue el único orientador

que tuvo la lucha. Él fue el primero que nos introdujo en el sendero de la Revolución cubana, pero según avanzó el proceso, otras fuentes se sumaron al desarrollo de nuestro pensamiento revolucionario. A través de Roa nos íbamos a acercar rápidamente al inmenso legado de José Martí, así como a Mella y a Rubén Martínez Villena. Según el intento inicial de aplastar el golpe militar quedaba atrás, otro proyecto revolucionario más consecuente y de mayor alcance se conformaba gradualmente. Iba a llegar también a manos de nuestra generación el manifiesto *La historia me absolverá*, de Fidel Castro Ruz.

Sin embargo, en la conmemoración de este centenario quisiéramos exponer los aspectos que, a nuestro juicio, mayor influencia ejercieron del legado de Roa. Creo que, en primer lugar, nos sensibilizó el gran amor y respeto que se refleja en toda su obra hacia su Alma Máter del alto centro de estudios. Roa no sólo contribuyó a incrementar el prestigio académico de la Universidad, nacional e internacionalmente, sino que toda su vida destacó el papel histórico de lo que había sido arena y escenario de importantes batallas de su generación. El recuerdo de sus compañeros caídos fue una constante en su obra. Así lo hace constar en sus escritos en 1937. Al referirse a los estudiantes como “El baluarte de la libertad y su ejército más firme” escribe:

“Las universidades –dijo Martí– parecen inútiles; pero de ellas salen los apóstoles y los héroes” y precisa: “las experiencias de la nuestra” – de esa casa gloriosa que hay que defender, en pareja medida, del

bonchismo interno y del bonchismo externo– “verifica, enteramente, la validez de este hacer”. Apóstoles y héroes han brotado, en fecunda simiente, de las aulas cubanas. Sintetizo la constelación nutridísima de estos nombres preclaros: Julio Antonio Mella, Mariano González Rubiera, Rafael Trejo, Ramiro Valdés Daussá. Martianos genuinos fueron estos jóvenes bizarros que jamás escondieron lo que pensaban ni contemplaron el crimen en calma, que fueron a toda hora fieles a sí mismo y al destino de Cuba, que ni transigieron ni desmayaron, que frente al holocausto les creció el denuedo y frente al oprobio se irguieron coléricos, que viven no obstante estar muertos, que nos señalan el rumbo con índice inapelable.²

¡Qué magnífica oración por la Universidad y sus compañeros! Cuando copio estas palabras no puedo evitar el deseo de añadir los nombres de José Antonio, Fructuoso Rodríguez, Joe Westbrook, Sergio Carbó y José Machado a esa gloriosa lista de héroes universitarios. También para nosotros la Universidad de La Habana se iba a convertir en permanente monumento que conserva en su emblemática escalinata y en cada uno de sus rincones, imborrables recuerdos de las luchas y de los compañeros caídos en el enfrentamiento a la tiranía batistiana. Allí nos hicimos revolucionarios, como diría Fidel.

Pero al hacer el balance del aporte revolucionario de Raúl Roa a nuestra generación, tenemos que subrayar su decisiva contribución al encarrilamiento

de nuestro ideario político en la línea principal del pensamiento revolucionario cubano. En este sentido debemos destacar que su prédica se fundamenta en esa trilogía magnífica que va de Martí a Mella y de Mella a Rubén Martínez Villena. En ese trío se reúne y profundiza lo más trascendente del pensamiento patriótico e independentista, y su inevitable evolución a la alternativa socialista y de izquierda, que consolida el sentido antimperialista de la Revolución. Roa a través de su obra establece el vínculo indispensable en el desarrollo de la filosofía del proceso político e histórico cubano. Debo reiterar que esto no termina en Roa, pero sin embargo, sus trabajos abrían las puertas y eran un primer paso, para nosotros, en el camino de un desarrollo ideológico posterior.

Especialmente esclarecedor para nuestra generación, sería el carácter autocrítico y transparente del legado de nuestro profesor. Cuando habla del proceso del treinta y se refiere a la compleja situación que se crea después del derrocamiento de Machado, con el llamado “Gobierno de los cien días” y las distintas tendencias políticas que compiten en esos momentos, nos dice:

Pero la responsabilidad del fracaso no corresponde, exclusivamente, a Grau San Martín. Cae, por igual, sobre los que combatimos torpemente al gobierno desde la izquierda. El objetivo inmediato de organizar un amplio frente de lucha contra la reacción y el imperialismo –premisa previa a la conquista del poder revolucionario por las masas populares– fue sustituido por una propaganda palabrera de consignas

utópicas y un planteo de la revolución proletaria que trascendía las condiciones objetivas del país y la disposición subjetiva del pueblo.

Y en otra parte plantea: “Mi artículo ‘Mongonato, efebocracia, mangoneo’, imbuido de la concepción extremista entonces en boga en la izquierda revolucionaria, es prueba fehaciente de ello”.³

Conocer esta aclaración, en tiempo del batistato, de una tendencia que ya se apuntaba en el manifiesto “Tiene la palabra el camarada máuser” de 1931, fue una importantísima lección para nosotros y para las perspectivas de la unidad revolucionaria en el proceso de la lucha. Esa actitud, al reconocer un error cometido en su vida revolucionaria, cuando pasado el momento, el gesto no le podía aportar ni oficio ni beneficio, elevó a nuestros ojos la calidad netamente revolucionaria de nuestro profesor.

Pero decimos que ese vínculo de referencias cruzadas, Martí-Mella-Martínez Villena, representó uno de los aportes fundamentales de Roa. Si solamente se toma en cuenta su discurso “Rescate y proyección de Martí” de mayo de 1937 podríamos confirmar esta decisiva relación: “Mucho se ha escrito y hablado, en estos últimos tiempos, sobre José Martí. No se ha dado aún, sin embargo, una versión condigna de su vida trepidante y generosa, ni se ha sustanciado, plenamente, el alcance de su pensamiento político. Julio Antonio Mella –que amó tanto a Martí como el más ferviente martiólatra– juzgó esa faena ‘una necesidad, no ya un deber para con la época’. Y, más de una vez, soñó escribir un libro sobre Martí”. Y añade

Roa: “Ha de ser, tiene que ser, un culto vivo, pugnaz, beligerante: un culto como el que esta noche le rendimos. No nos hemos juntado, en este aniversario de su muerte para verlo como no fue, ni para pintarlo con atributos ni arreos que jamás usó no fueron suyos, ni para vaciarle de gusanos la carne mortal y rellenarla imbécilmente de miraguano divino, ni para vestir con muselinas pudorosas su magnífica y exultante desnudez humana”.

Y nos dice Roa con un juicio definitivo: “La obra de José Martí necesitará ser completada y su pensamiento político tendrá mucho que hacer en América, junto con la espada de Simón Bolívar y el rifle de Sandino”.

Estos juicios emitidos por Roa, hace ahora setenta años, tendrían una tremenda influencia en nuestra formación política.

La obligada y repetida referencia a Julio Antonio Mella posee especial significación cuando miramos a nuestros años universitarios. En aquellos tiempos tuvimos la suerte de descubrir el escrito de Mella *Glosas al pensamiento de José Martí de 1927*. Mella, para nosotros, era el heroico dirigente del estudiantado y fundador de la Federación Estudiantil Universitaria, además de ser uno de los organizadores del primer Partido Comunista cubano. Él escribió en esta obra sobre Martí:

El estudio debe terminar con un análisis de los principios generales revolucionarios de Martí, a la luz de los hechos de hoy. Él, orgánicamente revolucionario, fue el intérprete de una necesidad social de transformación en un momento dado. Hoy, igualmente revoluciona-

rio, habría sido quizás el intérprete de la necesidad social del momento. ¿Cuál es esta necesidad social? preguntas tontas no se contestan, a menos de hacernos tontos. Martí comprendió bien el papel de la república cuando dijo a uno de sus camaradas de lucha –Baliño– que era entonces socialista y que murió militando magníficamente en el Partido Comunista: “¿La revolución? La revolución no es la que vamos a iniciar en las maniguas sino la que vamos a desarrollar en la república”.

Más precisos y significativos no podían ser para nosotros estos criterios de Julio Antonio Mella.

A estos descubrimientos, hallados en Martí y en Mella, se sumaron las lecturas de Rubén Martínez Villena. Roa desde muy joven, a los dieciocho años aproximadamente, había conocido a Rubén. Inicialmente se vinculó con él a través de temas del quehacer literario. Pero rápidamente, según Martínez Villena se alejaba de las letras y se sumergía en la lucha revolucionaria, Roa lo acompañaría en su participación en el movimiento estudiantil y sus relaciones con Mella, en la Liga Antimperialista; en la Universidad Popular José Martí, en las tareas de las organizaciones de izquierda y en la lucha contra la tiranía machadista. Así Roa llegaría a ser uno de los fundadores del Ala Izquierda Estudiantil en 1931.

No hay por qué extenderse en la explicación sobre el pensamiento político de Rubén y su visión de José Martí. Sus conocidos versos lo resumen:

*Hace falta una carga para matar
[bribones,*

para acabar la obra de las
[revoluciones;
para vengar los muertos, que
[padecen ultraje;
para limpiar la costra tenaz
[del coloniaje;
[.....]
para que la República se mantenga
[de sí,
para cumplir el sueño de mármol
[de Martí [...]

No puedo explicar de qué forma y por qué vía desde muy pequeño quedaron grabadas en mí aquellas estrofas.

Quizás la personalidad revolucionaria que influyó más directamente en Raúl Roa sería Rubén Martínez Villena. Sus numerosos escritos relativos al destacado dirigente comunista, hasta su obra póstuma *El fuego de la semilla en el surco* de 1982, así lo reflejan. A través de él habría de reforzarse la influencia de Mella y de la ideología de izquierda. Mella había encontrado en Rubén su más cercano colaborador y admirador, y continuador de su obra en el Partido Comunista, hasta su temprana muerte en 1934.

Por la obra de Roa se puede asegurar, igualmente, que todos los militantes marxistas cubanos consecuentes se apoyaron en el legado de José Martí. Hemos añadido consecuentes, pues dentro de los marxistas criollos, como entre los pioneros del comunismo en otros países, además de idealismo no ha sido extraño encontrar corrientes dogmáticas y sectarias. Esto es un fenómeno conocido.

Pero además del pensamiento de izquierda, cuyas influencias recibió Roa de Mella y de Rubén, otra faceta co-

nocida muy importante en su obra es la proyección latinoamericanista, no sólo afín a aquellos destacados dirigentes comunistas, sino sobre todo estrechamente vinculada a José Martí. Esto fue otro aspecto que, sin lugar a dudas, tuvo gran influencia sobre los militantes del movimiento estudiantil revolucionario.

En resumen, la obra de Raúl Roa nos condujo a la inagotable obra de José Martí, marco obligado para el pensamiento y la acción de los revolucionarios cubanos, y también a los decisivos aportes de Mella y de Villena. Así se nos hicieron presentes los más relevantes temas, no sólo de los fundamentos del comunismo y el marxismo en Cuba, sino también de los rasgos más trascendentes de las proyecciones latinoamericanistas y antimperialistas de la Revolución cubana. La obra de estos próceres, al igual que la de Roa es extensa en estos campos.

Es interesante observar que en los libros publicados esas dos figuras del movimiento comunista cubano se adentran poco en el campo de la teoría y la filosofía marxista, y se concentran en las repercusiones y tareas concretas que bajo esos ideales se tenían que desarrollar e impulsar en nuestros países. Así conocimos el trabajo de Villena, de obligada referencia para los revolucionarios cubanos, "Cuba, factoría yanqui", de 1927. Mella, por su parte, trató extensamente en sus escritos la situación de los países latinoamericanos: Venezuela, Perú, México, etcétera. En 1925 en su artículo "Hacia la internacional americana" escribió: "Ha pasado ya

del plano literario y diplomático el ideal de unidad de la América. Los hombres de acción de la época presente sienten la necesidad de concretar en una fórmula precisa el ideal que, desde Bolívar hasta nuestros días, se ha considerado como el ideal redentor del continente”.

Estas ideas, obviamente, fueron un elemento decisivo en la conformación de nuestra conciencia política como hemos reiterado. El 9 de marzo de 1956, José Antonio Echeverría, como presidente de la FEU, organizó un acto en el Aula Magna que tendría una gran trascendencia para el desarrollo de la lucha contra la tiranía batistiano. El evento se convocó bajo la consigna “Contra las dictaduras de América”. Resulta evidente que esas dictaduras, que se habían implantado en República Dominicana, Nicaragua, Venezuela, en otros países latinoamericanos y, por supuesto, en Cuba, eran en nuestro hemisferio la proyección efectiva y concreta del imperialismo yanqui. Y era evidente que nuestra forma de enfrentarnos al imperialismo era, precisamente, luchar contra estas dictaduras.

En la organización de la reunión jugó un papel importante Roa en la convocatoria a destacados representantes de las luchas revolucionarias de nuestro continente. Larga es la lista de aquellos participantes: Julio Castelló Dumas de Guatemala; Miguel Ángel Velásquez del Partido Revolucionario dominicano; Simón Alberto Gonsalvi de Venezuela; Pablo Martínez y Pedro Bonilla también de República Dominicana; el profesor Luis Díaz y José Luis Valcárcel de Guatemala, quienes hicieron uso de la palabra durante el acto. José Antonio Echeverría pronunció el

discurso de clausura, con expresiones rápidamente calificadas de comunistas por los aparatos represivos del régimen batistiano. Sus palabras se iniciaron diciendo:

Me es dable la honrosa encomienda de resumir este acto de genuina y verdadera reafirmación americana y al honor, uno la satisfacción extraordinaria de ver y sentir que los hombres de nuestra América se reúnen más que por el dolor de desterrados, lo hacen por la unión íntima e igual en la esperanza libertadora y en el aliento bravo de conquistar para nuestra América un destino digno para el hombre americano.

Nuestro José Martí proclamó en su ardiente fe americanista: “Pueblo y no pueblos, decimos de intento, para no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Uno ha de ser, que lo es América”.⁴

A partir de esa invocación martiana, Echeverría expuso una reflexión sobre la historia de nuestras tierras en la que afirmó: “La democracia en América es accidente, es cosa esporádica; lo real y no lo natural es el sistema dictatorial”, rasgo que caracterizaba la situación en aquellos días. Después de referirse a los dictadores de turno Anastasio Somoza, Rafael Leónidas Trujillo y Castillo de Armas, puntualizó en referencia a los Estados Unidos: “Y a la política de intervención sucede la creación de la zona de influencia fuertemente defendida por los nuevos gendarmes defensores de las empresas extranjeras que explotan y destruyen las riquezas nacionales”. Sus palabras,

en aquel histórico evento, terminaron con un mensaje revolucionario: “Aceptemos la invitación de nuestro Apóstol: ‘Andemos del lomo del cóndor para regar por las naciones del continente y por las islas dolorosas del mar la semilla de la América nueva’”.

Los aportes de las figuras más respetadas del movimiento comunista cubano, habrían de tener gran influencia sobre nuestra generación. No por gusto, el “Manifiesto al pueblo de Cuba” del Directorio Revolucionario, publicado en el periódico estudiantil *Alma Máter* en marzo de 1956 exponía:

La Revolución cubana por destino histórico ha de cooperar y estimular en todo lo que esté a su alcance con los movimientos revolucionarios de América que compartan el ideal fundamental de la Revolución Americana anteriormente expresado. Como obligación moral histórica y como necesidad estratégica para salvaguardar la obra que en Cuba se realiza. La Revolución se plantea el ideal de la integración económica y política del Caribe como paso hacia la definitiva integración de Latino América.⁵

Ya por esa época el pensamiento político del movimiento estudiantil revolucionario había madurado significativamente bajo la presión de la lucha. Se podría seguir a través de sus manifestaciones públicas. Afortunadamente, la Universidad de La Habana, como centro superior de enseñanza en el país, y la FEU, siempre se habían mantenido en el foco de la prensa nacional.

La trayectoria ideológica del estudiantado revolucionario se puede conocer, paso a paso, a través de las

declaraciones de Echeverría. Así se observa en su discurso en el mitin organizado por la Sociedad de Amigos de la República, en la Plazoleta de Luz el 19 de noviembre de 1955, reunión en la que participan los principales representantes de los partidos tradicionales –Grau, Prío, José Pardo Llada– con el marcado propósito de obtener del dictador una apertura política. José Antonio decidió participar para exigir un alto a las maniobras politiqueras y declaraba:

Mantenemos que únicamente una transformación profunda en nuestra realidad política, económica y social, puede ser la cura de los males de nuestra patria. El problema inmediato de Cuba es derrocar al usurpador Fulgencio Batista y establecer un gobierno democrático; y después emprender una obra revolucionaria que resuelva el problema de los desempleados, de los campesinos sin tierra, de los obreros explotados, de una juventud condenada al destierro económico. Cuba está urgida de una verdadera revolución que arranque lo que Martínez Villena llamara en sus versos encendidos “la dura contra del coloniaje”.⁶

Y dos meses después, en la proclamación del Directorio Revolucionario, en el Aula Magna de la Universidad, bajo el llamamiento a la unidad, precisa: “¿Qué cubano no comprende la necesidad de juntarse en pensamiento único verdaderamente renovador del sistema político, económico, social y jurídico, para que la Revolución iniciada por Joaquín de Agüero y nunca concluida hasta ahora, dé un paso hacia la conquista de la Libertad política, la independencia económica y la justicia social?”.⁷

El acopio acelerado del ideario de Martí, Mella y Villena, en el que Roa ha jugado un papel fundamental, tendrá su más definitiva expresión precisamente en el Manifiesto del Directorio de marzo de 1956, el cual fija históricamente los objetivos estratégicos del movimiento estudiantil revolucionario:

La Revolución es el cambio integral del sistema político, económico, social y jurídico del país y la aparición de una nueva actitud psicológica y colectiva que consolide y estimule la obra revolucionaria.

La Revolución se asienta sobre principios fundamentales de Libertad Política (Democracia), Independencia Económica (Nacionalismo) y Justicia Social (Socialismo).⁸

Al evocar el centenario del nacimiento de nuestro profesor Raúl Roa hemos querido reflexionar, con la perspectiva que nos da el paso de los años, sobre el papel que jugó en nuestra formación revolucionaria. No caben dudas de que Raúl Roa ejerció personalmente, y con su extensa obra, una notable influencia en la formación de nuestra conciencia política. Como ya hemos señalado, no sería el único factor que actuaría sobre nuestra generación en cuanto a su formación ideológica, pero creo que no se puede discutir su papel al vincularnos con la frustrada etapa revolucionaria de los años treinta.

Una de las últimas reuniones que efectuó José Antonio Echeverría en

plena clandestinidad en los días anteriores al 13 de marzo de 1957, y de su muerte, fue precisamente con Raúl Roa en la casa de nuestro decano de la Facultad de Arquitectura, Roberto Chomat. Yo lo acompañé a ese encuentro, en el cual José Antonio quería comunicar a los representantes del Consejo Universitario de la Universidad de La Habana, las decisiones del Directorio Revolucionario en cuanto a las perspectivas de la lucha y la situación de la Universidad durante la guerra revolucionaria que se iniciaba. Él tenía gran confianza en que estos destacados profesores transmitirían fielmente su mensaje a la dirección universitaria.

Notas

¹ Echeverría, José Antonio. ¿Quebrará México su tradición de hospitalidad? *Bohemia* (La Habana) 29 jul. 1956.

² Discurso de Raúl Roa "Rescate y proyección de Martí" pronunciado el 19 de mayo de 1937.

³ _____. "Trayectoria y balance del ciclo revolucionario". En: *Escaramuzas en las vísperas y otros engendros*. La Habana: Universidad Central de Las Villas, 1966.

⁴ García Oliveras, Julio A. *José Antonio Echeverría: la lucha estudiantil contra Batista*. 1979.

⁵ _____. *Contra Batista*. 2006.

⁶ _____. *Op. cit.* (4).

⁷ *Ibidem*.

⁸ _____. *Op. cit.* (5).

El pensamiento revolucionario de Raúl Roa*

Lisandro Otero

Periodista, narrador, ensayista y crítico

El propio Raúl Roa confesó que uno de sus primeros textos políticos, con madurez ideológica, es el que lleva por título: “Tiene la palabra el camarada máuser”. Según revelara en la famosa entrevista de Ambrosio Fornet para la revista *Cuba* en 1968, antes había escrito sobre José Martí, Rubén Martínez Villena, Julián del Casal, Block, Mariano José de Larra y José Manuel Poveda, entre otros. Es este llamamiento a las armas, dirigido a los estudiantes y publicado en julio de 1931, en *Línea*, órgano del Ala Izquierda Estudiantil, el que sitúa, por vez primera, el pensamiento revolucionario de Raúl Roa, con el que habrá que ser consecuente por espacio de cinco décadas.

En su análisis de la situación política Roa señala varios elementos:

a) El país se encuentra en el umbral de una revolución.

b) El régimen colonial se resquebraja, las masas se vuelven contra el imperialismo yanqui.

c) Es deber de las organizaciones revolucionarias dar un contenido agrario y antimperialista a la revuelta, bajo la

dirección del proletariado, en alianza con los campesinos y la pequeña burguesía radical.

d) La entraña de la revolución es siempre económica.

e) La revolución es la violencia organizada para modificar radicalmente el régimen de relaciones sociales de producción; eliminar a Gerardo Machado sin cambiar la estructura colonial es perpetuar la situación.

En consecuencia, Roa estima que la única postura congruente es desencadenar la acción, sin tregua ni cuartel, y por ello concluye que la palabra ahora pertenece al camarada máuser, es decir el paso siguiente es la lucha armada.

En septiembre de 1931 escribe, en la prisión del Castillo del Príncipe, una página sobre la muerte reciente de Rafael Trejo y le otorga un sentido a su martirio: “Trejo bregó y murió por una Cuba liberada del caudillaje y del imperialismo”, a la vez que traza la línea política de la joven generación: la liberación total de Cuba de la garra extranjera y la tiranía nativa. Afirma que en el reloj de la historia está sonando la hora de los oprimidos y desafía a quienes creen en la geopolítica y en el determinismo histórico que postula que Cuba no podrá salir jamás de la órbita del imperialismo yanqui, debido a su proximidad geográfica y a sus vínculos económicos con los Estados Unidos.

Apenas dos meses más tarde escribe uno de los textos más profundos del momento: “Reacción versus Revolución”, donde interviene en una polémica contra Jorge Mañach, que encarnaba el

* Publicado originalmente tres partes en *Granma* (La Habana) 7-9 jul. 1982:2.

pensamiento liberal, claudicante y entreguista de aquel instante. Roa enfrenta a su adversario ideológico a la única alternativa posible de aquella hora: junto a los explotados y oprimidos, que integran la única clase históricamente revolucionaria, o contra ellos y a favor de la reacción, y afirma: “Lo demás es complicidad responsable, o abstención, que, en el fondo es lo mismo”.

Seguidamente hace una afirmación mayor que le compromete con el pensamiento más avanzado de nuestra época: las masas oprimidas de hoy son las obreras y campesinas, como antes lo fue la burguesía cuando el medioevo entró en su senectud: “Las minorías revolucionarias se articularon entonces en el enciclopedismo. Las actuales en el marxismo”.

Analiza a continuación por qué a veces el intelectual se aleja del bregar político debido a su temperamento, educación, procedencia social, intereses y condiciones de vida. Cita a Mariátegui cuando enfoca al intelectual como un ser reactivo a la disciplina, de psicología individualista y pensamiento heterodoxo, es por ello que a veces los intelectuales se pronuncian contra la militancia política. Roa ve al intelectual como a un hombre dotado, que por ello está obligado a hacer política, sin compromisos ni alianzas con el poder burgués; y define: “La política es el trabajo efectivo del pensamiento social; la política es la vida”.

En ese examen del intelectual, que parece destinado a describir las vacilaciones de Mañach más que otra cosa, Roa se declara partidario de las definiciones y de que en el instante que atravesaban la solución era abrazar el

marxismo, tal como antes las muchedumbres habían atravesado por el esclavismo, el feudalismo y la democracia. Mañach acusaba al marxismo de dogma inflexible y Roa se vale de la dialéctica para demostrar lo contrario: “[...] nada es y todo deviene [...]. Anteriormente había planteado: La fórmula dialéctica ‘sí es no y no es sí’, despoja de su valor absoluto a la de ‘sí es sí y no es no’, de la lógica formal”.

Después de explicar la teoría de la plusvalía y la adaptación que hizo Lenin del pensamiento de Marx a la realidad rusa, en el tiempo del capitalismo financiero y de la revolución proletaria, Roa entra en las fórmulas concretas: para salvar a Cuba hay que organizarse y prepararse teórica y prácticamente, minar la estructura colonial cubana con la propaganda y actos revolucionarios y proyectar la lucha en un sentido antimperialista.

Pasa una revisión a las raíces de nuestros males en el siglo XIX: el latifundio, el monocultivo, la economía de plantación, la dependencia de los aranceles estadounidenses. Proclama que Cuba vive retardada históricamente, pues aún no ha realizado su revolución democrático-burguesa, y que mantiene un status colonial porque su economía está fundada sobre relaciones feudales de trabajo y de propiedad, casi íntegramente en manos norteamericanas. Roa explicaba a Mañach que el fin último de la revolución del treinta era no sólo quitar, sino modificar sustantivamente la estructura cubana, idea muy avanzada en aquel instante.

Después de la caída de Machado el siguiente panfleto significativo que escribe Raúl Roa se titula “Mongonato,

efebocracia, mangoneo”, en noviembre de 1933. En ese texto Roa condena al gobierno transicional de Carlos Manuel de Céspedes como una maniobra imperialista y censura igualmente a la pentarquía que lo siguió, así como al des-gobierno de Ramón Grau San Martín quien, según Roa: “[...] devino maravilloso equilibrista. Flirteaba graciosamente con la izquierda y le hacía guiños de inteligencia a la burguesía amedrentada [...] Bajo el rótulo altisonante y pomposo de ‘revolución auténtica’ se inició la desconflautación más formidable que Cuba recuerda. Gobernar adquirió categoría de suceso deportivo”.

Raúl Roa hace a continuación una afirmación que revela el grado de su maduración política y claridad marxista: la revolución no pueden hacerla los estudiantes que son una masa informe y cambiante que puede, a lo sumo, asaltar el poder. La revolución es obra multitudinaria, de raíz económica, que sólo puede encabezarla un partido con intereses en la producción. En Cuba esa revolución debía tener un carácter agrario y ant imperialista. La llamada revolución triunfante, la revolución auténtica, había invadido torrencialmente las oficinas públicas; por todas partes asomaba la mala yerba de la ambición.

La época que sigue es de confusión, desvanecimiento del ímpetu revolucionario, represión y repliegue. En ese segundo lustro de los años treinta Roa sostiene una abundante correspondencia con Pablo de la Torriente Brau. El 5 de abril de 1936 Roa le escribe que el movimiento revolucionario está sufriendo un colapso gravísimo: las masas se han divorciado de la sangrienta dictadura batistiana y de los llamados

santones de la revolución; el proletariado repele los métodos gangsteriles. Ninguno de los partidos tradicionales puede hacer la revolución antimperialista; sólo hay uno que puede intentarlo: el Partido Comunista. Roa declara a continuación que tiene en el abuelo Marx y en el tío Lenin las Tablas de la Ley revolucionaria y a continuación define: “[...] la revolución es imposible sin una crisis general nacional que alcance a los explotados y a los explotadores, cuando en la masa no se quiera lo imperante y en la clase dominante no se pueda obrar como antes”. Seguidamente Roa postula que en Cuba las condiciones objetivas están dadas, no así las subjetivas. No hay más salida que articular una fuerza revolucionaria de masas, con un programa, una táctica y un ideario antimperialista.

En otra carta, del 21 de abril, continúa desarrollando esta idea, pero profundiza en un esquema de un partido de la revolución cubana: “Un partido que represente una solución *no entre* el dominio imperialista y el poder proletario, sino *hacia* este último, fase superior de la revolución cubana dentro del dominio clasista. En una palabra: el partido que tiene que llevar la revolución antimperialista hacia la socialización de Cuba [...]”. Y concluye diciendo que la lucha hay que verla como lucha de liberación nacional y contra el imperialismo. Y advertía que no tienen mejores guías en el terreno dialéctico que Marx y Lenin.

En su carta a Pablo de la Torriente, del 16 de mayo de 1936, la emprende contra aquellos que desean cambiar al mundo sin mancharse el albo plumaje. Está planteada la idea de una Asamblea

Constituyente bajo la égida de Miguel Mariano Gómez. Roa plantea que si la revolución tiene que meterse dentro del establo para conducir la lucha de masas, debe hacerlo: “[...] el éxito del movimiento revolucionario no radica precisamente en andar cabalgando en las estrellas, sino con los pies metidos en el fango y sin perder de vista a las estrellas cuya luz nos alumbraba y nos guía”.

En esos cinco años que van desde su panfleto incitando al estudiantado a la lucha armada, hasta su planteamiento a Pablo, de la vertebración de un movimiento revolucionario, puede advertirse el sensible olfato político de Roa, cómo ha ido advirtiendo la radicalización de las masas y la maduración de las condiciones objetivas para hacer una revolución.

La fundación del Partido Comunista y de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC) darán un auge al movimiento obrero. Tal como ha dicho Lionel Soto en su obra *La revolución del 33*:

[...] en la segunda mitad de 1929 se opera un salto brusco en el nivel de combatividad de los obreros. Para esa época el Partido Comunista había ganado considerable terreno en el dominio de las directivas sindicales y dirigía, efectivamente, la CNOC [...] En ese período se realizan las huelgas de cigarreros; dependientes del tabaco; metalúrgicos; obreros del ramo de la construcción; sastres; trabajadores de la industria textil. A fines de año se efectúan grandes asambleas obreras en las que se plantea –como en las huelgas– la lucha contra la rebaja de salarios, el aumento de la jornada de trabajo y los despidos.

Esas son las condiciones objetivas que maduran y a las que Roa se refiere. Es una marea ascendente hasta el fracaso de la huelga de marzo de 1935, que inicia el período de frustración, retroceso y exilio. En su correspondencia a Pablo, Roa se refiere a la debilidad del imperialismo por la escasa base de masas que sostiene sus posiciones, de ahí el apoyo al ABC y al gobierno de Miguel Mariano. Por ello el interés de Roa de insuflar nuevas energías al movimiento revolucionario que comienza a declinar.

En su entrevista con Ambrosio Fonet, en 1968, Raúl Roa explica claramente por qué sentía la necesidad de una organización política:

[...] la minoría revolucionaria de la generación del 30 quiso más de lo que pudo: planteó el problema de Cuba a la altura del tiempo, pero no supo resolverlo [...] estaba suficientemente madura para el salto cualitativo, pero faltó la vanguardia, la unidad de pensamiento y acción, la claridad de los objetivos, el aprovechamiento dialéctico de las circunstancias y factores operantes [...] El impulso revolucionario no tuvo cauce ni dirección congruente con su ulterior desarrollo y, por eso, se despilfarró en una lucha desconcertada [...].

En su obra *El Ala Izquierda Estudiantil y su época*, Ladislao González Carvajal afirma:

La falta de maduración de los revolucionarios radicales de la clase obrera, les impedía ver, por aquella época, que si el movimiento reformista surgió en las filas de una capa pequeño burguesa y las demandas en sus inicios tenían una fuerte carga académica, ellas por sí mismas no

invalidan las aspiraciones renovadoras [...] Más tarde, el movimiento estudiantil cobra entre nosotros una marcada beligerancia política que facilita la comprensión de su carácter.

En su prólogo a la obra de González Carvajal, Carlos Rafael Rodríguez expresa que toda derrota revolucionaria tiene su resaca. En la década del veinte la reforma universitaria de Julio Antonio Mella, y la creciente politización de los estudiantes, junto al brote de grupos comunistas, desemboca en el partido que funda Mella, y ello no es casualidad histórica ni accidente “generacional”. Detrás subyace el dominio imperialista sobre Cuba, causante de las reiteradas crisis que no quedarán resueltas hasta que Fidel Castro Ruz da la victoria a un pueblo cuyas esperanzas habían sido reiteradamente frustradas.

En 1947 Raúl Roa sostiene una polémica con el periodista liberal Ramón Vasconcelos, en artículos aparecidos después en su libro *Escaramuzas en las vísperas*. Es un lúcido y completo análisis, salido de su pluma, sobre la realidad cubana. Vasconcelos ha lanzado un ataque contra la izquierda revolucionaria acusándola de ingenua, pandillera, incapaz, insensible. Roa sale a romper lanzas por su pasado, por el de sus compañeros que han permanecido firmes en sus posiciones, y por los mártires inmolados. Roa comienza afirmando que la revolución del treinta fue traicionada, mixtificada y calumniada pero que, no obstante, ha permanecido viva una conciencia nueva. La república que emerge en 1902 es una colonia, regida por generales y doctores, que no concuerda con el carácter democrático y popular de la revolución de 1895.

El imperio norteamericano desarticula políticamente, y absorbe económicamente, a la nueva república: “[...] el cubano quedaba reducido a la condición de paria en su propia tierra”. Montañas de oro fluían hacia el norte y la vanguardia intelectual, asqueada, se refugiaba en sus gabinetes. Los gobiernos de Gómez, Mario García Menocal y Alfredo Zayas “Traficaron con la guerra, la soberanía y la voluntad popular”. Roa cita cifras de los chanchullos y la incuria gubernamental: en 1924 sólo el nueve por ciento de la población cubana estaba matriculada en escuelas; el cincuenta y cuatro por ciento era analfabeta; el veinte por ciento de los candidatos a elecciones tenía antecedentes penales. Redacta una larga lista de iniciativas beneficiosas, que nunca fueron planteadas en un Congreso, ni ejecutadas por ningún gobierno. Por ello, dice Roa, Rubén Martínez Villena reclamaba “[...] una carga para matar bribones [...]”.

Machado asumió la presidencia con cantos de sirena, pero su demagogia se detuvo ante la estructura colonial del país. El carácter represivo de su gobierno se anunció en su declaración ante los banqueros de Nueva York: “Ninguna huelga durará más de un cuarto de hora bajo mi gobierno”. Machado se entregó a los intereses del Chase Manhattan Bank y sus obras públicas, como el Capitolio o la Carretera Central, costaron a nuestro pueblo “[...] hambre, indigencia, esclavitud y sangre [...]”, afirma Roa.

Y más adelante añade: “Las revoluciones no se fabrican a capricho, ni se imitan a conveniencia, ni se les dicta su curso ulterior. Las revoluciones son productos históricos y responden a una

determinada constelación de factores que condicionan sus formas de expresión, alcance y sentido. Nuestra revolución aspiró [...] a darle a Cuba su plenitud de destino [...].”

En los siguientes artículos Roa va enumerando los sucesos históricos: la insurgencia del Directorio Estudiantil Universitario, la intromisión de Sumner Welles, la huida de Machado, la pentarquía, el grausato, la acción revolucionaria de Antonio Guiteras. Del período del “Gobierno de los cien días” traza el siguiente balance: “[...] la responsabilidad del fracaso no corresponde exclusivamente a Grau San Martín. Cae, por igual, sobre los que combatimos torpemente al gobierno desde la izquierda. El objetivo inmediato de organizar un amplio frente de lucha [...] fue sustituido por una propaganda palabrera de consignas utópicas y un planteo de la revolución proletaria que trascendía las condiciones objetivas del país y la disposición subjetiva del pueblo”. Grau se convirtió en un símbolo falso, usufructuó el carácter y el sentido de la obra de Guiteras, y se convirtió en un mito de redención, que deshizo como una pompa de jabón en 1944.

Roa establece un balance objetivo entre el pro y el contra del grausato y concluye: “Más que por lo que ha hecho Grau San Martín será juzgado por lo que pudo haber hecho y no hizo. Prometió el Paraíso y nos lanzó el Purgatorio”. Y concluye premonitoriamente su réplica a Vasconcelos:

[...] las revoluciones ni se inventan, ni se promulgan, ni se imponen. No se entra en ella por generación espontánea. Un largo proceso las incuba, prepara y desata. Sólo cuan-

do la sociedad se ve coactivamente detenida en su evolución, la revolución germina y madura [...] Aún fracasada seguirá alentando mientras no se culmine [...] La historia demuestra que ninguna revolución es inútil, que ninguna revolución se pierde enteramente, que toda revolución destruye, cambia, edifica y fecunda, que toda revolución derrotada vuelve siempre por sus fueros [...].

Raúl Roa escribía esto en 1947, apenas seis años antes del ataque al Moncada.

El 20 de julio de 1953, pronuncia en México una conferencia donde evoca el espíritu de Martí en su centenario. Denuncia a quienes traicionan su espíritu y enlodan su ideario, y proclama la necesidad de rescatarlo de manos purulentas y labios impuros. La tiranía batistiana se ha vuelto a implantar poco más de un año antes y Roa afirma que el centenario martiano no ha podido ser conmemorado jubilosamente, ya que la república es sólo una convención debido a un régimen brutal, que derribó sus intenciones y se impone por la fuerza. Denuncia que en Cuba habrá “misas retóricas de liturgia oficial”, pero quienes honran a Martí no sólo con la palabra, sino con la conducta también, se han mantenido en un digno alejamiento de los homenajes gubernamentales.

Roa rememora, en esa pieza, a un Martí antimperialista, el Martí de la carta a Manuel Mercado, el que desea extender la independencia a Puerto Rico para levantar un farallón contra la expansión norteamericana, el que afirma que los pueblos americanos son más libres y prósperos en la medida en que más se apartan de los Estados Unidos,

el que enrojece de cólera cuando se habla de que Cuba puede convertirse en un estado más del imperio norteamericano. Concluye con un llamado a la unidad contra Fulgencio Batista; recuerda el apotegma martiano: juntarse es la palabra de orden; y también: el déspota cede sólo a quien se le encara. Roa resume su idea: crisis significa cambio. Nuevas metas y nuevas ilusiones. Decía esto seis días apenas antes del ataque al Moncada.

Después del triunfo de la Revolución tocó a Roa realizar el panegírico de Antonio Maceo, en el aniversario de su muerte, en 1961. Para Roa el General Antonio no era sólo el hombre del gesto rebelde de Baraguá, sino el político que confiaba en el pueblo, que estimaba que la fuerza de la causa no residía en los hombres sino en las masas. Maceo era el dirigente que desconfiaba en los “auxilios del vecino poderoso”, y que se opuso a la ayuda extranjera que pudiera conllevar compromisos peligrosos. Maceo era el vidente que se oponía a la intervención de los Estados Unidos en nuestra guerra independentista porque Cuba debía conquistar su independencia con el brazo y la sangre de sus hijos, sin necesidad de otra ayuda. Era Maceo quien decía que la libertad se conquista con el filo del machete y que mendigarla es propio de cobardes. Y Roa vio en Maceo avizoramientos socialistas cuando dijo: “Si la propiedad se pone en contradicción con el progreso de las instituciones sociales, en este caso es fuerza orillarla”. Roa expuso, en su visión de Maceo, a un guía que repudió la desigualdad social y demostró criterios antimilitaristas, antirracistas y anticlericales, además de un Maceo in-

ternacionalista que veía, más allá de la emancipación de Cuba de la coyunda extranjera y los privilegios internos, la necesidad de liberar a Puerto Rico, “[...] pues no le gustaría entregar la espada dejando esclava esa porción de América”.

De la misma manera, en su conferencia de Caracas, en 1948, Roa enfoca a Manuel Sanguily como un antimperialista consecuente, que si se ve forzado a votar la Enmienda Platt, en última instancia, después de haberla combatido en recia lidia, es porque sabe que no habrá república sin el apéndice, y escoge el mal menor. Sanguily es de los que optan temprano por el separatismo, única manera que consideraba capaz de “[...] adecuar la forma social al espíritu pujante de cubanía”. Roa reconocía en Sanguily al guardián de los derechos democráticos del pueblo, que sólo admitía el derecho de toda sociedad humana de vivir conforme a su voluntad, de no ser explotada por otra y de no ser afligida por la fuerza. Sanguily veía en América “la mansión del hombre redimido”, la América de Sarmiento, Lincoln, Juárez y Whitman. Sanguily ve, instaurada la república, el peligro de que acaparamientos foráneos dejen a nuestra tierra a merced de especuladores extranjeros, que absorban nuestras tierras y riquezas. Por ello presenta al Senado de la república un proyecto de ley que prohíbe a sociedades extranjeras la fundación de ciudades y poblar el país sin autorización del Congreso. “Si el latifundio perdió a Roma, también podría perder a Cuba”, subraya Roa. No es posible que exista un pueblo agrario sin suelo propio, y las naciones tienen que ser verdaderas y no meros reservorios de materias primas,

a expensas del capital extranjero. Siendo Secretario de Estado del gobierno de Gómez, defendió nuestra soberanía que se vio en trance de eclipsamiento en varias ocasiones. “A la intromisión extraña en nuestros asuntos, respondió con el repudio enérgico y bizarro”.

Basten estos ejemplos de Sanguily, Maceo y Martí, para mostrar la visión que Raúl Roa ha tenido de nuestra historia, desde los tiempos en que decir ciertas cosas entrañaba riesgos, desaprobación oficial, presiones y hasta privaciones. Constituyen, en definitiva, una faceta más de su pensamiento revolucionario consecuente.

Carlos Rafael Rodríguez, en entrevista concedida a *Granma*, con motivo del setenta cumpleaños de Raúl Roa, afirmó lo siguiente:

Yo considero que Raúl Roa es, ante todo, un escritor político, marcado por medio siglos de batallas que lo han reclamado de continuo [...] Roa ha confesado que de toda su obra, prefiere los discursos políticos en la ONU y en la OEA [...] A muchos la vida les va restando aristas y domando la agresividad. Roa es, si cabe, más arisco frente al enemigo medio siglo después que en la época juvenil, en que ya era un castigo urticante para el adversario [...].

Y es, efectivamente, en sus discursos pronunciados en sus funciones de Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Revolucionario de Cuba, donde puede hallarse la entraña más viva del pensamiento revolucionario de Roa. Muchas de estas oraciones tuvieron un carácter coyuntural, fueron pronunciadas en circunstancias específicas del desarrollo histórico de la Revolución cu-

baña, otras tienen, además, un valor teórico.

Una de las piezas oratorias más valiosas que jamás pronunciara es la que realizó en la Séptima Reunión de Consulta de los ministros de Relaciones Exteriores de las repúblicas americanas, en 1960, que constituye un verdadero “libro blanco” de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, por su extensión y profundidad.

Roa comienza declarando que Cuba ha ido a la reunión de Costa Rica no como reo, sino como fiscal; rechaza cualquier juicio que coarte el pleno ejercicio de la soberanía cubana y cita el principio de no intervención como la clave de la política internacional de Cuba. Pasa a definir el carácter de la Revolución cubana, que no es una monotonía ni un revolico, sino una genuina revolución. Se apoya en Aristóteles para distinguir entre rebelión y revolución. La primera se limita a la remoción de personas y honores, la segunda implica un cambio profundo de estructuras, instituciones, ideas, normas, costumbres. (Recordemos que esta idea ya la maneja en 1931 en su panfleto “Tiene la palabra el camarada máuser”). Roa afirma: “La justicia, cuando se viste de pueblo, no se anda con muchos miramientos con quienes jamás tuvieron alguno y cimentaron sus usos en los abusos. Las revoluciones son como torrenteras que arrastran y destrozan a quien se les opone”.

Entra a continuación a realizar un análisis de las relaciones económicas y afirma lo siguiente:

a) La deformación estructural de la economía cubana incumbe sólo al imperialismo norteamericano.

b) El proceso de colonización cubano comenzó por la concentración de las inversiones yanquis en un reducido grupo de sectores ventajosos: azúcar, minería, servicios públicos, etcétera.

c) La economía cubana se desequilibró estructuralmente sobre la base de la monoproducción azucarera.

d) Las consecuencias sociales de lo anterior son desastrosas, y cita cifras de desempleo, bajo nivel de vida, miseria rural.

e) Esta situación económica fue la que encontró el Gobierno Revolucionario, que partió a enderezar esos vicios con la Ley de Reforma Agraria y una nueva política de control de cambio, crédito y tributación fiscal.

f) La reacción del gobierno norteamericano, ante esta voluntad de cambios, ha sido la de organizar agresiones.

Cuba –anuncia Roa– comerciará libremente, a partir de entonces, con todos los países del mundo con independencia de su sistema social.

Pasa Roa a hacer una pormenorizada revisión de las relaciones económicas entre Cuba y los Estados Unidos, para concluir que nuestro país había llegado a un estancamiento, creado por las corporaciones monopolísticas, que acarreó un atraso de nuestro desarrollo económico.

En su respuesta al canciller norteamericano, que acusaba a Cuba de amenazar la libertad de expresión: libertad de prensa, de la radio y la televisión, Roa demostraba que tal libertad nunca había existido en Cuba, pues los medios de difusión divulgaban lo que interesaba a las grandes empresas y a los grupos de poder que, justamente, des-

pués de la Revolución, la prensa sí divulgaba lo que concernía a las grandes mayorías y defendía sus intereses. Estos asertos los apoyaba con la lista de egresos de las compañías de teléfonos y electricidad, y sus subvenciones a los órganos de prensa, así como con pruebas del material que distribuía la oficina de información de la embajada norteamericana. Sin embargo –Roa contraatacaba–, la verdad de Cuba no se hacía oír en el continente, por el control que los monopolios ejercían sobre los medios de difusión, y una extendida campaña de calumnias.

Roa pasaba revisión a una amplia lista de agresiones yanquis contra Cuba, que iban desde la quema de cañas hasta el bombardeo desde avionetas. Todo ello era el preámbulo de un ataque armado de mayor envergadura que iba antecedido de ataques verbales, económicos y diplomáticos.

A los ataques norteamericanos sobre la ausencia de elecciones, en aquel período, Roa respondía: “La mayor parte de las conquistas democráticas de nuestra América se han obtenido mediante movimientos revolucionarios [...] nos sentimos hijos de la revolución. América es hija de la revolución. Y, por eso, surgida de las luces y el progreso, hacia las luces y el progreso va”. Después atacaba la farsa de la democracia representativa, el sufragio amañado y la falsificación de la voluntad popular, que se había sufrido hasta entonces en nuestro país.

Finalmente, Roa, con su albo penacho más enhiesto que nunca, anunciaba que su delegación se retiraba de aquella conferencia: “Los Gobiernos latinoamericanos han dejado sola a

Cuba. Me voy con mi pueblo y con mi pueblo se van también de aquí los pueblos de nuestra América”.

Se ha dicho que el estilo es el hombre y el estilo de Roa ha sido un fiel trasunto de sí mismo. Tal como señalara Carlos Rafael, la prosa de Roa tiene fuertes deudas con el posmodernismo y las literaturas europeas de vanguardia. Vicentina Antuña, en su discurso al otorgársele a Raúl Roa el grado de Profesor de Mérito, apuntó que él poseía: “[...] una excelente prosa literaria, caracterizada por su personalísimo estilo, rápido e impetuoso, su lenguaje directo y afilado, de vocabulario amplísimo y expresivo y metáforas sorprendentes y juegos de palabras ingeniosos [...]”. A lo cual añadiríamos nosotros, su facultad de incorporar frases coloquiales, dicharachos, argot, jerga cubana, palabrería criolla, en su prosa, con lo que le otorgaba una considerable frescura y amenidad.

Otro de sus discursos memorables fue el que pronunció en la 937 sesión plenaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas, referido a la independencia de los apéndices coloniales.

Esa pieza es una verdadera lección de historia de los pueblos. Roa comienza con una clase de historia económica: recuerda a sus distinguidos interlocutores que el colonialismo es hijo legítimo de las transformaciones en la sociedad europea en los siglos xv al xvii, y de sus repercusiones en la vida política, jurídica, social, religiosa y cultural. “El humanismo renacentista –afirma–, es la flor privilegiada del borrascoso advenimiento del capitalismo moderno”.

Una nueva sociedad emerge de las cenizas del feudalismo, y requiere de

mercados para satisfacer sus afanes de hegemonía. El espíritu adquisitivo y el apetito de expansión van de la mano con una audaz aventura del pensamiento, que repercute en la ciencia y la tecnología. Son los tiempos del telescopio y de las factorías, de las agencias de explotación de la “*terra incógnita*” y del método experimental. La escolástica vuela en pedazos y las naves rapaces cruzan los mares en busca de oro. Pueblos y civilizaciones se extinguen en aras del enriquecimiento europeo. La lengua y la religión se convierten, entre otros, en elementos de la subyugación. Se desprecia a las culturas autóctonas a pesar de que cuando los ingleses aún vivían entre las ramas, la India había acumulado una sabiduría señera, China era asiento de una filosofía y una organización política notable, Egipto poseía una sapiencia madura antes que el cristianismo se asomase siquiera al panorama de la historia, los árabes eran depositarios del saber grecolatino primero que los europeos, el África negra había desarrollado un opulento y refinado desarrollo.

Roa pasa a las condiciones presentes de la época: el Congo es una nación intervenida y la autodeterminación, la soberanía y la paz de África están en peligro: Lumumba ha sido depuesto y asesinado. En nuestro continente la política colonialista de los Estados Unidos se ceba en el canal de Panamá y en la Base de Guantánamo y qué decir de la ocupación de Puerto Rico que, después de cuatro siglos uncido a la coyunda española, lleva más de medio siglo bajo la dominación norteamericana.

“La historia de Estados Unidos –afirma Roa–, es en gran parte la historia

de su expansión territorial a expensas de España y América Latina”. Es una empresa ambiciosa que se inició desde los albores mismos de la independencia de las trece colonias, y sus primeros teóricos fueron Jefferson, Madison y Quincy Adams; este último autor de la tesis de la “fruta madura”. Viene, luego, la Doctrina Monroe; manos fuera de América para todo el mundo, menos para los Estados Unidos. A Cuba se le impone la Enmienda Platt, el pueblo puertorriqueño cambia de amo: “Un amo, aún más odioso, porque traía la esclavitud en nombre de la libertad”. Cuba propone en las Naciones Unidas no abandonar el debate hasta que se hayan roto los últimos eslabones de las cadenas del colonialismo. Esta oración maestra de Raúl Roa no es más que el anuncio de muchas otras en las que fustigará, con un sólido basamento histórico y filosófico, la esencia del colonialismo y del imperialismo, y defenderá, en nombre de Cuba, la verdadera independencia de las naciones de la tierra.

La magna obra de Raúl Roa demanda un ordenamiento y un estudio riguroso que van más allá del limitado espacio de las páginas periodísticas. Como dijera Carlos Rafael, Roa ha escrito siempre en medio de batallas que lo reclamaban, lo cual el mismo Roa confirmó, al decirle a Ambrosio Fornet que escribía siempre aprisa, a cualquier hora y en cualquier parte: redacciones de periódicos o mesas de café. Decía Roa en aquella entrevista: “Nunca he escrito por escribir: he escrito siempre acicateado por algo que requería expresarse para algo”. Este carácter coyuntural de la obra de Roa requiere,

por ello mismo, una cuidadosa revisión para extraer el cuerpo teórico central de sus ideas: la osamenta que sostuvo el músculo circunstancial.

En una revisión somera, puede deducirse que la obra de politólogo de Raúl Roa ha estado hilvanada por un consistente pensamiento antimperialista, desde sus primeros panfletos de los años treinta; ha sido un defensor del concepto de revolución profunda: la transformación de esencias y estructuras contra el concepto superficial de revolución como mero cambio de personas y reformas de fachada; advirtió en etapas muy tempranas (en que no existía un criterio homogéneo al respecto), el papel dirigente de la clase obrera en la crisis capitalista y el de su vanguardia; vio la necesidad de meter la raíz de los movimientos revolucionarios en las grandes masas explotadas; desafió el determinismo histórico geográfico sobre la imposibilidad de resolver seriamente los males de Cuba por su cercanía a los Estados Unidos; vio la entraña que induce las transformaciones sociales; ha sido un marxista consecuente y un valeroso defensor de sus ideas en tiempos de borrasca; ha sido un leal hijo de su patria y un criollo de cepa, un revolucionario cabal cuya mayor felicidad, tal como él mismo dijera, es haber sido contemporáneo de Fidel y haber merecido su aprecio, porque fue a Fidel –como afirmara Roa– “[...] a quien cupo la honra de culminar, al frente del pueblo cubano, la lucha revolucionaria de cien años [...]”. Roa ha sido, sencillamente eso, un ser revolucionario: la categoría humana más noble y valiosa.

Roa y Ortiz, amigos

Ana Cairo

*Ensayista y profesora de la Universidad
de La Habana*

I

Rubén Martínez Villena (1899-1934) trabajaba como secretario privado de don Fernando Ortiz (1881-1969) en el famoso bufete, sito en San Ignacio (Habana Vieja). Mientras conocía a personalidades y aprendía métodos para el estudio de las Ciencias Sociales, publicaba también poemas, o los recitaba en tertulias de amigos. Se graduó de abogado en 1922 y en los inicios de 1923 dejó el grato empleo. Antes de irse, preparó con entusiasmo los dos tomos de *En la tribuna* (1923), una selección de los discursos de don Fernando, quien le pidió que hiciera el prólogo. Rubén testimonió la admiración por las ideas del científico social y del político afiliado al Partido Liberal; reconoció su impacto como educador popular en torno a una conciencia cívico-moral reformista y anticorrupción. También se ocupó de entrenar en los deberes de secretario al sucesor, el deportista y aprendiz de narrador Pablo de la Torriente Brau (1901-1936). En 1926, Rubén evocó a Ortiz como personaje en el capítulo que aportó a la novela *Fantoches* de autoría colectiva.

En 1930, al publicar los cuentos de *Batey*, Pablo bromeaba con la distinción laboral de ser “el decano” de los empleados del bufete de don Fernando;

precisamente por ello, conocía y trataba a la mayoría de políticos, profesores, periodistas, abogados, quienes participaban en los proyectos culturales auspiciados por su jefe.

En abril de 1930, Pablo, como ayudante de Ortiz, integró la membresía de la comisión de intelectuales encargada de preparar para octubre el programa de acciones en un homenaje nacional a Enrique José Varona (1849-1933), con motivo del cincuentenario de su primer curso de Filosofía.

Raúl Roa (1907-1982) matriculó en la Facultad de Derecho en septiembre de 1925. En los inicios de 1926 se interesaba por las tesis del aprismo y por la educación popular. Se incorporó al claustro profesoral de la Universidad Popular José Martí (1923-1927); impartía clases sobre las Teorías Sociales. Se radicalizaba con celeridad; se autojuzgaba un estudiante revolucionario, un combatiente de la izquierda antimachadista y antimperialista, y desde 1927 se proclamaba afiliado a las tendencias marxistas, pero sin interés por adscribirse al Partido Comunista.

Roa se hizo amigo íntimo de Rubén Martínez Villena y de su cuñado, el poeta, traductor y periodista José Z. Tallet (1893-1989) en las labores cotidianas de la Universidad Popular. Por intermedio de los dos, comenzó a publicar en revistas y suplementos culturales de periódicos y a participar ocasionalmente en actos, reuniones, tertulias de escritores y artistas.

En las conversaciones con Rubén, probablemente, se aludió a Ortiz, a los textos de *En la tribuna*, a las polémicas sobre las tesis de *La decadencia cubana* (1924). Roa visitó el bufete de San Ignacio, donde conoció a Pablo.

La hermandad entre Pablo y Roa surgió en las reuniones de la comisión pro homenaje a Varona, en las que Raúl representaba al Directorio Estudiantil Universitario (DEU) de 1930; y se profundizó en las cárceles del Castillo del Príncipe y del Presidio Modelo en Isla de Pinos y en los dos exilios en Nueva York.

Debido a la intimidad con Pablo, quien se mantuvo como secretario de Ortiz hasta septiembre de 1931, Roa pudo acceder a las interacciones más amplias con el sabio.

El 19 de diciembre de 1936, Pablo murió heroicamente en combate durante la Guerra Civil Española. Roa y Ortiz estuvieron entre los que más lloraron esa pérdida afectiva. Probablemente, ese dolor compartido multiplicó la amistad.

II

En 1940, Roa obtuvo por oposiciones la cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales en la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público. Por la ley docente sobre los nuevos estatutos de 1942, la Universidad se modernizó con reformas parciales.

La escasez de los presupuestos financieros limitaba el impacto real de las transformaciones. En 1944, Roa era vicedecano y secretario ejecutivo del Instituto Superior de Investigaciones Científicas y de Ampliación de Estudios.

En los cursos de verano tenía contratado permanentemente al profesor Ortiz, al igual que defendía su presencia en la exigua nómina del Instituto Superior de Investigaciones. Sabía que el polígrafo prestigiaba a la Universidad y, por lo mismo, defendió como

decano en el Consejo Universitario el que se le concediera a Ortiz el reconocimiento de Profesor Honoris Causa de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público (mayo de 1955), con lo cual se inauguraba la tradición de los Profesores de Mérito en la Universidad. A Roa se le confirió en abril de 1977 al cumplir setenta años.

III

Ortiz permaneció exiliado en los Estados Unidos desde diciembre de 1930 hasta agosto de 1933. Residía alternativamente en Nueva York y Washington. Colaboraba con la comunidad científica y esto le permitía influir en numerosos proyectos. Cuando la Fundación John Simon Guggenheim Memorial organizó un servicio de becas para profesionales latinoamericanos, Ortiz y el historiador y profesor Herminio Portell Vilá (1901-1992) integraron el grupo de personalidades que avalaban los currículums de los solicitantes cubanos.

Roa presentó el proyecto investigativo “Problemas sociales de Norteamérica en relación con la situación internacional” al concurso de 1944 y ganó una de las becas para 1945. Con dicha ayuda financiera permaneció un año en Nueva York, acompañado de su familia, y pudo multiplicar las relaciones científicas de la Universidad de La Habana con instituciones académicas estadounidenses. Ortiz estaba entre los amigos, a quienes Roa enviaba cartas, mensajes, tarjetas, para contarle vivencias y nuevos saberes. Al final de este trabajo aparecerán tres de dichas misivas que pertenecen a la colección Fernando Ortiz de la Biblioteca Nacional José Martí.

IV

Desde enero de 1947 comenzó la guerra política inherente a las elecciones presidenciales de junio de 1948. Roa polemizó con el periodista y político del Partido Liberal, Ramón Vasconcelos (1890-1965) sobre los hechos históricos de la lucha contra la satrapía de Gerardo Machado (1925-1933), el aporte de los revolucionarios estudiantes, y la trascendencia de los cambios políticos y sociales en el postmachadato. Él reiteraba la acusación de que Vasconcelos era un ex machadista, por otra parte, validaba la autoridad moral y el prestigio político de los miembros de su “Generación del treinta”, aunque reconocía que algunos habían traicionado al aliarse con Fulgencio Batista, o se habían maculado con la gran corrupción del gobierno de Ramón Grau San Martín.

Roa impugnaba la candidatura del liberal Ricardo Núñez Portuondo (a quien acusaba de ex machadista). Quería en lo personal a Juan Marinello, sin embargo, discrepaba de las tesis del Partido Socialista Popular (nuevo nombre de los comunistas). Consideraba que Eduardo Chibás actuaba con cierta dosis de demagogia y creía que era un error el surgimiento del Partido Ortodoxos, porque obstaculizaba la unidad contra Núñez Portuondo. Pero, tenía dudas sobre la capacidad de Carlos Prío (su compañero del DEU de 1930) para lidiar contra Grau y sus ministros corruptos. En síntesis, no compartía entusiasmos por ninguno de los cuatro candidatos y prefería ayudar sólo en los ataques a Núñez Portuondo (el candidato de Vasconcelos).

En los días finales de mayo de 1948 circuló en la prensa un manifiesto con

la firma de ex miembros de los DEU, de los dirigentes en los Institutos de Segunda Enseñanza y Escuelas Normales, entre 1925 y 1933, quienes pedían que se votara por Prío. Roa no lo suscribió. Ortiz decidió apoyar la candidatura de Chibás en carta pública al periódico *Información*.

Cuando Prío juró la presidencia de la república el 10 de octubre de 1948, nombró a Aureliano Sánchez Arango (1907-1976) ministro de Educación. La primera variante era que José Z. Tallet se ocupara de la Dirección de Cultura, pero Prío no aceptó la proposición de Aureliano. Después de varios meses sin acuerdo, se logró convencer a Roa de que aceptara (10 de junio de 1949). ¿Por qué lo hizo?

Quizás, porque Aureliano había logrado ya incorporar a las dependencias del Ministerio de Educación a otros compañeros de las luchas estudiantiles, también ajenos, como Roa, a los compromisos de las afiliaciones partidistas. Se trataba de la decisión cívico-moral de erradicar la corrupción. Existía el consenso popular de llamar al Ministerio de Educación grausista, “la cueva de Alí Babá”, como denuncia de la gestión depravada del delincuente José Manuel Alemán en la institución (1946-1948).

Roa lo proclamaría en nombre de los “treinteros” en el Ministerio de Educación, en el artículo “El apóstol que se alzó con la cena” (periódico *Prensa Libre*, 13 de septiembre de 1950): “Estamos peleando en liza abierta, como en los buenos tiempos de antaño. Ninguno hemos tenido, ni tenemos, palacios aladinescos. Ninguno hemos tenido, ni tenemos, fincas suntuosas. Ninguno hemos tenido, ni tenemos,

refulgentes colas de pato. Hemos vivido siempre de nuestro trabajo. Somos todos hijos legítimos de nuestros padres y de nuestras obras. Y figuramos, además entre las personas decentes, [...]”.

Ellos iban al Ministerio de Educación a “servir y no a servirse de él”.

Ortiz felicitó a Roa por el nombramiento y, de inmediato, estructuraron una cooperación importantísima, porque el financiamiento para la publicación de libros esenciales, como la *Africanía de la música folclórica cubana*, quedaba asegurado.

Ortiz participó en las ferias del libro. En la de diciembre de 1950, disertó sobre “La música afrocubana”, acompañado de músicos, cantantes y bailarines.

En octubre de 1951, cuando Aureliano aceptó ser el Ministro de Estado, Roa presentó la renuncia irrevocable. No obstante, se preocupó porque el sucesor en la Dirección de Cultura siguiera cumpliendo los compromisos en torno a los libros de Ortiz.

Los dos se opusieron al golpe de Estado de Fulgencio Batista (10 de marzo de 1952). Desde diciembre de 1953 hasta 1955, Roa permaneció exiliado en México. Allí cuidó de los detalles editoriales de las obras del científico que se imprimían.

En los días finales de diciembre de 1958, falleció María Luisa, la madre de Roa. Ortiz se solidarizó con su dolor.

A partir de la victoria revolucionaria de enero de 1959, Roa comenzó a asumir responsabilidades políticas y diplomáticas que lo alejaron de la cátedra universitaria. En junio fue nombrado Ministro de Estado, institución que refundó como Ministro de

Relaciones Exteriores. Las experiencias como director de Cultura las rearticuló en una estrategia sistémica: nuestro patrimonio espiritual y material debía ser difundido en el mundo a través de las embajadas y de las misiones; los escritores y los artistas podían ser eficientes diplomáticos, además en el Ministerio se editaban libros culturales y se compraban obras de arte.

A partir de 1959, con la multiplicación del impacto político y cultural de la Revolución cubana, se universalizó también el legado de Fernando Ortiz. Entre los intelectuales que ayudaron a esa labor estaba su amigo y admirador Raúl Roa.

A Raúl Roa de Fernando Ortiz

I

Septiembre 12, 1945

[] Estoy acabando de imprimir un libro de *El engaño de las razas* y acabando otro, que se imprimirá en México, titulado *El huracán, su mitología y su símbolo*, el cual será publicado por el Fondo de Cultura Económica. Ambos libros son el resultado de mis trabajos en el famoso Instituto Universitario de Investigaciones Científicas. [...].¹

II

Junio 18, 1949

Sr. Dr. Raúl Roa
Ave de la Tropical nº 1
Reparto Kohly
Marianao

Estimado amigo:

Le van dos líneas antes de que lo pongan, por fin, a *dirigir la cultura*.

Después esta carta para algunos sería tomada por *guataquería*. Y yo ya estoy algo viejo para eso, aun cuando se den casos en que el encurvamiento de la columna dorsal sea símbolo de sensibilidad y humillación así forzosa como voluntaria.

Recibí su libro y lo leí en una noche, salvo los dos capítulos últimos. Me alarmó primeramente un capítulo que comienza tratando de *La venda de Cupido* pero comencé a leerlo y me tranquilicé.

Le envió un buen abrazo de congratulaciones. Muy sincero. Ya yo lo conocía y lo estimaba por su estilo fosforescente, y a veces hasta quemante y explosivo; pero no pensé que una *Historia de las doctrinas sociales* pudiera escribirse, escribirse bien, con ese estilo chisporreante de Ud. Desde el primer párrafo al último su prosa fluye con su característico brío, sin que el pensamiento pierda en claridad, lógica ni peso.

En cuanto a sus lineamientos me parece que no tenemos en castellano nada que le supere; por lo pronto podrá ser un “clásico” de las universidades hispanoamericanas. Ya hablaremos más.

Parece que, al fin voy al Perú por unos días, saliendo el martes. Por ese acaso no podré asistir a su toma de posesión. De todos modos, le deseo un gran éxito por Ud y Cuba.

Mis saludos y los de María para Ud y su esposa, la cual le ayudaría mucho a *dirigir la cultura*.

Queda de Ud. muy devoto amigo
Fernando Ortiz

III

Octubre 5, 1949

Sr. Dr. Raúl Roa
Estimado Don Raúl:

Me urge mucho verlo cinco minutos para tratar de asuntos oficiales de la Junta Nacional de Arqueología, de la Sociedad de Folclore y de la Sociedad Afrocubana. Hace una semana que estoy tratando inútilmente de hablar con Ud. Le agradeceré me diga donde puedo verlo por la mañana, por el mediodía, por la tarde o por la madrugada en La Habana, fuera de La Habana, en el mar o en el aire o en algún palacete de Miami.²

Perdóneme de la insistencia
Suyo afectísimo
Fernando Ortiz

Notas

¹ Roa se encontraba en Nueva York, como becario de la Fundación John Simon Guggenheim Memorial.

² “El palacete de Miami” es una alusión satírica al ex ministro de Educación del gobierno de Grau San Martín, José Manuel Alemán, quien desfalcó la institución entre 1946 y 1948. “Alí Babá” se le decía a Alemán por los millones robados, con los que residía en Miami.

El fecundo exilio de Raúl Roa en los Estados Unidos

Carmen Gómez García

Investigadora

Este año 2007, el 18 de abril, se conmemora el primer centenario del nacimiento de Raúl Roa García, el “Canciller de la dignidad”, apelativo que le otorgara el pueblo de Cuba por la brillante defensa que hiciera de los principios de la Revolución cubana en los foros internacionales en su condición de ministro de Relaciones Exteriores.

Fue Roa un hombre multifacético, de una sólida y amplísima cultura que brilló en muchas de las esferas de la vida intelectual cubana de su época: como ensayista de un personal y combativo estilo, puso siempre su pluma al servicio de su patria; como periodista, profesión a la que se dedicó desde sus años juveniles, alcanzó méritos incuestionables, en especial con sus relatos de las acciones ocurridas durante el proceso revolucionario de lucha contra la tiranía machadista de la que fue el más excepcional de sus cronistas; como profesor de la Universidad de La Habana en la cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales desplegó ante su alumnado sus profundos conocimientos sobre las distintas teorías acerca del desarrollo social con un enfoque profundamente marxista; como polemista se enfrascó en profundas discusiones con quienes mantenían cri-

terios adversos a los principios revolucionarios; aun cuando todas ellas se relegaron a un segundo plano ante lo relevante de su desempeño en el Ministerio de Relaciones Exteriores en los primeros años del proceso revolucionario cubano.

Es mi criterio, sin embargo, que el signo distintivo de la vida de Raúl Roa es su condición de revolucionario integral, pues siempre puso en primer plano sus deberes y obligaciones con la revolución y con la patria. Fue, como diría Antonio Gramsci, un intelectual orgánico.

Su condición de revolucionario se puso de relieve desde sus años juveniles, al incorporarse a las luchas estudiantiles de su época en los predios de la Universidad de La Habana, cuyo estudiantado ocupó un lugar relevante en las luchas que el pueblo cubano sostuvo contra la oprobiosa tiranía machadista, tanto desde las filas del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) contra la prórroga de poderes, como más tarde desde el Ala Izquierda Estudiantil, cuando aquella organización dejó de ocupar el papel de vanguardia revolucionaria que él consideraba necesario mantener para liberar a la patria no sólo de la tiranía machadista, sino también de la dominación imperialista.

Aunque las acciones revolucionarias del pueblo cubano contra el tirano Gerardo Machado condujeron a su derrocamiento, la intervención del imperialismo estadounidense frustró el proceso revolucionario y no se pudieron alcanzar los objetivos que este se había propuesto. Sólo durante el llamado “Gobierno de los cien días” presidido por el profesor universitario, doctor Ramón Grau San Martín, que contaba en su equipo gobernante con una personalidad realmente revolucionaria, el joven Antonio Guiteras Holmes, se pudieron llevar a la práctica un conjunto de demandas populares, algunas de las cuales afectaban los intereses del imperialismo estadounidense, como la nacionalización de la llamada Compañía Cubana de Electricidad. Esta situación, por supuesto, no podía ser tolerada por la administración yanqui, que pronto maniobró para derrocarlo. Al “Gobierno de los cien días” le sucedió un período crítico en el cual el presidente Carlos Mendieta, manejado tras bambalinas por el jefe del Ejército Fulgencio Batista y Zaldívar, y el embajador de los Estados Unidos mister Jefferson Caffery, tomaron las riendas del poder e instauraron un gobierno tan tiránico y despótico como el que se había acabado de destituir. El pueblo, bajo la dirección de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO), trató de subvertir esta situación convocando a una huelga general, pero la falta de unidad de las fuerzas revolucionarias, la hizo fracasar. Se desarrolla a continuación una brutal represión que obliga al exilio a los revolucionarios más connotados, entre ellos a Raúl Roa, quien en el mes de abril de 1935 parte para los

Estados Unidos y se asienta en la ciudad de Nueva York junto a su fraternal amigo Pablo de la Torriente Brau. Ambos se encuentran indignados con el rumbo que han tomado los acontecimientos y con el amargo sabor de la derrota en los labios. Les indigna la actitud asumida por los partidos políticos que no supieron arriesgarse hasta las últimas consecuencias cuando la huelga se encontraba en su punto más alto, sin valorar que la derrota traería aparejada la desmoralización de las masas y el fortalecimiento de la reacción que impondría de nuevo su régimen de terror.

Tanto Roa como su amigo Pablo comprenden que la situación no es propicia para iniciar un nuevo proceso revolucionario, pero no pueden quedarse cruzados de brazos y deciden crear una organización revolucionaria capaz de agrupar a todos los combatientes en el exilio alrededor de un programa mínimo de liberación política y económica. Acuerdan llamarla Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA). Piensan también en la necesidad de fundar un periódico como órgano de difusión y propaganda. Roa propone llamarlo *Guásima*, pero cuando ve la luz a fines de 1935, lo hace con el nombre de *Frente Único*.

En el mes de agosto Roa se marcha a Filadelfia en unión de Gustavo Aldereguía, amigo y compañero de luchas. Se siente muy entusiasmado porque allí encuentra numerosos exiliados pertenecientes a diversas organizaciones revolucionarias y piensa que con ellos se puede organizar una filial de ORCA. En carta a Pablo le dice: “Creo que ORCA será un éxito.

Hay tal estado de confusión y de desorientación que nuestro engendro maravilloso viene como caído de las patillas de Marx”.¹

En esa misma carta le relata las muchas actividades que están preparando, entre ellas un gran mitin de masas al cual han invitado a participar al escritor de teatro estadounidense Clifford Odets, destacado tanto por la calidad de su producción literaria como por la posición de izquierda en sus obras.

No permanece mucho tiempo en esa ciudad. Con su amigo Aldereguía y su esposa Ada Kourí, que ha llegado de Cuba a compartir con él los duros años del exilio, se dirige a Tampa, ciudad donde se encuentran numerosos exiliados pertenecientes a diversas organizaciones revolucionaria que pugnan entre sí por obtener la mejor tajada en la confusa situación reinante. Dos de ellas cuentan con un número mayor de miembros: el Partido Revolucionario Cubano, Auténtico (PRC-A) encabezado por el depuesto presidente Ramón Grau San Martín, y la Joven Cuba (JC) organización creada por Guiteras y que se fraccionará en múltiples tendencias después de la muerte de este, asesinado cuando trataba de abandonar el país.

Entre los exiliados en Tampa se encuentra Guillermo Martínez Márquez, quien trata de persuadirlo de que la única posición realmente revolucionaria es la de afiliarse al PRC, aun cuando piensa que el doctor Grau San Martín, su presidente, sigue siendo el mismo tipo vacilante e incapaz que se dejara despojar del poder en 1934. Roa reconoce en una carta a Pablo: “[...] las circunstancias han situado a Mongo en el ápice mismo del proceso revoluciona-

rio”² y comenta con su amigo el criterio de Martínez Márquez, el cual considera que la única posición revolucionaria en ese momento es la de afiliarse al PRC, de donde se deduce –dice Roa– “[...] toda una teoría política que pone en las manos divinas del autenticato, y sólo en ellas el monopolio de la idea y de la acción revolucionarias”.³

Su criterio es claro y diáfano y así se lo expone a su amigo: “Nosotros hemos empezado por aceptar a Mongo como banderín a virtud de imperativos fatales. Mongo, sí, pero no para el PRC y sus conmlitones sino para el pueblo cubano a través de un frente único programático de carácter antimperialista”.⁴

Alguien puede cuestionarse por qué el doctor Grau San Martín, a quien Roa se refiere con el apelativo de Mongo con que el pueblo lo bautizara, tenga tanta relevancia para algunos revolucionarios del exilio, al extremo de considerarlo como la única alternativa realmente revolucionaria. Y es que durante su gobierno, como ya se expuso, y por obra de Guiteras, su secretario de Gobernación, se dictaron leyes revolucionarias en respuesta a algunas demandas populares, y ello permitió a Grau ponerse bajo la aureola revolucionaria de Guiteras, aun cuando en más de una ocasión había tratado de poner trabas a su puesta en práctica.

Los auténticos que seguían las posiciones de Grau no simpatizaban con las del Frente Único antimperialista por considerarla una consigna de la Internacional Comunista para servir a los intereses soviéticos. Por otra parte, andaban en negociaciones para alcanzar

un entendimiento con los guiteristas sobre el reparto del poder político con quienes trataban de firmar un pacto, el llamado Pacto de México que, en definitiva, no llega a cuajar porque la JC se encuentra dividida en múltiples fracciones, entre ellas una que no admite pactos de ninguna clase.

Aunque algunos auténticos y militantes de la Joven Cuba sí son partidarios del Frente Único, la mayoría sostiene el criterio de que los demás exiliados deben abandonar sus respectivas organizaciones para incorporarse a las filas del PRC, si no quieren quedarse fuera del proceso revolucionario.

Incluso cuando la situación no es muy favorable, Roa insiste en seguir laborando a favor del Frente Único y propone junto a la Izquierda Revolucionaria (IR), la celebración de una conferencia para lograr su integración. Esta organización, radicada en La Habana, controla al movimiento estudiantil, y con ella la ORCA se siente profundamente identificada.

Tanto la JC como el PRC no han abandonado sus intentos insurreccionales. Dicen estar acopiando armas, pero Roa piensa que estas no son suficientes para enfrentar con éxito a las fuerzas de la dictadura y, aunque carece de pruebas, sospecha que las organizaciones revolucionarias del exilio están dilapidando sus fondos. A él personalmente no le entusiasma mucho la aventura insurreccional, porque piensa que en el país no hay condiciones para ello y su puesta en práctica no sólo puede *conducir* al proceso revolucionario a la catástrofe, sino incluso retrasarlo por un largo período y por ello afirma: “Esto, además de criminal es esencialmente contrarrevolucionario”.⁵

Ya a principios de enero se encuentra en Miami. Piensa que el Frente Único tiene pocas posibilidades porque el PRC y en especial Grau, su presidente, no sólo no está interesado en él sino que lo obstaculiza. Entonces empieza a pensar en la posibilidad de organizar un Partido Único (PU) de izquierda y en ese sentido le escribe a Pablo: “La solución estriba únicamente en el partido único de izquierda. Fracasado el frente único en todos sus aspectos, en bancarrota las organizaciones, penetrados sus elementos mejores de que ninguna de ellas por sí sola puede hacer otra cosa que un pucherazo ridículo, la cuestión del partido único está en el primer plano [...]”.⁶

En su opinión, la ORCA y la IR deben plantear la cuestión del Partido Único a las demás organizaciones. Piensa que tanto el PRC como la JC, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) y el Partido Agrario Nacional (PAN) aceptarán la propuesta y se dispone en unión de Juan Antonio Rubio Padilla, uno de los revolucionarios con quien compartiera la cárcel durante el machadato, a elaborar un proyecto para someterlo a la consideración de las organizaciones del exilio.

Sobre esto le escribe a Pablo:

Antes que nada hay que elaborar un documento amplio y profundo contentivo –previa la explicación de la necesidad histórica del PU– en el que se fije, sin lugar a dudas, el carácter, el contenido y el alcance de la revolución que plantea la realidad cubana. Al propio tiempo en dicho documento se estructurará el PU, se definirá el carácter y el contenido del Estado antimperialista y

la inserción en el mismo del PU como partido único dirigente de su política general”.⁷

Analiza con agudeza la situación imperante en Cuba. Muestra la posición de los distintos partidos y organizaciones revolucionarias y sus posibilidades reales para hacer la revolución. Con objetividad y no sin cierta pesadumbre acota:

Lo positivo, en definitiva es que el movimiento revolucionario en Cuba está sufriendo un colapso gravísimo. Todos los que escriben de Cuba lo dicen. Aquí estuvo Chibás, que como sabes, forma parte como sabes del CE de IR Rubio y yo sostuvimos con él una larga conferencia. El balance de lo subjetivo es de una precariedad pavorosa. Lo único que está *realmente organizado* –fuera de las fuerzas controladas por el PC es el estudiantado, controlado, en su conjunto por IR. De tal manera esto es evidente que la Universidad y los Institutos *no podrán* funcionar. La influencia de IR se va extendiendo ya en todas las zonas sociales. Según Eduardo Chibás –y es criterio de IR– hay un divorcio bilateral de las masas: de la dictadura sangrienta de Batista y de los llamados santones de la revolución. Hay, particularmente en el proletariado, una repulsa profunda a los métodos gansteriles. Es lógico que así sea. Rubio y yo insistimos con Chibás –por el que sentimos pareja animadversión– en la necesidad de darle a nuestra conferencia la mayor base e impulso. Yo, debo decirlo, no tengo fe alguna en la capacidad

de las fuerzas actuales. En otras palabras: ni el PRC, ni la JC, ni el PAN, son capaces de hacer otra cosa que lo que están haciendo: jugar a la revolución antimperialista. Creo que sólo hay un partido que tenga, por lo menos, figura de tal: el PC [Partido Comunista], pero incapaz a su vez de acometer *por sí sólo* las tareas todas de la etapa inmediata de la revolución cubana. En cuanto a ORCA e IR, las juzgo, a virtud de su especial posición en nuestro proceso, fuerzas incontaminadas y de reserva.⁸

Se hace necesario, piensa el joven revolucionario, entrarle de frente a la situación para ir desarrollando en las masas el factor subjetivo, imprescindible para el éxito de todo proceso revolucionario. Al respecto invoca los preceptos expuestos tanto por Carlos Marx y Federico Engels, como por Vladimir I. Lenin:

Yo, por mi parte, tengo en el abuelo Marx y en el tío Lenin las Tablas de la Ley revolucionaria: la revolución no se hace cuando se quiere sino cuando se producen todos los factores capaces de engendrar la insurrección armada. En otros términos: *la revolución es imposible sin una crisis general nacional que alcance a los explotados y a los explotadores, cuando en la masa no se quiera lo imperante y en la clase dominante no se puede obrar como antes*. En Cuba, objetivamente, la revolución –destrucción material del aparato de dominación imperialista– está madura. En el orden subjetivo –complemento ineludible

de toda situación revolucionaria— [no] está ni pintona. Aquí está la nuez verdadera del problema.⁹

En este fragmento se pone en evidencia el dominio adquirido por Roa de las concepciones de Marx y Lenin acerca de la revolución social y las condiciones objetivas y subjetivas que componen una *situación revolucionaria* y que la hacen posible. Sus reflexiones lo llevan a afirmar: “[...] no hay otra salida para Cuba que la articulación de una verdadera fuerza revolucionaria de masas, con un programa concreto, una táctica dialéctica y un ideario definitivamente antimperialista”.¹⁰ Es decir, siguen estando vigentes las tesis enarboladas por Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena en la lucha contra Machado y que no pudieran llevarse a cabo.

A estas alturas ya ha perdido la confianza en el Frente Único, no sólo porque la mayor parte de las organizaciones revolucionarias no lo aceptan, sino porque estas no ofrecen una base sólida para constituirlo. Por eso afirma: “El mantenimiento subjetivo de las organizaciones existentes entraña la persistencia de los elementos oportunistas, contrarrevolucionarios y disociadores en su seno. Y la ausencia de bases verdaderas para un frente único entre ellas —igualmente podridas de peligrosas abstracciones— hará de esta fórmula política un ensamble artificial, y por ende, fragilísimo”.¹¹

Pablo, sin embargo, no está convencido de las bondades de un partido único en la situación existente en Cuba. Su primera objeción es que si ello no constituye una negación del principio de la lucha de clases. Por otra parte, hace

una serie de consideraciones de mucho peso, las cuales evidencian lo que realmente está detrás de ese partido único promovido por los auténticos para poner bajo el control del autenticismo y de Grau San Martín todas las fuerzas revolucionarias. Por eso en una carta le expone a Roa:

Pienso en consecuencia, que ellos, para llegar al Partido Único —por el que en realidad vienen abogando hace tiempo— “por el Partido Único Auténtico”, como recordarás, sólo lo harán a base de una absorción de los demás en ellos, por ellos, bien sea con el mismo o con distinto nombre. Y eso entraña lo siguiente —y no olvides la desorientación ideológica que tienen muchos hasta de los mejores elementos de la pequeña burguesía— que como el Partido Único supone el control, bajo su dirección ideológica, de las masas de obreros y campesinos, íbamos acaso a propiciar el control del movimiento proletario por un organismo en el cual —a mi juicio— iban a tener decisiva influencia los “Auténticos”, que no son sino la extrema derecha de la revolución. En ese sentido, nuestra responsabilidad es extrema, tanto más cuanto que vamos a ser los iniciadores de tal movimiento.¹²

Cierto es, señala Pablo, que Roa está en el centro de los acontecimientos y, por ende, tiene una visión más real de los hechos y puede ser también, apunta, que la posición cerrada de los líderes auténticos provoque su fragmentación y se cree dentro de ellos un ala izquierda; si tal cosa ocurriera sería más factible la constitución de un Partido Nacional Revolucionario.

Pablo se cuestiona también la aceptación por los comunistas de tal partido, quienes sólo lo apoyarían dentro de ciertos límites. Al mismo tiempo señala las características que debe tener este partido para así realmente servir a los intereses de la revolución cubana. Por ello estima la necesidad de que cuente “[...] con una base programática doctrinal; un programa para desarrollar; una plataforma, en fin que sólo de esta manera, y con la garantía de que predominaría en el organismo dirigente los elementos de ideología antimperialista más clara y firme posible [...]”.¹³

A la primera objeción hecha por Pablo al Partido Único, Roa envía una respuesta categórica:

[...] advierto que –aparte la posible ingenuidad de mi entusiasmo– entre ustedes hay la presunción de que el partido único entraña, o puede entrañar, una confusión de clases antagónicas. Me interesa dejar constancia categórica y última de esto: el PU tal como yo lo concibo por lo contrario, y planteo, es un organismo de clase, de masas explotadas y oprimidas [...] tiene [...] que organizarse y desarrollarse sobre una base clasista, o el PU no será un partido genuinamente antimperialista.¹⁴

Pese a las dificultades objetivas que se presentan en el camino de la organización del PU, Roa no abandona su proyecto, incluso se esfuerza por darle al movimiento un basamento teórico. En una carta a Pablo le explica:

El partido de la revolución cubana tiene que ser, forzosamente, so pena de quedarse fuera de la historia, un partido que pudiéramos llamar de

enlace. Un partido que representa una solución no *entre* el dominio imperialista y el poder proletario sino *hacia* este último, fase superior de la revolución cubana dentro del marco clasista [...] La lucha nuestra –debe ya postularse– no es una pugna, como muchos se creen de buena fe, entre el fascismo y la democracia, sino una etapa histórica del duelo a muerte entre el capitalismo y el socialismo.¹⁵

Roa sigue esperando una coyuntura favorable para llevar a cabo la organización del PU. Espera por el resultado de las gestiones que se realizan entre el PRC y la JC para firmar el Pacto de México. En el mes de abril se vislumbra la posibilidad de que otras organizaciones revolucionarias se incorporen a dicho pacto y para Roa tal vez sea factible que tanto la ORCA como IR también se integren a él, además analiza algunas de las cuestiones que deben valorarse antes de tomar una decisión definitiva. En ese sentido le escribe a Pablo:

Dando por supuesta nuestra adhesión al pacto [se refiere al Pacto de México. N. de la A.] yo someto a la consideración de ustedes los puntos siguientes: a) ¿Debe ORCA adherirse meramente al Pacto de México o debe subordinar su adhesión a ciertas condiciones esenciales?; b) de aceptarse esto último, ¿las condiciones aludidas deben preceder a la adhesión o plantearse ya dentro del pacto?; c) ¿representa realmente el Pacto de México los intereses de la revolución cubana?; d) ¿está ORCA dispuesta a aceptarlo como expresión

teórica de su militancia política?; e) ¿podemos nosotros aceptar un consorcio sin un previo esclarecimiento del papel que juegan en el mismo las fuerzas reproductoras ?; f) ¿merece, puede merecer crédito revolucionario, un documento en que ni siquiera se mencione a la palabra clase y se pretende pintorescamente desarrollar una revolución antimperialista a través de un presidente, un consejo de secretarios y un comité depurador? ¿Y la cuestión básica del Estado? ¿Y la inserción de las masas al aparato político al Estado? ¿De qué se trata entonces?, ¿de un poder popular o de un régimen objetivamente oligárquico y aparentemente de masas?¹⁶

Por otra parte, el Pacto de México no ofrece perspectivas muy claras: Grau no parece muy entusiasmado con él y la JC fraccionada en cuatro grupos antagónicos, hacen que la situación del pacto no se vea sólida. Sin embargo, Roa sigue pensando que ORCA e IR deben convocar a una reunión con las organizaciones no signatarias de aquel para esclarecer la situación y determinar acciones conjuntas. Propone hacer una citación en la que se plantee:

“La Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista” (ORCA) e “Izquierda Revolucionaria” (IR) entienden que las circunstancias demandan una actitud definida y conjunta de esos partidos y organizaciones. Y a ese efecto proponen la inmediata verificación de una conferencia entre las mismas. La trascendencia teórica y práctica de esa conferencia no necesita

ponderarse. Ella serviría no sólo para contrastar el punto de vista de cada organización en relación con el Pacto de México sino –lo que es, sin duda, más importante– para elaborar, mediante la polémica aclaradora y fecunda, las bases sobre las cuales establecer, con firmes raíces, la unidad política indispensable al desarrollo ascendente del proceso revolucionario. El resultado sería darle un contenido teórico concreto a la revolución cubana.¹⁷

La reunión o conferencia se efectuaría en Miami o en Tampa, y a ella debían asistir delegados del PRC, la JC, la ORCA, la IR, el PC, el PAN y el APRA, organizaciones todas supuestamente antimperialistas.

Entre tanto, la situación en Cuba se va despejando y no parecen existir condiciones para desencadenar un nuevo proceso revolucionario, además se lucha por la amnistía de los presos políticos y por la convocatoria a una Asamblea Constituyente. Al evaluar la situación, Roa comprende que “El centro político unificador se ha desplazado del exilio hacia Cuba [...]”.¹⁸

Ante la nueva situación es imprescindible cambiar de táctica, pero para que las organizaciones revolucionarias apoyen la convocatoria a la Asamblea Constituyente son necesarias, según Roa, las condiciones siguientes:

[...] que sea soberana, esto es, que en ella radique todo el poder del Estado; libertad de todos los presos políticos y sociales; garantías efectivas; derecho de organización y reunión y libertad plena de propaganda para todas las tendencias

y partidos revolucionarios; supresión de la legislación de excepción; renuncia de Pedraza y de Batista. Esto lo pongo, deliberadamente, al final por si las circunstancias aconsejaban ir a Constituyentes con ellos en sus posiciones.¹⁹

Al fin se dicta la amnistía y los emigrados cubanos van abandonando la ciudad de Miami, donde Roa residía desde enero de 1936, y decide regresar a Cuba. El hijo nacido hace poco tiempo lo reclama, ansía conocerlo.

Pablo, sin embargo, decide marcharse a España donde la guerra civil cobra cada vez más fuerza. No atiende los reclamos de amigos y compañeros de lucha que piensan que en Cuba sería más útil. Ya en agosto Roa se encuentra en La Habana, pero sigue pensando en la necesidad de una revolución y en organizar un partido que la impulse. En una carta a Pablo le dice: “[...] estimo que tu presencia aquí es infinitamente más importante que en España. Estamos deshechos. No puedes imaginártelo. Ningún esfuerzo, por leve que fuera, deja de ser trascendente. Nosotros estamos ya trabajando en nuestro partido. Tuvimos esta tarde la primera reunión [...]”.²⁰

De estos esfuerzos a los cuales Roa hace referencia en la citada carta, surge un partido, el Partido Demócrata Revolucionario, cuya vida fue efímera. Sin embargo, no era el momento oportuno para reiniciar un nuevo proceso revolucionario. Habría que esperar una nueva *situación revolucionaria*, y esta demoró algunos años en reaparecer. El nuevo proceso revolucionario bajo la dirección del compañero Fidel Castro, supo aprovechar las experiencias del desarrollado en la década del

treinta, y que, según la cubanísima expresión de Roa, se había ido a bolina. De nuevo los imperialistas del norte trataron de frustrarlo, pero se encontraron con un pueblo unido y con un líder maduro e incorruptible que desde enero de 1959 han sabido mantenerlos a raya.

Como conclusión podemos afirmar que acerca del breve período del exilio de Roa en los Estados Unidos –poco más de un año– se conoce muy poco, y es de reafirmación revolucionaria. Sobre él ha dejado fiel testimonio en la nutrida correspondencia que sostuviera con su amigo, el destacado intelectual cubano Pablo de la Torriente Brau, la cual nos lo muestra en una faceta poco conocida de su personalidad: como indagador de los problemas teóricos de la revolución cubana con una clara óptica marxista y antimperialista en una de las etapas más complejas de aquel proceso revolucionario.

Durante ese período, como puede apreciarse en lo hasta aquí expuesto, el pensamiento y las acciones revolucionarias de Roa tuvieron un solo norte: lograr la unidad de todo el pueblo en la lucha contra el imperialismo, bien mediante el establecimiento de un Frente Único donde se integraran todas las organizaciones y partidos revolucionarios de izquierda, bien en un Partido Único que agrupara a todos los elementos verdaderamente revolucionarios en torno a un programa de liberación nacional y antimperialista.

En el plano íntimo, el exilio fue iluminado por el matrimonio con la mujer amada, Ada Kourí y con el nacimiento de un hijo que lo llenó de infinita alegría; y en el plano intelectual con la

publicación del primero de sus libros, *Bufo subversiva*, en el cual recogió las experiencias vividas durante el proceso revolucionario recién concluido, y con la redacción de un ensayo biográfico sobre el poeta y revolucionario Rubén Martínez Villena por quien siempre sintiera un profundo y fraternal afecto, ensayo que sirve de prólogo a los versos de Rubén, publicados poco después con el título de *La pupila insomne*. Otros proyectos quedaron pendientes como la redacción de un ensayo biográfico sobre Antonio Guiteras, el revolucionario asesinado en El Morrillo por los sicarios de Batista, en aquel momento jefe del Ejército.

Cuando en 1959 un nuevo proceso revolucionario llega al poder, Roa no es un improvisado, tiene tras sí una larga trayectoria revolucionaria y un pensamiento maduro en cuanto el carácter y las fuerzas motrices capaces de impulsarlo. Está, pues, en condiciones de asumir con éxito la tarea que el gobierno revolucionario —a cuyo servicio se puso de inmediato— pone en sus manos: la de dirigir, en las difíciles condiciones del bloqueo y demás agresiones imperialistas, el Ministerio de Relaciones Exteriores al frente del cual se desempeñó de forma tan brillante que el pueblo lo hizo acreedor del título que honra para siempre su memoria, el de “Canciller de la dignidad”.

Víctor Casaus. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1985. p. 464.

² “Carta de Roa a Pablo de agosto 6 de 1935”. *Ibídem*, p. 492.

³ *Ídem*.

⁴ *Ibídem*, pp. 492-493.

⁵ “Carta de Roa a Pablo de 7 de diciembre de 1935”. *Ibídem*, pp.

⁶ “Carta de Roa a Pablo de 12 de enero de 1936”. *Ibídem*, p. 518.

⁷ *Ibídem*, p. 519.

⁸ “Carta de Roa a Pablo de abril 5 de 1936”. *Ibídem*, p. 518.

⁹ *Ibídem*, p. 519.

¹⁰ *Ídem*.

¹¹ *Ídem*.

¹² “Carta de Pablo a Roa de 15 de enero de 1936”. *Ibídem*, p. 229.

¹³ *Ibídem*, p. 230.

¹⁴ “Carta de Roa a Pablo de 16 de marzo de 1936”. *Ibídem*, p. 539.

¹⁵ “Carta de Roa a Pablo de abril 21 de 1936”. *Ibídem*, p. 558.

¹⁶ *Ibídem*, p. 559.

¹⁷ “Carta de Roa a Pablo de abril 25 de 1936”. *Ibídem*, p. 564.

¹⁸ “Carta de Roa a Pablo de mayo 11 de 1936”. *Ibídem*, p. 567.

¹⁹ “Carta de Roa a Pablo de mayo 16 de 1936”. *Ibídem*, p. 570.

²⁰ “Carta de Roa a Pablo de agosto 14 de 1936”. *Ibídem*, p. 601.

Notas

¹ “Carta de Raúl Roa a Pablo de la Torriente Brau de agosto 6 de 1935”. En Torriente Brau, Pablo de la. *Cartas cruzadas / Sel.*, pról. y notas de

Raúl Roa García: De Martí a Marx y Lenin. Reflexiones en su centenario

Juana Rosales García

Historiadora y profesora del Instituto de Filosofía

En Raúl Roa García –cuyo centenario celebramos este año– como en otras figuras paradigmáticas de las décadas del veinte y el treinta del siglo pasado se constata algo que constituye una regularidad del pensamiento cubano: la asunción del marxismo y el leninismo a partir de una inicial formación que se nutre de la tradición histórica y de lucha de la nación cubana, fundamentalmente del pensamiento radical, democrático, revolucionario, anticolonialista y nacional liberador de José Martí. En este trabajo nos proponemos demostrar que las ideas de Roa constituyen un ejemplo de la forma particular en que se articulan las tradiciones nacionales y la ideología de la clase obrera en nuestra cultura, y especialmente del pensamiento martiano.

El profundo estudio del ideario del Maestro le proporcionó los instrumentos teóricos y políticos para poder cuestionar los soportes sobre los que se había erigido la república instaurada a partir de 1902, y le indujo a buscar en el pensamiento contemporáneo, la teoría capaz de dar respuesta a los nuevos problemas que le planteaba su época. Posteriormente, con las armas del marxismo y el leninismo realizará una

lectura más profunda aún del pensamiento del Apóstol. El anticolonialismo y el latinoamericanismo, los ideales de unidad, justicia social e independencia nacional fueron descubiertos en su verdadera dimensión. Roa, como Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y otros jóvenes de su generación, comprendió que la esencia de lo cubano estaba en la tradición martiana y a partir de ella dirigió su lucha revolucionaria.

Raúl Roa García nace el 18 de abril de 1907 en La Habana. De progenie mambisa, el niño pasó muchas de sus horas infantiles a la sombra de su abuelo paterno Ramón Roa, quien ocupara importantes responsabilidades bajo las órdenes de Ignacio Agramonte, Antonio Maceo y Máximo Gómez. Las historias contadas por el viejo mambí fueron formando en el pequeño Raúl el amor a la libertad y la independencia.

El hogar donde creció fue marco propicio para que se consolidara en el niño un odio temprano hacia las ataduras sociales y los prejuicios raciales. El entorno familiar también coadyuvó a una precoz inclinación por los problemas patrios y por la figura del Apóstol, al cual leyó en la colección de libros de Gonzalo de Quesada.¹ “El encuentro

con Martí –expresaría mas tarde– me estrujó los huesos y me dio la preparación espiritual que me puso en el camino de Mella”.²

Siendo sólo un adolescente de dieciocho años escribe su primer artículo, precisamente sobre el Maestro: “Ensayo sobre José Martí”. No por casualidad el sentimiento antimperialista que lo caracterizó desde muy joven, se forjó en el ideario martiano, en el conocimiento temprano de la historia republicana, de la penetración económica y financiera del imperialismo norteamericano en Cuba y en América Latina. Además, fue notable la influencia –como él mismo señalara– de los textos de Enrique José Varona, Manuel Sanguily, Mariátegui, Marx y Lenin.

Un importante lugar en este proceso lo ocupó el redescubrimiento de Martí a partir de las *Glosas al pensamiento de José Martí*,³ ensayo medular en el cual Mella plantea la impostergable necesidad de un libro que aquilata en toda su dimensión la obra martiana y brinda el primer enfoque marxista sobre su figura. A partir de su interpretación de las ideas del Apóstol, redescubre al revolucionario antimperialista cuando nos muestra al hombre que se adelantó a su tiempo y además supo prever que la situación de la independencia cubana estaba muy relacionada con una definición ideológica acerca del papel de los Estados Unidos en América Latina y de la necesidad de la unión latinoamericana.

Acerca del impacto que causaran estas *Glosas*... en los círculos marxistas que tuvieron acceso a ellas, existe el testimonio de Rubén Martínez Villena: “Son maravillosas. Este sí es

Martí, el revolucionario Martí, el antimperialista Martí, el apóstol Martí, el verdadero Martí que puede guiarnos en la lucha de hoy, el Martí que seguirá vivo y actuando en la de mañana”.⁴

En 1925, mientras estudiaba el bachillerato en el colegio religioso “Champagnat”, el adolescente Roa, siempre atento a su realidad social, se sentirá fuertemente atraído por los aires de rebeldía y renovación que le llegaban de la Universidad. Una importante huella en ese año se la dejó Mella: “[...] me llenó la imaginación de ardientes visiones y advertí, estupefacto, que el corazón me latía a la izquierda del pecho”.⁵ Hacia finales de aquel año seguirá atentamente la agonía de Mella durante los diecinueve días que duró su huelga de hambre.⁶

El ingreso a los estudios superiores (1926) abre una importante etapa en la vida de Roa. En el recinto universitario no existía entonces un estudiantado revolucionario sino sólo algunos núcleos de jóvenes radicales. Mella, la figura aglutinadora y dirigente había sido obligada a marchar al exilio. En este contexto Roa, estudiante de Derecho, se destaca muy pronto por sus inquietudes políticas y va a sufrir su primera experiencia carcelaria al firmar un llamamiento en contra de la intervención del imperialismo yanqui en Nicaragua.⁷

El proceso de definición política de Roa lo vincula rápidamente al pequeño grupo de jóvenes antimperialistas y revolucionarios que participaban en la Universidad Popular José Martí y en la Liga Antimperialista. Ambas organizaciones –al ingresar Roa en 1927– se encontraban en proceso de reestructuración bajo la dirección de Rubén Martínez Villena.

La dimensión humana y revolucionaria de Rubén, cuya amistad cultivaba, influyó en que se desarrollara aún más la sensibilidad de Roa hacia la problemática social. Será Villena quien lo conduzca a las luchas obreras y sus organizaciones. También será el mejor crítico de la incipiente labor periodística de Roa en el suplemento literario del *Diario de la Marina* y en los periódicos obreros *El Tranviario* y *Aurora*.

Otra actividad revolucionaria importante donde se destacó fue la manifestación que junto a otros estudiantes, realizaran a la casa del mentor de la juventud Enrique José Varona, tras la que quedaría fundado el Directorio Estudiantil Universitario (DEU) de 1927 contra la prórroga de poderes.⁸ El DEU declararía presidente de honor a Mella y se manifestaría como centinela de la obra de este líder antimperialista.

El encuentro con las ideas del marxismo y el leninismo se produjo muy rápidamente en Roa. Siendo un adolescente había leído de Lenin: *El capitalismo de estado y el impuesto en especie*. Al entrar a la Universidad ya había releído el *Manifiesto comunista* y estudia la *Crítica a la economía política* de Marx, todo lo cual dice mucho de su temprana vocación por la ideología de la clase obrera. Otras obras que también estudió más tarde fueron *El estado y la revolución*, *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, *El extremismo de izquierda*, *enfermedad infantil del comunismo* y otros.⁹

Acerca de la escasa bibliografía marxista existente entonces, Roa valoraba: “No hay que olvidarse de que en

aquella época en Cuba la bibliografía marxista leninista era bastante pobre, era más rica la de Lenin que la de Marx. Por eso yo muchas veces he pensado que todos nosotros fuimos a Marx desde Lenin, y no fuimos a Lenin desde Marx, como suele ocurrir en la mayor parte del mundo”.¹⁰

Revolución y antimperialismo

El penetrante análisis martiano de la política norteamericana e hispanoamericana, a finales del siglo XIX, le proporcionó a Roa los elementos iniciales para la comprensión de los males que aquejaban a la sociedad cubana de su época. Martí vislumbró la naturaleza opresora y la magnitud continental del peligro imperialista para el libre desenvolvimiento de nuestros pueblos y parte de los rasgos esenciales, incluidos algunos de los que, en la esfera económica, develaría más tarde Lenin. Aquel primer aprendizaje del pensamiento martiano y de lo mejor de las tradiciones patrióticas que habían influido en su formación antimperialista se hace evidente desde los primeros trabajos que escribe. Roa penetra en la raíz de la dependencia política y económica de Cuba y profundiza en la contradicción imperialismo-pueblo, develada por Martí como la principal en América Latina.

La concepción de latinoamericanismo, que se expresa en la urgencia de la solidaridad y la unidad de todos los pueblos latinoamericanos frente al imperialismo norteamericano: el latinoamericanismo como expresión del internacionalismo, en primer lugar de la nación cubana que, libre e independiente, pudiera constituirse en un valladar a las apetencias expansionistas nortee-

americanas, también encuentra un punto de partida en Martí. Para Roa como para el Apóstol, el enfrentamiento al imperialismo no era sólo una necesidad para Cuba, sino para toda la América Latina. La posibilidad del triunfo de la revolución en Cuba fue sustentada sobre la base de una amplia solidaridad y de una unidad popular latinoamericana frente al imperialismo yanqui.

Hacia 1927, el joven ya contaba con un prestigio en los medios de prensa y literarios. Sus escritos aparecen en la *Revista de Avance* y en la manzanillera *Orto*, donde aparecen sus trabajos sobre la poesía de Martí y otros en los cuales el conocimiento de la obra martiana se hace más profundo. Aunque esta labor periodística se centra, de manera general, en la crítica literaria y en ella no manifiesta abiertamente sus ideas políticas, sí se perciben implícitamente cuando analiza la poesía revolucionaria de Villena, José Z. Tallet o Regino Pedroso.

Expresión del proceso de maduración revolucionaria que se opera en Roa, será el artículo sobre la agresión yanqui a Nicaragua que publica en la revista *América Libre*. En este trabajo realiza un análisis marxista del fenómeno imperialista y de su papel en la explotación de los pueblos: “Porque el imperialismo es la explotación más desvergonzada y abierta de los países pequeños y de las colonias por sus protervas metrópolis [...] Pero toda explotación supone implícitamente una reacción por parte de los explotados. Estos se baten corajudamente y con tesón por rescatar de manos extrañas sus medios de producción, sus riquezas, su economía nacional”.¹¹

No obstante el repliegue de los jóvenes revolucionarios que siguió a los procesos de expulsiones estudiantiles de la Universidad –1927-1928–, la actividad de Roa se hará sentir en conferencias y actos políticos demandando la acción juvenil. Él mismo había logrado escapar del llamado “proceso comunista” (1927) que había dado al traste con la Universidad Popular José Martí y la revista *América Libre* entre otras instituciones de la izquierda.

A nombre de la Asociación de Estudiantes de Derecho del alto centro docente, Roa argumentará las principales directrices del movimiento estudiantil y situará en primer lugar la prioridad de unir a los jóvenes y movilizarlos para el combate contra la tiranía y el imperialismo. También, reflexiona a propósito del proceso revolucionario de las masas populares mexicanas por su liberación nacional y social acerca de la revolución que había que librar en Cuba contra el imperialismo yanqui. Y precisa que, aunque las condiciones objetivas para el triunfo no estén maduras, lo importante en definitiva es “[...] el anhelo libertario que las impulsa y el creciente y denodado afán de las masas mexicanas por ejercer, a despecho de todo y contra todo, su propia dirección histórica [...]”, pues “[...] de esa pugna formidable entre las masas desposeídas y tiranizadas y las clases privilegiadas nativas y el imperialismo [...] surge la tragedia mexicana”.¹²

Por ello los jóvenes revolucionarios cubanos, desde su puesto de combate, deberán luchar por la reforma universitaria hasta el final. Y explica evocando a Martí que “una idea justa que aparece vence”. Dicha reforma

en su contenido social –que para Roa era el más importante– tendrá que vincular más la Universidad al pueblo, incorporar su vida intelectual a las masas “[...] elevando su capacidad técnica, suministrándoles los instrumentos adecuados a su redención histórica”.¹³

No deja de recordar el ejemplo alocacionador de la Universidad Popular José Martí, fundada por Mella, consecuente con sus ideas de elevar la cultura y la educación popular. Para Roa, como para Martí, era imprescindible desarrollar intelectualmente a los trabajadores, a las masas humildes que serían los protagonistas de la revolución por la independencia nacional.

Durante la huelga del 20 de marzo de 1930, Roa no sólo colaboró con el paro obrero, sino que nos dejará magníficas crónicas de aquellos hechos. Brinda apoyo a las luchas obreras, sin dejar de dedicar sus mayores esfuerzos a levantar el espíritu de lucha en la Universidad. Ya desde finales de 1929 se aglutinaba un conjunto de jóvenes en tal empeño. La retirada eventual de las tropas machadistas del centro docente favoreció las actividades de este grupo de vanguardia que decide convertir el 27 de noviembre de ese año 1930, aniversario del fusilamiento de los estudiantes de Medicina en 1871, en una jornada de combate contra la dictadura y de homenaje a Julio A. Mella.

Roa había defendido fuertemente entre sus compañeros la tesis acerca de la necesidad de una organización, pues sin un aparato revolucionario irían al fracaso. De este empeño nació el nuevo Directorio Estudiantil Universitario del treinta, que agrupó a los jóvenes participantes en la heroica manifestación del

30 de septiembre contra la dictadura de Machado. Aunque a todos los integrantes del DEU los identificaba la lucha antimachadista, bien pronto se hicieron evidentes las diferentes posiciones ideológicas que se expresaban en esta agrupación.

Como miembro destacado, organizador y protagonista del nuevo Directorio, denunciará, evocando al Apóstol, que “Machado ha hecho trizas un día y otro el apotegma martiano de que la ley primera y fundamental de la república debe ser el culto a la dignidad plena del hombre”.¹⁴ En este orden reclamará la única solución posible al problema cubano: “[...] el cese del actual régimen con la inmediata renuncia del presidente de la república”,¹⁵ como prerrequisito indispensable de futuras batallas. El documento repartido durante la protesta demuestra la capacidad y madurez del joven marxista que logró aglutinar a hombres de disímiles ideologías en aquella organización.

En enero de 1931, nace el Ala Izquierda Estudiantil (AIE), organización revolucionaria y antimperialista, heredera de la tradición de lucha del movimiento estudiantil de 1923 y 1927. En su Manifiesto-Programa, firmado por un grupo de jóvenes, entre los que se encontraban Raúl Roa y Pablo de la Torriente Brau –entonces presos–, se patentiza la necesidad de luchar no sólo por la nueva y definitiva independencia, sino además, contra el imperialismo yanqui, debido al status colonial en que permanecía Cuba, tras una aparente soberanía, tal y como había anticipado Martí.¹⁶

Como integrante del AIE, Roa interviene en numerosas conmemoraciones

desde el presidio, en las que tendrá lugar especial la recordación del ideario político de José Martí, a su juicio, “[...] uno de los revolucionarios más auténtico que hemos producido”. A partir de las experiencias acumuladas, va a plantearse –junto a algunos de los jóvenes de izquierda que fundan el AIE– la revolución socialista como objetivo final de las luchas del pueblo cubano por su liberación nacional. El programa del Ala Izquierda constituía esencialmente un proyecto revolucionario que tomaba como punto inicial la lucha antimperialista y consideraba como imprescindible el logro de una transformación económica y social en la sociedad cubana bajo la hegemonía de la clase obrera y su partido.

En la concepción de revolución martiana, popular, democrática, nacional liberadora encontró el marxista cubano un punto de partida indispensable, una fuente inspiradora de continuidad emancipatoria. El proyecto de revolución de Martí, el más radical de su tiempo, fue expresión de la necesidad que exigía su época histórica. En el pensamiento del Apóstol se concretaba la etapa de liberación nacional aún no conquistada. Su legado sería la savia que alimentaría la revolución en la nueva etapa.

Cuando analizamos los documentos escritos por Roa a partir de 1931 –coincidente con su etapa de presidio político– podemos constatar que en estos se privilegia el análisis de la concepción de revolución que Cuba necesitaba, así como de las características que esta tendría. Como ejemplo podemos citar el conocido llamamiento de combate “Tiene la palabra el camara-

da máuser”, dirigido a los estudiantes y publicado en *Línea* –órgano del AIE–, en julio de 1931, donde enuncia su estrategia de insurrección armada para llevar a cabo la revolución de liberación nacional ante la percepción de que Cuba se encontraba en los umbrales de una situación revolucionaria.¹⁷

Estamos en presencia también de una revuelta de masas contra el imperialismo yanqui y su verdugo Machado. Ampliarla, darle un contenido agrario y antimperialista, transformarla en revolución democrática bajo la dirección del proletariado en alianza con los campesinos y la pequeña burguesía radical, es obligación previa e ineludible de las organizaciones que luchan genuinamente por la liberación nacional y social de Cuba.¹⁸

Además, reafirma su decisión de luchar por una revolución profunda, no por meras reformas: una revolución que le dé un vuelco total a la estructura económico-social colonial del país, fuente de todo el atraso y la miseria prevaleciente. También enfatiza desde su posición marxista el peso del factor económico como determinante, en última instancia, de los procesos sociales cuando afirma que la entraña de la revolución es siempre económica. En el llamamiento explica además que la revolución representa la violencia organizada de las masas oprimidas para modificar radicalmente el régimen de relaciones sociales de producción, a las cuales corresponden formas ideológicas, jurídicas, políticas y de conciencias peculiares.¹⁹

En un artículo escrito en homenaje al primer aniversario de la jornada

del 30 de septiembre, Roa reafirma su confianza en la revolución y en las masas populares –calificadas por Martí como las dirigentes de las revoluciones verdaderas– e insiste en la necesidad de que las masas asciendan al poder mediante la violencia organizada. Haciendo referencia a la tesis leninista en torno a las condiciones objetivas y subjetivas para la revolución, se enfrentó a aquellos que alegaban falta de madurez política en el pueblo para llevar a cabo sus propósitos de redención nacional y social, respondiendo con un pensamiento aleccionador del Apóstol: “[...] ustedes ven sólo la atmósfera; nosotros vemos el subsuelo”.²⁰

La formación marxista de Roa se profundiza en estos años de cárcel y lucha revolucionaria, a través de las conferencias que imparte y recibe en las academias “Carlos Marx” y “Materialista” –fundadas en el presidio por el propio Roa y Pablo de la Torriente Brau, entre otros–, así como otras actividades en las cuales se involucra. Su aprehensión de la ideología del proletariado como teoría para interpretar y transformar la realidad va a estar fuertemente sustentada en las tradiciones ideológicas nacionales, fundamentalmente en el conocimiento del pensamiento antimperialista y de liberación nacional de José Martí.

La carta que enviara a Jorge Mañach, escrita a finales de 1931 –Reacción versus revolución–, resulta una lúcida interpretación marxista del proceso histórico cubano. En este importante documento, Roa defiende el marxismo en su contenido histórico “[...] como una interpretación dialéctica de los procesos sociales, una

verdadera sociología, y, en su contenido filosófico, una visión peculiar de la vida y de sus problemas, una explicación materialista del mundo, que aspira también a transformarlo”.²¹ También argumenta acerca de los aportes cardinales de Marx al pensamiento humano y los de su continuador Lenin “[...] su más genial exégeta y su primer realizador [...]”, que adaptó la doctrina marxista “[...] sin que substantivamente sufriera menoscabo, a la época del capitalismo financiero y de la revolución proletaria [...]”.²²

El joven marxista analiza, además, cómo la historia del país ha estado marcada desde el siglo XIX por las apetencias expansionistas de los Estados Unidos y que, no obstante su forma política republicana y su constitución liberal, Cuba continuaba siendo colonia, por su estructura económica dependiente totalmente de los intereses norteamericanos, tal y como había temido José Martí. También razona que la revolución predicada y organizada por el Apóstol y su órgano político, el Partido Revolucionario Cubano, de auténtico ideario y raigambre popular, antianexionista y antimperialista, fue trastocada al convertirse Cuba en un protectorado virtual.

La relación entre dominación económica y dominación política, vislumbrada por Martí, es bien delineada por Roa en la carta cuando expone que los presidentes cubanos –como todos los de los países coloniales– han sido en realidad verdaderos lacayos del imperialismo desde 1902.

Muy interesante resulta su concepción del imperialismo como sistema, como categoría específicamente histó-

rica y temporal, que corresponde a un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Coincidiendo con los geniales atisbos martianos sobre la esencia del imperialismo, expone desde una perspectiva leninista que “[...] es la reproducción amplificada de la concurrencia imperialista [...] la política peculiar del capitalismo financiero, del capitalismo elevado a su más alto grado de complejidad y evolución [...]” y que el “[...] desenvolvimiento monstruoso de este desemboca, necesariamente, en el revuelto golfo de la trustificación nacional [...] y se orienta la política del Estado en un régimen cada vez más reaccionario y represivo, culminante en el fascismo”.²³

Aborda además la dimensión latinoamericana de la lucha contra el imperialismo que representa la heroica gesta de Sandino contra la intervención norteamericana en Nicaragua. Y explica citando a Lenin:

Esta transformación del capitalismo en un sistema mundial de esclavizamiento y de opresión colonial de la inmensa mayoría de la población de la tierra por un grupo de países “avanzados” ha convertido a las economías [...] nacionales en los eslabones de una sola cadena, llamada economía mundial; y por otra parte, ha dividido la población del globo en dos campos: un puñado de países capitalistas “avanzados” que oprimen y explotan a numerosos países coloniales y dependientes, obligados a luchar para emanciparse del yugo imperialista.²⁴

En sentido similar planteaba Martí la existencia de países seculares y pueblos nuevos, naturales o jóvenes de nuestra

América. Analiza las causas y consecuencias de la frustrada revolución organizada por José Martí, y valora que la culminación de aquella gesta continuaba siendo una aspiración para el pueblo cubano.

En este documento se perfila cómo Roa asume aquel pensamiento martiano y también leninista opuesto a todo esquematismo y asimilación mimética de experiencias revolucionarias de otros pueblos, realizadas por otros hombres y en escenarios diferentes. Su concepción con respecto a la especificidad y universalidad de los procesos revolucionarios puede apreciarse cuando afirma “[...] que nosotros pretendemos, no obstante nuestro marxismo, resolver el problema cubano con datos cubanos y no con datos rusos; y cómo nuestra forma de verlo no es ‘inútil’ ni ‘contraproducente’, sino extraída de las propias necesidades cubanas, y, por ende, cierta y fecunda”.²⁵

La concepción etapista de la revolución –según las tesis expuestas por el Partido Comunista desde enero de 1930– se delinea claramente en este documento. Roa planteaba que para las circunstancias del régimen capitalista en Cuba, la revolución de liberación nacional tendría que atravesar una primera etapa democrático-burguesa dirigida a la liquidación del feudalismo y de toda forma precapitalista de producción y trabajo aún vigentes, el derrocamiento del imperialismo y de sus soportes económicos y políticos, y de la burguesía nativa y de sus órganos burocráticos y represivos. Todo bajo un gobierno obrero y campesino “[...] capaz de garantizar, por su estructura,

y su poderosa raigambre en las masas, condiciones positivas de resistencia y combate contra el imperialismo”.²⁶

La participación de las capas no proletarias de la población, la pequeña burguesía, los intelectuales, empleados y estudiantes bajo la hegemonía de la clase obrera aliada al campesinado en la revolución antifeudal y antimperialista, eran la única garantía de la victoria y del tránsito hacia la segunda etapa, la revolución proletaria o socialista caracterizada por la “socialización de Cuba”.²⁷

Roa puntualizaba con respecto a esta concepción, el lugar que ocupaba el AIE como vanguardia de los estudiantes pobres y medios del país, órgano estudiantil que no aspiraba a usufructuar el poder político sino a formar parte de la lucha bajo la dirección del proletariado y su partido. Sobre este tema seguiría profundizando en nuevos trabajos que escribe posteriormente.²⁸

Al salir del presidio en 1933, nuevamente se incorpora a la lucha revolucionaria y antimperialista y suscribe junto a sus compañeros del AIE el “Manifiesto al pueblo de Cuba” contra la mediación, la cual definen como una intervención norteamericana solapada y un engaño que se ofrecía a las masas trabajadores y estudiantiles que llevaban tres años en el frente de lucha.

Participa activamente en la huelga general de agosto que derroca a la tiranía machadista, tras lo cual regresa nuevamente a la Universidad y se enfrasca en las asambleas estudiantiles por la depuración profesoral. Con relación a estos hechos escribe diversos artículos para *Línea*, *Ahora* y la revista *Universidad de La Habana* donde se

pronuncia por la continuidad de la reforma universitaria comenzada por Mella en la década anterior y subraya la necesidad de vincular la Universidad con el proceso social que vive el país.

En esta nueva etapa de la lucha estudiantil, Roa insiste constantemente en la prioridad de la unidad revolucionaria antimperialista, imprescindible para romper las bases de la situación imperante, “[...] la cual demostraba que no es bajo los gobiernos del imperialismo, de estructura y reacciones coloniales, donde hallaremos la solución verdadera, real, definitiva de nuestra vida social y académica”.²⁹

Asimismo, denuncia a los grupos de oposición que sólo aspiran –tras su demagógico discurso– a sustituir a los nuevos servidores de las clases dominantes y el imperialismo. Valora que lo más importante es desarrollar la lucha junto al pueblo dolorido y burlado, junto a las masas trabajadoras para la “[...] implantación de un régimen nacido de sus entrañas y sostenido por ellas. Un régimen donde no haya esclavitud, ni miseria, ni sumisión a sindicatos bancarios, un régimen dentro del cual Cuba se realice por sí misma, en el pleno disfrute de sus cuantiosas riquezas, controladas hoy por una oligarquía lejana y voraz y sus esbirros cubanos”.³⁰

Tras su participación en la huelga general de marzo de 1935,³¹ Roa tendrá que marchar nuevamente al exilio. En los Estados Unidos funda junto a Pablo de la Torriente Brau y otros jóvenes revolucionarios la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA), con el objetivo primordial de unir en un solo frente a todos los sectores y partidos antimperialistas con vistas

a la insurrección. ORCA expresaba una línea de continuidad con la Asociación Nacional de Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC), creada por Mella³² y en ambas está presente la huella del Partido Revolucionario Cubano fundado por José Martí en 1892. Para Roa, ORCA y los clubes revolucionarios que se organizan, constituían etapas de la lucha antimperialista.

Los trabajos publicados por Roa en *Frente Único* –órgano de prensa de ORCA– son expresión de su sólida confianza en las masas y en la revolución. En ellos estará presente su preocupación por difundir el ideario martiano de liberación nacional.

Cuando se estudia la correspondencia de Roa, sobre todo la sostenida con su amigo entrañable Pablo de la Torriente Brau, en el período comprendido entre 1935 y 1936, podemos constatar que en su concepción de revolución va a ocupar un lugar central el problema de la unidad revolucionaria en las nuevas condiciones históricas nacionales e internacionales. Después del fracaso de la huelga de marzo de 1935 y de la frustración que ello significó, Roa llega a la conclusión de que en el orden insurreccional y de las perspectivas inmediatas del movimiento revolucionario de masas, se había llegado a un punto crítico que sólo podía ser superado por la constitución del frente único.

En este sentido recababa la necesidad de concentrar todo el trabajo en la base, “[...] en el subsuelo de la Revolución, donde vive el impulso puro y definitivo”,³³ y a este efecto estimaba que ORCA debía desempeñar un papel de avanzada en la conformación de una Conferencia de Frente Único don-

de estuvieran presentes todas las organizaciones y partidos revolucionarios y antimperialistas.

A los efectos de la construcción de un partido único de izquierda, Roa elaborará un conjunto de ideas en las cuales ocupará un lugar fundamental el problema del carácter clasista de esa instancia unitaria, sobre bases estrictamente marxistas. Plantea que el partido único no podía entrañar una confusión de clases antagónicas, sino que sólo podía ser un organismo de clase, de masas oprimidas y explotadas y por lo tanto no podía estar al margen de la lucha de clases: “Él tiene, por el contrario, que organizarse y desarrollarse sobre una base clasista, o [...] no será un partido genuinamente antimperialista”.³⁴

Para Roa el partido de la revolución cubana, en esa etapa de su historia, debía ser un partido de enlace, o sea, “[...] un partido que represente una solución no entre el dominio imperialista y el poder proletario, sino hacia este último, fase superior de la Revolución cubana dentro del marco clasista”.³⁵ Como él mismo explicara, aunque la guía teórica y práctica en el terreno dialéctico eran Marx y Lenin, el pensamiento político había que proyectarlo hacia las características de la lucha revolucionaria en Cuba y las limitaciones que esta padecía.

En la mencionada correspondencia también podemos encontrar precisiones importantes en cuanto a su concepción de revolución frente al hecho incuestionable de que las condiciones para el triunfo habían variado. Citando a Marx y a Lenin planteará que según las “Tablas de la Ley revolucionaria”, “[...] la revolución no se hace cuando se quiere

sino cuando se producen todos los factores capaces de engendrar la insurrección”. Y aunque en Cuba, a juicio de Roa, las condiciones objetivas estaban maduras, había que continuar trabajando en la maduración del factor subjetivo. No había otra salida para el país que no incluyera “[...] la articulación de una real fuerza revolucionaria de masas, con un programa concreto, una táctica dialéctica y un ideario definitivamente antimperialista”.³⁶

En otro orden de análisis, Roa no descartaba tampoco la necesidad de la lucha política dentro del régimen burgués y se pronunciaba por la participación de la revolución en la “Constituyente popular soberana” (que se realizaría bajo la égida del gobierno de Miguel Mariano Gómez y el imperialismo) siempre que existieran condiciones y los elementos revolucionarios pudieran impulsar sus anhelos de mejoramiento. Argumenta la importancia de participar en la Constituyente a fin de “[...] transformarla mediante la agitación, la propaganda y el voto electoral en el genuino poder revolucionario”. El joven aludía a la idea leninista de la necesidad de participar en los parlamentos burgueses como una etapa del flujo y grado de exigencias del movimiento revolucionario.³⁷

El destacado revolucionario continuó siendo toda su vida un estudioso y divulgador de la obra de Martí. Su conferencia “Rescate y proyección de José Martí” (1936) resulta su primer trabajo dedicado íntegramente a valorar el pensamiento del Apóstol. En él aborda desde un punto de vista marxista su figura, la ideología revolucionaria del héroe, su visión americanista y su genialidad para percibir el máximo con-

flicto de la gesta independentista: el peligro del expansionismo de los Estados Unidos. Subraya la perenne contemporaneidad del ideario antimperialista de Martí, aquel que previó en su época, levantar –a partir del logro de la revolución cubana– un muro inexpugnable frente a las pretensiones del imperialismo yanqui.³⁸

En este trabajo profundiza en el alcance histórico de la revolución de liberación nacional proyectada por el Apóstol y reafirma que la genialidad de su pensamiento político radica precisamente en haber planteado la independencia nacional sobre bases que permitieran el ulterior desarrollo de la república.³⁹

Aunque el centro de las preocupaciones teóricas de Roa estuvo dirigido a la solución de los problemas concretos de la estrategia y la táctica de la revolución en Cuba, ello no le impidió esbozar la república que quería construir. Como todos los jóvenes de avanzada que protagonizaron los movimientos políticos surgidos en los inicios de la década del veinte, Roa parte de la concepción de república democrática martiana, pero debido a las nuevas condiciones históricas deberá enriquecer estos postulados. El joven se planteará un proyecto socialista de Estado y sociedad, que es superior de una aplicación extemporánea del proyecto de república martiana, sin por ello renunciar a las esencias democráticas y liberadoras de este.

Para Roa la república martiana encarnaba en América las esencias más puras y progresistas del pensamiento democrático y en este sentido denuncia que “[...] contra lo que él predicó

y se propuso, la república ha sido —es hoy más que nunca— la perpetuación con formas nuevas, o con alteraciones más aparentes que esenciales, del espíritu burocrático, militarista y corrompido de la colonia”.⁴⁰

Martiano y marxista consecuente durante toda su existencia, el que pasaría a la historia como el “Canciller de la dignidad” de Cuba revolucionaria, confirmaría con su vinculación al proceso revolucionario de 1959 sus ideas, proyectos y experiencias de los años treinta.

Notas

¹ Entrevista que le realizara a Raúl Roa el compañero Jorge E. Mendoza y que fuera publicada en *Juventud Rebelde*, el 17 de abril de 1977.

² Roa, Raúl. *La revolución del 30 se fue a bolina*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1973. p. 350.

³ *Glosas al pensamiento de José Martí*, proyecto de libro sobre el Apóstol, fue publicado en forma de folleto en México y como artículo en el número de abril de 1927 de *América Libre*.

Ver en: Cuba. Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba. *Julio Antonio Mella. Documentos y Artículos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. pp. 267-274.

⁴ Roa, Raúl. *El fuego de la semilla en el surco*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1982. p. 180.

⁵ Roa, R. *Op. cit.* (2). p. 350.

⁶ Para este período de formación revolucionaria se puede consultar:

Oramas León, Orlando. *Raúl Roa, periodismo y revolución*. La Habana: Editora Política, 1983.

De la Osa, Enrique. *Visión y pasión de Raúl Roa*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1987.

Cuba. Instituto de Relaciones Internacionales. Trabajos presentados al seminario sobre Raúl Roa. Folleto. ISRI.

⁷ Con motivo de la intervención militar norteamericana en Nicaragua se va a desarrollar una fuerte actividad antimperialista en el seno del Grupo Minorista la que se tradujo en el manifiesto “Por la libertad de los pueblos de nuestra América contra el imperialismo norteamericano”. El texto redactado por Rubén Martínez Villena y suscrito por Enrique J. Varona, Emilio Roig, Juan Marinello y Gustavo Aldereguía, entre otros, no sólo protestaba contra la vandálica agresión, sino que denunciaba las vejaciones sufridas en nuestro continente por la política de los Estados Unidos: Colombia, Haití, Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico eran ejemplo de ello. El documento, que denuncia cómo nuestros países latinoamericanos han sido convertidos en “verdaderas factorías de expoliación, obteniendo los más preciados frutos de sus fecundas tierras”, constituyó el primer enfrentamiento de un grupo de intelectuales contra la penetración imperialista. Ver: *Órbita de Rubén Martínez Villena*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1972. pp. 221-223.

⁸ La prórroga de poderes o reelección presidencial fue el mecanismo fraguado por el tirano Machado y sus seguidores políticos para perpetuarse en el poder. Fue aprobada entre marzo y junio de 1927.

⁹ Roa, R. *Op. cit.* (2). pp. 350-367.

¹⁰ Roa, Raúl. Transcripción de sus palabras en el Sábado del Libro, donde se presentó *Poesía y prosa* de Rubén Martínez Villena. En: *Bohemia* (La Habana) 71(3):39-40; 19 en. 1979.

¹¹ Oramas, O. *Op. cit.* (6). p. 21.

¹² Roa, R. “Las directrices de nuestras aspiraciones”. En: *Op. cit.* (2). pp. 56-62.

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ “Manifiesto del 30 de Septiembre”. En: *Las luchas estudiantiles universitarias 1923-1934* / Comp. Olga Cabrera y Carmen Almodóbar. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. p. 270.

¹⁵ *Ibíd.*

¹⁶ Manifiesto-Programa del Ala Izquierda Estudiantil. *Pensamiento Crítico* (La Habana) (39):123-132; abr. 1970.

¹⁷ Roa, R. *Op. cit.* (2). p. 71.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 72.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 73.

²⁰ “Rafael Trejo y el 30 de Septiembre”. *Ibíd.*, p. 82.

²¹ *Ibíd.*, pp. 83-102.

²² *Ibíd.*

²³ *Ibíd.*, p. 99.

²⁴ *Ibíd.*, p. 100.

²⁵ *Ibíd.*, p. 93.

²⁶ *Ibíd.*

²⁷ *Ibíd.*, pp. 100-101.

²⁸ “Mongonato, efebocracia y mangoneo”. *Ibíd.*

²⁹ *Ibíd.*, p. 174.

³⁰ *Ibíd.*

³¹ Dicha huelga cierra el ciclo revolucionario que abarca la etapa entre 1920 y 1935. Fue la mayor demostración de movilización popular después de la caída de la tiranía machadista. Tanto Antonio Guiterras como el Partido Comunista alertaron que las condiciones para su triunfo no estaban creadas, pues faltaba la preparación y el tiempo para adquirir el armamento necesario para organizar la insurrección armada contra Batista y el imperialismo yanqui. Por otra parte, tampoco

se había logrado vertebrar el imprescindible frente único de todas las fuerzas revolucionarias.

³² En esta organización insurreccional fundada por Mella durante su exilio mexicano en 1928, se ponía en primer plano el objetivo final de la concepción de revolución mellista, o sea, generar las condiciones que propiciasen la creciente profundización del movimiento revolucionario de liberación nacional y social. El hecho del derrocamiento del machadato era el prerrequisito de la apertura de un proceso democrático, de mejoramiento de la vida de los trabajadores que pudiera avanzar hacia el socialismo. Mella busca un frente amplio de carácter antimperialista.

³³ Torriente Brau, Pablo. *Cartas cruzadas*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1981. p. 498.

³⁴ *Ibíd.*, p. 539. Ver además las páginas 226-230 y 277-278.

³⁵ *Ibíd.*, p. 558.

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ *Ibíd.*, pp. 569-570.

³⁸ Roa, Raúl. “Rescate y proyección de José Martí”. En: *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*. La Habana: Editora Política, 1978. p. 28.

³⁹ *Ibíd.*, p. 29.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 34.

Raúl Roa: una fuente histórica imprescindible

Francisca López Civeira

Historiadora y profesora de la Universidad de La Habana

Cuando escuché por primera vez el nombre de Raúl Roa estaba asociado a su función de canciller de Cuba. Vivíamos el intenso año 1959 y quien se conocería como el “Canciller de la dignidad” comenzaba una actuación de leyenda en la arena diplomática. Veía a ese hombre en la prensa plana y en las imágenes de televisión con sus gestos rápidos y su palabra siempre afilada, culta, precisa y criolla. Entonces no sabía que me dedicaría al oficio de historiadora, iba a enseñar e investigar la Historia de Cuba y que, por tanto, tropezaría múltiples veces con el nombre de alguien que, después lo supe, había empezado a hacer historia desde muy joven. Hoy, después de consultar innumerables veces sus trabajos publicados, sé que para construir el conocimiento histórico del siglo xx es imprescindible Raúl Roa como fuente.

En la vida y en la obra de Roa, unidas con absoluta coherencia, está presente una parte importante del acontecer cubano en sus dos momentos más trascendentes de cambio del siglo xx, por lo que su accionar es parte de esa historia cuyo conocimiento construimos los historiadores, pero interesa aquí exponer algunas consideraciones acerca de los aportes de su obra como fuente de primera importancia para los

estudios históricos de la pasada centuria cubana. Sus trabajos escritos al calor de la polémica, sus reflexiones referidas a la “revolución del treinta”, sus discursos y obras de indagación acerca del acontecer pasado, sus estudios sobre su abuelo mambí y sus trabajos en torno a Rubén Martínez Villena, amén de entrevistas de sumo valor, como la publicada en la revista *Cuba* en 1968 y recogida después en la compilación *La revolución del 30 se fue a bolina*, y sus discursos e intervenciones diversas antes y después de 1959 aportan información y análisis de gran valor para el historiador. Al margen de otras temáticas abordadas por Roa sobre acontecimientos, figuras y obras producidas en otros países, estamos ante una fuente diversa para la Historia de Cuba que nos ofrece su producción con intenciones historiográficas y aquella nacida de la polémica del momento y de la acción revolucionaria desplegada por el autor.

Cuando se utiliza la obra de reconstrucción histórica producida por Roa como fuente bibliográfica, resalta en primer lugar su aporte al estudio del proceso revolucionario de los años treinta y, en particular, su reconstrucción de la vida y época de Rubén Martínez Villena. “Una semilla en un surco

de fuego” constituye una síntesis primera de la vida de Rubén, publicada inicialmente como prólogo a los poemas recogidos bajo el título de *La pupila insomne* (1936) y después aparecida como esbozo biográfico en *Rubén Martínez Villena* de la colección Órbita en sus dos ediciones de 1965 y 1972. Esta obra inicial tiene un brillante colofón en el libro publicado póstumamente, *El fuego de la semilla en el surco* (1982).

Rubén Martínez Villena es una constante en la producción de Roa, como dijo en el discurso del 18 de enero de 1965: “Mi devoción apasionada por Rubén Martínez Villena es hartamente conocida. He escrito muchos artículos, sin esmeros literarios dignos de nota, exaltando al poeta y al revolucionario y hasta un inconcluso esbozo de biografía [...]”.¹ En esta evocación se pasa revista a la evolución poética y a la ideológica y política del evocado, en lo que las polémicas con Jorge Mañach tienen un importante lugar para fijar posiciones, en especial la referida a la publicación de los versos de Rubén donde se advierte con precisión lo planteado por primera vez en Cuba en tal debate: “[...] el insoslayable problema de los deberes y las responsabilidades del intelectual y del artista, de las relaciones dialécticas entre arte y sociedad, evasión y compromiso, decadencia y revolución, habitáculo y ágora, minoría y masa”.² El proceso que denominó “revolución del treinta” es otra gran constante que se imbrica con la primera en distintas reconstrucciones. Aunque produjo numerosos discursos, ensayos y artículos sobre estos temas, algunos con fines de síntesis docente

como su conferencia en la Universidad del Aire el 23 de marzo de 1952, “Cesarismo y Revolución”, quisiera detenerme en aquellas obras de mayor calado desde la perspectiva historiográfica.

En “Una semilla...” Roa nos ofrece una síntesis biográfica del revolucionario, poeta y dirigente comunista desde sus antepasados hasta su muerte. En el relato biográfico sobresalen los momentos formadores y los definidores en la vida de Rubén, y también las anécdotas que muestran momentos cruciales o caracterizadores del biografado. Me parece especialmente rico el panorama de época, la gestación del acto cívico conocido como Protesta de los Trece en el seno del joven grupo de intelectuales que se reunía en una mesa del café Martí y cuyas discusiones e intercambios literarios novedosos estaban ubicados en el contexto de las letras cubanas de entonces. Aquel ambiente y el ansia de renovación estética y política quedan apresados cuando dice:

Los “nuevos” vieron así, comprimidas por resistencias históricas, sus vagas apetencias renovadoras. [...] Si algo tipifica a los “nuevos” es, precisamente, su ausencia absoluta de orientación definida. El descubrimiento lírico de José Martí —a los treinta años largos de haberse Rubén Darío proclamado su discípulo— no es un hecho fortuito. Pero mucho menos lo es que, ante el fracaso republicano, volvieran sus ojos al *Manifiesto de Montecristi*, poniendo sus esperanzas políticas a la sombra del ideario incumplido.³

Esta presentación aporta una mirada fundamental para entender el ambiente

donde se estaban debatiendo aquellos jóvenes que tendrían tan fuerte presencia en el mundo intelectual y político de Cuba en esa época y en las décadas siguientes. De especial interés, a mi juicio, es la afirmación de la vuelta a José Martí. El hecho de “descubrir” a Martí y volver los ojos al *Manifiesto de Montecristi* tiene una indudable trascendencia para el momento. Se describe aquí el entorno político e intelectual, con sus contradicciones dentro del propio grupo de jóvenes protagonistas de la Protesta de los Trece, integrantes de la Falange de Acción Cubana y del Grupo Minorista e incorporados al Movimiento de Veteranos y Patriotas. Por supuesto, se trata de una síntesis biográfica de Rubén y, por tanto, aporta un acercamiento pionero a la entereza, el sacrificio, el pensamiento y la acción de esta figura excepcional. Para acercarse al cambio que significa esa década del veinte en la historia cubana es imprescindible entender lo que, en fecha temprana, Roa nos está presentando en este trabajo. Otras publicaciones ahondarían en esta percepción. Tal es el caso de la entrevista citada de 1968.

Ante Ambrosio Fornet, un entrevistador inteligente que se preparó para lidiar con un entrevistado especial, Roa responde desde su vida y óptica ofreciendo un fresco de su época, y en particular de lo que me parece de especial trascendencia, su definición de la “Generación del treinta”: “[...] es, por esencia, una generación orgánicamente escindida desde que surge a la vida política”. A continuación señala las tres hornadas que, a su juicio, la componen, y subraya sus posibilidades históricas al

afirmar: “Es indudable que la minoría revolucionaria de la generación del treinta quiso más de lo que pudo: planteó el problema de Cuba a la altura del tiempo, pero no supo resolverlo”.⁴

En *El fuego de la semilla en el surco* aborda en más detalle esa fase germinal de aquel grupo, de las características de la “generación de 1923” y de su contexto. A partir de la consideración teórica acerca del lugar de las generaciones, en lo que hace explícito su fundamento en la *Ideología alemana* de Marx y Engels, expone este problema para Cuba y caracteriza ese momento como:

Tiempo de crisis profunda y, por ende, urgido de acción transformadora en todos los órdenes, encararían los poetas, prosadores y artistas de la generación de 1923. Acelerada por los antagonismos estructurales que la minan, las tensiones sociales que estos engendran y el descontento nacional que provocan, con la paulatina toma de conciencia de la necesidad de cambio en las masas populares, la declinación de la sociedad neocolonial ha entrado en Cuba, antes que en ninguna otra parte en América Latina, en la primera fase de su etapa final. No se percibe todavía con claridad, pero en sus redañes comienza a librarse sorda, confusa y compleja batalla entre las fuerzas que sustentan el pasado y las que generan el porvenir.⁵

Combinando la exposición teórica y el análisis personal de contextos y retos históricos con el acontecer factual y la anécdota esclarecedora y, a veces, chispeante, Roa presenta en este libro

de madurez un extraordinario aporte al conocimiento histórico desde su condición de participante directo de la época, de indagador en ella y de intelectual de primera línea que, utilizando fuentes diversas, puede reconstruir una coyuntura fundamental en el siglo xx cubano desde una perspectiva analítica, de manera que constituye una fuente de extraordinaria riqueza para el historiador interesado en desentrañar el problema que ese momento de cambio le plantea.

No se trata aquí de entrar en definiciones acerca de la “Generación del treinta” o la “generación de 1923” u otras definiciones planteadas por otros autores, tales como “Generación de 1925”, sino de apuntar lo que representa la obra de Roa para estudiar –y entender– la época que se abre en la década del veinte y cuyo punto máximo de crisis sería el proceso revolucionario de los años treinta.

En los textos señalados, Roa expone el momento cuando conoció a Rubén y su relación personal, con lo cual nos acerca al hombre en sus inquietudes y actitudes, en su sensibilidad y capacidad de sacrificio, sin dudas muy admiradas ya por siempre. Las relaciones personales brindan la posibilidad de acercarse al ser humano que fue Rubén –y también Roa–, a sus relaciones con otras figuras históricas de su época y con el ambiente donde se desenvolvían. Presenta los problemas a los que debían hacer frente y los caminos contradictorios para tomar decisiones, como puede ser la actitud ante la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), las acciones que se desarrollarían, las definiciones frente a otras organizaciones de oposición,

las polémicas que se entablaron y las posiciones que se tomarían ante cada nueva situación. Se trata de una visión de la historia como acontecer donde podemos ver a los seres humanos continuamente ante la necesidad de definir caminos, de proponer decisiones, ante alternativas que deben resolver.

En el sentido apuntado se inscriben también las relaciones de Rubén con Julio Antonio Mella y Pablo de la Torriente Brau, por seleccionar a quienes dejaron una mayor impronta en el acontecer cubano y con quienes tuvo mayor cercanía y afinidad. En los entresijos de esa amistad encontramos los aspectos que los acercaban, que los identificaban de modo especial, también las cuestiones que les preocupaban y los problemas sobre los cuales intercambiaban criterios, no pocas veces de trascendencia nacional.

Entre los aportes de Roa al estudio de esa época debe incluirse su descripción y análisis de Julio Antonio Mella, así como su exposición conceptual del proyecto revolucionario encabezado por él a través de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC) en 1928:

El combatiente teórico y el teórico combatiente integran la plena personalidad revolucionaria. Mella ejemplifica el aserto. Era, sin duda, un espléndido prototipo de hombre de acción dotado de mente poderosa, aguda visión dialéctica de la realidad, facultades sobresalientes de organizador, magnética ascendencia sobre las masas y certera capacidad de decisión. No se apejó mecánicamente a la letra de Marx, Engels y Lenin, que conocía

bastante. Interpretaba y aplicaba los textos, las resoluciones, los acuerdos y la línea general con criterio propio y sentido creador. Lo muestra su fecunda y esclarecida actividad revolucionaria, en búsqueda siempre de formas vivas de expresión de la teoría marxista-leninista y sin titubear nunca en llevar a vías de hecho lo que, en cada momento, juzga factible y necesario. Era ya, no obstante sus cortos años, un estratega político.⁶

Roa se detiene en el proyecto concebido por Mella y, sobre todo, en su concepción de las diversas fuerzas que debían y podían participar. Se trataba de una táctica que no excluía “[...] ninguna clase, fuerza social o política que pudiera adoptar actitudes nacionalistas, progresistas o democráticas [...] La completa independencia de Cuba era el nudo dialéctico del documento”.⁷ El esclarecimiento del proyecto revolucionario concebido por Mella a la altura de 1928, frustrado con su muerte en enero de 1929, así como el abandono de este después del asesinato de su conductor, reviste crucial importancia para el análisis del proceso revolucionario de los años treinta y Roa realiza una importante contribución a ello.

El fuego... aporta el relato y el análisis de su autor como protagonista e investigador del complejo y riquísimo proceso revolucionario desarrollado en Cuba en la década del treinta, con su mirada crítica acerca de las distintas organizaciones participantes desde diferentes posiciones, en especial del Partido Comunista, dada la militancia y el liderazgo de Rubén, el movimiento estudiantil y sus organizaciones, el mo-

vimiento obrero organizado y sus acciones —en lo que destaca lo referido a la preparación y desarrollo de la huelga de marzo de 1930—, la intelectualidad y los grupos diversos de oposición a Gerardo Machado con las polémicas y contradicciones de la época, expresiones en muchos casos del debate ideológico. El libro llega hasta el derrocamiento de Machado y queda inconcluso, pero constituye una fuente indispensable para el estudio de ese momento revolucionario, sus concepciones diversas y debilidades. Fue escrito a partir de una posición militantemente antimperialista desde la que deja el relato de una época junto a la visión de un participante.

En la obra historiográfica de Raúl Roa también tiene un espacio destacado la indagación en torno a su abuelo Ramón Roa, combatiente de la Guerra de los Diez Años y figura controvertida a partir de la polémica que se desató alrededor de la alusión hecha por José Martí en su discurso conocido por “Con todos, y para el bien de todos”.⁸ Dos obras marcan de modo particular esta arista: la compilación publicada bajo el título *Con la pluma y el machete* (1950) y la especie de biografía titulada *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí* (1970). En el primero, publicado por la Academia de la Historia, se consigna que es una compilación hecha por su nieto Raúl Roa y la ayuda de Federico de Córdova y Quesada; en él se recogen documentos diversos como poemas del abuelo, muerto cuando apenas el niño cumpliría cinco años.

En *Aventuras...*, Roa incursiona más en el campo historiográfico en lo cual, como en las obras anteriormente citadas, ofrece un fresco de la época

más que una biografía del teniente coronel del Ejército Libertador. Nieto orgulloso de su antepasado, la pasión deja ver en este texto el ambiente que rodeó a Ramón Roa, sus compañeros de avatares en los distintos momentos y las opiniones, a veces polémicas, que se debatían. Estos méritos convierten a este libro en otro aporte al conocimiento histórico cubano, en especial en su reconstrucción de época.

El texto comienza con una afirmación que expresa la imagen del autor sobre el biografiado: “Ramón Roa fue un mambí de pluma y machete. Nació rico, peleó por la independencia de Cuba y murió pobre. Era un hombre del 68”.⁹ Con el antecedente de un artículo titulado “Vindicación de mi abuelo” (1948), en el cual aparece por primera vez esa imagen del abuelo que después reitera literalmente, Roa acomete en este libro una obra mayor donde ofrece la biografía del abuelo, pero con el añadido de insertar esa historia de vida en su amplio contexto desde la década del veinte del siglo XIX. De especial relieve es la reconstrucción de la vida de Ramón Roa en Matanzas, Sagua y los Estados Unidos, e incorpora información de la fase conspirativa en que participa, previa al estallido de 1868, además de su estancia junto a Domingo Faustino Sarmiento como secretario hasta el estallido de la revolución de 1868 en Cuba, y el ambiente de la emigración con los afanes por armar expediciones para incorporarse a la guerra. Para ello se auxilia de documentos y de la *Autobiografía* de su abuelo, además de obras historiográficas de referencia. La epopeya de los Diez Años, con la participación del nuevo mambí junto a

Ignacio Agramonte y luego con Máximo Gómez, como secretario, su desempeño en la Secretaría de Relaciones Exteriores durante la presidencia de Tomás Estrada Palma y otras funciones dan la oportunidad de mostrar los problemas del independentismo y exponer los juicios del autor.

Resultados de investigación posteriores han precisado mejor algunos aspectos, pero Raúl Roa ofrece una obra de indagación en los combates independentistas cubanos en la cual está presente su capacidad de prosista para atraer al lector y transmitir el contexto de la época abordada. De igual forma, desfilan ante el lector el período interguerras, la revolución de 1895, la ocupación militar norteamericana y los primeros años de vida republicana hasta la muerte del biografiado, en lo que, por supuesto, la polémica en torno a la publicación de *A pie y descalzo* tiene un espacio especial. La parte última, a despecho de investigaciones recientes que aportan nuevas perspectivas para el estudio del período posterior a 1898, refleja con nitidez la situación de frustración que vive el país en los primeros lustros del siglo XX. Ese espíritu del momento, de la frustración como sentimiento colectivo, es el marco de los momentos finales de la vida de Ramón Roa:

Aunque a veces la punta filosa de la ironía o el silbido del lampreazo delaten al combatiente emboscado, fue la suya, en esa crítica situación, una literatura de postrimerías, más nostálgica que prospectiva, más aleccionadora que pugnaz. Su prosa y su verso revelan el desconcierto, la aflicción y el escep-

ticismo del mambí que asiste, impotente y desolado, a la adulteración, profanación y explotación, por un hatajo de pillos criollos y extranjeros, de las aspiraciones del pueblo cubano [...] Secuela de la visión idealista de la historia, de la estratificación de concepciones políticas ya periclitantes o de la ignorancia de los nuevos desarrollos del capitalismo, ese estado crepuscular de espíritu es común a numerosos revolucionarios de la época.¹⁰

Si bien la producción que pudiéramos catalogar de historiográfica de Roa constituye una fuente valiosa para el estudio de las épocas abordadas por él, aunque en algunas de sus partes haya sido superada por la historiografía posterior, es en sus trabajos escritos o discursos pronunciados como parte de su propia vida y acción revolucionaria donde se encuentra la mayor riqueza. En ellos está la visión del momento, el combate con sus contradicciones, progresos y retrocesos; la polémica vibrante en la cual Roa siempre está en la defensa de la opción revolucionaria, del proceso vivido en los años treinta como momento de cambio inconcluso, de las fuerzas que miran hacia el progreso y la justicia, hacia la liberación nacional, desde su invariable posición antimperialista y desde el pensamiento marxista, y está además el combatiente inteligente, agudo y pertinaz.

Sus manifiestos y documentos escritos durante los combates que marcaron los años de la revolución de la década del treinta poseen una relevancia particular para el historiador. Son la expresión de una parte de los protagonistas de aquella gesta, de la visión

compartida por aquellos a quienes representaba en su discurso, son materia viva de una época especialmente convulsa donde los sectores populares, los marginados por las fuerzas dominantes, se incorporaban de manera beligerante en los primeros planos de la lucha política.

En *Bufa subversiva* (1935) Roa compiló sus trabajos de esos años de lucha, cuando se cerraba el ciclo revolucionario, con una nota inicial: “Este es el libro de todos nosotros. El libro de una generación destinada históricamente a la lucha por un mañana luminoso y cordial que acaso no será suyo”. Aparecen aquí manifiestos, discursos, arengas, artículos de Roa desde 1929 hasta 1934, es decir, producidos durante los momentos de máxima convulsión revolucionaria. El valor excepcional como fuente histórica es obvio. En “Tiene la palabra el camarada máuser”, llamamiento a las armas publicado el 10 de julio de 1931 en *Línea*, el órgano del Ala Izquierda Estudiantil, está la percepción de un momento específico, cuando era inminente el movimiento insurreccional encabezado por los caudillos tradicionales –Mario García Menocal, Carlos Mendieta y Miguel Mariano Gómez, pretense heredero político de su padre– al que se sumaban otras fuerzas más consecuentes, entre las que se contaba Antonio Guiteras; cuando los estudiantes antimperialistas se habían separado del Directorio Estudiantil Universitario para fundar el Ala Izquierda Estudiantil donde alineaba Roa; cuando estaba en la prisión de La Cabaña junto a un grupo de estudiantes. Es el llamamiento desde las posiciones antimperialistas

del grupo al que pertenece, en el cual se habla de la revolución que no tiene que ver con la “[...] enarbolada, como panacea suprema de nuestras miserias y sufrimientos, en cada esquina y cada café, por la oposición nacionalista, Mario García Menocal, Miguel Mariano Gómez y el Directorio Estudiantil Universitario, teórica y prácticamente vinculado a esas fuerzas de la burguesía desafecta a Machado y de la cual viene a ser su brigada de choque”.¹¹

Desde la perspectiva actual, puede realizarse un análisis diferente al del llamamiento citado, pero lo importante para el relato del historiador es entender las miradas de los contemporáneos, pues esto permite comprender con más claridad la época, sus desafíos y sus derroteros. En este llamamiento, Roa expone la visión de su organización sobre la situación cubana: “Estamos viviendo el resquebrajamiento objetivo del régimen colonial. Estamos en presencia de una revuelta de masas contra el imperialismo yanqui y su verdugo Machado”. A continuación plantea los contenidos que debía tener la lucha en aquella circunstancia: “[...] ampliarla, darle un contenido agrario y antimperialista, transformarla en revolución, es obligación previa e ineludible de las organizaciones que luchan verdaderamente por la liberación nacional y social de Cuba”. Este párrafo termina con el llamamiento que consideraban necesario: “[...] la conciencia popular está ya madura para el vuelco redentor y sangriento. Ahora se hace urgente la necesidad de predicar a balazos. La consigna es única y definitiva: ‘Tiene la palabra el camarada máuser’”.¹²

Otro trabajo recogido en *Bufa subversiva*, “Mongonato, efebocracia, mangoneo” del 10 de noviembre de 1933, muestra con toda claridad la importancia de la producción de Roa para reconstruir y analizar el proceso revolucionario de los años treinta. Se trata ahora de la mirada a los acontecimientos del 4 de septiembre de ese año y sus consecuencias inmediatas, de la percepción sobre el gobierno provisional presidido por Ramón Grau San Martín, lo cual se evidencia desde el propio título. Testigo excepcional de lo ocurrido en el campamento de Columbia aquella madrugada, Roa narra lo acontecido con la estructuración de la Junta de los Cinco, el papel de Fulgencio Batista y el paso posterior a la presidencia de Grau: “El gobierno apolítico, técnico y universitario no sabía por dónde empezar, ni qué hacer, ni a dónde ir. Desconcertado se dio entonces a culebrear. Fatigó la cuerda floja. El espíritu de Pubillones se instaló en Palacio. De fisiólogo competente, Grau devino maravilloso equilibrista”.¹³ De especial interés resulta la óptica que presenta acerca del papel de los estudiantes dentro de la revolución:

Una revolución de estudiantes es cosa que sólo puede aceptarse a título novelesco. Los estudiantes, masa informe, cambiante y supeditada, no pueden por sí mismos, independientemente, hacer revoluciones. A lo sumo asaltar el poder. La revolución es una obra multitudinaria, de profunda raigambre económica, dirigida por un partido representante de intereses reales en la producción, que se constituye en vanguardia dirigente,

para la transformación sustantiva de la realidad histórica. En las actuales condiciones objetivas del mundo, sólo puede hacer una verdadera revolución el Partido Comunista y los estudiantes revolucionarios apoyarla.¹⁴

Se insiste en que el contenido, para Cuba, tiene que ser agrario y antimperialista.

No se trata de analizar aquí aquel proceso revolucionario ni el gobierno presidido por Grau, tampoco las posiciones de las distintas fuerzas participantes, entre ellas el Partido Comunista y las organizaciones sobre las que influía, por ejemplo, el Ala Izquierda Estudiantil, lo importante es entender cómo Raúl Roa aporta documentos de primer orden para acercarse a dicho proceso desde las posiciones de los grupos más avanzados, más revolucionarios y, por tanto, nos da un testimonio excepcional del combate y el debate del momento, con el valor añadido de la propia impronta y estilo del autor.

Los trabajos agrupados en el libro citado ofrecen, en conjunto, una literatura de combate hasta el momento de repliegue de la revolución en 1934, después del golpe de Estado de enero de ese año. A través de ellos se puede seguir la evolución del proceso desde la óptica del joven Roa, las posiciones asumidas ante los acontecimientos que se sucedían con rapidez y las polémicas que tempranamente se suscitaron. La carta a Jorge Mañach del 18 de noviembre de 1931, incluida en el segmento titulado “Cañazos legítimos”, expresa con agudeza los criterios que se discutían. El debate acerca de las minorías revolucionarias se desarrolla

entre el destinatario y Porfirio Pendás, miembro del Ala Izquierda Estudiantil, y Roa apunta su fondo: se trataba, a su juicio, de un duelo abierto “entre dos mentalidades que coexisten pero que se excluyen”. Al establecer un paralelo entre Ortega y Gasset y Romain Rolland afirma que Pendás es “[...] un entusiasta forjador de ese mundo nuevo, por cuyo alumbramiento luchan enardecidos cuantos sufren los vicios e injusticias del viejo [...] tú —es duro decirlo—, [...] eres, aunque te creas maravillosamente equidistante de la tradición y de la innovación, un representativo genuino de la cultura —de la que te nutres— y de un orden social —del que vives— que si todavía existe es a expensas de su propia ruina”.¹⁵ A partir de esta definición, Roa se introduce en la polémica en defensa de las posiciones emanadas del marxismo, con una actitud creadora para plantear el problema para Cuba al nivel de su época. Es este un documento muy esclarecedor para estudiar el pensamiento y los debates de aquel momento.

Numerosas cartas y artículos de Roa se insertan en las polémicas desatadas en distintos momentos, generalmente en torno al proceso revolucionario de los años treinta. Aun cuando aquel proceso era ya historia pasada para muchos, volvió a desatarse el debate acerca de su carácter revolucionario, sus móviles, fines y derivaciones. En 1947 se desarrolló la polémica entre Raúl Roa y el dirigente del Partido Liberal y periodista Ramón Vasconcelos que dio lugar al ensayo “Escaramuza en las vísperas”. Es este un trabajo de hondura analítica y de consulta necesaria para el historiador que aborde el proceso

revolucionario señalado y los años subsiguientes. Las luces y lodos dejados por aquel movimiento telúrico en la sociedad cubana aparecen aquí, vistos por un revolucionario que no renunció a sus sueños y su quehacer por ese cambio hacia una sociedad mejor de justicia y soberanía; es importante decirlo porque él mismo constituye un carácter y una vida a estudiar dentro del complejo entramado que siguió al hecho de “irse a bolina” aquella revolución.¹⁶

Desde el propio título general, ya se anuncia el sentido del contenido que, a su vez, se divide en partes tituladas también de manera harto significativas: I. Preámbulo de una polémica, II. La historia borrada, III. La regeneración degenerada, IV. La generación inmolada, V. El alba de la efebocracia y VI. Trayectoria y balance del ciclo revolucionario. En la parte primera sitúa históricamente a su contendiente y a sí mismo en sus posiciones durante el proceso que se discute, para afirmar su fidelidad a los ideales de Antonio Guiteras, Rafael Trejo y Pablo de la Torriente Brau, con lo cual deja bien esclarecida la perspectiva desde donde se adentra en el recuento. Termina con una afirmación rotunda anunciadora del resto: “Ramón Vasconcelos le ha pedido cuentas a nuestra generación. No rehuyo el envite. Ni tampoco dejaré de pedírsela a las generaciones que provocaron su heroica, generosa y perdurable insurgencia”.¹⁷ Después del recuento de lo acaecido en Cuba desde el fin del colonialismo español hasta 1924, explica en la segunda parte al machadato como “[...] culminación y síntesis de la frustración de la república y de la sobrevivencia de la

colonia”,¹⁸ refuta, además, la tesis planteada por Vasconcelos –y repetida posteriormente por una parte de la historiografía– de una primera etapa patriótica, nacionalista, en la gestión de Machado. Si bien nuevas indagaciones han colocado el énfasis en situar a Machado como representante de una primera propuesta de solución a la crisis del sistema iniciado en Cuba y, por tanto, no limita el análisis a la demagogia, la represión y la dependencia respecto al imperialismo norteamericano, mantiene todo su valor el desmentido pionero de Roa a la tesis de Vasconcelos, también su percepción de Machado y su gestión, por cuanto nos está brindando la óptica representada por él en aquel momento. Es de significar su argumentación acerca de las causas de la política proteccionista machadista, la relación entre la política económica aplicada y las condiciones del mercado, especialmente el de los Estados Unidos, y las dificultades de la economía cubana.

El vínculo de la tarea inconclusa de la revolución de 1895 con la de los nuevos tiempos, el relato de los hitos más relevantes de la lucha revolucionaria de la “generación inmolada”, presentada en la relación terror oficial-terror revolucionario, y sus objetivos esenciales –“Se quería una Cuba distinta y un futuro mejor. Ese fue el santo y seña de la nueva generación”–,¹⁹ las distintas organizaciones, métodos de lucha y tendencias desfilan de modo relampagueante por esta reconstrucción que evidencia el contenido revolucionario, aunque diverso, de aquel combate hasta llegar a la caída de Machado y la presencia de Carlos Manuel de Céspedes en la presidencia

bajo el mando del embajador estadounidense Sumner Welles. Para Roa, la revolución había sido traicionada. Sin embargo, el autor se detiene a valorar el significado del 12 de agosto de 1933 en tanto acción del pueblo y también en tanto solución emanada del embajador Welles, para remontar la cuesta del momento climático de la lucha generalizada a la que faltaba “[...] unidad de métodos, de propósitos y de fines”.²⁰

Raúl Roa apunta aquí, como testigo, su relato de lo acontecido el 4 de septiembre de forma anecdótica, pero va más allá al valorar el cambio que implicaba para el país:

Por primera vez en Cuba, se constituía un gobierno sin la previa certificación de Washington y se declaraba dispuesto a acometer la transformación general de la estructura factoril de la república. El movimiento revolucionario, sin duda, entraba en una nueva fase. No podría afirmarse que ha tomado el poder; pero sí que estaba en condiciones de impulsarlo hacia la satisfacción de las más perentorias apetencias y necesidades del pueblo.²¹

En el balance final, nuestro autor presenta lo que llama el debe y el haber y puntualiza las peculiaridades de la revolución en el caso cubano como revolución anticolonial de amplias implicaciones políticas, económicas y sociales, señalando los contenidos específicos que le corresponden.

En un análisis más reposado, a la altura de 1947, Roa presenta una apreciación diferente del gobierno provisional presidido por Grau pues, como él mismo afirmó, ya había suficiente

lejanía para juzgar. Esto le permite referirse a su artículo “Mongonato, efebocracia, mangoneo” como “[...] imbuido de la concepción extremista entonces en boga en la izquierda revolucionaria [...]”.²² Ahora puede ver mejor la tendencia revolucionaria presente en su seno, las realizaciones que logró, el contexto donde desarrolló su labor, las contradicciones internas que lo desgarraban y la hostilidad externa que enfrentó, aunque pone en el primer lugar de su imposibilidad para llevar a cabo la empresa que se propuso, su propia debilidad interna.

Raúl Roa ofrece en este ensayo de madurez una perspectiva indispensable para el estudio del proceso revolucionario de los años treinta, su impacto en la sociedad cubana y los cambios que impulsó, así como las opciones que cerró. En él se observa a su autor como cronista y analista de su tiempo, como intelectual y, sobre todo, como revolucionario, su calidad definitoria. Este ensayo, imbricado en la polémica de aquel momento, resulta una fuente absolutamente insoslayable para entender a la Cuba en la cual vivía y luchaba.

Este tema recurrente, por suerte para los historiadores, en la obra de Raúl Roa incluye discursos, conferencias, artículos, ensayos, es decir los más variados medios y géneros a través de los cuales dejó sus impresiones del momento en el fragor del combate y sus reflexiones posteriores, también en el calor de la lucha, pero en otras circunstancias y con la perspectiva del tiempo para aquilatar los procesos históricos. También podemos encontrar para nuestra construcción del conocimiento histórico, para acercarnos a la *verdad*

histórica, sus evocaciones de figuras relevantes, a veces no muy conocidas, que participaron en aquel proceso y con quienes compartió ideas, prisión o diversos momentos de lucha. Gabriel Barceló y Rafael Trejo se muestran desde la mirada del amigo, del compañero, como jóvenes de su tiempo; Pablo de la Torriente Brau transita por buena parte de su obra, así como otros con los que polemizó o estuvieron en la trinchera opuesta. Para el estudio de las personalidades y caracteres de ese momento, es Raúl Roa también fuente de primer orden. Es importante añadir la importancia de sus cartas, bien las publicadas en el libro de Pablo de la Torriente Brau, *Cartas cruzadas. Correspondencia 1935*, (Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2004), las que se incluyen en la reciente edición de *Bufa subversiva* ya citada, en la *Gaceta de Cuba* de 1996, o en colecciones específicas. Todas presentan el análisis de problemas, los intercambios para tomar decisiones, la información acerca de la situación, las relaciones con diferentes compañeros o adversarios dentro del combate en los años treinta.

Ciertamente, como queda expresado, algunos juicios emitidos en el calor de la lucha o el debate de ideas, métodos y fines, fueron matizados y revisados por Roa con la distancia del tiempo, pero eso no los hace disminuir en su valor como fuente histórica, por el contrario, ofrecen la frescura de lo inmediato, las perspectivas desde las que se apreciaban los problemas en su momento y esto, no puede dudarse, aporta una riqueza inestimable al historiador. Por otra parte, como él dijo en

la entrevista citada ante la pregunta sobre cuál de los golpes que repartió en la lucha ideológica entre 1931 y 1935 preferiría no haber dado, de cuál querría disculparse: “No me disculpo ni me arrepiento hoy de ninguno de esos golpes: los di a conciencia y a conciencia los reitero”.²³

El estudio de los años cincuenta también requiere de acercarse a Raúl Roa. Sus trabajos en la prensa, especialmente en el periódico *El Mundo*, muestran de nuevo al Roa combatiente con la pluma y desde su cátedra universitaria, así como sus reacciones ante los atropellos y crímenes de la dictadura y sus argumentos de enfrentamiento al batistato. Artículos como “Mario Fortuny”, “Mater dolorosa” y “El precio de una conducta” constituyen denuncias de la barbarie de esa época, a la vez que muestran la expresión de oposición que representa su autor.

Raúl Roa fue protagonista de las batallas diplomáticas libradas por la Revolución triunfante en 1959, en las cuales inauguró un ejercicio de la diplomacia revolucionaria cubana de altísimos quilates. Para estudiar los primeros años de la Revolución en el poder, especialmente la década del sesenta, los discursos y documentos de Roa en la Organización de Estados Americanos (OEA) y en la Organización de Naciones Unidas (ONU) son imprescindibles. A través de estas intervenciones se puede seguir la intensa batalla que tuvo que librar el Gobierno revolucionario cubano en los principales foros internacionales, los argumentos que le sirvieron de fundamento y el clima de confrontación provocado por la

política hostil de las administraciones de los Estados Unidos. En ellos se destaca la rapidez y agudeza de un canciller entrenado en la polémica a lo largo de su vida de combatiente revolucionario, así como la inteligencia y el profundo patriotismo que posibilitaron respuestas prontas, apegadas a la ética que representaba y defendía.

En la prensa de esos años se recogen las actuaciones que le valieron ser reconocido por el pueblo cubano —su pueblo— como el “Canciller de la dignidad”. Algunas de aquellas alocuciones, las más relevantes hasta 1963, se compilan en el tomo segundo de *Retorno a la alborada*. La réplica al delegado norteamericano en la ONU, Adlai Stevenson, el 17 de abril de 1961, cuando ya en Cuba se combatía en Playa Girón contra la invasión procedente del norte, puede mostrar el valor de estos documentos para la reconstrucción de aquellos momentos cruciales. El dominio de la Historia de Cuba, del conflicto histórico con los Estados Unidos, de la política norteamericana hacia la isla, su propia vida de combatiente, su brillantez en el debate y su fidelidad a los principios que sustentaba permitieron una respuesta absolutamente contundente, y además le revelan al historiador los puntos que se manejaban entonces en la confrontación, el nivel de tensión que se vivía y la posición sostenida por el Gobierno cubano ante los hechos que estaban ocurriendo.

A partir de su intervención en la sesión de la mañana de ese día, en la cual denunciaba la responsabilidad del gobierno demócrata de John F. Kennedy en la invasión a Cuba, hizo uso del derecho de réplica en la sesión de la tarde

a los pronunciamientos del delegado norteamericano. Su rechazo al discurso de Stevenson se basó en varios puntos esenciales: el problema no era personal contra el representante de los Estados Unidos; podía discutir todos los hechos de su vida dedicada a la libertad de su pueblo y de los pueblos de nuestra América; no había traición de la dirección revolucionaria a la Revolución; Estados Unidos no contribuyó a la independencia de Cuba sino todo lo contrario; José Martí alertó contra la política expansionista de los Estados Unidos; la República de Cuba hasta 1959 fue dependiente del país norteamericano con una estructura semicolonial; el retorno a la Constitución de 1940 tiene un sentido reaccionario, y el conflicto es entre el pueblo de Cuba y los intereses norteamericanos que quieren reconquistar las posiciones perdidas.

Los puntos señalados a modo de sumario en el párrafo anterior permiten comprender la lógica expositiva —que en algunas de sus partes fue una documentada clase de historia— tomando como base la intervención del delegado Stevenson. El párrafo final esclarece el propósito cubano al presentar el problema en la ONU:

[...] la Delegación de Cuba no ha venido a pedir protección ni ayuda de las Naciones Unidas para repeler a los agresores, que están siendo ya batidos por aire, tierra y mar. A lo único que ha venido la Delegación de Cuba es a acusar al gobierno imperialista de los Estados Unidos, ante la conciencia pública mundial, con pruebas abrumadoras, de estar interviniendo en los asuntos internos de un pueblo libre,

independiente y soberano, y a exigir que se le impongan las sanciones correspondientes por este acto de piratería internacional.²⁴

Como puede apreciarse por el documento reseñado a modo de ejemplo, las participaciones de Raúl Roa en los debates desarrollados en los foros internacionales a los cuales acudió como canciller de Cuba, aportan los elementos de dichos debates, el sentido del momento cuando estos se producen, los argumentos que entraban en ellos y, de manera diáfana, la posición cubana que representaba con brillantez.

Hay momentos del protagonismo de Roa que han quedado como parte de la memoria colectiva del pueblo cubano. Sería quizás ocioso señalarlos por conocidos, pero repasarlos para evidenciar, una vez más, el valor que tienen para los historiadores, siempre es útil. Su denominación de la OEA como “ministerio de colonias yanqui” o sus palabras cuando la Delegación de Cuba abandonó la VII Reunión de Consulta de Cancilleres de ese organismo: “Me voy con mi pueblo, y con mi pueblo se van también de aquí los pueblos de nuestra América”,²⁵ retratan a un hombre y a una época. Anécdotas reales o fabuladas han acompañado la actuación del “Canciller de la dignidad” más allá del tiempo físico de su desempeño en ese cargo, lo cual es también parte de los momentos que enfrentó y en los cuales marcó pautas en la naciente diplomacia revolucionaria. Por tanto, Raúl Roa también es fuente de consulta imprescindible para investigar sobre esos años de profunda transformación dentro de la sociedad cubana.

Cuando oí hablar por primera vez de Raúl Roa no sabía que recurriría a su obra de manera reiterada en mi labor como historiadora, sin embargo, cuando el Aula Magna de la Universidad de La Habana fue el marco para velar a uno de sus mejores hijos, acudí con mis alumnos de entonces a rendirle tributo ya sabiendo cuán importante era este hombre para la Historia de Cuba por su quehacer, por su papel como actor histórico, pero empezaba también a conocer que constituía una fuente esencial para la producción del conocimiento histórico de más de la mitad del siglo xx cubano, en especial, de sus grandes momentos de cambio.

Notas

¹ Roa, Raúl. “Evocación de Rubén Martínez Villena”. En: *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*. La Habana: Universidad Central de Las Villas, 1966. p. 356.

² *Ibidem*, p. 371.

³ *Órbita de Rubén Martínez Villena / 2ª ed.* La Habana, 1972. p. 25. (Colección Órbita)

⁴ Roa, Raúl. *La revolución del treinta se fue a bolina*. La Habana: Instituto del Libro, 1969. pp. 291-292.

⁵ _____. *El fuego de la semilla en el surco*. Ciudad de La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1982. p. 55.

⁶ *Ibidem*, p. 290.

⁷ *Ibidem*, p. 293.

⁸ En ese discurso medular pronunciado en Tampa el 26 de noviembre de 1891, Martí argumenta contra los obstáculos que pudieran oponerse a la reanudación de la guerra independentista en Cuba, entre los cuales incluye el “miedo a las tribulaciones de la guerra” y señala: “¡Pues como yo sé que el mismo que escribe un libro para atizar el miedo a la guerra, dijo en versos, muy

buenos por cierto, que la jutía basta a todas las necesidades del campo en Cuba [...] me vuelvo a los que nos quieren asustar con el sacrificio mismo que apetecemos, y les digo:—‘Mienten’”. Martí aludía al libro *A pie y descalzo* de Ramón Roa.

⁹ Roa, Raúl *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1970. p. 3.

¹⁰ *Ibíd.*, pp. 393-394.

¹¹ _____. *Bufa subversiva*. La Habana: Ediciones La Memoria. Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2006. p. 346.

Se mantiene la versión de esta edición anotada por Ana Cairo pues en *La revolución del 30 se fue a bolina* (Instituto del Libro, La Habana, 1969) se reproduce el documento con cambios en la redacción.

¹² *Ibíd.*, p. 346.

¹³ *Ibíd.*, p. 353.

También en este caso se ha seguido la edición citada.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 354.

¹⁵ *Ibíd.*, pp. 192-193.

¹⁶ Esta expresión, tomada del título que dio Roa a una recopilación de sus trabajos, “La revolución

del 30 se fue a bolina”, se ha asumido con diferentes connotaciones y otros autores han apuntado las diversas posibilidades de interpretación. Comparto el criterio de que su autor quiso marcar con toda claridad, a pesar de que pudiera parecer ambiguo, cómo veía el camino de aquella revolución: se trata de una revolución que se desprende, como proceso histórico, de su momento y sustento inmediato para volar y quedar suspensa en el tiempo, como un papalote que se escapa de las manos de quien lo dirige y “se va a bolina”, con rumbo desconocido quizás, no humillado por la derrota, pero tampoco con dirección y destino definidos.

¹⁷ Roa, R. *Op. cit.* (1). p. 25.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 35.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 52.

²⁰ *Ibíd.*, p. 57.

²¹ *Ibíd.*, p. 59.

²² *Ibíd.*, p. 65.

²³ _____. *Op. cit.* (4). p. 315.

²⁴ _____. *Retorno a la alborada*. La Habana: Universidad Central de Las Villas, 1964. t. 2, pp. 495-496.

²⁵ *Ibíd.*, p. 345.

Raúl Roa y las Misiones Culturales en Cuba

Leonel Maza
y Lourdes Castellón

Investigadores

Las Misiones Culturales en Cuba fueron creadas por Raúl Roa cuando ocupaba el cargo de director de Cultura del entonces Ministerio de Educación desde 1949; se desarrollaron entre 1950 y 1952.

El mundo cultural de la década del cincuenta estaba representado por la clase media, defensora del nacionalismo y enfrentada a la alta burguesía que despreciaba a lo más genuino de la nación cubana y se plegaba al consumo impuesto por los Estados Unidos. El reconocimiento de los intelectuales se hace difícil por el dominio de la burguesía que ocupaba los cargos más importantes en la cultura y educación, la cual, por sus formas y estilos de ver el desarrollo cultural, obviaba el analfabetismo escolar y espiritual existente en la mayoría de los cubanos, por tanto era poco viable sostener la llamada cultura artística, pues no contaban con un numeroso público preparado para comprender y disfrutar las diferentes manifestaciones del arte, principalmente en el campo.

Contradictoriamente, en esta década se gestaba una intelectualidad sin gran poder económico, pero con un enorme sentido del gusto estético. Una de sus

figuras más destacadas fue Raúl Roa García, conocido desde los años treinta como miembro de la Liga Antimperialista de Cuba y de la Universidad Popular José Martí. Fue también fundador del Directorio Estudiantil Universitario en 1930 en compañía de su amigo Rubén Martínez Villena, y además un activista del Ala Izquierda Estudiantil junto a su inseparable hermano de lucha Pablo de la Torriente Brau.

En diciembre de 1949, Roa define su concepto de cultura en un trabajo publicado en el *Mensuario de Arte, Literatura, Historia y Crítica*:

La cultura es un proceso socialmente condicionado y expreso, en consecuencia, el sentido de la constelación dominante en cada ciclo de la historia. Pero, igualmente discrepo de los que intentan reducirla a feudo propio, mediante el desahucio de los que no piensan o se sientan como ellos. Sin libertad de expresión, la capacidad creadora se agota, languidece y marchita. El derecho a la herejía es ala y raíz de todo progreso cultural y humano.¹

Su primer objetivo como director de Cultura fue ofrecer a sus compatriotas

lo más genuino de la cultura: comenzó estableciendo el Día del Libro Cubano en honor al natalicio de Antonio Bachiller y Morales; también estableció la distribución gratuita de libros, revistas y folletos y el aumento de libros de la Colección de Clásicos Cubanos y Contemporáneos, y de cuadernos de arte y poesía.

Además organizó exposiciones de artes plásticas y concursos de literatura, la Feria del Libro y el Día de la Canción, asimismo con su talento y acierto crea las Misiones Culturales, suceso que permitió disfrutar de diferentes funciones de arte en todo el país. Raúl Roa, inspirado en el proyecto desarrollado en España por el poeta Federico García Lorca con su cruzada “La Barraca”, pone en marcha su plan.

Roa redacta un llamamiento para la fundación de las Misiones Culturales donde dice:

Movilizar espiritualmente a las provincias e incorporarlas a la vida de la cultura, es un plano de superación funcional, es tarea inaplazable. Si la cultura es la flor más preciada del alma de los pueblos, sus frutos deben vigorizar y enriquecer la conciencia de las masas liberándola de sombras, prejuicios, y supersticiones. En nuestras campañas, montes y caseríos hay vastas zonas populares que, por obra del aislamiento y la desidia, han permanecido secularmente al margen de los nobles y fecundos goces que procuran el teatro, la música, el baile, la pintura, el cine y la ciencia.²

Las actividades realizadas y organizadas con su gran visión nos ofrecen una panorámica certera de lo que significa-

ron y fomentaron, convirtiéndose en elemento principal de la historia cultural de Cuba. Muchas de ellas son desconocidas por las nuevas generaciones debido a su poca divulgación, pues no han sido estudiadas con profundidad. La prensa de la época recoge someramente alguna información que, por supuesto, estaba condicionada por el ambiente político propio del contexto histórico.

De estas funciones o representaciones dan fe los programas de mano y las fotos tomadas que reflejan la realidad protagónica de la labor artística de quienes se conocían como misioneros. Sus integrantes hoy día son personalidades que prestigian la cultura nacional. Entre ellas recordemos al doctor Antonio Núñez Jiménez, geógrafo, al coreógrafo y bailarín Ramiro Guerra Sánchez, y al cineasta Julio García Espinosa, entre otros.

Las Misiones Culturales estaban integradas por un colectivo cultural móvil que ofrecía diferentes manifestaciones del arte, de esta manera se traslada a las comunidades cada espectáculo, no sólo las representaciones de tipo visual como el cine, la danza o el teatro, sino también charlas con carácter didáctico, según fuera lo presentado, así como exposiciones de artes plásticas para cumplir de esta forma el objetivo trazado.

El programa de las Misiones Culturales entre 1950 y 1952 visitó ochenta y seis localidades de la República de Cuba en quince meses. Estos espectáculos fueron destinados a los bateyes, ingenios azucareros y capitales de las provincias, incluida La Habana.

El ensayo general de la primera Misión se celebró el 11 de marzo de 1950

en la localidad de Güines y el recorrido comenzó días después por el oriente del país.

Este grupo de artistas entusiasmados en esta noble empresa tenía una disciplina regida por un reglamento que incluía, entre otros, los deberes de los misioneros y sus derechos. La dirección estaba compuesta por un administrador, un subadministrador, un tesorero, un jefe de personal, un encargado de oficina de control, propaganda y prensa, y además en esta nómina se insertaban los directores de las diferentes manifestaciones música y baile, de museos, etcétera.

En un principio, la comitiva artística y técnica estuvo compuesta por dos músicos, cuatro bailarines, siete actores de teatro incluyendo un sonidista, tramoyista, jefe de personal técnico, cuatro chóferes y un cuidador de vestuario. En esa primera cruzada y primer año de vida tenían como presupuesto veinticinco mil pesos para los gastos de compras de veintidós renglones que serían imprescindibles para su desarrollo. Otros cuarenta mil pesos se utilizaban para cubrir el salario de los integrantes, quienes recibían cien pesos mensuales.

Las Misiones Culturales en la prensa cubana tienen su primera nota en el periódico *El Mundo* con fecha martes 15 de noviembre de 1949, firmado por Ernesto Ardura con el título “Realizarán intensa labor las Misiones Culturales” donde el autor plantea:

Todo está preparado para que las misiones culturales inicien sus tareas en la segunda quincena de este mes, según hubo de anunciarnos el doctor Raúl Roa, Director de Cultura del Ministerio de Educa-

ción, quien en breve partirá al frente de las mismas hacia la provincia de Oriente. Consecuente con las proyecciones que anunciara al tomar posición de su cargo, el doctor Roa quiere llevar los servicios culturales del Estado hasta las más apartadas regiones del país, penetrando en lo hondo de la conciencia del pueblo. Las misiones culturales responden a esa finalidad.

Las misiones, para la mejor realización de su labor, llevarán equipos de cine, teatro, exposición de cuadros, música y ballet, además de un museo precolombino, a cargo del doctor Antonio Núñez Jiménez, presidente de la Sociedad Espeleológica de Cuba, quien además, ofrecerá interesantes charlas sobre cuestiones históricas y científicas.

Actuarán fundamentalmente las misiones en las zonas rurales. Se han construido carros especiales destinados a conducir los equipos y personal de estas embajadas de cultura y arte. Contarán asimismo con una planta eléctrica propia.

Las escenografías de las obras teatrales que han de ser representadas han sido preparadas por los pintores Jorge Rigol, Romero Arciaga, Carlos Sobrino, Carlos Enríquez,



Gerardo Tejedor y Carmelo González.

Entre las obras teatrales que han de ser llevadas al palco escénico figuran las siguientes: *El traidor*, de José Antonio Ramos; *Alas que nacen*, de Felipe Pichardo Moya; *Reconciliación cubana*, de Felix Lizaso y Rafael Marquina; *Contra el deber*, de Enrique Serpa; *La muerte de Plácido*, de Diego Vicente Tejera; *Casamiento a la fuerza*, de Moliere; y *El mancebo que se casó con mujer bravía*, de Alejandro Casona.

Se exhibirán cuadros de Eduardo Abela, Carlos Enríquez, Mariano Miguel, Ramón Loy, Fidelio Ponce, Antonio Gattorno, Víctor Manuel, Jorge Arce, Mirtha Cerra y José M. Mijares.

El 15 de marzo de 1950 presentan el primer espectáculo en el Estadio Municipal Antonio Maceo de Santiago de Cuba. Al día siguiente son recibidos en la Universidad de Oriente donde le brindan un almuerzo. Los periódicos de la ciudad como el *Diario de Cuba* y *Libertad* dejaron constancia del acontecimiento.

Por aquel entonces, al llegar al lugar la primera tarea era escoger el sitio donde se emplazaría el escenario, que era la rastra-teatro, después se desmontaban todos los bultos y se convertían en una plataforma de veinticuatro pies de ancho por dieciocho de largo y de esta forma quedaba lista la escena. Todo sucedía en horas de la mañana y por la tarde los artistas ensayaban el espectáculo.

Las exposiciones de Geografía de Cuba, música y pintura, generalmente se

realizaban cerca del lugar donde era ubicada la rastra-teatro, es decir, podían apreciarse indistintamente en una escuela o sociedad privada, según las ofertas de las autoridades locales. Estas muestras se montaban en grandes paneles donde los visitantes recibían explicaciones de su director, quien respondía a las más disímiles preguntas.

Referente a la música, los lugareños podían disfrutar de los conciertos en cada presentación y de una cuarta exposición compuesta por doce paneles, entre ellos, dos dedicados a Galerías de Músicos Universales, otro a grandes músicos cubanos, y dos a los instrumentos folclóricos y populares de Latinoamérica. El origen y desarrollo del piano ocupa uno de los paneles, otro los instrumentos musicales de origen africano utilizados en Cuba, e incluso las siempre llamativas máscaras. La danza folklórica de Nuestra América podía hallarse en dos paneles.

En los diferentes paneles se podían observar fotografías de grandes de nuestra música acompañadas de sus fichas biográficas y, al igual que las demás exposiciones, los visitantes podían recibir una información autorizada de su director de música, el maestro Odilio Urfé.

La sección de cine también tuvo su presencia con las proyecciones de películas y documentales como *El trigo y el hombre* y el dibujo animado musical *El tranvía* con el cual comenzaba la función.

En las artes plásticas se podían observar alrededor de ochenta reproducciones de pintura de de occidente desde la gótica a la moderna. También se le dedicó dos paneles a la joven vanguardia

de las artes plásticas cubanas. Los visitantes se favorecían con las explicaciones de Leovigildo González Morrillo, entonces un joven pintor cubano.

Otra de las expresiones fue la del museo de arqueología de los aborígenes cubanos, considerado el primero de su tipo que pasaba sus piezas por toda Cuba. Lo componían tres vitrinas donde se encontraban diferentes piezas arqueológicas de las culturas guanajatabey, siboney y taína. También pre-

senta cuatro muestras donde se reciben las explicaciones de su director, el doctor Antonio Núñez Jiménez.

La exposición geográfica de Cuba estaba compuesta por veintidós paneles que contenían mapas y fotografías, los cuales tenían títulos como: “Cartografía de Cuba”, “La población en Cuba”, “Recuerdos forestales”, “Fuerza hidráulica”, “El turismo”...

El teatro estuvo presente con las puestas de las siguientes obras: *Alas que nacen*, de Felipe Pichardo y *El traidor* de José Antonio Ramos. El elenco lo integraron Enrique Medina, como director y actor, Ignacio Valdés Sigler, Alejandrina Montes, Australia López, Hilario Ortega y Pedro Martín Planas, además contaba con José Rigol como escenógrafo.

La presencia de la poesía se podía disfrutar escuchando la lectura grabada de Justo Rodríguez Santos, con su poema dedicado al centenario de la



bandera, además Gilda Lois recitaba un poema de Regino Pedroso titulado “Cantor de vida bajo los astros”.

La danza era la encargada de cerrar cada espectáculo. Los jóvenes que integraban ese primer recorrido de las Misiones Culturales fueron Serafina Amaro, Julio Mendoza, Elena Prieto, quien tenía trece años y su madre la acompañaba, Inés Morera y Ceferino Barrios. Indistintamente, el cuerpo de bailarines lo integraban, entre otros, Adelaida Gómez, Gisela Curbelo, Elena Vicaria, Asunción Itza, Yudith Córdoba y Lily Ricard. En el programa se incluían las danzas folklóricas húngaras, *Bodas de Aurora*, de Tchaikovski, y danzas rusas, noruegas, polkas, bailes norteamericanos y el joropo

tapatío, así como el zapateo cubano. Las funciones de danza folklóricas y ballet clásico constituyen en la historia de esta manifestación en Cuba un pilar en su primer recorrido.

Visitaron cuarenta localidades de las antiguas seis provincias de Cuba con la participación de 146 mil personas, concluyendo esta etapa el 30 de junio de 1950 en Guanabacoa. Hasta esos momentos las funciones habían logrado con creces los deseos de llevar el arte a los más apartados rincones de la república y salieron favorecidos los más humildes. A través del escenario móvil, los pobladores disfrutaron actividades, un día y en algunos casos dos, las cuales fueron no sólo de esparcimiento, sino que permitieron enriquecer y ampliar sus conocimientos sobre arte y cultura.

Enrique Rodríguez Loaches trazó en un mapa de Cuba referencias que señalaban los lugares visitados y por visitar. Se pueden apreciar sitios desde San Luis en Pinar del Río hasta el Caney de las Mercedes en Santiago de Cuba. Con excepción de la antigua Isla de Pino, los recorridos abarcaron las antiguas seis provincias.

El segundo recorrido de las Misiones tiene como inicio el 20 de octubre de 1950 en Mayarí. En esta ocasión y con la experiencia del primer recorrido, los misioneros y su directiva se ven favorecidos por nuevos integrantes y por algunos materiales que le permitieron hacer reestructuraciones en los conceptos artísticos a favor de las funciones. Uno de estos cambios fue al teatro móvil, el cual a partir de ese momento hacía más sencilla y humana su manipulación, es decir, el montaje y desmontaje de los elementos que conformaban el escena-

rio eran más ligeros: su estructura ya no era de acero sino de aluminio y el piso se vio mejorado al colocarle un tabloncillo machimbrado de caoba. Esto conllevó a un resultado formidable para el desarrollo de los artistas y en particular de los bailarines. Además, ahora contaban con un piano y sus aditamentos, otros equipos eléctricos y de sonidos, asimismo, recibían modificaciones los decorados y el vestuario de los artistas mejoró.

Para este segundo recorrido, Raúl Roa designa como coordinador general a Julio García Espinosa, por aquel entonces un joven teatrista y director de programas de radio. Se mantenían las diferentes manifestaciones artísticas, pero el elenco artístico recibió las transformaciones y mejoramiento de cada disciplina. A la manifestación teatral se incorporaron jóvenes del teatro universitario como Erdwin Fernández, Nidia del Valle, Caridad Camejo, Natividad González, Julio Carlo, Teresita López Triana y su director era Antonio Vázquez Gallo. Es llevada a las tablas la obra del dramaturgo Alejandro Casona *La fablilla del secreto bien guardado*, la cual fue bien aceptada por el público, pues estaba concebida con un fácil lenguaje.

Los niños de las zonas rurales también tenían sus regalos con la presentación de funciones de títeres que se realizaban en horas de la mañana: el guiñol visitaba las escuelas públicas con las obra *La caperucita roja*, adaptada por Modesto Centeno y la interpretaban los hermanos Camejo, Teresita López Triana y Julio de Carlo.

A este segundo recorrido se integra el joven coreógrafo y bailarín Ramiro

Guerra, el cual asume la dirección de bailes folklóricos y de las funciones de ballet clásico, que había diseñado Cuca Martínez del Hoyo; ambas manifestaciones se vieron beneficiadas con su baile. En esta ocasión el público disfrutó de la danza a través de la visión y estética de su director, quien introdujo en estas presentaciones las danzas folklóricas de Nuestra América.

De estas Misiones Culturales el coreógrafo y bailarín Ramiro Guerra recuerda:

Después de una estancia en Colombia de alrededor de dos años, donde impartí clases en la Escuela de Danza Cecilia López en Bogotá y, luego, en la localidad de Pereira, fui contratado para iniciar la fundación de una nueva academia de danza.

Cuca Martínez del Hoyo organizó a los bailarines y me planteó que asumiera la responsabilidad del grupo de danza en las Misiones Culturales. Recuerdo que el grupo lo conformábamos tres parejas, entre ellos Serafín Amaro, Elena Prieto, Julio de Mendoza, Ceferino Barrios y yo. Me di a la tarea de montar un repertorio con danzas latinoamericanas como la guabina chiquinquireña, el bambuco y la cumbia, ambas colombianas, y el joropo venezolano.

Con estas danzas ofrecí una visión del folklore latinoamericano bailado en parejas y por el trío. Los residentes de los bateyes visitados por las Misiones Culturales fueron receptivos con las presentaciones que ofrecimos. Nosotros, como jóvenes artistas, teníamos una rastra que se

convirtió en escenario y los asistentes a las funciones tenían como asientos los más singulares taburetes, cajones..., y lo más peculiar eran los hombres montados en sus caballos y a la zanca sus niños, y no faltaba una que otra vez la bella mujer cubana, también en ese medio de transporte convertido en platea.

En los pueblecitos y ciudades, estas funciones se hacían en los parques y sociedades culturales de forma gratuita. Las presentaciones se realizaban en diferentes horarios y por su aceptación los habitantes ayudaban a la limpieza y chapeo del lugar donde se emplazaría la rastra-esenario. Fueron miles de campesinos y gente de las ciudades los que disfrutaron de estos espectáculos.

Estas danzas concebidas por mí estuvieron presentes en el escenario móvil de las Misiones Culturales constituyendo algo nuevo en el mundo del espectáculo en Cuba. De esta forma le llevábamos la cultura al pueblo que no tenía la posibilidad económica ni de transporte para asistir a las salas de teatro, si es que había.

La importancia y lo trascendental de las Misiones Culturales organizadas por Raúl Roa, es que hasta ese momento no se había hecho nada semejante en Cuba, ni por las instituciones privadas ni por las estatales. Para mí, como joven artista que venía de estudiar en el extranjero (Estados Unidos y países latinoamericanos), me encuentro este trabajo social por el Estado, cosa no usual en nuestro incipiente

medio cultural, a través de la gestión de una personalidad como Raúl Roa, con un carácter amplio desde el punto de vista cultural y social no visto en las décadas del cuarenta y del cincuenta con excepción de México y el movimiento cultural surgido a la sombra de la Revolución mexicana.³

La calidad en esta segunda gira fue mayor, pues el programa de las diferentes manifestaciones que conformaban las Misiones Culturales se vio mejorado en la cantidad y calidad de sus exposiciones, conciertos de música...; el grupo de teatro contaba en sus nóminas con nuevos talentos, el guiñol y la danza tenían en su repertorio muestras de obras latinoamericanas.

Finaliza así el segundo recorrido con todas las expectativas trazadas, cumplidas en gran medida, y sus expectativas de ofrecer arte gratuitamente a los rincones más apartados de Cuba fueron hechas realidad.

Nuevamente se haría un tercer recorrido y final de las prestigiosas Misiones Culturales, pero que desgraciadamente no fueron ajenas al interés de los políticos que vieron en ellas una manera de obtener ventajas políticas proponiendo el aumento del número de lugares a visitar, obviando la calidad ganada anteriormente. Por todos estos caprichos políticos dejó Julio García Espinosa la dirección de las Misiones...

El 17 de septiembre de 1951 se realiza el ensayo general en el politécnico José Martí de Boyeros, en La Habana, para iniciar la cruzada. Esta vez son visitados algunos municipios de la capital y la comitiva artística sufre cambios en su personal y programa de

presentación. Su coordinador fue Odilio Urfé y su administrador el doctor Antonio Núñez Jiménez.

Como toda alegría en ese período en Cuba fue efímera, las Misiones se vieron afectadas en diciembre de ese año al conocerse la noticia de la renuncia de Raúl Roa a su cargo de director de Cultura. Las consecuencias para las Misiones Culturales y sus integrantes fueron mortales. En su lugar designan a Pablo Luis Orozco.

La cruzada comienza en 1952 por Pinar del Río y se benefician los poblados de La Coloma, Viñales, Sierra del Rosario, La Esperanza y San Juan y Martínez. El 28 de enero el periódico de esa provincia *Extra Lunes* reflejó el suceso así:

Fueron visita de esta localidad las Misiones Culturales del Ministerio de Educación, que trajeron a este pueblo de San Juan y Martínez su mensaje de arte, ciencia y cultura. En su primera noche de actuación, exhibieron las Misiones cine educativo, un concierto musical de piano y violín y las danzas folklóricas de Latinoamérica y de España. En el segundo día expusieron películas de contenido cultural, un concierto de música clásica, una obra de teatro de Alejandro Casona, así como el ballet clásico "Las Sífides", de Chopín.

En el centro de Cuba, el 10 de marzo de 1952, estando en la actual provincia de Ciego de Ávila en el poblado de Guayacanes, al amanecer reciben la trágica noticia del golpe militar engendrado por Fulgencio Batista: es el preludio del fin de las Misiones Culturales concebidas por Raúl Roa.

Lo que se realizó en ese tercer recorrido apenas está en la memoria de algunos de sus participantes. De esta singular manera se extingue una labor hermosa impulsada por un grupo de jóvenes artistas a favor de los más humildes, que vieron en las Misiones Culturales una vía de conocer sobre las artes.

Ideadas por Raúl Roa fueron sin lugar a dudas una obra innovadora dentro de tantas penurias. El gesto fue transparente al presentar un colectivo de artistas a los que menos tenían y eran despreciados por su condición de pobres.

Rescatamos estas memorias de nuestra historia cultural, que multiplicaron los sueños del “Canciller de la dignidad” de Cuba, y que se rescataron a partir del amanecer del 1º de enero de 1959 con el joven rebelde Fidel Castro Ruz al frente.

Este trabajo es, además, un homenaje a los misioneros que entregaron sus conocimientos al mejoramiento humano y, en especial, al hombre sincero que fue Raúl Roa García en el centenario de su natalicio.

Notas

¹ Cajigal Correa, Lourdes María. Trabajo de Diploma “Las Misiones Culturales”. La Habana: Instituto Superior de Arte, 1992. p. 16.

² Roa Kourí, Raúl. *En el torrente*. La Habana: Editorial Casa de las Américas, 2004. p. 64

³ Guerra Sánchez, Ramiro. Entrevista grabada en La Habana, el 21 de abril de 2007.

Otra bibliografía consultada

Programas de mano de las Misiones Culturales, Primer y segundo recorrido nacional y Mapa de las Misiones Culturales.

Rosas para Roa

Matilde Salas Servando

Periodista

Hay fechas en el tiempo de los pueblos que no pueden ser pasadas por alto, pues por su significación histórica marcan hitos. En esas ocasiones a veces se recuerda un hecho importante, otras, la desaparición física de quien ha dejado su huella imperecedera y, también, la llegada al mundo de alguien que en su andar por la vida, ha sabido ser ejemplo para sus coetáneos y guía para las generaciones que le sucederían.

El 18 de abril de 2007, se celebró un importante centenario: la llegada al mundo en igual fecha hace un siglo, de ese “criollo de cepa” conocido como Raúl Roa García, quien se caracterizó por un inquietante ir y venir a lo largo de su fructífera existencia.

Según él mismo señaló en una ocasión, la vida en sus primeros años transcurrió “[...] con los mataperros de la vecindad” donde residía, en la barriada capitalina de la Víbora y con ellos disfrutó los rudimentos “del papalote, la quimbumbia, el patín y la bicicleta –disolventes magníficos de las ataduras sociales y de los prejuicios raciales”.

Años después simultaneaba sus estudios con la práctica furibunda de la pelota, que lo llevó a convertirse en un “almendarista” de primera línea. Por entonces disfrutó la lectura de obras de importantes autores como: “[...] José Martí, Heredia, Juan Clemente Zenea,

Cervantes, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, Vicente Blasco Ibáñez, Sarmiento, González Prada, Rufino Blanco Bomboña, Enrique Piñeyro, Manuel Sanguily, Enrique José Varona y José Enrique Rodó”, quienes dejaron una marca imborrable en su formación intelectual.

En varios momentos de su existencia, Raúl Roa se refirió al año 1925 como una etapa crucial en su vida. Por entonces estaba a punto de terminar sus estudios de bachillerato en el colegio “Champagnat” de la capital y señalaba que en esa época tenía “17 años tan largos como mis pantalones [...] era larguirucho, flaco, intranquilo, boquigrande, orejudo, ojillos soñadores con relumbres de ardilla, a veces melancólico, jocundo casi siempre, lenguaraz a toda hora y con más pelo que un hippie”.

Es el período en que conoce a Julio Antonio Mella. Roa describe ese hecho con su prosa clara y precisa cuando señala: “Fue el 26 de noviembre de 1925. Ya Machado había descargado su aparato de represión y de barbarie sobre el estudiantado en rebeldía. [...] La atmósfera era tensa. Mella –aclamado por todos subió a la improvisada tribuna. Su mirada resuelta y brillante se recogió un momento en sí misma, y luego, con gesto dominador y altivo, la melena flameante, el brazo poderoso rubricando el aire, rompió a hablar. Cuando concluyó, toda aquella muchedumbre de jóvenes enardecidos pugnaba por estrecharlo en sus brazos. Fue esa la última vez que lo oí hablar y la última también que lo hizo en Cuba”.

A lo largo de su vida supo ser fiel a ese encuentro, ocurrido en el universitario Patio de los Laureles. Ese hecho

le marcó en lo más profundo de su ser, definió su trayectoria cívica y constituyó un impacto para Roa, porque desde aquel banco que tomó como tribuna, el joven líder habanero brilló en la arenga dirigida a los estudiantes. Todo parece indicar que fue entonces cuando Roa se percató de que el corazón “le latía a la izquierda del pecho”.

Su ingreso en la Facultad de Derecho de la universidad habanera en el curso siguiente, fue como la entrada en un mundo deslumbrante, donde todo resultaba aparentemente nuevo. Desde su llegada a la casa de altos estudios, se mantuvo ligado con un cariño visceral a la que luego calificó como “una universidad genuina”, la misma donde se cultivó como profesional y se formó como hombre.

Su vocación revolucionaria se puso de manifiesto desde la década del veinte del siglo pasado, cuando ingresó en la Liga Antimperialista y se desempeñó como profesor en la Universidad Popular José Martí, fundada por Julio Antonio Mella, la cual radicaba en el local del Centro de Dependientes de Café, en la unión de las calles Industria y San José, en el actual municipio capitalino de Centro Habana.

Un lustro después de ese encuentro con Mella, donde el verbo encendido del líder estudiantil le “llenó la imaginación de ardientes visiones” a la sombra de los históricos laureles, Roa suscribió un documento en el que exigía la renuncia incondicional del tirano Machado con la viril consigna que “postulara Martí: Los derechos no se mendigan, se arrancan”. El calendario marcaba la fecha del 30 de septiembre de 1930 y la sangre generosa de Rafael Trejo lavó

la afrenta que significaba la presencia del “asno con garras” en la máxima magistratura del país. Desde ese momento, el pueblo hizo suyo a Trejo, para después enarbolarlo como bandera de lucha.

Sobre este hecho Raúl Roa dio una brillante versión cuando dijo que esa

[...] no fue una tângana intrascendente, ni una de esas típicas algaradas [...] Si sólo hubiera sido eso y el desplome de Rafael Trejo, una deplorable causal incidencia, ni su nombre brillaría con luz propia en la rutilante constelación de nuestro martirologio universitario, ni razón habría para conmemorar cada año el dramático suceso en que se rompió su juventud cuajada de promesas y encendida de ímpetus [...] En esa fecha insigne en la madrugada estremecida de nuestra liberación nacional y social, íntimamente vinculados en el recuerdo y en la historia, el suceso y la víctima se han fundido ya de tal suerte que no puede evocarse aquel sin que surja con iluminado perfil la gallarda figura del valeroso mancebo [...].

Sus inicios en la vida universitaria estuvieron marcados por períodos de protestas, persecución, destierro, prisiones y exilio. Su primera salida fue a raíz de esos hechos y se fue a los Estados Unidos de donde volvió dos meses después, junto a un grupo de compatriotas que corrían su misma suerte lejos de la patria, y de ninguna manera, querían estar ausentes en las acciones revolucionarias contra el gobierno de Gerardo Machado.

Crecían las persecuciones contra quienes estaban en franca oposición a

su régimen tiránico, de ahí que a poco de regresar a la patria estrenara el año 1931 con el ingreso en el Castillo del Príncipe el tercer día de enero. Este era sólo el preludio de una estancia más prolongada en el presidio Modelo de Isla de Pinos y en otros reclusorios hasta completar unos dos años.

Su segundo destierro se extendió desde abril de 1935 hasta agosto de 1936. Fueron diecisiete meses, que se convirtieron en una etapa “dura, difícil, compleja, violenta y esperanzada”, como la calificó el periodista Enrique de la Osa en su libro *Visión y pasión de Raúl Roa*.

Por esa época empezó a vivir experiencias inolvidables, que se prolongarían a lo largo de sus setenta y cinco años, dos meses y dieciocho días de vida terrenal. A partir de esa fecha sigue presente en la fuerza de sus ideas atronadoras, llenas de verdades como puños, que por su vigencia, le sobreviven hasta nuestros días y seguramente así será hasta mucho más allá del momento presente.

La trayectoria de Raúl Roa a la sombra del Alma Máter primero como estudiante, luego como profesor y más tarde como decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, se mantuvo rectilínea a lo largo de varias décadas y lo demostró cuando de manera ineludible, se enfrentó con las tánganas al llamado “bonche universitario”, que tuvo sus antecedentes en los centros de la segunda enseñanza, principalmente en el conocido como Instituto número Uno o Instituto de La Habana.

Se iniciaba la cuarta década del siglo xx y después de pasar por momentos

muy convulsos, la Universidad de La Habana recuperó su autonomía. Roa se preparó para participar como aspirante a la cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales en la mencionada Facultad, donde sobrepasó ampliamente a su opositor, Raúl Maestri. De esa época es el siguiente párrafo, en el que expuso con brillantez su pensamiento al decir:

Apenas llegado a la Universidad, sin vinculaciones ni compromisos de ninguna índole, vengo a pugnar por su total mejoramiento. Vengo a pugnar, como en sazón estudiantil, por una Universidad viva y actuante, sensible a sus circunstancias y estremecida hasta el tuétano por el afán de superación. En esa lucha me tendrán siempre junto a sí los estudiantes. Como me tendrán enfrente, en todo cuanto contribuya a deprimirla y deshonrarla. Estudiantes y profesores estamos obligados, en pareja medida, a vigilar, celosamente, el patrimonio espiritual confiado a nuestra custodia.

Asentado en su nueva labor docente, se enfrentó con fuerza al llamado “pandillerismo”, que sembraba el terror en la colina universitaria, y sobre el tema expuso con claridad sus ideas al respecto cuando señaló: “Tres grandes tareas constituyen el repertorio de exigencias inmediatas que nos plantea la actual coyuntura universitaria: lucha contra el bonchismo en todos los frentes, enriquecimiento cotidiano de los valores universitarios y proyección social de los mismos, defensa de la autonomía y de las condiciones consustanciales a su vigencia”.

Su labor profesoral lo llevó a ser decano de la Facultad de Ciencias Sociales y es la época cuando publica dos importantes obras: *Historia de las doctrinas sociales*, en la que mientras presenta sus lecciones como profesor, ofrece la manera de proyectarse en la cátedra, y le acompaña la titulada: *15 años después*, donde recoge discursos, conferencias y artículos periodísticos que salieron a la luz en importantes publicaciones como *Bohemia*, *El Mundo*, *Luz* y *Crónica*. Esa obra la consideraba como “[...] un grito de alerta a quienes todavía les reste coraje para proseguir la batalla [...] aún es tiempo. Quince años después reverdece la primavera”.

En 1948 comenzó a “regir” los destinos del país un gobierno constitucional, representado por Carlos Prío Socarrás. Varios nombres se habían propuesto para asumir la dirección de Cultura del Ministerio de Educación, entre ellos, el del poeta y periodista José Zacarías Tallet. El presidente rehusó las diversas sugerencias y en junio de 1949 aceptó para desempeñarla al profesor de Historia de las Doctrinas Sociales.

En el acto de toma de posesión del cargo, Roa expresó con caballerosidad: “Lamento que no haya sido escogido por el Presidente mi entrañable amigo José Z. Tallet, que hubiera servido en el cargo a la altura de su talento, su experiencia y su prestigio”, y añadió: “No se espere de mí otra actitud, ni otra alguna se me pida, que la de ser un servidor infatigable de la cultura, sin ataduras ni compromisos... Continuaré también al frente de mi cátedra y decanato de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público”.

De forma paralela se producen en esos días importantes hechos vandálicos en el ámbito nacional que movieron la conciencia de Raúl Roa a protestar enérgicamente. El detonante fue el asesinato del alumno Gustavo Adolfo Mejías Maderne, quien por entonces ocupaba la presidencia de la Asociación de Estudiantes de Ciencias Sociales y Derecho Público.

Su respuesta ante el infame hecho no se hizo esperar y la dio a conocer en una carta abierta publicada en la revista *Bohemia* en octubre de 1949, que tituló “Rosas sobre un volcán”, donde señaló:

Renuncié al Decanato de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, precisamente porque, después de lo ocurrido en la Escuela de Agronomía, del vil asesinato del estudiante Gustavo Mejías Maderne y de los sucesos posteriores en la Facultad de Medicina, no podía continuar asumiéndolas sin definitivo menoscabo de mi sensibilidad de hombre y de mi conciencia de profesor. Y, entre los propósitos que me impulsaron a presentarla, estaba también el de abrirle vía decorosa a la crisis de autoridad que, hace ya tiempo, venimos afrontando en el terreno profesoral y en el campo estudiantil.

Y luego puntualiza:

En cuanto a mi Facultad, durante mi decanato nunca se produjo acto alguno contra la disciplina académica y el prestigio universitario [...] Como Decano hube de lograr, con la eficaz cooperación de nuestros alumnos y particularmente del malogrado Gustavo Mejías Maderne,

que las tareas docentes, académicas y culturales se desarrollaran armónicamente, en una atmósfera limpia y serena, sin violencias, ni huelgas y sin martingalas de ninguna índole. Esa es mi satisfacción y mi orgullo. Y, por eso, podré ahora enfrentarme con los jóvenes que asistan a mi cátedra, sin remordimientos ni tapujos. Ahí los aguardo para trabajar, como siempre, más allá de la hora de clase.

En el propio artículo el profesor Roa García hizo una valoración acerca del joven cuando significó:

Era un estudiante que honraba la juventud universitaria con su conducta ejemplar. Nunca esgrimió una pistola en defensa de sus ideas. Y jamás utilizó la universidad en provecho propio, ni se vendió por un plato de alubias a los magnates de turno [...] Se caracterizó siempre por su celo, su entusiasmo y probidad. Ante su juventud, rota en plena primavera, se levanta airada mi protesta y se rinden conmovidos los pabellones de mi homenaje.

Cuando Fulgencio Batista se apoderó nuevamente de los destinos de nuestro país, mediante el golpe de Estado perpetrado en 1952, su posición de profesor y revolucionario lo llevó a seguir la trayectoria iniciada en la

segunda década de siglo xx. Por entonces volvió a las luchas y al exilio, y sólo regresó a la patria para continuar su enfrentamiento, cuando se decretó la amnistía a los moncadistas en mayo de 1955.

En enero de 1959, en plena madurez, se incorpora con bríos juveniles a la Revolución triunfante. Tenía entonces la experiencia acumulada durante varias décadas de lucha incesante en la tribuna internacional, que fue su trinchera contra un enemigo poderoso: el imperialismo yanqui, el cual no ha cesado en su cadena de agresiones, en el afán de apoderarse de nuestro territorio.

En una entrevista publicada en 1968, en la revista *Cuba*, Raúl Roa advirtió que cuando sintiera el primer síntoma de vejez se recluiría a leer los miles de libros que le aguardaban, lo que no pudo hacer, pues estuvo hasta sus últimos días en una incesante labor creadora y de lucha frontal, en la cual no se permitió un momento de reposo.

A lo largo de su existencia fue un hombre multifacético y se distinguió por ser fundamentalmente aquel profesor surgido décadas atrás en la Universidad Popular José Martí, quien no abandonó nunca su pronunciamiento de que “[...] la salvación de la Universidad es la obra de la Universidad misma”.

Juan Marinello Vidaurreta (1898-2007)

Marinello y la república española

Caridad Massón Sena

Investigadora

Recientemente tuve la oportunidad de disfrutar de la siempre sobria, elegante y convincente actuación del actor español Fernando Fernán Gómez en su interiorización del anciano Mateo en la película *Para que no me olvides*, donde nos mostraba la historia de uno de los tantos huérfanos que la barbarie fascista había privado del calor de toda su familia en España. En un momento de gran emoción, el personaje se encoleriza y declara que no podía permitir que aún, después de tanto tiempo, no existiera en su país un monumento para recordar a aquellos infelices que fueron víctimas de la guerra y el crimen.

La defensa de la república española, el levantamiento franquista, la masacre de los aviones fascistas al pueblo español fueron temas acuciantes hace ya setenta años, sin embargo, episodios similares ocurren diariamente en varios “oscuros rincones” del mundo. A las heridas sin cicatrizar de una contienda hispana siguieron nuevas laceraciones provocadas por el mismo fenómeno, el

imperialismo. Este ensayo pretende con la evocación de los recuerdos, el retorno al ayer como recurso del pensar profundo de la contemporaneidad. Para ello nos serviremos de la imagen de uno de nuestros grandes hombres del siglo xx: Juan Marinello.

“Otros nos harán el mañana”, sentenciaba preocupado el poeta y ensayista ante el auditorio de la Sociedad Económica de Amigos de País en 1928. El joven ilustrado reclamaba la acción conjunta de todos aquellos que atentos lo escuchaban o luego leerían sus palabras publicadas por cualquier rotativo habanero. Su mensaje era saeta dirigida directamente a las conciencias.

Un año antes había publicado un cuaderno de lirismo intimista bajo el nombre de *Liberación*. Pero en este momento le preocupaban otros asuntos: la independencia colectiva, el patriotismo urgente, la redención cívica.

Desde la *Revista de Avance* —que dirigiera colegiadamente con Jorge Mañach, Martín Casanovas, Francisco Ichaso y Félix Lizaso— había expresado su comprensión sobre un debate candente: las relaciones entre el arte y la política. “El intelectual —apuntaba— no debe rehuir su obligación de orientador y aclarador de los problemas de su país y del continente”, porque “[...] quien sienta de modo artístico la preocupación social, debe darse a ella por entero”, mientras que quien no la sienta “[...] no debe abandonar su deber de hombre que puede ver e indicar fuera de su arte,

oportunas soluciones públicas”. Su experiencia personal se ajustaba a esos pronunciamientos

En 1923, a su regreso de España donde había obtenido una beca de estudios como alumno eminente de la Universidad de La Habana, tomó parte en la Protesta de los Trece bajo el interés de hacer notar la podredumbre de la república cubana corroída por el latrocinio y la insensibilidad de sus gobernantes. Luego se integró a la Falange de Acción Cubana, más tarde abrazó el proyecto de los veteranos y patriotas en 1924 como algunos otros intelectuales de izquierda y se separó de él ante el fiasco de la conducta deprimente de sus líderes más relevantes. Durante el trienio 1923-1925 observó con detenimiento y simpatías el curso del movimiento estudiantil capitaneado por Julio Antonio Mella. Pero su bautizo combativo ocurrió el glorioso 30 de septiembre de 1930, día de la manifestación donde fue asesinado Rafael Trejo, y conoció los rigores del presidio al ser atrapado por la policía. Después vinieron nuevos episodios similares que lo empujaron en su ascensión política. Precisamente tras las rejas, dos años después, Marinello escribió:

En las Antillas y Centro América lo político es vital. Y lo literario, o es parte de lo vital o sólo existe para lo literario, que es una manera de no existir. Ensambladas en Cuba la fatalidad económica de ayer —que nos dio un pueblo en infancia civil— y la fatalidad económica de ahora, que encuentra en esa infancia el mejor puente de su fluido agotador, el escritor no puede ser más que un vehículo de la terrible agonía. El ar-

gumento, tan esgrimido, de que sólo al escritor de cierto tipo incumbe la captación de lo político cae sin vida al reiterarse que aquí ya no hay política sino un barco que se hunde con todos sus tripulantes. Y a los naufragos no les está permitido gozarse en la contemplación del cielo.¹

Pero su pensamiento escrutador no se encajona en límites geográficos, asciende y viaja por el universo. Marinello, propietario de una ética humanista, se emociona e indigna ante los avances del imperialismo, particularmente, en su variante más destructiva y decadente, el fascismo.

El 14 de abril de 1931, luego de que las elecciones generales convocadas en España fueran ganadas por una coalición republicano-socialista y se proclamara la segunda república, estalló un movimiento político sin precedentes, el cual culminó con el triunfo en las elecciones de 1936 del Frente Popular (FP).

El 21 de febrero de 1936 el periodista hispano Rafael Suárez Solís le escribió a Marinello desde la península:

¿No te dice nada a este respecto lo que acaba de ocurrir en España? ¡Qué espectáculo, Juan! El 16 de febrero comí por primera vez el pan negro del exilio embarrado con una espesa capa de mantequilla fresca. Dos años de reacción, preparativos de una campaña electoral caciquil y millonaria, no pudo impedir el triunfo aplastante del pueblo. Se fue a las urnas con el propósito firme de vencer, un propósito del que se burlaban —y hasta zaherían— los que nunca pudieron explicarse la dignidad humana de la revolución

de Asturias. Mi placer no tuvo límites cuando la noche del 16, en la redacción de *La Voz*, me enteré de haberse ganado para el Frente Popular las circunscripciones de Madrid, Barcelona y Asturias, las tres provincias del octubre heroico. Eso, por sí solo, ya era el triunfo moral de la revolución [...].

Pero los campeones de la campaña, además del espíritu liberal español, fueron los obreros. Ninguno faltó a su deber y todos comprendieron la significación del momento. Hasta los sindicalistas. Los dirigentes de los sindicatos únicos habían acordado “Oficialmente” permanecer al margen de los comicios, leales a su principio antipolítico. Sin embargo, dieron a entender su deseo de ejecutar el voto que aseguraba la amnistía y destruía la reacción que ya iba deslizándose por una pendiente monárquica y fascista.²

La “revolución española” inmediatamente alentó corazones en todo el mundo, pero especialmente impulsó las rojas inquietudes de los revolucionarios latinoamericanos. En Cuba la conmoción fue fuerte. El sentirse comprimido por una violenta dictadura hacía desatar las esperanzas de liberación de diferentes maneras y las fuerzas izquierdistas anhelaban profundos cambios luego de la frustración provocada por el naufragio violento de la revolución del treinta y tres. La advertencia del éxito logrado a partir de la unidad de diversas fuerzas contra la reacción alentó las ansias de continuar adelante. Por ello en un editorial del periódico *Bandera Roja* expresaba:

Si los dirigentes de los partidos revolucionarios cubanos saben aplicar a Cuba la gran lección de España, lejos de aferrarse a una idea insurreccional no posible por el momento, darían a la tarea de exigir una constitución popular dentro del marco de la lucha por ampliar las libertades democráticas, agrupando al pueblo cubano que cobrará confianza y fortaleza con lo que gane en indignación y empuje para lograr por la fuerza cuanto pida y mereciéndolo se le niegue. Llegado ese momento, las masas serán el soporte de la insurrección, producto de sus deseos y de su experiencia.

Sin embargo, en pocos meses la contrarrevolución se desató en España. La conspiración fascista fue tejiendo en silencio sus redes y se desencadenó el 18 de julio. El FP llamó a la huelga general y armó al pueblo, para lo cual tuvo que asaltar cuarteles y fortalezas, pues las fuerzas gobiernistas se negaron a hacerlo en los primeros momentos. El jefe de los sublevados fascistas, Francisco Franco, inmediatamente envió emisarios a Berlín y Roma. Hitler y Mussolini atendieron su petición de ayuda con presteza.

Pronto hubo cubanos dentro de las filas armadas republicanas. Algunos vivían estable o temporalmente en España, otros fueron desde diversos países. En Cuba se encargó de organizar el reclutamiento de apoyo a la república a una comisión creada por el Partido Comunista, al frente de la cual fue nombrado Ramón Nicolau y estuvo integrada por Víctor Pina Cardoso y el doctor Luis Álvarez Tabío; los militares Emilio Laurent Dubet y José

Martínez Méndez, del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico); el comandante Juan R. O’Farrill y el capitán Jacinto Jacas Argudín de los partidos tradicionales y el alférez de navío Gastón Fernández sin filiación partidista en esos momentos. En total más de mil cubanos pelearon en tierras ibéricas.

La revista *Mediodía*, fundada precisamente en junio de 1936, dedicó gran espacio a los problemas de España. Entre los primeros trabajos publicados sobre esa temática estuvieron “Las clases en la Revolución Española” de Carlos Rafael Rodríguez, “Madrid, tumba del fascismo” de Raúl Roa y “Significación de Lorca” de Juan Marinello.

El tema desplazó de su protagonismo a muchos otros de importancia local e internacional en Cuba. Y la unidad popular que no se logró para enfrentar los desmanes del gobierno batistiano, se pudo materializar gracias a que –para gran cantidad de personas– el asunto tenía trascendencia familiar, emocional, política e ideológica. En octubre de 1936 se fundó el Comité de Ayuda al Pueblo Español que tuvo sus filiales en todas las provincias, recaudó dinero, medicinas y alimentos para enviar a las fuerzas leales, y contribuyó a instalar una escuela-hogar para huérfanos en la playa de Sitges, en Barcelona.

En noviembre de 1936, el Ejército fascista llegó hasta las puertas de Madrid y el gobierno de Largo Caballero se vio obligado a evacuarse a la ciudad de Valencia. El 17 de mayo de 1937 se constituyó el gabinete de Juan Negrín y el 5 de julio empezó la batalla del Brunete, en vísperas de la cual dio comienzo el II Congreso Interna-

cional de Escritores para la Defensa de la Cultura.

El 4 de julio el presidente Negrín hizo su apertura en el Palacio del Ayuntamiento de Valencia ante los bien abiertos ojos de una nutrida representación de los hombres y mujeres de pensar progresista de todo el mundo. Allí, bajo el bombardeo, estaban Julien Bendá, André Malraux, Alexei Tolstoi, Alexander Dadéev, Ilya Ehrenburg, Anna Seghers, Willy Bredel, Stephen Spender, Ralph Bates, Ambrogio Donini y Niccolo Petenza, José Mancisidor, Octavio Paz y Blanca Lidia Trejo, Pablo Neruda, César Vallejo, John Dos Pasos, Ernest Hemingway, Antonio Machado, José Bergamín, Rafael Alberti y Juan Chabás.

En esos momentos se producía el primer contacto personal y directo –cuerpo a cuerpo– de Marinello con la república española al integrar la delegación cubana al Congreso junto a Félix Pita Rodríguez, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y Leonardo Fernández Sánchez. Marinello, que presidía el contingente de los hispanoamericanos, tuvo que hablar en la inauguración y expresó:

El hombre que viene a Madrid es dueño de una experiencia decisiva, madre de su evidencia y sustento de una fe explicada por los hechos. No es hombre de partido, sino de justicia. Viene a Madrid –a España–, porque siente en sí mismo el caso español; porque ve en la obra de los sitiadores, de los opresores, un ademán contra el hombre; está con los sitiados heroicos de Madrid, con los defensores de España, porque ha descubierto que su batallar es un esfuerzo para realizar al hombre [...].

Y añadía:

Para los hispanoamericanos, unidos a España por un fortísimo vínculo sanguíneo e histórico, la experiencia de agónicos siglos de injusticia fortalece la comprensión carnal que se ha ido produciendo. ¿Quién podría entender mejor la razón del campesino de Andalucía que el indio de Bolivia? ¿Quién saber de agresiones del poder económico mejor que el negro antillano? ¿Quién sentir más de cerca la injusticia de un pueblo ofendido y maltratado por castas reaccionarias que quien es maltratado y ofendido por tiranías torpes y crueles? –se preguntaba Marinello.

Y se responde: “Nada une como la desdicha común”. Hay algo indiscutible, España era el destino del mundo; más cercano, más preciso, más enérgico, el destino de Hispanoamérica. Madrid se había convertido en la capital verdadera de nuestras patrias.³

En Valencia, Madrid, Barcelona y otras ciudades los congresistas fueron testigos presenciales del holocausto. En una de las sesiones de Valencia, el poeta Antonio Machado a quien habían interrogado años atrás sobre si un poeta debía escribir para el pueblo, o permanecer encerrado en su torre de marfil, respondió:

Escribir para el pueblo –decía mi maestro– ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos –claro está– de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es, por de pronto, escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas de inago-

table contenido que no acabaremos nunca de conocer. Y es mucho más, porque escribir para el pueblo nos obliga a rebasar las fronteras de nuestra patria, escribir también para los hombres de otras razas, de otras tierras, de otras lenguas. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes, en España, Shakespeare, en Inglaterra, Tolstoi en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Tal vez, alguno de ellos, lo realizó sin saberlo, sin haberlo deseado siquiera. Día llegará en que sea la más consciente y suprema aspiración del poeta [...].

De eso sabía muy bien Marinello, que se encargaba de recoger pasajes y motivos para engarzar ideas y enviarlos a Cuba, para que el hombre humilde, de pueblo pudiera conocer lo que algunos querían ocultar.

Y desde Barcelona, Marinello le cuenta a su amigo Manuel Navarro Luna que el Congreso ha sido una experiencia inusitada:

No porque en él se debatieran cosas fundamentales ni se aclararan derroteros para la mejor creación artística y su servicio; no podía ser; fue lo único que podía ser: una adhesión encendida, plena, a un pueblo que lucha por todos los hombres en estos momentos. Además ¿podía esperarse otra cosa cuando desde los salones de discusión se oían las bombas destrozando casas y gentes y desde las ventanas se veían los combates entre nuestros aviones y los contrarios?

En la última reunión del Congreso efectuada en esa ciudad, Marinello exhortó a todos los hombres de sensibilidad

y pensamiento a estar juntos ante el espectáculo de la revolución española, donde se construía un mundo de paz y superación. “Mundo de paz, porque en él no puede hallar puesto la ira que enciende el mando injusto. Y un mundo de superación, porque en su seno puede darse el hombre entero a la búsqueda de sí mismo y a la proyección liberatoria de sus potencias [...]”.

El cónclave realizó su clausura en París el 17 de julio, pero hasta allí no llegó Marinello, pues se quedó trabajando en España, aunque era patrocinador del llamamiento de los delegados de veintiocho naciones, las cuales proclamaron que la cultura que se habían comprometido a defender, tenía por enemigo principal al fascismo; que estaban dispuestos a luchar por todos los medios de que disponen contra él; que estaban preparados a enfrentar a los fautores de la guerra; que el fascismo era enemigo abierto de la cultura, la democracia, la paz y el bienestar de la Humanidad, por lo cual ninguna neutralidad era posible, ni pensable, como habían comprobado en dura experiencia por esos días.

No perdió Marinello un minuto. Primero en solitario, y luego junto con Guillén, que había regresado de Francia, publicó numerosos artículos que hacían referencia a los sucesos y a las personas; expuso sus criterios sobre la actitud de algunos intelectuales; entrevistó a hombres de política, milicianos, internacionalistas. De todo ello dejó constancia escrita para periódicos locales como *Hora de España* y en Cuba para la revista *Mediodía*. Algunos de esos trabajos fueron compilados en el libro *Momento español* que tuvo dos

ediciones en los talleres del poeta Manuel Altolaguirre, la primera en España en 1937 y la segunda en La Habana en 1939. También logró componer el libro *Hombres de la España leal* del brazo de Guillén.

Desde inicios de la década del treinta, Marinello había conocido a importantes personalidades españolas que visitaron la isla invitados por la Institución Hispano-Cubana de Cultura, de la cual era vicepresidente. Cuando la dictadura de Gerardo Machado lo empujó a buscar refugio en México, ensanchó sus relaciones con varios exiliados españoles, huidores de la represión de Primo de Rivera, las que crecerían mucho más durante su segundo exilio, desde donde partió a España para asistir al Congreso de los Intelectuales.

Sin embargo, a pesar de su admiración por los más destacados intelectuales españoles, no pudo reprimir sus consideraciones críticas sobre aquellos que en momentos cruciales no habían logrado establecer una comunicación entrañable con la gente y, mientras maduraba aquella prodigiosa revolución, andaban distraídos en interpretaciones deslumbrantes y demasiado literarias.

Sin duda una de las actitudes que más lo asombró fue la posición de Miguel de Unamuno en aquellos momentos:

El caso de Unamuno debe ser meditado por intelectuales de todos los parajes y de todas las definiciones. Los días que se acercan piden al hombre de libros un desembarazo que traspase sus mundos exclusivos. El mundo de todos es el que pide su servicio; un mundo

que exige, para su sanidad plena, cirugías profundas e implacables. Hay que limpiar los ojos de perspectivas estrechas; hay que aprender a ver las cosas en su honda razón; hay que endurecer la pupila para mirar. Insensibilidad no; valor [...] Eche el intelectual alas potentes, modo único de llegar al conflicto céntrico de nuestro instante. Pero inquietése las alas todas las mañanas para impedir los vuelos de vancejo. Los días que llegan exigen travesías inauditas.⁴

En medio del batallar encontró a otros muchos que lo enorgullecieron y alentaron como Antonio Machado, Miguel Hernández, José Bergamín, Rafael Alberti, León Felipe. Pero indudablemente un hecho que lo dejó herido y dispuesto a denunciar la barbarie fue el asesinato de Federico García Lorca sobre quien escribió hermosas páginas.

Marinello no podía olvidar aquellos días locos de 1930 en que llegó a La Habana el poeta y la reacción positiva que aquella isla y sus hombres produjeron en su fina sensibilidad y expresó: “Cuba fue para García Lorca el contraste violento, libertador, necesario para sacar a la luz todas las esencias del hombre y del poeta. Por lo cubano lució su españolismo sangrante, porque al distenderse en el sol antillano, al tocarse libre y feliz en su grito y en su carne, le salió el latido más recóndito de su raza [...]”.

Tan joven, tan vital y lleno de energía física y espiritual, abatido por el puñal traicionero de quienes no perdonan el talento del pueblo. Quienes pensaban asfixiar su poesía sencillamente le construyeron un monolito a

la inmortalidad “[...] como una señal imborrable de la ira acorralada de un mundo injusto, como la marca de una furia infernal dada a la destrucción del hombre. Y también como un momento de la España popular, de la España verdadera, que halló en sus romances expresión fidelísima y encuentra ahora en su muerte ocasión para honrar a su cantar con una heroicidad imponderable”.⁵

El aliento de Federico –piensa el cubano–, prendido en lo más hondo de la tradición española y fuerza innovadora, inventadora, de las más poderosas, adquiere un sentido universal, “[...] universalidad que no puede lograrse sino a costa de ahondar muy ahincadamente en lo cercano, es decir, descubriendo, a fuerza de conocimiento carnal, lo más permanente y definitivo de nuestra vecindad, aquello que une, por caminos de diferencias radicalmente humanas, a los hombres de todos los rumbos [...]”.

Marinello sabe que el fascismo exalta las diferencias, trata de enfrentar a los hombres y a los pueblos. Por eso el crimen no lo asombra. El simple aporte cultural de Lorca lleva en su entraña el impulso de la unión y la bala asesina quiso romper esa unidad a través de la frente del poeta que, sin saberlo, llevaba en su verbo la voz del pueblo.

En la Alianza de Intelectuales Antifachista de Madrid, Marinello pudo reunirse con hombres como él, procedentes de confines diversos pero concertados por el mismo espíritu de responsable solidaridad. Allí Alberti, María Teresa León, Langston Hughes, Juan Chabás, Vicente Salas Vin, Damela Díaz, Antonio Aparicio, Rosario

del Olmo, Xavier Farías, Ontañón, Paul Robenson, Pablo Neruda, Bendá, Tristán Tzará, Anderson Nexo, André Malraux...

Unidos o por separado, Marinello y Guillén lograron acercarse a importantes personalidades de la política española a fin de recolectar sus criterios.

Los presidentes de Cataluña y Euzkadi, Luis Companys y José Antonio Aguirre, respectivamente comentaron para sus entrevistadores sobre la lucha antifascista, la posición de la Iglesia católica y la actitud unitaria de las masas en sus demarcaciones.

El comisario general de guerra Julio Álvarez del Vayo, ministro de Estado, quien defendió la verdad de la república ante la Liga de Naciones, les comentó del trabajo para fomentar la industria bélica, la política de no intervención de las potencias occidentales y la actitud de apoyo del movimiento obrero internacional a la república. Oyendo hablar a Vayo de la unidad, Marinello reflexionaba sobre la existencia fuera de los partidos marxistas de una gran marea obrera que seguía sus propios caminos, que no tenían una orientación común, ni una verdadera unidad sindical y a la cual era preciso atraer para la revolución.

Los combatientes republicanos fueron los grandes protagonistas de sus historias. Sobre el general José Miaja, que ambos habían palpado su prestigio durante su estancia en Madrid, escribieron:

En Miaja, en el enorme influjo moral de su nombre, hay mucho de paternal sentido. En el Defensor de Madrid ven los soldados del Ejército Popular a un padre español,

gruñón y tierno, exigente e irónico, amoroso y sobrio. Es muy significativo que las dos figuras más entrañablemente populares de España, las únicas que nadie discute y todos acatan con delirante fervor, sean un hombre y una mujer –Miaja, Pasionaria–, que por los años y la hondura cordial son sentidos como sombras protectoras, como fuerzas tutelares, maternas, paternales, de la vida de todos.⁶

Numerosos encuentros fructificaron en interesantes crónicas: con el coronel Valentín González, “Campesino”, jefe de la 46 División del Ejército Popular; con Enrique Lister, quien había vivido en Cuba desde los trece años y con el comandante de brigada Policarpo Candón, natural de Cádiz, pero que desde pequeño fue llevado a la isla donde participó en la lucha contra Machado.

En sus recorridos por diversas unidades de combates y poblados tuvieron la oportunidad de conversar con varios combatientes cubanos como Jaime Bofill, Pablo Porras, Avelino Rodríguez, Pedro Mateo Meriño, Andrés González Lanuza, Basilio Cueira, el pelotero, Julio Cuevas, el músico autor de composiciones cubanas tan populares como *El marañón*, quien dirigía una banda de música del Ejército republicano, así como con Mario Sánchez y Ernesto Grenet, entre otros.

Cuando Marinello llegó a España, quiso conocer de inmediato sobre la muerte de su amigo inolvidable Pablo de la Torriente Brau, aquel “raro ejemplar de revolucionario y de hombre”. Su imagen de ser humano completo, que jamás expresó con la pluma algo que no fuera capaz de sostener con su actitud,

fue traspasada a los varios artículos escritos acerca de su compañero. Se lo imaginaba “[...] feliz y animoso en su papel de soldado del pueblo, de combatiente sin fronteras, un poco alarmado y sonreído de la notoriedad naciente. Parecía cerca de un gran destino. Parecía escogido para traer a América, a su isla martirizada, la experiencia y la emoción de la gran batalla de España”.⁷

Varias féminas dejaron hondamente impresionado a Marinello en esa corta estancia española, en particular dos de ellas a quienes dedicó sendas estampas: “Todo el que visita la España Leal lleva un tenso deseo inconfesado: ver a la mujer que significa el ímpetu popular en su más estricta encarnación, tocar por su mano la llama purificadora y andariega que luce en la frente de Pasionaria. En ese ímpetu, en esa llama, quieren todos sentir la esencia de la nueva españolidad milagrosa, el estremecimiento de la heroicidad imponderable, la explicación, por vía de sangre, del caso de España”.

Dolores Ibárruri, la dirigente obrera minera de Asturias que desde 1930 pertenecía al Comité Central del Partido Comunista de España y que además desde él atendió el trabajo femenino, era la expresión cimera de la fuerza potencial de las mujeres ante la revolución: “Pasionaria es la madre española con la virtud militante que todavía necesita su pueblo esclavizado. Pero también la mujer plena, españolidad total, que adelanta en su sonrisa sin hombres y en sus ojos sin miedos un mundo de fuerzas sin caderas”.⁸

Sobre Caridad Mercader, una luchadora obrera que se inició en el anarquismo

y luego se hizo comunista en Francia, siendo en esos momentos miembro del Buró Político del Partido Comunista en Catalunya, señaló: “[L]o que ha hecho la mujer por la libertad del mundo en tierras españolas no cabría en la más amplia antología del heroísmo [...] Lo más asombroso es la tranquila decisión con que marcha a la muerte segura. Son incontables los casos de mujeres andando, conscientes, hacia el sacrificio final sin una vacilación, sin un temblor, sin un gesto, sin una queja [...]”.⁹

Al llegar el momento de los adioses, después de tres intensos meses de trabajo en aquel sufrido territorio, Juan expresó entre emocionado y admirado:

En este tiempo, ha tratado de tocar el fondo de su gran tragedia y de medir el tamaño de la empresa actual. Vuelvo a mi tierra hispánica, a Cuba, con una fe crecida por la experiencia. Ningún pueblo ha mostrado tan responsable coraje ni abnegación tan perfecta [...].

[...] En el momento de despedida, de dejar la tierra esperanza del mundo, ya quisiera que mis gentes cubanas, argentinas, mexicanas, portorriqueñas, españolas de la otra orilla oyeran mi voz, una voz pobre y sincera. Ella quiere decirles que este pueblo está a la altura de su misión y realizando su destino. Seamos, ya de él venimos dignos de su sangre.¹⁰

La impresión que ha dejado su estancia es profunda y contradictoria,

[...] como un desasosiego, como un deslumbramiento angustioso. Queda uno enfrentado a una realidad demasiado intensa, demasiado violenta, demasiado exigente. Se siente como una totalidad encandilada,

como un caos en que se embisten, con ansia desapoderada de predominio las más viejas y las más nuevas apetencias. No son pocos los que ante el espectáculo turbador quedan sin opinión o sin fe [...] Un pueblo que se levanta de su dolor por la fuerza del dolor mismo es un pueblo invencible: porque el dolor, a la herida de la injusticia secular subida de motor de acción no se les puede ganar como una posición ni arrebatarse como una ametralladora [...].

En Cuba se seguía atentamente el curso de los acontecimientos. Marinello, una vez de regreso del exilio, dedicó numerosos esfuerzos por dar a conocer sus impresiones españolas. A fines de octubre de 1938, la editorial Facetas SA “Al servicio de la democracia”, publicó una serie de libros sobre el tema como *Doy fe. Un año de actuación en la España Nacionalista* del doctor Antonio Ruiz Vilaplana que incluyó comentarios de Marinello. También *Lo que han hecho en Galicia*, sobre el terror falangista; *Rebeldías* de José León Depestre; *La lucha del pueblo español por su libertad*, un álbum de fotografías; *Crímenes de la retaguardia rebelde*, de Félix Gordon Ordaz, embajador de España en Cuba y México; y comenzó a editarse la revista *Facetas de Actualidad*.

Varias personalidades republicanas visitaron la isla y recibieron el homenaje de miles de ciudadanos simpatizantes, entre ellos, Alfonso Castelao, Fernando de los Ríos, González....

El 20 de octubre de 1938 se organizó una fiesta en la Casa de la Cultura para niños desvalidos, en la cual estuvieron presentes el embajador Félix

Gordón Ordaz y Juan Marinello. Ya se había creado la Asociación de Auxilio al Niño Español. Marinello no era padre, pero qué hombre sensitivo y tierno como él no iba a dolerse de lo que ocurría a aquellas criaturas.

Recuerda que caminando por España con Nicolás Guillén, León Felipe, Langston Hughes, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, María Zambrano y otros vieron a unos infantes que, jugando entre las barricadas, oyeron de pronto el tenebroso sonido de las sirenas de alarma y bajaron corriendo a los refugios para protegerse. Y ellos estaban asombrados; esto hizo decir a Marinello:

Lo peor de esta guerra está en que los niños ya no lloran, en que el llanto se les ha quedado cristalizado en los ojillos brillantes y quietos. Aunque rían estos niños, aunque jueguen a una guerra sin muerte, los ojos no mudan la expresión. Esto es lo grave, lo terrible, compañeros; que las lágrimas han quedado unidas al espíritu, mojando por dentro cada intención, cada gesto, cada palabra. Y, ya se sabe, cuando esto ocurre, la niñez está en camino de huir para siempre. Impedirlo es la más urgente de las funciones humanas [...] Hay que defender la niñez de los niños españoles, hay que defender la niñez de España, la frescura del amanecer que será necesaria para la vida nueva [...].¹¹

La contraofensiva fascista comenzó el 29 de diciembre de 1937. Las tendencias derrotistas dentro del propio gobierno fueron quebrantando los cimientos de la unidad. El 30 de abril de 1938, el gabinete hizo público un programa de trece puntos en que incluía

la evacuación de las fuerzas exteriores y el 21 de septiembre declaró la inminencia de la retirada de los combatientes extranjeros. En febrero de 1939 ya culminaba el humillante retiro de los 400 mil voluntarios. El gobierno se trasladó a Madrid, pero el presidente Manuel Aznar se negó a regresar de Francia. El 27 de febrero Francia e Inglaterra reconocieron a Franco y rompieron relaciones con la república. El 30 de marzo los falangistas ocuparon el país y establecieron la Ley de Responsabilidades Políticas para reprimir a sus opositores.

Los internacionalistas cubanos enviados a Francia fueron reclusos en campos de concentración en Angeles Sur Mer, Guas y Saint Ciprian. En Cuba se creó un Comité de Repatriación que estuvo integrado por Lázaro Peña, José López Rodríguez, Sarah Pascual y Neftalí F. Pernas. En Francia Félix Pita Rodríguez visitó los campamentos, se puso en contacto con el consulado cubano y con ayuda de una organización mexicana y del Partido Comunista Francés les consiguieron ropas, zapatos y medicinas hasta que lograron el regreso progresivo a la isla.

También se creó el Comité para ayudar a los refugiados españoles que tuvieron que salir huyendo de los verdugos fascistas. Estuvo integrado por la parte cubana por Juan Marinello, Fabio Grobart, Osvaldo Sánchez, Severo Aguirre, Ladislao González-Carbajal, Clementina Serra, Sarah Pascual, Ramón Nicolau, Víctor Pina, etcétera; y por la española por Julián Grimau, Casto García, Rosa Larrañaga, Gómez Galloso, Ángel Fernández Valverde y Francisco García González.

El significado de la revolución española, la resistencia del pueblo ante los embates del fascismo y su influencia para el entorno cubano han quedado muy bien delineadas en la elocuencia del destacado dirigente comunista Carlos Rafael Rodríguez en ocasión del cincuenta aniversario del inicio de la república: “Sería difícil expresar en palabras lo que la Guerra Civil Española influyó en el proceso democrático de nuestro país, porque se logró una vinculación tan grande de nuestro pueblo, de nuestra clase obrera, en la lucha contra el fascismo y una unidad política tan amplia, que eso nos permitía a nosotros actuar con cierta libertad, cada vez mayor”.¹²

La connotación que en el plano individual tuvo para aquellos hombres que –procedentes de otras tierras– estuvieron en España bajo el fragor de la metralla está claramente expresado por las declaraciones de Félix Pita Rodríguez, uno de los delegados al Congreso de Intelectuales:

Eso hizo que en mi caso personal, y en todos, adquiriéramos una concepción diferente del mundo, puntos de vista que ya asentados en uno, más o menos, se robustecieron y ahondaron. Hizo además que mirásemos el mundo y la vida desde un ángulo distinto. Comprendimos que la posición del escritor tenía que ser la de un hombre, al lado de su pueblo, en el caso concreto de cada uno, y como colectividad, o al lado de todos los pueblos del mundo.

El sentido internacionalista, la visión clara de que la única salida para el mundo es a través de la lucha por el socialismo, y el comunismo, esto

nos los enseñó a grandes latigazos, aquel congreso y aquella guerra.

En mayo de 1939, en Montevideo, se desarrolló la Conferencia Continental de Ayuda a España. Juan Marinello asistió al frente de la delegación cubana, la cual contribuyó a encontrar una solución honorable a las necesidades de los exiliados, muchos de ellos importantes personalidades de la política y la cultura españolas.

Durante décadas el pueblo progresista de Cuba expresó su solidaridad y simpatías por la república española y por sus hombres y mujeres. Juan Marinello, desde su puesto como presidente del Partido Unión Revolucionaria Comunista, luego Partido Socialista Popular, en oposición a los regímenes burgueses, y posteriormente como fundador del actual Partido Comunista enarboló las banderas republicanas en todas las tribunas y oportunidades que fueron convenientes y vitales. Han transcurrido siete largas décadas.

El honroso español Álvaro Custodio ha declarado:

Quienes defendimos a la república española y pasamos después más de media vida lejos de nuestra tierra, tenemos una gran deuda de gratitud con Juan Marinello, quien convivió con nosotros instantes angustiosos durante la contienda y momentos de aliento y fervor durante nuestra odisea por las Españas de esa América aún irredenta, salvo el milagro cubano que no me ha tocado vivir por mi traslado a México. Hace dos años que regresé a España, pero debo confesar que todavía no la encuentro. Cuando se

restaure la democracia auténtica en este país que aún sangra por la herida de un vino malo –como dijera Machado– le será otorgada a Juan Marinello la ciudadanía de honor española y se le dedicará sendas calles en Madrid y Barcelona, de donde arranca el tronco familiar de este gran español de Cuba o de este ilustre cubano de España. Y serán editadas aquí sus obras principales con los mismos honores de nuestros clásicos.

Sin embargo, el “franquismo” no está en el poder, la “democracia” ha vuelto a instalarse, pero todavía está por levantarse el monumento a las víctimas y a los gloriosos defensores de la república. Levantemos pues la esperanza y la combatividad como obelisco que nos recuerde que todavía tenemos mucho que hacer por el mañana.

Notas

¹ Marinello, Juan. “Americanismo y cubanismo literarios”. En: Suárez, Ana, comp. *Obras. Juan Marinello. Cuba. Cultura*. La Habana: Editorial de Letras Cubanas, 1999.

² Suárez, Ana, comp. *Cada tiempo trae una faena...Selección de correspondencia de Juan Marinello Vidaurreta, 1923-1940*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y la Editorial José Martí, 2004. t. 2, p. 661.

³ Marinello, Juan. “Discurso en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura”. En su: *Momento español / 2ª ed. aum.* La Habana: Imprenta La Verónica, 1939. pp. 126-131.

⁴ “El alma por las alas. Gorki y Unamuno”. *Ibíd.*, p. 90.

⁵ “García Lorca, gracia y muerte”. *Ibíd.*

⁶ _____ y Nicolás Guillén. “Miaja, o el deber”. En: *Hombres de la España leal*. La Habana: Editorial Facetas SA, 1938, p. 62.

⁷ _____. “Pablo de la Torriente-Brau”. *Op. cit.* (3). p. 72.

⁸ “Estampa de Pasionaria”. *Ibíd.*, p. 182.

⁹ “Caridad Mercader”. *Ibíd.*, p. 58.

¹⁰ “Homenaje de despedida a Juan Marinello”. *Repertorio Americano* (San José, Costa Rica) 19(830):339; 7 dic. 1937.

¹¹ Marinello, Juan. “Salvar la alegría”. *Op. cit.* (3). p. 234.

¹² Entrevista a Carlos Rafael Rodríguez en *Bohemia*, 13 de junio de 1986.

Otra bibliografía consultada

Acosta Matos, Eliades. “Alejo Carpentier y la República Española”. www.rebellion.org Consultado 5 jun. 2004.

Alfonso Bello, Alberto y Juan Pérez Díaz. *Cuba en España*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1990.

Fornet, Ambrosio. “Escritores cubanos en la guerra de España”. La Habana, 19 al 25 de agosto de 2006. http://www.lajiribillacu/2006/n276_08/276_10.html

Guillén, Nicolás. *Prosas de prisa, 1929-1972*. La Habana: Editorial de Letras Cubanas, 1975. 2 t.

Ibárruri, Dolores y otros. *Guerra y revolución en España 1936-1939*. Moscú: Editorial Progreso, 1971. t. 3.

IHMCRSC. *Cuba y la defensa de la República Española 1936-1939*. La Habana: Editora Política, 1981.

La Internacional Comunista. Ensayo histórico sucinto. Moscú: Editorial Progreso.

Marinello, Juan. Castelao voz nuestra. *Noticias de Hoy* (La Habana) 1(171); 3 dic. 1938.

_____. Ciencia de pueblos y ciencia de sabios. *Repertorio Americano* (San José, Costa Rica) 19(812); 31 jul. 1937.

_____. Palabras para Cuba. *Repertorio Americano* (San José, Costa Rica) 19(830) 7 dic. 1937.

_____. Salvar la alegría. *Ayuda* 2(10); mar.-abr. 1939.

_____. “Significación de García Lorca”. En su: *Momento español*. *Op. cit.* (3).

Naranjo Orovio, Consuelo. *Cuba, otro escenario de lucha*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos. Departamento de Historia de América, 1988.

Ríos, Fernando de los. *La razón de España*. La Habana: Mundo Masónico.

Torriente Brau, Pablo de la. *Cartas cruzadas*. La Habana: Editorial de Letras Cubanas, 1981.

Revista de Avance (1927-2007)

El “Manifiesto Avancista” de 1927. Página salvada*

Ana Suárez Díaz

Ensayista e investigadora

Las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos –condicionadas por factores geográficos, económicos, políticos y sociales en tanto pueblos vecinos– han generado grandes problemáticas y situaciones de conflicto históricamente, pero también intercambios o reflujos culturales globales, como los musicales, artísticos, y aun literarios en términos de escuelas, movimientos o tendencias, con mayor fuerza en el recién concluido siglo xx, procesos a los que han dedicado atención investigadores y especialistas en múltiples ocasiones. En esta oportunidad, y referido a vínculos más directos entre sujetos de la cultura en los respectivos países, y los resultados de tales gestiones personales, nos proponemos examinar, a partir de documentos conservados en la colección de Isaac Goldberg (entre 1919 y 1938), en Nueva York,¹ la indudable trascendencia de semejante actividad también a nivel de tal colaboración directa, y en este caso específico relacionada con el movimiento literario cubano de su época.

A Isaac Goldberg (1887-1938),² el primer hispanista norteamericano del siglo xx, defendido como tal por la crítica de su país,³ y profesor de la Universidad de Harvard, en su Departamento de Lenguas Romances, desde donde organizó el primer curso de literatura *latinoamericana* (c. 1932) –concebida y presentada de manera independiente a la hispánica; una absoluta novedad respecto a lo tradicional hasta entonces–,⁴ debemos, al parecer, la difusión inicial de la literatura y autores cubanos de nuestra primera generación republicana en los Estados Unidos en el propio siglo xx, y en medios académicos y publicaciones especializadas.⁵

En 1926, y gracias al contacto personal de Goldberg con José Antonio Ramos desde 1920,⁶ siendo este último funcionario del consulado de Cuba en Nueva York, aparece la traducción al inglés de su propia mano de *Cuando el amor muere*,

* Agradecemos las facilidades de acceso, recuperación y autorización de reproducción de la colección de documentos cubanos localizados en el Fondo Isaac Goldberg, a la New York City Public Library, Manuscripts and Archives Division. Astor, Lenox & Tilden Foundations.

obra en un acto del cubano, escrita en 1919 en Madrid;⁷ que el filólogo, interesado por el teatro en la época,⁸ publica en la antología dramática *Twenty-Five Short Plays. International*.⁹ Este, muy probablemente, debió ser el inicio de la actividad difusora de nuestras letras para el público de habla inglesa que emprendiera el hispanista en estos años, pues aun cuando en su fondo personal¹⁰ existe constancia de la autorización expresa del también cubano Carlos Loveira concediéndole la exclusividad de ser traductor al idioma inglés de todos sus libros –en momentos en que los esfuerzos al parecer se encaminaban en particular a la traducción de su novela *Generales y doctores* (1921)–,¹¹ no tenemos constancia de que alguna de estas obras haya sido en efecto llevada a ese idioma.

El segundo momento de contacto importante de Goldberg con las letras cubanas tiene lugar por vía de Jorge Mañach, conocido suyo de Harvard, y a quien le solicita información acerca de la actividad literaria contemporánea en Cuba más adelante (1928), interesado por esta actualización en favor de un trabajo que se proponía publicar entonces en el *American Mercury*.¹²

A ocho décadas de haber sido escritos, tanto el bosquejo del panorama literario cubano hacia 1928 que resume Mañach en carta donde respondía a la solicitud recibida, y ahora recuperada del fondo de Goldberg (escrita originalmente en inglés, y traducida para esta ocasión),¹³ como el por él denominado Manifiesto Avancista (1927) que también hubo de enviarle en aquel momento –quizás ejemplar único este ya hoy día–, constituyen importantes y nuevas fuentes documentales puestas desde ahora a disposición de los interesados en el estudio de la génesis del entonces diversificado movimiento literario nacional, y el pensamiento cultural asociado a tal proceso en la época, en tanto tenemos a mano una muy autorizada interpretación personal de uno de los actores fundamentales de tales sucesos, cuya evaluación y perspectiva valorativa del fenómeno por él vivido, y originada de manera simultánea a los acontecimientos a los cuales hace referencia constituye, sin duda, su mayor valor testimonial.

El manifiesto –incluido en el plegable promocional de *1927 revista de avance* (con formato vertical, doblado en tres caras)– aparece impreso en el reverso de este suelto informativo, de modo apaisado (c. 40 x 27 cms.).¹⁴ Su diseño: el tipográfico –escrito totalmente en letras mayúsculas sin acentuar–, síntoma de libertad a ultranza; y la diagramación, reafirmando desde un nuevo código visual, la voluntad renovadora y actualizadora, de modernidad y vanguardia, del proyecto en su conjunto.

Sea, pues, esta propuesta razón de homenaje y de vueltas, en su nuevo aniversario, a la publicación insignia del vanguardismo cubano: *Revista de Avance*.

Una fuente testimonial

*Noviembre 3, 1928.
Dr. Isaac Goldberg,
Roxbury, Mass. USA*

Querido Goldberg:

Tengo su carta del 27 de octubre. Ha sido en verdad un placer saber de usted y ver que su interés en la cultura Latino Americana no disminuye. Mantenerlo, sin duda, es algo que le debe a su prestigio en estos países.

Me apresuro en darle –de manera muy sumaria, al ver que mucho le apremia– la información que solicita “acerca de los escritores contemporáneos y movimientos en las letras cubanas”. Por supuesto que entiendo que como “contemporáneo” usted se refiere a escritores y movimientos que están activos en este momento. Por lo tanto dejo fuera de consideración grupos tales como Cuba Contemporánea y El Fígaro que, no obstante recientes, ya hoy han desaparecido. Tampoco me refiero al “Movimiento Modernista” de Boti, Poveda y Acosta, que es algo de ayer. El verdadero grupo nuevo es:

1. El Grupo Minorista. Surgió alrededor de 1922, a partir de la reunión de un grupo de jóvenes escritores unidos en el propósito de preparar una antología de poesía moderna en Cuba y en complotarse –más o menos platónicamente– contra el gobierno de Zayas. Gradualmente las reuniones gestaron una “conciencia de grupo” y sus integrantes se dieron a la práctica de reunirse para el almuerzo los Sábados. Esto me llevó a bautizar al Grupo –en un artículo publicado en Social, en 1923– como la “minoría Sabática”. Desde entonces, al Grupo se le conoce, más brevemente, como “Grupo Minorista”. Ha sido un representante muy activo de la “nueva generación” y ha ejercido, en años recientes, una influencia considerable en las letras cubanas.

Aspiraciones. Sus propósitos fueron recientemente dados a conocer en un largo manifiesto, y de los cuales puede usted tener idea a partir de la copia de un breve artículo publicado hace unos meses por “La Gaceta Literaria” de Madrid, que le adjunto.¹⁵

Le agregaría que el Grupo ha tenido un carácter más cultural y político que específicamente literario. Este “confusionismo” condujo a la formación del “Grupo de Avance”, al que me refiero después.

Revistas. El órgano del Grupo Minorista ha sido la espléndida revista Social –que sin duda usted conoce– publicada por Conrado W. Massaguer como Editor General, y por Emilio Roig de Leuchsenring como Editor literario.

Libros. Creo que puedo decir, sin temor a errar, que el único libro importante salido de este Grupo como tal ha sido:

“La Poesía Moderna en Cuba”, de Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro.

Por supuesto, sus integrantes –que son prácticamente todos los más jóvenes que cuentan– han estado más o menos activos en el periodismo, etc.

Pero un marcado individualismo ha caracterizado todo su trabajo. “Liberación”, un buen libro de poemas de Juan Marinello, puede ser adscrito al Grupo tomando en cuenta que Marinello es un “minorista”. Igual puedo decir de mis “Glosario”, “Estampas de San Cristóbal” y “La Crisis de la Alta Cultura en Cuba”.

Sin embargo, fue precisamente la falta de coherencia suficiente, y de un programa cultural preciso en el “Grupo Minorista” lo que dio lugar a la formación del:

II. Grupo “1927-1928” o “Avancista”, denominado de este modo debido a que en Abril de 1927 lanzó la “revista de avance 1927”, llamada ahora “1928” bajo la edición de Francisco Ichaso, Félix Lizaso, Juan Marinello y yo. Este nuevo grupo surgió del Grupo Minorista y aún se considera parte de este con relación a todas las actividades no específicamente de naturaleza artística.

Aspiraciones. La revista se fundó ante todo para colocar a Cuba en el mapa de las nuevas letras Americanas. Nuestro retraso al respecto era notorio. Nuestros poetas aún hacían poemas “Modernistas”, poemas que seguían el estilo de Rubén Darío, Casal, Herrera Reissig, José Asunción Silva, etc. La obra más reciente de hombres como Huidobro, Torres Bodet y la llamada “nueva sensibilidad” era completamente ignorada o no tenía seguidores en Cuba. En esta situación creamos “1927” para informar y estimular la adopción de las nuevas formas estéticas en literatura así como en las artes plásticas. Nuestro éxito al respecto ha sido tan grande que ahora podemos hablar de un “Movimiento Vanguardista” en Cuba, con enemigos apasionados y partidarios enfebrecidos. En sentido más general, la revista también se fundó para reaccionar contra el academicismo, el sentimentalismo, el misticismo —o más bien la niebla—, el pseudo-criticismo, la oratoria y todo tipo de falsos intelectualismos y estancamientos. (Ver manifiesto original adjunto.)¹⁶

Libros. Además de brindar conferencias, organizar exposiciones de arte, y otras, “1928” está desarrollando una pequeña biblioteca de su propia edición —un gran esfuerzo en Cuba. Ha publicado hasta el momento:

- Francisco Ichaso, “Góngora y la nueva poesía”.
- Juan Marinello, “Juventud y Vejez”.
- Regino E. Boti, “Tres temas sobre la nueva poesía”.



Jorge Mañach, "Goya".

Rafael Suárez Solís, "Molde, Imagen".

Jorge Mañach, "Indagación del choteo".

Carlos Montenegro, "El Renuevo y otros cuentos".

Aunque estrechamente relacionados –como dije antes– al llamado "Movimiento Vanguardista", que en gran medida inspiró en Cuba, el "Grupo de Avance" no comparte los tontos extremos hacia los que se dirigen algunos de nuestros revolucionarios en la actualidad. Eso en parte justifica la existencia de otro:

III. Grupo Vanguardista –que apareció hacia 1927, con los primeros números del "Suplemento Literario" del "Diario de la Marina", el viejo y conservador diario, que no podía expresar abiertamente ideas políticas de color revolucionario, aunque sus pronunciamientos literarios estaban con frecuencia matizados con tintes rojizos. (Aquí existe una subcorriente de tendencia Rusa en todo el movimiento vanguardista.) Esta limitación, en cambio, condujo a la aparición del:

IV. Grupo Atuei, denominación homónima al de la revista mensual. Los intereses de Atuei son principalmente sociales, económicos y políticos. Está afiliado al "Apra" [Alianza Popular Revolucionaria Americana N. de la E.] –una institución continental Latino Americana de propaganda violenta contra el imperialismo Norte-Americano y en favor de la "redención del proletariado". "Atuei" por tanto cree que todo arte es de utilidad a los ideales sociales y hace de la poesía, la pintura y la escultura, instrumentos de persuasión. Es, en consecuencia, un enemigo decidido del movimiento "purista" hasta cierto punto representado por el Grupo Avancista. "Atuei" es editada por Nicolás Gamolín y Enrique Delahoz. Su valiente postura en contra del régimen de Machado le ha traído problemas al grupo con el actual Gobierno, quien ha suprimido esta revista.

Los hombres de este Grupo aún no tienen resultados en forma de libro, aunque Delahoz es un poeta prometedor.

V. En la provincia de Santiago de Cuba, dos grupos menores han contribuido –todavía débilmente– a este despertar general de la juventud cubana. Son el "Grupo Literario de Manzanillo", centrado en la revista Orto, y el "Grupo H", que publica una página semanal de "vanguardismo" en el diario santiaguero, "Diario de Cuba".

También existe un grupo literario –igualmente llamado "Grupo Minorista de Matanzas" en esta ciudad. Lo dirigen Fernando Lles y Medardo Vitier. Aunque más avejentado y académico en temperamento, lo integran hombres con los que hay que contar, especialmente Lles. Ellos son hombres de una generación anterior.

Por supuesto, hay otros grupos menores dispersos por la Isla –en Camagüey, Cienfuegos, Sagua, etc. Pero estos ejercen poca influencia en el movimiento literario general del presente.

Aquí está, mi querido Goldberg, todo el “opio”. Espero haber sido tanto suficientemente conciso como suficientemente preciso. Si hay alguna otra ayuda que pueda prestarle, no demore en escribir. Le he mencionado –como ha visto– sólo los nombres de los líderes, que no siempre son los nombres importantes. Pero usted no me pidió nombres de escritores.

*Sinceramente suyo,¹⁷
Jorge Mañach*



El Manifiesto Avancista

1927

REPRESENTA, PUES, UN EMPEÑO –PERFECTAMENTE DESINTERESADO– DE CLARIDAD, DE NOVEDAD, DE SINCERIDAD JUVENIL.

LOS QUE INICIAN ESTA EMPRESA, NO PRETENDEN CONSTITUIRSE EN DEFINIDORES UNICOS DE LAS ASPIRACIONES Y VALORES DE NUESTRA HORA; NO ASPIRAN A PONTIFICAR EN MODO ALGUNO, NI A MONOPOLIZAR ANTEOJOS DE LARGA VISTA, SU CARDINAL DESEO ES EL DE COOPERAR, DESDE UNA TRIBUNA MODESTA PERO LIBRE, AL ACENDRAMIENTO DE LA CONCIENCIA Y DE LA SENSIBILIDAD CUBANAS.

REVISTA DE VANGUARDIA,

–AUNQUE LA FRASE RESULTE PASTO SABROSO DE CONFORMISTAS Y DE CHIRIGOTEROS PROFESIONALES–

1927

SERA –SIMIL INEVITABLE– COMO UNA ANTENA QUE RECOJA PARA CUBA EL DECIR INTERESANTE DE LOS MUNDOS Y PONGA A NUESTRA TIERRA EN CONTACTO CON LOS CENTROS DE ATENCION ALERTA A LAS COSAS DEL ESPIRITU.

EL PLACER Y LA AMBICION LEGITIMA DE PROCLAMAR CUAL SEA NUESTRA ACTITUD Y NUESTRA POSICION ANTE CADA UNA DE LAS BATALLAS DE NUESTRA VIDA CIVIL, ES LO QUE NOS HACE ESTIMAR UTIL Y EFICAZ LA CREACION DE UNA REVISTA DE LA INDOLE

DE ESTA QUE LANZAMOS. CRITERIO DE ESTRICTA MINORIA, CRITERIO QUE TENEMOS AL NARCISISMO Y EL ORGULLO DE CREER QUE REPRESENTA UN VALOR Y UNA APORTACION NECESARIOS EN NUESTRO MEDIO DE CLAUDICACIONES, INDECISIONES E INSULARISMOS, SERA EL QUE LA PRESIDA. NO PARA DOGMATIZAR, SINO PARA DEFENDER Y AFIRMAR, CONSTANTEMENTE, AQUELLOS PRINCIPIOS QUE, A NUESTRO JUICIO, CONSTITUYEN LA MEDULA DE UNA GESTACION CULTURAL Y NACIONALISTA.

1927

SERA UNA PUBLICACION QUINCENAL, CERRADA, UNANIME Y EXCLUSIVA. ESTO AUN ACEPTANDO LAS CONTRADICCIONES. IMPONIENDONOS UNA NORMA AUTODIDACTICA, COMO CORRESPONDE A UNA CULTURA EN PLENA Y ATROPELLADA ADOLESCENCIA.

EN ARAS DE ESTA UNIDAD DE CRITERIO, HEMOS LIMITADO EL NUMERO DE CONJURADOS.

1927

ES

“LA REVISTA DE LOS CINCO”

QUE SIENTEN NO PODER SER MIL. NO ACEPTAMOS LA DIVERSIDAD RESPONSABLE NI HACEMOS CUESTACION DE SIMPATIAS Y FAVORES. EN 1927 NO CABEN TODOS LOS QUE QUIERAN Y PUEDAN, PERO ELLA ACOGERA CORDIALMENTE EN TORNO SUYO A CUANTOS ACEPTEN LA RESPONSABILIDAD MILITANTE Y LA FIDELIDAD A LOS PRINCIPIOS QUE NOS SIRVEN DE BANDERA.

1927

DARA A LAS COSAS VERNACULAS UNA VISION UNIVERSAL –TAL VEZ UN POCO HUMORISTICA A VECES; TAL VEZ UN POCO IRRESPECTUOSA, DANDO AL MISMO TIEMPO UNA VERSION Y UN ECO PERSONALISIMO DE LAS GRANDES CORRIENTES IDEALES DE NUESTRA HORA. EN FIN

Si Vd. quiere saber lo que será “1927”

LEALA

Saldrá el día 15 de Marzo de 1927.

Carpentier, Alejo
Casanovas, Martí
Ichaso, Francisco
Mañach, Jorge
Marinello, Juan

El proyecto

1927 revista de avance

HA DE SER UNA REVISTA PURA, DE JUVENTUD Y DE AVANCE.
SALDRA EL 15 DE MARZO DE ESTE AÑO, BAJO LA DIRECCION
COLECTIVA DE

Alejo Carpentier

Martí Casanovas

Francisco Ichaso

Juan Marinello

Jorge Mañach

SE OCUPARA DE TODO AQUELLO QUE ENTRAÑE UNA INQUIETUD, UNA CURIOSIDAD O UN PROBLEMA EN EL ORDEN DE LA EMOCION Y DEL CONOCIMIENTO.

SUS CRITERIOS SERAN SIEMPRE VALEROSOS Y HONRADOS Y ASPIRARAN A SER DISCIPLINADOS Y CERTEROS, ANIMADOS UNICAMENTE POR UN VIVO AFAN DE AMPLIA Y HONDA CULTURA PARA LA CONCIENCIA CUBANA.

NOTAS.- NO SE ACEPTAN COLABORACIONES ESPONTANEAS.

NO NOS MOLESTAN LOS CHISTES –A NO SER QUE SEAN MALOS. ANUALMENTE PUBLICAREMOS DE DOCE A DIECIOCHO VOLUMENES DE AUTORES NACIONALES, INSPIRANDONOS, PARA SU PUBLICACION, EN EL MISMO CRITERIO Y NORMAS QUE INFORMAN NUESTRA REVISTA.

1927 GOZA DE CIERTA INDEPENDENCIA ECONOMICA Y VIENE DECIDIDA A PERDURAR. SIN EMBARGO SU AYUDA DE USTED, EN FORMA DE ATENCION, DE SUSCRIPCION O DE PROPAGANDA, SERA BIEN RECIBIDA.

1927

Revista Quincenal. Cuadernos de veinte páginas

Suscripción trimestral: \$1.50

Notas

¹ Investigación realizada bajo auspicios del Recovering the U.S. Hispanic Literary Heritage Project, de la Universidad de Houston, Texas, en el año 2000.

² Nacido en Boston, de origen judío, Isaac Goldberg fue filólogo, crítico y editor. Se graduó en Harvard en 1910, y realizó sus investigaciones postgraduadas en Filología de las lenguas romances. Alcanzó su Doctorado en 1912. Su mayor reconocimiento se debe a su labor en la introducción en los Estados Unidos de la literatura de la América Hispana y Portuguesa. En 1920 publicó su libro *Studies in Spanish American Literature* y en 1922 *Brazilian Literature*. Entre 1933 y 1934 fue conferencista principal de literatura hispanoamericana en Harvard. (Seymour-Smith, Martin and Andrew Kimmens, ed., *World Authors. 1900-1950*. New York: H. W. Wilson Co., 1996. pp. 999-1000).

³ La prensa local defendió esta primacía de Goldberg como real iniciador del hispanismo en los Estados Unidos en la época, alegando que mucho antes de que Waldo Frank hubiera siquiera embarcado hacia América, ya el primero llevaba años en estos estudios y difundía tales obras en Norteamérica.

⁴ En carta del 22 de abril de 1931, a Juan Marinello, Jorge Mañach da a conocer de esta intención de Goldberg, de impartir un curso “[...] de veinticuatro conferencias sobre la literatura moderna y contemporánea de la América española y portuguesa [...] el primer curso en inglés que trate el asunto específicamente, [...] como una evolución independiente”. La carta, al parecer distribuida entre la intelectualidad de la época, obedece a la solicitud de Goldberg de que se le ponga en contacto con autores y obras representativas de Cuba, por lo que Mañach solicita a los destinatarios el envío personal de libros y noticias al señor Goldberg. (Suárez Díaz, Ana. *Cada tiempo trae una faena... Selección de correspondencia de Juan Marinello Vidaurreta, 1923-1940*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y Editorial José Martí, 2004. t. 1, pp. 344-345).

⁵ Si bien esta condición de promotor de las letras cubanas en los Estados Unidos en particular se le adjudica entre nosotros fundamentalmente al también hispanista Waldo Frank, quien visitó a Cuba en 1927, y en efecto promovió las letras y el pensamiento cubano en aquel país, lo cierto es que desde 1920 ya Isaac Goldberg trabajaba en igual sentido y diversas direcciones.

⁶ La carta de Ramos a Goldberg, del 12 de abril de 1920, inicia esta relación que, según señala, surge a partir de la indicación de Félix Lizaso, entonces profesor de castellano en la Universidad de Princeton, quien ya intercambiaba informaciones literarias con Goldberg de manera regular. (En total son cuatro las cartas de José A. Ramos en este Fondo, y llevan fechas de: 12 de abril, 22 de mayo, 6 de julio de 1920, y 3 de febrero de 1921).

⁷ Ramos da su consentimiento a Goldberg respecto a la traducción de esta obra en carta del 6 de julio de 1920. También, además de consideraciones técnicas del texto (modificaciones, supresiones, etcétera), señala: “No me hable V. de dinero, porque tengo a orgullo el de ser un artista ‘apostólico’. Yo he venido para decir lo que traigo, y darlo entre los hombres, sin pedir nada en cambio. [...] escribiré y diré ‘mi verdad’ para bien de los hombres, nunca para provecho mío [...] Ese es el espíritu que me anima. Si mi obra no está a la altura de mi inspiración, no me importa todavía [...]”.

⁸ En estos años publicó trabajos mayores sobre el tema: en 1922, *The Drama of Transition: Native and Exotic Playcraft*, y en 1926, *The Theatre of George Jean Natha: Chapters and Documents toward History of the American Drama*.

⁹ Antología dramática internacional de veinticinco obras breves (un acto). Selección y edición de Frank Shay, publicada por D. Appleton and Company, Nueva York y Londres, 1926.

¹⁰ Las correspondencias y otros documentos, referidos en este trabajo, se encuentran en la Caja no. 1 de Cartas, en una carpeta destinada a “Misceláneas”, y bajo ordenamiento alfabético. Además de los autores ya mencionados, hay diez cartas de Félix Lizaso (marzo a diciembre de 1920), y una de Eugenio Florit que dice acompañar el envío de su poemario *Trópico*, y otros poemas, que por su fecha 19 de junio de 1931, parece dar respuesta a la solicitud de Jorge Mañach antes mencionada. (Ver nota 2).

¹¹ Con fecha 17 de febrero de 1921 existen dos documentos de Carlos Loveira en el fondo de Goldberg: una carta en la que entre otras cuestiones se hace referencia a “[...] sus esfuerzos [de Goldberg] en favor de una edición en lengua inglesa de *Generales y doctores*”, y un texto de igual fecha que le confiere a este autorización para ser traductor exclusivo de su obra presente y futura, “[...] de acuerdo con las condiciones expresadas en su carta de referencia”.

¹² Esta carta de Goldberg a Mañach lleva fecha 27 de octubre de 1928, y se conserva como la pieza 255 del Fondo Jorge Mañach, depositado en el Instituto de Literatura y Lingüística, en La Habana.

¹³ Esta carta mecanografiada consta de cuatro páginas, escritas en papel timbrado de *1928 revista de avance*.

¹⁴ La impresión estuvo a cargo de “Otero, Impresor, Cuba 28”.

¹⁵ Este texto fue también recuperado. Son dos cuartillas del referido trabajo, en el que Mañach reproduce fragmentos del conocido Manifiesto Minorista de 1927, reproducido entre nosotros en diversas ocasiones, y por tanto innecesario de reiterarlo aquí.

¹⁶ Se reproduce en este trabajo.

¹⁷ Original en inglés; traducción al español de la autora.

El neolenguaje como estrategia de dominación imperial*

Eliades Acosta Matos

Historiador, ensayista y novelista

Jeanne Kirpatrick, aquella representante permanente del gobierno de Ronald Reagan ante la Organización de Naciones Unidas y distinguida investigadora del American Enterprise Institute, nos ha legado una de las más exactas definiciones posibles del término “neoconservador”. La señora Kirpatrick fue, hasta su reciente fallecimiento, una de las principales ideólogas de este novísimo movimiento imperial. No caben dudas de que unía a su proverbial belicosidad política una extraña habilidad filosófica para acuñar definiciones afortunadas y, a la vez, paradójicas, tanto como las que le ganaron entre los cubanos a Ramón Grau San Martín el título de “divino galimatías”. Sobre el término escribió:

Jamás he considerado que soy, en ningún sentido, una persona conservadora [...] En cierta ocasión pedí a Irving Kristol, ampliamente conocido como “el Padrino” del movimiento neoconservador que me definiera el término. Kristol respondió que un neoconservador es un liberal que ha sido asaltado por la realidad, o sea, un conservador con un pasado político liberal. En su opi-

nión, en ello consistía lo que diferenciaba a un neoconservador de un conservador tradicional. Dicho de otra manera –abundaba la señora Kirpatrick– un neo es alguien que abrazó los valores liberales y, posiblemente, jamás los hubiese abandonado, de no haberse sentido inconforme con el giro político que marcó la actitud de muchos liberales [en los años sesenta]. Esta aguda precisión me permitió arribar a mi propia conclusión: el movimiento neoconservador surgió como reacción a la contracultura que caracterizó a la política norteamericana en las décadas de los 60 y los 70.¹

Aunque cueste trabajo creerlo, para la señora Kirpatrick el movimiento neoconservador es, aproximadamente, el resultado de una mutación forzada; el resultado de la rebelión de un grupo de intelectuales liberales, honestos y consecuentes que consideraron como una traición el tímido giro hacia posiciones menos rabiosamente reaccionarias de políticos, como George Mc Govern, ante la profunda crisis de legitimidad que marcó por aquel entonces al siste-

ma. Lo extraordinario no es que la señora Kirpatrick lo haya creído, sino que para definir a esta variante postmoderna, casi fascista, del imperialismo norteamericano en tiempos de globalización capitalista y en las condiciones del mundo unipolar, haya reivindicado la condición “liberal” para definir lo “conservador”.

Son los tiempos que corren. Forma parte de un extendido uso del lenguaje por parte de la elite de poder en los Estados Unidos, y en buena parte del resto del mundo occidental, no para decir la verdad, sino para acallarla.

La definición de la señora Kirpatrick es una muestra elocuente de la manera inmoral en que la política y los políticos neoconservadores estrujan, maceran, pervierten y adocenan el lenguaje y, en consecuencia, el pensamiento, para vendernos como si fuese glamoroso y eficaz un artilugio desprestigiado e inoperante, el de la misma política y los principios que defienden, como ha sido demostrado con creces por la realidad y por la misma Historia. Lo interesante y aterrador aquí es que este sutil acto de prestidigitación conceptual se hace a nombre de lo que se niega y como si galantemente se estuviese defendiendo lo que en rigor se ataca. Lo deshonesto y con toda intención desorientador, es que se toman los nombres, las definiciones, las ideas, para combatir a lo que estas designan, enarbolando un supuesto derecho de conquista, como el de un ejército que con los cañones recién ocupados en la batalla masacra a sus antiguos artilleros.

Es la apoteosis de la neolengua, el idioma oficial impuesto por el Gran Hermano, el tirano ubicuo e invisible de

Oceanía, esa pesadilla totalitaria, asfixiante, refinada humillación a la inteligencia humana, y a la propia realidad, descrita por George Orwell en su novela *1984*. En aquel futuro indeseable, a fuerza del miedo y represión, tras quebrar la capacidad crítica del hombre, incluso, su sentido común, era posible llamar Minipax o Ministerio de la Paz, a la entidad gubernamental encargada de desatar las guerras, y Ministerio del Amor o Minimor, al encargado de ejercer la violencia contra una aterrada población. En esa antiutopía era posible, y hasta lógico, que un funcionario del Ministerio de la Verdad encargado, por supuesto, de la mentira, la propaganda engañosa y la desinformación, explicase de la siguiente manera el sentido de su trabajo:

Creerás, seguramente, que nuestro principal trabajo consiste en inventar nuevas palabras. Nada de eso. Lo que hacemos es destruir palabras, centenares de palabras cada día. Estamos podando el idioma para dejarlo en los huesos [...] La destrucción de palabras es algo sumamente hermoso. Por supuesto, las principales víctimas son los verbos y los adjetivos, pero también hay centenares de nombres de los que uno puede prescindir. No se trata sólo de los sinónimos, también de los antónimos. En realidad, ¿qué justificación tiene el empleo de una palabra sólo porque sea lo contrario de otra? Toda palabra contiene en sí su contraria [...] En la versión final de la neolengua se suprimirán las demás palabras que todavía se usan como equivalentes [...] ¿No ves que la finalidad de la neolengua

es limitar el alcance del pensamiento, estrechar el radio de acción de la mente? Al final, acabaremos haciendo imposible todo crimen de pensamiento [...].²

¿Sería osado afirmar que, entre otras definiciones posibles, el neoconservatismo podría ser considerado no sólo como la estrategia escogida para llevar a cabo la ofensiva contrarrevolucionaria mundial que busca implantar el dominio soñado por un capitalismo crepuscular que se cree indisputado, sino también, y sobre todo, un intento astuto e inhumano de domesticar el lenguaje para domesticar definitivamente al propio hombre?

A fin de cuentas, los neoconservadores inteligentes, al estilo de la señora Kirpatrick, saben muy bien que tanto como en la realidad circundante, los fermentos de las rebeldías ancestrales de los seres humanos hunden sus raíces en el pensamiento y, en consecuencia, en el lenguaje que lo envuelve y lo expresa, por lo que no basta con reconquistar, recolonizar, pacificar, domesticar lo objetivamente existente sin acompañarlo con idéntica operación en la subjetividad de los individuos y las sociedades. Por tanto, puede afirmarse, sin temor a exagerar, que los neoconservadores, con la lucidez que los caracteriza en el terreno filosófico, han comprendido que la batalla última y decisiva, el armagedón que su doctrina propugna no se librará con misiles ni tanques, sino con palabras e ideas.

Dicho así, nunca estuvo más justificado el grito de alarma, casi de agonía, que se atribuye a Gianni Vattimo, de quien se dice exclamó, mientras presen-

ciaba por televisión las imágenes de los aviones impactando contra las Torres Gemelas de Nueva York: “Se acercan guerras jamás vistas por la humanidad; no precisamente por ser militares, sino por ser culturales, lo cual las hace mucho peor”.

El neocondicionamiento lingüístico del campo de batalla

Un interesante artículo de Justin Logan titulado “Neoconservatives and the English Language”, publicado en *Brainwash* el 19 de octubre de 2003, aporta suficientes elementos de juicio para entender mejor la neolengua del clan político al que pertenecía la señora Kirpatrick. En él afirmaba:

Es importante hacer notar que el lenguaje de los neoconservadores desmiente el pretendido carácter moralista de sus posiciones: en su discurso, “la acción”, sean cuales fueren sus resultados, siempre es buena, mientras que “la inacción” es mala. En cualquier lugar, sea este Irak, el conflicto israelo-palestino, Liberia, o el Estado de bienestar, las acciones de fuerza del gobierno [norteamericano] coincidirán con los valores neoconservadores. Los neos, para caracterizar a las políticas, los gobiernos y los presidentes suelen usar términos tales como “robustos”, “viriles”, “potentes”, “determinados”, “audaces” o “projecting power”, dejando a un lado a la humildad como herramienta para hacer avanzar los intereses nacionales.³

Lo cierto es que mientras en el terreno de la realidad los neos rinden culto a la fuerza bruta, a las invasiones y cambios de régimen, al estilo de los

realizados en Afganistán e Irak, de todo lo cual es prueba su denodada defensa de los gastos militares crecientes y el fortalecimiento de la “Seguridad Nacional” a costa, incluso, de las libertades esenciales del ciudadano norteamericano, se presentan ante el público como arcángeles inmaculados, portadores de la Buena Nueva de los valores y las virtudes. Y es en este terreno donde la neolengua alcanza su mayor esplendor, extendiendo carta de ciudadanía a la esquizofrenia intelectual tan característica del discurso neoconservador:

Sobre ello afirma Mark Gerson, ex director del *William Observer* y autor de tres libros esenciales para la defensa del neoconservatismo:

Históricamente, esta tendencia se caracteriza por su fuerte anticomunismo, su profunda apreciación del papel que juegan los Estados Unidos en el mundo, su apoyo crítico al capitalismo, su decidida defensa de la religión y las virtudes, la conciencia de las consecuencias trágicas que resultan de la acción social, y una constante aversión hacia las herejías del individualismo, tanto de la derecha como de la izquierda.⁴

El suave tono de Gerson no es, aunque se esfuerce en parecerlo, el de un predicador inspirado que conmueve con sus reflexiones morales a los asistentes a su sermón dominical, sino el de un defensor de la filosofía política que está detrás de las torturas en Abu Grahیب, el genocidio de casi un millón de iraquíes, la quema de la Biblioteca Nacional de ese país y el nefasto Proyecto para el Nuevo Siglo Americano que delinea, desde junio de 1997, cua-

tro años antes del 11 de septiembre de 2001, los objetivos, etapas y medios necesarios para lograr imponer el dominio final del capitalismo occidental, encabezado por los Estados Unidos, sobre todas las regiones del mundo, y de paso, en la mente de cada hombre o mujer que habite el planeta.

Gerson reconoce que:

Desde 1989 los neoconservadores vienen desarrollando el mismo proyecto que hoy nos ocupa: destacar la importancia de la virtud en la vida pública. Nuestros esfuerzos han sido recompensados con el éxito: hemos enseñado, o hecho recordar a los norteamericanos, cómo se debe hablar en público sobre los valores y la moralidad [...] Ahora la gente reconoce que esta discusión es esencial para el logro de una cultura sana. Esta es la mayor contribución realizada hasta el momento por los neoconservadores [...] El neoconservatismo es un movimiento intelectual con impacto político, pero en él la política es algo secundario [...] Los neoconservadores han creado el clima esencial que se necesita para llevar a cabo la discusión política y cultural en los Estados Unidos.⁵

Ni más ni menos, de eso se trata: de crear mediante la neolengua un clima intelectual que conduzca el debate hacia la nada, hacia lo que se predica pero no se cumple, hacia lo que se establece como norma ideal para ser violado como realidad. Por eso no debemos sorprendernos cuando un Gerson ecuménico concluya su homilía con la siguiente revelación: “No creo que los periódicos conservadores

vayan a convertir a su credo a los liberales, pero brindan una excelente oportunidad de auxiliar a los conservadores y a los liberales inteligentes a unirse para discutir asuntos importantes”.⁶

El horizonte a alcanzar que nos traza la neolengua de los neoconservadores excluye a la política, coto siempre reservado para ellos mismos, y a toda acción social que pueda resultar, no ya revolucionaria, sino medianamente eficaz. Nos queda apenas el debate de temas culturales, la fundación de clubes neutros donde liberales y conservadores descubran, abrazados, la importancia de no descubrir nada y lo cómodo que es marchar hacia ningún lugar, todo lo cual garantiza la benevolencia de los dioses omnipotentes y tronantes del capital.

Pero no sólo sirve la neolengua al objetivo neoconservador de crear un debate falso para evitar adentrarse en el debate verdadero, especialmente alrededor de aquellos temas sensibles que influyen en la vida y el destino de millones de personas del planeta, sino que se utiliza para “vender” los intereses de este grupo y del gobierno donde se han confortablemente hospedado. Esto se evidencia, por ejemplo, cuando leemos las palabras con las que James K. Glassman, investigador del American Enterprise Institute introdujese los debates del seminario “Selling America: How Well Does US Government Broadcasting Work in the Middle East?”, celebrado el 17 de mayo de 2004: “Los recientes sucesos en Irak, especialmente en la prisión de Abu Ghraib, enfatizan aún más la necesidad de llevar a cabo una diplomacia públi-

ca bien financiada, seria y con sentido estratégico para poder promover el interés nacional mediante la información, el compromiso y la influencia sobre las personas alrededor del planeta”.⁷

Según opina el señor Glassman, el repudio mundial a las políticas imperialistas norteamericanas, en especial en el Medio Oriente, no se deben a sus objetivos, abiertamente expansionistas, ni a sus medios, sin lugar a dudas genocidas e inmorales, sino a que no se han adoptado políticas “vigorasas” para hacer oír el discurso norteamericano. Poco o nada importan ni significan los gravísimos hechos que motivan ese repudio, casi unánime, lo importante es que se escuche la versión del neoclan. “Los Estados Unidos no están haciendo un esfuerzo serio para contar su historia –se lamenta–, para convencer a amigos y enemigos acerca de la justeza de nuestra causa, para cambiar la mente de la gente”.⁸

La seráfica propuesta del señor Glassman podría resumirse mediante la paráfrasis de una conocida canción de John Lennon: “Give a Neolanguage a Chance”.

El discurso neoconservador deberá cumplir la misma misión que el señor Glassman reserva a las emisoras radiales del gobierno que, como la BBG o Radio Sawa, transmiten para el Medio Oriente, y por ello nos recuerda: “[...] no sólo deberán crear audiencias, sino cambiar las actitudes de la gente hacia los Estados Unidos”.⁹

Pero el uso del neolenguaje en manos de los neoconservadores va más allá: se utiliza también en la batalla lingüística para desarmar y aniquilar las ideas y propuestas del enemigo, así

como para debilitar la lógica que debe subyacer y apoyar sus posiciones.

El novelista y ensayista Terry Graves llevó agua al neomolino lingüístico cuando dedicó el ensayo *Verbal Class Distinctions*, publicado en octubre de 2004, a criticar de manera implacable un puñado de términos que, curiosamente, concentran una buena parte de los ideales de las luchas históricas de las fuerzas progresistas contra la reacción, como por ejemplo, “progreso”, “libertad”, “activistas”, “organización no gubernamental”, “discriminación”, “acción afirmativa”, “homofobia”, “tolerancia”, “derechos civiles”, “diversidad”, “partidismo, bipartidismo y no partidismo”, “organizaciones sin ánimo de lucro”, “privacidad”, “programas sociales” y “justicia social”. Su tesis es sencilla: “Estos términos, tal y como se usan hoy, son anticuados. Las palabras tienen sentido y son decisivas, pues dejan tras de sí impresiones que, como en estos casos, son con frecuencia erróneas”.¹⁰

Para el alegre y puntilloso señor Graves, por ejemplo, el término “prisionero político” en manos de los liberales y la izquierda sirve para designar a “verdugos callejeros, asesinos y ladrones de bancos que no necesitan trabajar mientras luchan por los derechos de la clase obrera”; el sistema de cuotas, conocido también como “acción afirmativa”, destinado a reducir los efectos de la discriminación racial en los Estados Unidos es una ilegalidad, pues “[...] toda acción afirmativa es discriminatoria hacia alguien más”, y la justicia social, no es más que “[...] un intento de lograr la equidad sobre la base del género, la raza, la clase social u otra categoría de

moda, no a partir de alguna acción o mérito individual”.

El señor Graves termina reconociendo, en un arranque de elocuencia no carente de sinceridad, que “[...] nosotros, los norteamericanos no podemos discutir de manera razonable nada relacionado con las razas y la discriminación, porque hemos corrompido el vocabulario necesario para ello”.¹¹ Para sanear el país (y el mundo), este astuto neoestafador lingüístico nos propone sanear el lenguaje, o mejor dicho, recolonizar el lenguaje. Nada mejor, en su opinión, que empezar por reformar los programas universitarios. Para el señor Graves las universidades de su país son la fuente de la corrupción del lenguaje y, en consecuencia, del país, ya que se encuentran en manos de los odiados liberales. Según su denuncia, el mecanismo de transmisión de este peligroso virus, portador de la decadencia nacional, es el siguiente:

Cientos de miles de jóvenes gastan años de sus vidas en las universidades americanas, llenas de códigos discursivos draconianos e inconsistentes. Al cabo de un tiempo, ellos llevarán esa condición, ya estudiada por Pávlov, al interior de nuestras escuelas públicas, fundaciones, cortes, los medios de difusión y los gobiernos. Al escuchar la palabra “discriminación”, por ejemplo, seguirán el ejemplo de las autoridades universitarias pertenecientes a la orden de los invertebrados, y asumirán la posición fetal.¹²

Embelesados con su propio discurso, los neoconservadores han visto llegar el duro amanecer de la resaca

tras una trepidante noche de excesos. El atronador estruendo de los carros bombas en Bagdad se suma al clamor de rechazo, casi unánime, a las políticas del gobierno de Bush, dentro y fuera de los Estados Unidos. Aun así, sus representantes han demostrado una extraña incapacidad para abandonar la posición fetal cuando se cuentan, uno tras otros, sus fracasos. Uno de ellos, el conocido Francis Fukuyama, ha desertado el pasado febrero de la nave enloquecida que navega hacia el centro de la borrasca, no sin antes ajustar cuentas con su pasado mediante un ensayo en la página dominical de *The New York Times* y la publicación de un libro de elocuente título: *America at the Crossroads: Democracy, Power and the Neoconservative Legacy*. Pero las lealtades al clan son más fuertes que el espíritu de rectificación o la simple objetividad. La perseverancia en las apreciaciones políticas sesgadas es también un resultado de la inercia intelectual derivada del uso consuetudinario del neolenguaje y de un espíritu crítico reprimido hasta el dolor. Así se evidencia, por ejemplo, cuando un docto Fukuyama intenta explicarnos en su libro las razones que provocaron el rechazo mundial a los intentos del gobierno norteamericano de jugar un papel imperialista, más soberbio y desafiante de lo habitual, llamado por los neoconservadores, mediante un término delicadamente eufemístico, como “hegemonía benévola”. Por ello nos sermonea Fukuyama:

La noción de que el liderazgo norteamericano en la Guerra Fría podía transformarse en una postura de hegemonía benévola de cara

al resto del mundo contiene en sí misma numerosas contradicciones y debilidades estructurales que la hacen insostenible como soporte fundamental de sus relaciones internacionales. Sus puntos débiles son: 1) La concepción de la “hegemonía benévola” descansa sobre la creencia en el excepcionalismo norteamericano, el cual no es medianamente creíble para la mayoría de las otras naciones del mundo.

2) Esta concepción presupone la existencia de un altísimo nivel de competencia en el poder hegemónico, de lo cual, sin dudas, no es un ejemplo el gobierno de Bush.

3) La mayoría del pueblo norteamericano no es imperialista, de corazón. Hasta los poderes hegemónicos benévolos requieren, en ciertas ocasiones, actuar sin frenos. Esta autoridad no se la conceden con facilidad las personas, como los norteamericanos, que están medianamente satisfechos con su sociedad y su nivel de vida.¹³

Hermosa reflexión la de Fukuyama que parece, incluso, serena, objetiva, convincente y profunda, como todas las que se expresan mediante la neolengua de los neoconservadores. Pero si la analizamos con sosiego nos percataremos de algo esencial, aparentemente intrascendente: obvia que el rechazo mundial a las políticas imperialistas del gobierno de los Estados Unidos, aun cuando vengan disfrazadas de benevolencia y hegemonismo, las que han llevado al atasco sus intentos brutales, como en Irak, no han dependido de la política

doméstica de ese país, sino de la resistencia y movilización de los pueblos, en primer lugar, en el caso de Irak, el del propio pueblo iraquí.

No debe asombrarnos, en el ejemplo de Fukuyama, que un neoconservador vergonzante, como sin dudas sigue siendo el autor de *El fin de la Historia y el último hombre*, se muestre benevolentemente hegemónico hasta cuando intenta criticar la concepción de la “hegemonía benévola” en la política exterior de su país. Es evidente que no sólo los bombardeos yanquis producen daños colaterales, sino también la perversión indiscriminada del lenguaje político.

Pudiéramos compilar una larga lista de sutilezas verbales neoconservadoras mediante las cuales han venido ejerciendo el terrorismo ideológico más despiadado en su intento por subvertir los códigos habituales y en general aceptados de comunicación. Bastan algunos ejemplos:

-“Después de sesenta años de existencia, la Organización de Naciones Unidas ha fracasado. Ella constituye un monumento al idealismo de los Estados Unidos. Este idealismo americano ha aportado algunas cosas buenas al mundo, como por ejemplo, el fin del colonialismo, el ascenso de los Derechos Humanos y la propagación de la democracia [...]”.¹⁴

-“El futuro de los Estados Unidos y de Occidente depende de que los norteamericanos reafirmen su compromiso con Occidente, lo que significa, en la esfera doméstica, que rechacen los cantos de sirena del multiculturalismo o de la diversidad cultural [...]”.¹⁵

-“La estrategia de Seguridad Nacional del presidente Bush ofrece una visión audaz capaz de proteger a nuestra nación y asumir las nuevas realidades y las nuevas oportunidades. Ella se basa en tres pilares básicos: defenderemos la paz previniendo y enfrentando la violencia de los terroristas y de los regímenes forajidos; preservaremos la paz mediante el fortalecimiento de las relaciones con las grandes potencias mundiales; y extenderemos la paz llevando los beneficios de la libertad y la prosperidad por el mundo [...]”.¹⁶

-“Irving Kristol ha dicho que no existe una doctrina neoconservadora sobre las relaciones internacionales, sólo un conjunto de actitudes que incluye un profundo amor por nuestro país, desconfianza hacia todo intento de crear un gobierno mundial, una clara percepción de quiénes son nuestros amigos y nuestros enemigos, la preocupación por el logro de una defensa musculosa, fuerte, y el deseo de llevar a buen término el proyecto de convertir a los Estados Unidos en la primera y única superpotencia mundial [...]”.¹⁷

Un florido grupo de términos del vocabulario neoconservador siempre estará a mano cuando se necesite adornar el ya escaso follaje de la “guerra contra el terrorismo” decretada por Bush hace un lustro. Toda la imaginación neo ha sido puesta en función de preparar un repertorio de epítetos infamantes contra los musulmanes que, a su vez, justifiquen y libren de cualquier crítica a los nuevos cruzados por la manera con que llevan a cabo sus piadosos bombardeos, sesiones de tortura,

masacres de civiles, quema de mezquitas y trasiego secreto de prisioneros.

La palabra “jihad”, por ejemplo, acaba de hacer su entrada triunfal en el *Oxford English Dictionary* para significar una lucha que se lleve a cabo por fanatismo, lo cual difiere sustancialmente de su significado tradicional entre los musulmanes, quienes la consideran como el medio necesario para alcanzar la paz y la oportunidad para difundir las justas leyes del islam, si se encuentran en medio de una guerra. El término “islamofascistas”, utilizado recientemente por Bush, fue acuñado por el historiador Paul Berman en su libro *Terror and Liberalism*. Newt Gingrich, ex presidente de la Cámara de Representantes, ha confirmado su supuesta justeza para calificar a los militantes islámicos al señalar que “[...] ellos están listos para usar el poder del Estado imponiendo un sistema totalitario”,¹⁸ con lo cual se prejuzga a personas, obligándolas a probar su inocencia partiendo de presunciones y especulaciones sobre el futuro.

El neolenguaje ha sido, sin dudas, uno de los más exitosos corceles de batalla del neoconservatismo en su marcha hacia la hegemonía universal. Su reiterada utilización y sus pequeñas victorias tácticas en la labor de engañar, ocultar, persuadir, desinformar y convencer han creado entre sus promotores el espejismo de que se trata de un arma secreta, cómoda y difícil de contrarrestar, suave y glamorosa, penetrante y sutil ante la cual caen vencidos los pueblos, los gobiernos, y las mentes de amigos y enemigos. Es la moda impuesta por los tanques pensantes del imperio y sigue precediendo,

como silenciosa preparación artillera, la marcha de las nuevas legiones de conquistadores.

Sólo que las guerras, como demuestra el caso iraquí, no se ganan únicamente con palabras. Ni siquiera cuando estén tan mediatizadas y desnaturalizadas como las que utilizan los reporteros de la CNN.

Seis meses antes. Seis años después

El 1º de abril de 2001, seis meses antes de los ataques contra el World Trade Center y el Pentágono, la página web del Hudson Institute publicaba un ensayo de Francis Fukuyama titulado “Culture and the Future of the English-Speaking Peoples” donde, mediante otra de sus teorías bonsai, este experto ideólogo neoconservador fijaba una tesis relativamente sencilla: el éxito económico y la estabilidad democrática, de los cuales los Estados Unidos y otras naciones angloparlantes son paradigma, tienen su origen en la capacidad de estas de crear “capital social”, o sea, riquezas producidas sobre la base de la capacidad de asociación libre de personas que comparten ciertos valores. Lo novedoso aquí es que mediante un pase de manos tan del gusto neo, el señor Fukuyama excluía de la posibilidad del desarrollo y la estabilidad a más del 80% de la humanidad, fijando una frontera cultural y lingüística, a la vez que clasista y racial, entre ELLOS y NOSOTROS, casi exactamente lo que hizo el presidente Bush en su discurso ante los cadetes de West Point, en junio de 2002, cuando llamó a golpear a los

enemigos que se escondían en “los oscuros rincones del planeta”.

Curiosa anticipación. Curiosa coincidencia

La receta para el mundo del señor Fukuyama se veía entonces obligada a incluir la necesidad de frenar la decadencia moral inocultable que países angloparlantes, como los propios Estados Unidos, venían experimentando desde la década del sesenta. En su opinión, no era de utilidad intentar frenar la emigración de personas de otras lenguas y orígenes, sino que se debía implementarse una adecuada “política de asimilación”. Por ello el astuto señor Fukuyama planteaba:

Una política de asimilación debe comenzar con el lenguaje, porque este es el elemento básico de toda cultura. No habrá futuro para los pueblos angloparlantes si dejan de hablar inglés. Por ello, iniciativas como la Proposición 227, en California, y la 203, en Arizona, que van dirigidas a prohibir el bilingüismo, son propuestas positivas. Más allá de este razonamiento –concluía– es importante resistir las presiones del multiculturalismo sobre el sistema escolar. El liberalismo moderno disfruta la tolerancia cultural, pero ella no podrá existir en condiciones de excesiva diversidad cultural [...] Nadie debe sentirse incómodo, en consecuencia, cuando se pongan en vigor políticas públicas que busquen cierto grado de uniformidad cultural en los países angloparlantes [...].¹⁹

Seis años después de esta especie de Neoanunciación del arcángel Fukuyama,

¿de qué nos enteramos cada mañana al abrir el periódico del día, si no es de la marcha de esas “políticas públicas” que buscan uniformar culturalmente a los países del mundo?

Sólo un pequeño olvido empaña la eficacia del profeta y debilita en algo a la propia profecía: estas políticas no son encarnadas por maestros, sino por soldados; no se ponen en vigor en las escuelas, sino mediante la destrucción de escuelas y, junto con ellas, de los oscuros niños que osan aprender oscuras lenguas diferentes a la del imperio en oscuros rincones del planeta.

¿Qué harán ante este reto los lingüistas, los pueblos y todo hombre y mujer de buena voluntad del planeta?

Una buena pregunta para comenzar un evento.

Notas

¹ Kirpatrick, Jeanne. “Neoconservatism as Response to the Counter-culture”. En: *The Neocon Reader* / Irwin Stelzer, ed. New York: Grove Press, 2004. p. 235.

² Orwell, George. 1984. Barcelona: Círculo de Lectores, 1983. pp. 52-53.

³ Logan, Justin. “Neoconservatism and the English Language”. *Brainwash*. En: <http://www.affbrainwash.com/archives/008839.php> 19 oct. 2003.

⁴ “Reflections of a Neoconservative: Mark Gerson’s 94” (II parte). En: <http://wso.williams.edu/orgs/freepress/gerson2.html>

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibidem*.

⁷ Glassman, James K. “Selling America: How will does US Government Broadcasting Work in the Middle East? En: http://www.aei.org/news/news.ID.20529/news_detail.asp 17 mayo 2004.

⁸ *Ibidem*.

⁹ Ibídem.

¹⁰ Graves, Terry. "Verbal Class Distinctions". 3 oct. 2004.

¹¹ Ibídem.

¹² Ibídem.

¹³ Fukuyama, Francis. *America at the Crossroads: Democracy, Power and the Neoconservative Legacy*. Yale University Press, 2006. pp. 111-113.

¹⁴ Joshua Muravchik, investigador del American Enterprise Institute, en su libro *The Future of the United Nations*. AEI Press, 2005. p. 1.

¹⁵ Samuel Huntington en *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. Touchstone Books, 1997. p. 307.

¹⁶ Condoleezza Rice en *The Neocon Reader*. New York: Grove Press, 2004. pp. 81-82.

¹⁷ Karlyn Bowman, investigadora de AEI, en *The Neocon Reader*. New York: Grove Press, 2004. pp. 263-264.

¹⁸ Raz, Guy. "Why Islamofascism May Create New US Enemies". En: <http://www.npr.org/templates/story/story.php> 4 en. 2007.

¹⁹ Fukuyama, Francis. "Culture and the Future of the English-Speaking Peoples". En: <http://www.hudson.org/index.cfm> 1 abr. 2001.



Dulce María Loynaz, criatura de isla

María Dolores Ortiz

Profesora de la Universidad de La Habana

Esta gran dama de la literatura cubana –cuya tristeza es “suave como un rayo de luna”– tiene, como pocos, una historia y una obra que la han sobrevivido en el tiempo. Después de una niñez alucinante, cuando sus compañeros de juegos infantiles eran casi únicamente sus propios hermanos, a quienes tocó también la varita mágica de la poesía, ella, Dulce María fue capaz de bajar de su torre de marfil, y dejar su luna lila, su soledad y su ensueño, para andar por los caminos de la tierra, “como San Francisco quería”.

Por esos caminos de la tierra fueron surgiendo las obras en prosa y en verso de Dulce María Loynaz. Se decía en la antigüedad, y aún es frase que con frecuencia se repite, que todos los caminos conducen a Roma. En el caso de nuestra escritora, todos los caminos conducen a Cuba, a su isla, a la que ella amaría entrañablemente para siempre. Tanto la amaría que, en un momento crucial de su vida, decidió volver a vivir en la isla, lo que le costó –ella mismo lo afirma en su libro *Fe de vida*– la más dura de las decisiones, la de dejar en tierras lejanas al esposo que tanto amó, y que sólo regresaría para morir con ella.

Tan parte de su isla se siente, Dulce María, que llega a modificar –tal vez con el mismo fino humor que la llevó en sus años juveniles a escribir *Bestiarium*– la definición de la palabra isla aprendida en los textos elementales de Geografía, y se compara con ella: “[...] rodeada de mar por todas partes / soy isla asida al tallo de los vientos”, para hacerla después bien cubana “abierta a mareas y a ciclones”.

Esa presencia del mar por todas partes, rasgos característicos de las islas, se convierte en el agua que aparece, al igual que las rosas, como una constante en su poesía. Para Dulce María, al contrario de lo que dice el Génesis, “[...] primero era el agua / un agua ronca, sin respirar de peces, sin orillas que la apretaran / [...] / En el vientre del agua joven se gestaban los continentes / [...] todavía no había flor de lunas ni racimos / de islas”. Esa agua que puede ser fugitiva o eterna, aflora en la obra de la escritora, no sólo como mar, sino también como río, estanque, fuente, lago, lluvia que arranca gotas de música en el aire, y hasta en la nieve como agua “ya sin tiempo y sin distancia”. Esa agua unas veces fluye incesante –como la de Heráclito–, o se yergue “ante la furia del cubano ciclón”. Otras, es “mar ensoñado en la punta quimérica y fatal de nuestra distancia”.

Para ella, que se considera criatura de isla, trasciende siempre al mar que la rodea, y al que no la rodea. Va al mar, viene del mar, y “mares pequeños se amansan en su pecho, duermen a su calor como palomas”. Estas palabras son del poema CI de su libro *Poemas sin nombre*, poema

que termina con una sorprendente afirmación: “Tierra firme llamaban los antiguos a todo lo que no fuera isla. La isla es pues, lo menos firme, lo menos tierra de la Tierra”. No puede menos la lectora o el lector estremecido que pensar que la criatura de isla que era la escritora se caracterizó por la firmeza en sus amores, decisiones y actitudes, firmeza que se mantuvo hasta sus últimos días, aun después de haber recibido el reconocimiento de las multitudes, como ella misma escribió, con sutil ironía, luego de estar en la sombra y en silencio durante tres décadas en las que, según decía en 1990, durmió como la Bella Durmiente.

Ese mismo libro memorable, *Poemas sin nombre*, publicado en 1953, es, pienso, una especie de pública y a la vez púdica confesión. Escrito en prosa poética, recuerda los poemas de Tagore o algunas de las páginas inolvidables de Juan Ramón Jiménez. Se refiere ella a los más diversos temas: recuerdos de infancia embellecidos por el tiempo, lirios y luces, milagros bíblicos, rosales que florecerán en cualquier primavera, dolores físicos y morales, “el camino donde, sin dejar huella, se dejó la vida entera”, todo transido de una melancolía profunda y de una fe afincada en su conocimiento de la Biblia.

Pero este libro lleno de tan íntimos pensamientos, reminiscencias, memorias, termina con un texto que, al mismo tiempo refleja esa intimidad, la trasciende para convertirse en amor y alabanza a la isla natal. Es el poema CXXIV, dedicado a esta isla suya, bella y libre, a la que califica con símiles rumorosos: “sencilla y altiva como Hatuey”. Y le parece la isla “una fina

iguana de oro, un manjuarí dormido a flor de agua”:

Ella, Dulce María, ha sido capaz, en un solo poema, de reunir las virtudes de su isla, de hablar de sus riquezas principales: el azúcar, “el humo aromático del tabaco”, “la gracia del café”, para afirmar, rotunda, “que no se vende a nadie” porque le basta “con el sol naciente del escudo con la palma real”. Añade además los más preciosos adjetivos para calificar a esta isla suya: grácil, fragante, clarísima, la muy cordial, la muy gentil, isla esbelta y juvenil a la que amaría aunque hubiera sido otra su tierra. Por ese amor entrañable, demostrado en difíciles circunstancias ante las cuales otros flaquearon, la fuga definitiva de Dulce María ocurrió en esta isla orgullosa, y ahora permanece en ella para siempre, no fuera del tiempo, sino en su tiempo eterno “¡A la orilla del golfo donde todos los años hacen misterioso nido los ciclones!”.

En ese mismo libro *Poemas sin nombre*, un poema, el CI, está dedicado a la criatura de isla. ¿Acaso es ella misma? Esta criatura le parece a la autora bien distinta, “más leve, más sutil, más sensitiva”, que trasciende siempre los mares, en la búsqueda infinita quizás de los otros horizontes que también buscaba Esteban en *El Siglo de la luces* cuando sentía la prisión de las islas. Esa infinitud marina que llevó a la Bárbara enigmática de su novela *Jardín* a adentrarse en mares extraños y desconocidos, se resume, para Dulce María en mares pequeñitos, tal vez formados por lágrimas de amor, en toda la isla, donde hasta los ríos son más ligeros y sus piedras tan frágiles que parece que van a salir volando. La isla

es toda de aire y de agua fina, con un “recuerdo de sol, de horizontes perdidos”, rodeada de una espuma de barco naufragado, palabras que me recuerdan a la propia Bárbara cuando sale en su largo viaje con el hombre misterioso que llega a sus playas.

No puede haber visitado Dulce María otras islas que no fueran las Canarias, ese jardín de las Hespérides donde ella vivió las grandes emociones del reconocimiento de su obra, y del encuentro, tantas veces considerado imposible, con los recuerdos de infancia y juventud del esposo que la esperó, con paciencia comparable a la mítica del Florentino Ariza garciamarquiano durante un cuarto de siglo. Esas Islas Afortunadas que ella amó y conservó intactas en su memoria, al extremo de señalar que su libro *Un verano en Tenerife*, escrito años después de aquel viaje inolvidable, era su preferido, esas Isla Afortunadas, les recuerdan continuamente su propia isla. *Un verano en Tenerife* está lleno de recuerdos, comparaciones, evocaciones cubanas que le llegan con los aromas del café o del criollo mojo de ajo, con el mar, con el suavizado castellano de sus pobladores, tan similar al de Cuba. La patria, siempre presente en los momentos felices o en los momentos difíciles. No por gusto proclamaría, refiriéndose con orgullo a su padre mambí que ella era “la hija del General”.

Para Dulce María, “una isla es siempre un misterio”. Ella misma es también un misterio. No estoy muy segura de compartir el criterio de algunos estudiosos de su obra, de que ella misma, su poesía y su prosa, se hayan refugiado en una voluntaria insularidad.

Es cierto que ella, celosa de su intimidad, perpleja quizás ante el turbión arrebatado que arrasó con su mundo, se refugió en su casa. Pero esa casa estuvo abierta para los amigos de siempre y para los nuevos que fueron llegando, sobre todo los jóvenes, en los que confió al comprender su admiración por ella y su conocimiento de su obra inclasificable que permanecía indiferente a modas y a modos.

Dulce María conservó esa casa, ya legendaria de la calle 19 y E en El Vedado habanero, de la cual decía que era la que menos había amado, pero la que le había sido más fiel, hoy Centro de Promoción Literaria que lleva su nombre, y sede de la Academia Cubana de la Lengua. Creo conveniente señalar que en esa casa halló refugio la Academia, que ella presidiría por varios años. De este hecho estaba particularmente orgullosa.

En todo momento, pues, Dulce María siguió siendo ella misma, una isla como la suya, a la cual, como a un “pájaro exquisito”, no se toca “por un miedo oscuro de quebrarle las alas”. Ella también, como su isla, era no sólo aromática y graciosa, sutil y sensitiva, gentil y clarísima, sino que sentía lo que hay en ella como ser humano: “un regocijo de ser hombre, una razón, una íntima dignidad de serlo”.

Con esa íntima dignidad, siguió siendo ella misma. En una de sus cartas a Aldo Martínez Malo le dice, al referirse a su decisión de vivir en su patria.

Yo estoy aquí por mi voluntad y a todas sus consecuencias, y si lo decidí así, fue con sentido de responsabilidad, sabiendo que tendría que respetar las leyes del país don-

de me quedaba, aunque fueran contrarias a mi modo de pensar y sentir.

Puedo añadir que esta decisión no fue fácil, teniendo como tenía a mi esposo fuera y recibiendo yo muy ventajosas y honrosas proposiciones de universidades españolas y norteamericanas.

Y más adelante explica que no aceptó la bondadosa proposición de su editor español, don Manuel Aguilar, “[...] porque sucediera lo que sucediese, preferiría quedarme y correr la misma suerte de mi país”.

Así aquella criatura volcada hacia adentro, la que no quería dar a conocer sus obras, la que necesitó del empuje amoroso del esposo que no comprendió el llamado de la sangre mambisa que la llevaba a permanecer en su isla, mantuvo siempre correspondencia y aun finezas –como decía Dulce María repitiendo a Juan Ramón Jiménez–, con personas y escritores de distintas latitudes e ideologías. Baste citar, sólo entre cubanos, a escritores tan disímiles como Ballagas y Chacón y Calvo, hasta Juan Marinello, Fernández Retamar, Pablo Armando Fernández, Ángel Augier, Pedro Simón, Miguel Barnet, Eusebio Leal, entre otros, sin olvidar –sería imposible hacerlo– a su amigo Aldo Martínez Malo.

En un poema que se antoja casi una profecía, ella dice: “Los sabios dieron nombres a sus valles, medidas a mi sueño, soledades a mi soledad. / No es mi culpa de que, al igual que a la vieja Luna, se me quede siempre una mitad en la sombra que nadie podrá ver desde la Tierra”. Pienso que es precisamente ahí donde está el misterio que ella guardó

para sí misma y que se fue con ella, en esa mitad en la sombra que nadie ha podido ver desde la Tierra. Cuando escribió la misma Dulce María: “nadie puede decir que he sido yo una casa silenciosa”... en su poema “Últimos días de una casa”, donde algunos han querido ver los presagios indescifrables de su destino. “Cuando me hicieron, dice, yo veía el mar... yo sabía adivinar el mar”, ese mar siempre añorado y perdido, y no se sabe si esa es parte de su mitad de sombra, si se refiere a la vieja casa donde la gente que nació “en verdad fueron demasiado felices”, y “no es posible serlo tanto y ser también otras hermosas casas”, o si es ella misma, que resbala en sus propios recuerdos, porque su alma, al contrario de lo que creen los hombres flojos de cuerpo, no es “patrimonio particular de su heredad”, sino le pertenece a ella, “es mía sola”.

Pienso que Dulce María, como las islas, es también un “drama geográfico”. En sus *Poemas naufragos*, rescatados por ella y publicados en 1990, no deja de sorprender el proverbio árabe: “Me sentaré a la puerta de mi tienda para ver pasar el cadáver de mi enemigo”, tan diferente del acento lírico de los *Poemas sin nombre*, y aun al propio estilo de otros de esos poemas salvados del naufragio. En ese poema, aquel hombre, ante el cadáver del enemigo con el pecho ensangrentado, “roto de la misma garra dura y lenta”, aquel hombre, dudando de su corazón porque había dudado de su dolor, lloró. Quizá también lloró Dulce María, que no era de lágrima fácil, cuando comprobó que el enemigo no lo era, sino que precisaba de su luz para ponerla bien en alto,

como la lámpara bíblica, para que iluminara toda la casa, toda su isla, toda la poesía.

Tal vez –por lo menos me gusta imaginarlo– vivió sus últimos años reconfortada con la certeza de que los jóvenes, sus coterráneos en general, poetas o no, disfrutaban de su obra y de su presencia, con un poco de la mejor envidia del mundo hacia Pinar del Río, la primera en redescubrirla gracias al irrepetible Aldo Martínez Malo. A esta ciudad, a esa provincia que le abrió los brazos, y de la que ella amaba sus pinares rumorosos y su mágico valle, debe la isla de Dulce María el inicio de una amorosa reconciliación con su historia y su cultura, que la colmó de los mayores reconocimientos. Así ella, criatura de isla, aprendió a mejor auscultarse el corazón y percibir el angustiado soplo de la viscera, además de “saber más de su naturaleza singular que aquellos que le miden cabos, montes o puertos”. Porque la intimidad de una isla es algo mucho menos perceptible que su geografía, una intimidad que se ofrece a todos pero no se vende a nadie. En este

sentido, Dulce María respondió –no podía ser de otra manera– al llamado orgulloso de su estirpe mambisa.

Su isla la tiene en el alto sitio donde no son necesarios los apellidos, aun aquellos tan ilustres como los de ella, para conocerla y reconocerla. Ella es así, simplemente, Dulce María, “una verdad digna de ser leyenda”.

Bibliografía

Loynaz, Dulce María. *Cartas que no se extraviaron* / Comp. y pról. Aldo Martínez Malo. Fundación Jorge Guillén. España; Fundación Hermanos Loynaz, Pinar del Río, 1997.

_____. *Fe de vida*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1995.

_____. *Jardín*. España: Gobierno de Canarias et al, 2002.

_____. *Poesía completa*. La Habana: Edición Letras Cubanas, 1993.

_____. *Un verano en Tenerife* / Ed. facs. Madrid: Gobierno de Canarias et al., 2002.

El general Alberto Nodarse Bacallao: breve estudio (en el 140º aniversario de su natalicio)

Pedro Méndez Díaz

Historiador y ensayista

A mis padres que me inculcaron el amor a Cuba.

La historia gloriosa de nuestra patria cuenta con miles de cubanos que lucharon heroicamente por la independencia del país. Uno de sus hijos más valientes fue Alberto Nodarse Bacallao, a quien rendimos merecido tributo por su conducta ejemplar, valor sin ostentación, total desprecio a la vida, integridad de carácter, acrisolada honradez, dignidad sin altanería, altos principios y amor a Cuba, desde su nacimiento en Cayajabos, Pinar del Río el 29 de marzo de 1867 hasta su desaparición física ocurrida en Las Cañas, Artemisa, localidad pinareña, entonces, el 25 de abril de 1924.

El nombre del general Nodarse merece ser más conocido en Cuba, y ser venerado como uno de los patriotas más ilustres.

Fue ingeniero, arquitecto y un agrónomo experimentado que prestó también a la patria valiosos servicios por las innovaciones científicas y el impulso dado a la arquitectura en Pinar del Río.

Su historial militar es uno de los más brillantes y podemos justamente afir-

mar que compendia toda la historia de la invasión en la provincia pinareña y, además, parte de ella en las provincias limítrofes.

Máximo Gómez y Antonio Maceo tuvieron para él estimación y cariño, según se desprende de los documentos que hemos tenido la satisfacción de leer e incluir en este trabajo y solamente la innegable modestia pudo apartarlo de los más grandes honores.

El general Nodarse se incorpora el 24 de febrero de 1895 a las fuerzas de José Álvarez Arteaga (alias “Matagás”) al no tener éxito el grito de López Coloma en Matanzas y fueran apresados o dispersos los jefes principales del movimiento.

Es importante señalar que Nodarse se quedó con las fuerzas de Álvarez Arteaga en la Ciénaga de Zapata, hasta que en mayo del propio año intentó unirse, sin lograrlo, al coronel Quirino Reyes, muerto en esos días en el combate Las Municiones cerca de San José de los Ramos, Matanzas.

Por consiguiente, no tuvo otra alternativa que volver a la Ciénaga, al carecer de un jefe experimentado,

hasta fines de julio cuando arribó la expedición de los generales Carlos Roloff y Mayía Rodríguez a las costas de Sancti Spíritus, el 24 de julio de 1895.

Es interesante destacar que inmediatamente el general Roloff dio órdenes al brigadier Francisco Javier Pérez de organizar las fuerzas dispersas de la provincia de Matanzas. Nodarse con el grado de capitán, fue designado jefe de estado mayor del general Pérez.

Durante el tiempo que Nodarse permaneció en Las Villas, tomó parte en varios combates, entre ellos el de Las Varas, donde cayó Espino y fue herido el bizarro general Serafín Sánchez.

Combatió después en la provincia de Matanzas y en La Habana, que vieron las proezas del joven héroe cubano, quien ganó el grado de comandante el 27 de noviembre de 1895.¹

El 17 de diciembre ingresa en la columna invasora y forma parte del Estado Mayor como ayudante de campo.²

Durante la contienda de Calimete, la jornada más sangrienta de todas, llevada a cabo el 29 de diciembre en 1895 a sólo días de su ingreso en la columna invasora, uno de los heridos fue el comandante Nodarse, a quien se le practicó la primera cura en la finca El Rocío, el Manguito, provincia de Matanzas.³

Participó también en los encarnizados combates de la campaña militar de Maceo en Pinar del Río, donde fue herido varias veces.

En esa campaña tuvo lugar la famosa acción de Paso Real de San Diego, en la que los insurrectos tuvieron que lamentar cincuenta y ocho bajas entre muertos y heridos. Uno de ellos fue el valeroso comandante Pablo Chacón. Cuatro ayudantes fue-

ron también heridos, entre ellos Alberto Nodarse.

En la famosa batalla de Tumbas de Estorino, Nodarse y otros mambises pudieron salvar la gloriosa bandera de la invasión, luego de titánicos esfuerzos desplegados para recogerla, con riesgos de sus vidas.

En la disputada⁴ acción de Soroa, la columna de Maceo tuvo sesenta y siete hombres fuera de combate. Entre ellos cabe mencionar a los ayudantes del Titán de Bronce Alberto Nodarse, Manuel Piedra, Aldana, Romero y otros. La pérdida más sensible fue la del coronel Francisco Frexes, jefe de despacho y auditor del cuartel general.⁵

Pero estas batallas señaladas son simplemente aquellos momentos culminantes en que su realización acompaña una nueva y más alta graduación.

Sus hechos de armas forman una larga lista que omitiríamos si no fuera porque nos proponemos demostrar que no fue improvisado su generalato.

Entre ataques y combates se cuentan los de Coliseo (23 de diciembre de 1895) y el del ingenio Unión (30 de diciembre) en la provincia de Matanzas, los cuales vieron las proezas del joven héroe cubano.

Los días 4, 5 y 6 de enero de 1896 estuvo en las acciones de guerra para la toma de Güira de Melena, Alquizar y Hoyo Colorado, respectivamente.

El 7 del mismo mes se encontraba en la toma de Banes (Pinar del Río) y después en las de Cabañas, San Diego de Núñez, Bahía Honda y Las Pozas, el 9, 10 y 11. Combate el 17 en Las Taironas; después en la toma de muchas plazas importantes de la provincia pinareña

como San Luis, Guane, Paso Real de Guane, Paso Real de San Diego, Mantua, San Cristóbal, Candelaria, Santa Lucía, etcétera.

Durante el mes de febrero de 1896 tomó parte en varios encuentros y el día 12 fue premiado con los galones de teniente coronel, el mismo día del combate de Saborí.

En ese mismo mes, después de haber participado en la toma de Quivicán y de Jaruco (Habana) combatió en Moralitos, y en las sangrientas acciones de la Perla, Diana y Río de Anras en la provincia de Matanzas el 25 de febrero y los días 7 y 8 de marzo, respectivamente.

Por fin lo encontramos héroe de todos los combates en el ingenio Neptuno el 15 de marzo y en Cayajabos, La Palma, Tapia y Cacarajícara el 30 de abril y el 1° de mayo del mismo año 1896 (Pinar del Río).

Después pelea en Vega Morales, Quiñones, Consolación del Sur, Rubí, en mayo y junio; en Candelaria el 1 de agosto, y concluye el mes con el atrevido paso de la trocha de Viñales a Esperanza el día 29.

En el mes de septiembre combate en Los Arroyos, en Montezuelos, etcétera, y el día 24 recibe el nombramiento de coronel.

Después Guayabitos (8 de octubre de 1896), el ataque a Artemisa (22 y 23 de octubre), la acción de Soroa (el 24) y los combates de Bejerano, de la trocha de Mariel a Majana.

Sin embargo, siguió la vida azarosa de la manigua peleando en varias reñidas acciones, a pesar de sus heridas abiertas.

En efecto, combatió en Jucaritos del 27 al 29 de marzo de 1897; y después

pasó al cuartel general de Mayía Rodríguez en Minas Ricas (Santa Clara).

Combatió también con el general Monteagudo, en Malezas y en la loma de Capiro, en Santa Clara. Además hizo la peligrosa marcha de Las Villas a Pinar del Río cruzando otra vez la trocha de Mariel a Majana por la costa sur.⁶

En un acto de verdadera intrepidez, el héroe de la Protesta de Baraguá burló la trocha de Mariel a Majana, la noche del 4 de diciembre de 1896, bajo la miope vigilancia de los centinelas españoles, con una comitiva de sólo veinte hombres, y entre los más destacados estaba el coronel Alberto Nodarse Bacallao.⁷

Días después, en la nefasta fecha del 7 de diciembre de 1896, durante el combate de San Pedro, tuvo una destacada participación, pues trató en vano de poner en la cabalgadura de su caballo el cuerpo abatido del Titán de Bronce. En la acción recibió dos balazos: uno en el pecho y otro en el brazo izquierdo.⁸

Sobre esta acción de guerra existen cuarenta y siete versiones, pero al relato del oficial Nodarse, siempre se atuvo, sin modificarla, el generalísimo Máximo Gómez, que la consideraba la más ajustada a la verdad histórica.

A continuación transcribimos la versión del coronel Alberto Nodarse:

Mucho se ha hablado y descrito en estos últimos días sobre la muerte del insigne general Antonio Maceo y aunque nunca tuve idea de publicar nada relativo a aquella desgraciada acción, me veo precisado a referir la verdad de lo ocurrido porque en ninguno de los artículos referidos se hace mención de mi humilde nombre, siendo yo precisamente el único

en verdad autorizado para relatar los hechos y poner las cosas en su debido lugar.

No pretendo galones ni glorias que jamás ambicioné, porque sé que tan sólo he cumplido con mis deberes de cubano, de militar y de amigo del ilustre desaparecido. Mi único objeto es que nadie pueda poner mi conducta en tela de juicio, ya que precisamente era yo cuando el memorable combate de San Pedro, Jefe de Estado Mayor del general Maceo, por enfermedad del brigadier Miró.

Dispútense en buena hora el rescate del cadáver los que pretendan haber realizado esa imaginaria operación mientras yo me retiraba del combate herido, casi moribundo, pero con la conciencia tranquila, de haber cumplido con mi deber; dispútenselo quienes quieran, que yo hoy con mis heridas aún abiertas, y casi inútil del brazo izquierdo, si escribo algo sobre los últimos momentos de vida del gran Caudillo, es tan sólo para que el mundo no pueda echar sobre mis hombros el peso abrumador de las culpas que tal vez otros tendrán.

Campos de Cuba Libre marzo 6 de 1897.

Diciembre 7 de 1896

Serían aproximadamente las dos de la tarde, cuando se sintieron tiros en una de nuestras avanzadas. El General acto continuo ordena que todas las fuerzas monten; él estaba en su pabellón recostado en su hamaca, tenía el caballo desensillado, viéndose precisado él mismo, a

ponerle la montura por la proximidad del enemigo. Al montar arengó a las fuerzas diciendo entre otras palabras “Muchachos, vamos a la carga, que les voy a enseñar a dar machete”. Todos partimos juntos, como movidos por un resorte, a disputar el primer puesto; llegando los de delante a dar machete y dispersar a la caballería española. El General entonces, al ver que todos peleaban bien, contramarcha con el Estado Mayor, varios jefes y oficiales y algunos números hacia el flanco izquierdo, encontrándose a poco andar con fuerzas del teniente coronel Isidro Acea, que venía por el camino real de San Pedro en dirección al fuego. El General le ordena abrir dos portillos en la cerca de piedras y pasa el camino con los que lo acompañaban entre los cuales iba el brigadier Miró, el doctor Zertucha, Justiz, el comandante Ahumada, el coronel Gordon y el que *suscribe* [el subrayado es nuestro. N. del A.]. El general Pedro Díaz, el comandante Manuel Piedra, el capitán Nicolás Souvanell y el teniente Ramón Peñalver, también de Estado Mayor, no estaban con el General porque se adelantaron peleando a vanguardia. Una vez en el citado camino, el General me ordenó cargar al enemigo por el flanco izquierdo, con varios números que allí había, continuando él atacando por retaguardia.

Poco después regresó e hizo una pequeña parada en el portillo por donde yo había entrado, y aún continuaba avanzando hacia el enemigo, cuando oí al brigadier Miró que me

decía: “¡Nodarse, venga a ver esta desgracia!”. Retrocedí y al encontrarme con el General en el suelo bañado en sangre, bajé a verlo, mientras me gritaba el doctor Zertucha “¡Ay Nodarse! ¡Se acabó la guerra! ¡Vea ese cuadro! ¡Muerto!”.

Le repuse a Miró que recogiera al General, mientras yo continuaba tirándole al enemigo, que estaba rodilla en tierra. Posicionado de una cerca de alambre, la cual nos separaba, haciendo fuego a discreción; apenas monté a caballo el brigadier Miró vuelve a gritarme: “Nodarse venga, que si Ud. no viene, no se puede sacar al General”, por lo que me desmonté acto continuo, dándole mi caballo a Zertucha, que me lo pidió para ir a buscar medicinas; quedándome con 8 o 10 números de los que tenía peleando, mientras Miró partió en busca de más fuerzas que nos auxiliaran. Acude en esos momentos un número cuyo nombre no recuerdo diciéndome: “Coronel, échemele encima que yo me lo llevo”. Y entre 4 o 5 lo subimos al caballo; pero al estar ya sobre la montura, una bala atravesó al General por debajo de la tetilla izquierda privándole de la vida, y otra por un costado al jinete que espontáneamente se brindó para llevarlo; deja este caer al suelo el cadáver y se retira con 4 o 5 números, siendo inútiles todos mis esfuerzos para sacarlo de aquel sitio. Juan Manuel Sánchez me dice que traía un buen caballo, que podía llevárselo; volvimos a montarlo entre los que allí quedábamos y una

nueva descarga hiere gravemente por ambas rodillas al comandante Sánchez (hoy inútil) y al caballo, teniendo que retirarse con los números que me acompañaban y sin lograr llevarse el cadáver.

Ya solo, se me aparece el teniente Francisco Gómez, hijo del General en Jefe, a pie y desarmado, pues estaba herido y sus armas las llevaba el comandante Justiz. Me preguntó lo que sucedía y al contestarle enseñándole aquel horrible cuadro, el valiente joven prorrumpió en ayes de dolor, mientras yo disparaba algunos tiros con mi rifle para contenerlos un poco; y acto continuo seguimos haciendo esfuerzos para cargarlo entre los dos, llevando él los pies y yo las manos; operación irrealizable, porque ambos estábamos heridos e imposibilitados para hacer grandes fuerzas (el general pesaba 200 libras).

Vimos una yegua cerca y determinamos amarrar el cadáver al rabo del animal para llevárnoslo a rastra, ya que de otro modo era imposible. Panchito, como todos le llamábamos a aquel niño héroe, trajo la yegua, mientras que yo continuaba hostilizando al enemigo, y al ir a zafarle el cabestro, porque carecíamos de soga, una descarga mata la yegua que vino a caer sobre el mismo cadáver del General. Tirándole del rabo la apartamos a un lado y concebimos la idea de arrastrarlo nosotros mismos, tomando Panchito una mano y yo la otra.

Se aparece entonces el general Pedro Díaz a preguntar que pasaba. “¡Qué desgracia!”. Le invité a que

ayudara a sacarlo y me contestó: “No, no se muevan de aquí que yo voy a buscar gente” y partió sin detenerse.

Continuábamos en la tarea de arrastrar el cadáver, bajo el cercano e incesante fuego enemigo, cuando una bala hiere a mi valiente compañero en una pierna. “¡Coronel!, me han herido”, dijo, por lo que le ordené que se marchara inmediatamente a alcanzar al general Díaz y que regresara pronto con fuerzas. No quiso obedecer. Vuelvo a ordenarle lo mismo y me contesta entonces: “¡Yo no voy! ¡Yo no lo dejo a usted solo ni abandono al General!”. ¡Insisto! ¡Se lo ordeno como superior suyo...! ¡Todo fue inútil! Una nueva descarga y una bala traidora lo atraviesa por el pecho y cae sobre el cadáver del General exclamando “¡Ay mi padre!”. Al pronunciar esas que fueron sus últimas palabras, me tiré a socorrerlo, y una nueva descarga me hiere gravemente en el hombro izquierdo y debajo de la axila derecha, haciéndome caer encima de Panchito para formar un verdadero montón.

La herida del hombro me atravesaba el húmero fracturándolo e iba a salir entre la cuarta y quinta costilla con fractura de esta última; la hemorragia fue coposísima y tan general que echaba sangre por la boca, oídos, etcétera.

A los dos minutos de estar echado sobre aquel montón de cadáveres, me sentí aún con fuerzas para moverme, y empezaba a retirarme paso a paso cuando vi tres solda-

dos españoles a unos diez metros de mí. Continué marchando sereno para que el enemigo comprendiera mi gravedad; pero el rifle me estorbaba, y al echármelo al hombro se me escapó un tiro. No sé si esto o el afán de despojar los cadáveres, influyera para que el enemigo se detuviera y me dejara ganar el portillo por donde había entrado que era mi única retirada; lo que realicé bajo un fuego nutridísimo; teniendo que pasar por encima del caballo muerto de J. M. Sánchez, cuyo animal se encontraba atravesado en el portillo.

Pasé el camino real dirigiéndome después por un trillo entre una cerca de piñones y un guayabal que me conducía al campamento de donde habíamos salido y a poco andar, cuando ya dispuesto a tirarme para morir porque me faltaba hasta la vista, se presentó para mi salvación el coronel Rodolfo Vergel preguntándome que qué me pasaba e instándome a que montase, cuya operación no podía realizar yo solo. Entonces él me cargó y subió al caballo diciéndome que arreará que él seguiría a pie; así anduvimos hasta encontrarnos con el general Díaz, el brigadier Miró, el doctor Zertucha, y ocho o diez más. Uno de ellos (no recuerdo quién), me preguntó: “¿Qué es eso Nodarse?”. “¡Vea, le contesté, estoy muerto!”. “¿Y el General?”, me replicó. “Ahí quedan él y el hijo de Gómez con los españoles –le respondí”.

Seguí la marcha, más muerto que vivo, y no he vuelto a saber nada más de ninguno de esos compañeros que conmigo formaban parte del

Estado Mayor del nunca bien llorado General Maceo.

Hasta aquí lo que yo sé.

Refute ahora quien quiera las verdades que dejo escrito.⁹

En *Diario de la guerra*, escribe su autor Bernabé Bouza:

Mi amigo y compañero general Nodarse me facilitó copia del relato que hizo de la acción de Punta Brava y de la muerte del General Maceo y su ayudante Panchito Gómez.

Dicho relato ha sido juzgado por el General en Jefe como el más verídico de cuantos hasta ahora se han publicado y participo de esa opinión.¹⁰

Para que se vea la estimación que del general Nodarse hacía el Lugarteniente, copio a continuación la carta que estando el primero herido, le escribió este de su puño y letra, un mes antes de su muerte:

Al Coronel Alberto Nodarse

Me alegro que ya Ud. y el coronel Palacio estén mejor de sus honrosas heridas. ¡Ojalá pues pueda contar con la valiosa cooperación de ustedes para las próximas operaciones que pienso llevar a cabo en breves días!

Dígale a su digno compañero que pronto los veré.

El enemigo realizó lentamente su plan de fortificarlo todo “sin contar con la huespada”, no creen que tendrán que abandonarlo todo como han hecho en Oriente y Camagüey. Que sigan ustedes contentos son mis deseos. De la sal y azúcar que tiene el Prefecto Núñez, pueden tomar la que necesiten ustedes.

Los quiere y saluda cariñosamente su amigo y compañero

A. Maceo

El Brujo. Noviembre 6 de 1896¹¹

Consideramos de interés histórico divulgar la carta que el generalísimo Máximo Gómez dirigiera al coronel Nodarse con motivo de la narración que este le hiciera sobre el combate de San Pedro. A continuación transcribimos la mencionada misiva:

La Gloria, Abril 25 de 1897

Al Coronel Alberto Nodarse

Estimado coronel: recibo de manos del teniente coronel Rodríguez su comunicación fecha 14 de abril y con ella la sentida relación que me hace de los sucesos que recuerdan la muerte de mi querido compañero el general Antonio Maceo y de mi hijo idolatrado.

No es ahora, como Ud bien dice, momento de esclarecer hechos, pero la verdad se escribe con frases tales que es imposible adulterar los conceptos, para producir efecto, siempre pasajero.

Guardo yo cariño en mi corazón para todos los que en vida supieron amar a mi hijo y Ud que fue *el último que oyera sus palabras* [el subrayado es nuestro. N. del A.] puede contar siempre con mi afecto y con mi estimación sincera.

¡Gracias por sus frases de consuelo, gracias por su testimonio de simpatía!

Siga usted defendiendo bravamente la honra de la Patria; siga Ud luchando sin descanso. ¡Qué nunca el desencanto ponga flaqueza en su brazo! Y cuando la gloria tenga para Ud esos momentos en los que

se vence o se muere, no olvide Ud que a su lado estarán mi afecto y mi aplauso.

Mientras tanto ordene Ud a su seguro servidor y general – Máximo Gómez¹²

A la muerte de Maceo, Nodarse operó con el mayor general Pedro Díaz en Las Villas, hasta que en abril de 1897 pasó a desempeñar la jefatura de la Brigada Sur de la provincia de La Habana hasta finalizar la Guerra de Independencia.

Fue ascendido a general de brigada en 1898, y en el mismo año a general de división. Durante la contienda bélica recibió nueve heridas de bala, algunas de gravedad.

Disfrutó la alta distinción de ser uno de los generales invitados a la ceremonia en que la metrópoli española resignó la soberanía sobre la isla de Cuba y la traspasó al gobierno norteamericano. Dicha ceremonia se efectuó en el Palacio de los Capitanes Generales, Salón del Trono, el primero de enero de 1899.

Podemos concluir afirmando que Alberto Nodarse Bacallao fue, sobre todo, un carácter que realizó con honor el legado de sus mayores.

Como homenaje en el 140 aniversario de su natalicio, exaltamos su memoria dando a conocer a las generaciones presentes y venideras esta vida útil, rica en cualidades humanas, intelectuales, patrióticas y revolucionarias excepcionales.

Notas

¹ Argenter, José María. *Crónicas de la guerra*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1981. t. 1, p. 306.

² *Diccionario enciclopédico de historia militar de Cuba. Primera parte (1510-1898). Biografías*. La Habana: Ediciones Verde Olivo, 2001. t. 1, pp. 267-268.

³ Argenter, J. A. *Op. cit.* (1). t. 2, p. 40.

⁴ *Ibídem*, t. 2, p. 430.

⁵ *Ibídem*, t. 2, p. 507.

⁶ Dollero, Adolfo. *Cultura cubana. Provincia de Pinar del Río. Evolución*. 1980. pp.142-144.

⁷ Pérez Guzmán, Francisco. *La guerra en La Habana*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974. p. 7.

⁸ *Ibídem*, p. 63.

⁹ Nodarse, Alberto. Comunicación dirigida a Máximo Gómez con fecha de marzo 6, 1897, transcripta por Fermín Valdes Domínguez en su *Diario de un soldado* con la anotación del 5 de abril de 1897. Cuadernillo 47. Archivo Nacional de Cuba. Donativos y remisiones. Caja 275, No. 1.

¹⁰ Boza, Bernabé. “Desde Baire hasta la intervención americana”. En su: *Diario de la guerra*. La Habana: Imprenta La Propagandista, 1924. p. 323.

¹¹ *Ibídem*, pp. 330-331.

¹² Gómez Báez, Máximo. *El viejo Eduá y otros escritos* / Sel. Fernando Martínez Heredia. La Habana: Editorial José Martí, 2005. p. 131.

Fina García Marruz, premio Pablo Neruda

Mercedes Santos Moray

Poetisa, novelista y ensayista



La noticia nos conmovió. En la cuarta edición del Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda, por primera vez se honraba a una mujer, y esta era nada menos que nuestra Fina García Marruz, una de las más puras voces líricas de las letras cubanas de todos los tiempos, amén de sus virtudes como ser humano.

El jurado, presidido por la ministra del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile, Paulina Urrutia, e integrado por el poeta peruano Carlos Germán Belli, el crítico y también poeta cubano Roberto Fernández Retamar y la ensayista y crítica chilena Ana Pizarro, había decidido por unanimidad que ese altísimo galardón fuera entregado a una intelectual que, tanto en el verso como en la prosa, eleva a planos excepcionales el sujeto lírico, y denota en su escritura, además, la presencia esencial de la espiritualidad como razón poética.

Con anterioridad habían recibido ese galardón, que lleva el nombre del Pre-

mio Nobel de Literatura de Chile, la voz universal de Pablo Neruda, los poetas José Emilio Pacheco, de México en el 2004, Juan Gelman, de Argentina, en el 2005 y Carlos Germán Belli, de Perú, en el 2006.

Al otorgársele a la cubana Fina García Marruz, quien hace de la palabra su refugio y escribe con plena lucidez a sus ochenta y cuatro, como en los días en los que fue musa del grupo Orígenes, el galardón rendía también tributo a las voces femeninas en la lírica iberoamericana, sintetizadas en el paradigma que para la historia literaria hispanoamericana ha sido y es la también Premio Nobel Gabriela Mistral, cuya amistad cultivó en su juventud la poetisa cubana.

La escritora chilena Ana Pizarro resaltó que Fina “[...] es una mujer de poesía intensa. Su espiritualidad revela un cristianismo abierto a las preocupaciones sociales más urgentes del mundo contemporáneo, en especial de su

país”. Así se subrayaban rasgos sustanciales del discurso literario y también conductuales dentro del plano estético y ético de la poetisa de Orígenes en quien la patria como el hogar, el amor como la fe nutren su existencia y su escritura.

Laureada, en 1990, con el Premio Nacional de Literatura, el cual se concede en Cuba como reconocimiento a la obra de la vida, Fina García Marruz es un ser humano de natural modesto que prefiere mantenerse en silencio, ante aplausos y elogios. Una persona capaz de la mayor entrega desde la generosidad del verbo, en su ternura, pero igualmente vibrante, como la hemos visto y escuchado en más de una ocasión, como una paloma con pico de águila.

Junto a su esposo, el también escritor Cintio Vitier, laureado como ella por la obra de su vida con el Premio Nacional de Literatura y el Juan Rulfo, en México, y a sus queridos amigos José Lezama Lima y Eliseo Diego, entre otros, Fina García Marruz contribuyó a la renovación de la poesía cubana desde el acento subjetivo e intenso, poblado de fe en Dios, de los origenistas en la década del cuarenta del siglo xx, compartiendo aquella poética que expresaba esencias y no apariencias de lo cubano, también junto a otra mujer menos citada, pero como ella también de Orígenes, nuestra querida Cleve Solís.

El poeta peruano Carlos Germán Belli, al referirse a Fina la definió como “[...] una voz de la poesía latinoamericana y una escritora de dirección clara arraigada en la espiritualidad”. Así como el cubano Roberto Fernández Retamar reconoció que es “[...] una

maestra tímida y de gran capacidad poética”. Porque si alguien, en la literatura cubana, puede sintetizar la pureza del idioma y la autenticidad entre las ideas y las palabras, y alcanzar desde sí esa dimensión universal, esa es Fina García Marruz, quien en sordina escribe y late como un corazón, mientras sus lectores se multiplican y los jóvenes, en especial, buscan sus versos, para establecer el diálogo con esta mujer, como también lo hacen con Dulce María Loynaz, dos de las mayores voces de las letras cubanas del siglo xx y de toda la historia literaria de la nación cubana, a la que han dotado de expresión gracias a su palabra, sin olvidar que estamos ante una de las mejores y mayores ensayistas vivas de nuestra lengua.

El premio Pablo Neruda que será entregado por la presidenta de la República de Chile, Michelle Bachelet, entre el 24 y el 25 de julio de 2007, durante el desarrollo de la Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado, es también un justísimo tributo a la literatura cubana en su plenitud, como uno de los subsistemas literarios que integran el sistema mayor de la literatura iberoamericana, en el cual Fina García Marruz alcanza relieve como sus iguales José Lezama Lima, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Dulce María Loynaz, Eliseo Diego, Virgilio Piñera y Cintio Vitier, entre otros.

Abrumada por el premio, Fina lo ha agradecido, no sólo como un acto de naturaleza individual, de reconocimiento personal, sino como lo que es, un tributo a la imagen y a la metáfora, al apelativo del verbo sustentado en el diálogo universal entre los seres humanos, desde el núcleo fundamental del amor

y de Dios que alimenta siempre su propia existencia.

También al valorar este lauro, entregado a la cubana Fina García Marruz, la ministra chilena Paulina Urrutia subrayó que en la elección “[...] se une el reconocimiento a una región de Iberoamérica, a una mujer que ha sido parte de ella, y, por supuesto, a una poesía sencilla, simple, de gran contenido”, muy ligada a la obra y el espíritu de quienes ha considerado sus maestros, el cubano José Martí y la chilena Gabriela Mistral.

Obra que potencia el diálogo plural y la aceptación de las alteridades en la construcción identitaria de las naciones y de la cultura, entre los pueblos iberoamericanos, la escritura de la poetisa y ensayista Fina García Marruz es también un aporte de las letras cubanas a ese universo humano e ideológico en pos de la paz y del amor, valores esenciales que sostienen también el legado de Pablo Neruda ante la especie y este planeta tan cuajado de odio y desamor, de guerra y de violencia.



Araceli o de la Biblioteca

Carmen Suárez León

Investigadora y ensayista

Una amiga querida llega a un aniversario redondo, un aniversario maduro y cargado de esencias. A su sombra, principiando los ochenta del pasado siglo, aumenté mis incompletos saberes, y ella, como para tantos otros, mucho antes y después de aquellos días, fue como un hilo de Ariadna en el Laberinto de la Biblioteca. Y somos tantos los beneficiados y de varias generaciones y nacionalidades, con abrumadora mayoría isleña, claro está, que formaríamos un pueblo de agradecidos de la luz.

¡Qué bueno que es una bibliotecaria cubanísima de vocación nunca desmentida, hasta hoy! ¡Qué bueno que nunca sucumbió a los ataques de la verde envidia! ¡Qué bueno que tampoco sucumbió a los reclamos de una promoción que la alejara de nosotros, los lectores! ¡Qué bueno que ha sobrevivido a las lloviznitas, los aguaceros y los huracanes! ¡Qué bueno que está aquí!

Esta bibliógrafa mayor del siglo xx cubano, acompañando laboriosamente a nuestra cultura, registrándola amorosamente durante décadas y décadas, silenciosa y atareada como la madre superiora en su convento –cito a Cintio Vitier–, le ha levantado un monumento bibliográfico a Cuba sencilla y naturalmente, como hay que cumplir con el deber según Martí.

Y lo mismo socorre a un doctor de Harvard que a una guajira letrada de Vereda Nueva. Ella no repara en pequeñeces. Lo mismo da tener ochenta años que ser un adolescente. Y su bondad, su enorme bondad, le permite pasar del más sofisticado servicio a un sabio de muchos merecimientos, venido de las mecas del saber, al servicio respetuoso y encariñado de un lector, a todas luces deficiente mental, que ama también la biblioteca y sus libros, que viene a copiar la enciclopedia o a hojear siempre la misma revista. Yo lo he visto.

Y para los ochenta, amiga mía, me guardo unos cuantos adjetivos más que tengo guardados para la ocasión. ¡Felicidades por todo, gracias por todo!

De maestro primario a profesor de la universidad*

Amaury B. Carbón Sierra

Profesor de la Universidad de La Habana

No se quiere lo que no se conoce, decían los antiguos; y de ser cierta esta sentencia, difícilmente mi vida se hubiese orientado hacia el magisterio, en torno al cual, sin embargo, ha girado y gira aún, porque, dada la situación socioeconómica y política del país antes de la Revolución, hartamente conocida y estudiada, y la de la escuela pública en particular, no hubiera tenido ni la necesidad ni la oportunidad de probarme como maestro y descubrir lo que hoy reconozco como una vocación raigal, generadora y unificadora de otros intereses.

Nacido en 1942 (realmente en 1941) en la zona rural de Vega de Samá, Banes, provincia de Oriente, tuve la suerte de poder contar en períodos más cortos unos, y más largos otros con maestros competentes y abnegados, a quienes no he dejado de recordar con cariño y agradecimiento en circunstancias específicas o en recuentos como este. Al estímulo y la generosidad de uno de ellos, Ulises Bové Castillo, ya fallecido, y por supuesto a la comprensión y el esfuerzo de mis padres, debo haber podido continuar estudios inicialmente hasta el cuarto año de ba-

chillerato en las ciudades de Banes y Holguín. A él agradezco palabras de aliento como las estampadas en una libreta al Primer Premio de Quinto Grado, donde reconocía mi esfuerzo y amor al estudio. Le debo también que, en un grupo donde había otros valiosos condiscípulos, me seleccionara para participar en La Habana en los actos por el Centenario del Natalicio de José Martí, figura por la que siento profunda admiración.

Mi primera experiencia como docente tuvo lugar a los dieciséis años en la Escuela Rural N° 38 Ana Lola Castillo, próxima a casa, en los meses finales de la lucha insurreccional. La petición de tal desempeño me la hizo un maestro normalista de Holguín de apellido Ochoa, teniente de la Columna N° 16 Enrique Hart Dávalos. Él era el encargado por su mando de hacer cumplir en la zona la orden del comandante Raúl Castro, jefe del II Frente Oriental Frank País, de que en los territorios liberados por el Ejército Rebelde continuaran las clases donde hubiera escuelas y se abrieran aulas donde no existieran. En mi caso, sustituía a la maestra propietaria que, al

* Con la publicación de este trabajo, la Revista le rinde homenaje al autor, fallecido el 17 de enero de 2007.

producirse los acontecimientos se hallaba en la ciudad. Fue una labor breve, hermosa, pero no exenta de riesgos. No existía ninguna garantía, ni la bandera blanca que izábamos, de que el Ejército del régimen, en su rabia y desesperación, no ametrallara la escuela. Máxime cuando la decisión de los padres de enviar sus hijos a clases, entrañaba un apoyo a “los barbudos”, como cariñosamente los llamábamos entonces. Fue por ello que entre todos los vecinos hicimos un inmenso refugio que daba cabida a los aproximadamente cuarenta estudiantes. Recuerdo que más de una vez, ante la cercanía de las avionetas, tuve que hacerlos entrar en él, lo cual se realizaba disciplinadamente a pesar de la urgencia. Confieso que para mí fue una difícil prueba no haber sido yo de los primeros en correr hacia su interior, y haberme mantenido afuera sereno hasta el final, cuando ya todos estaban dentro. Es decir, que tuve que empezar por ser maestro de mí mismo y asumir otros riesgos cuando la columna se fue a la toma de Cueto y quedamos a expensas de las represalias de la guardia rural. Como la escuela era de seis grados, de ocho a diez de la mañana atendía a los niños de primer grado, que eran los más dependientes; y de diez a una, a los de segundo en adelante hasta el grado sexto. Por suerte, mi hermana Nancy conservaba algunas libretas de cursos anteriores, y por ellas dictaba mis lecciones. Trataba siempre de que todos estuvieran haciendo algo, y si se podía establecer alguna relación entre los contenidos de un grado y otro, mejor. El material escolar lo facilitó mi padre, dueño de una pequeña tienda mixta, es-

tablecimiento muy característico del “campo”, donde había víveres y una pequeña muestra de otros artículos, que alguien podría necesitar de apuro antes de ir a otra barriada o a la ciudad. Así pues, con mayores deseos que posibilidades de hacerlo bien, cumplí con la tarea asignada, la primera en nombre de la Revolución. De este modo, comenzaba por entonces a escala mínima a hacerse realidad en diferentes puntos de la isla el programa del Moncada.

Consumado el triunfo revolucionario, me dirigí a la Escuela Normal para Maestros de Holguín, pero en ese centro no tenían ninguna disposición referida a los que fuimos maestros rebeldes, como se rumoraba, y por tanto continué el bachillerato.

Vino luego la Campaña de Alfabetización y aunque pertenecía a la Brigada Conrado Benítez, me vi obligado a regresar a casa al llamado de mi padre, quien había quedado solo por el tratamiento, hospitalización e intervención quirúrgica de mi madre en la capital; por ello debí conformarme con ser Alfabetizador Popular de cinco personas en mi zona de residencia. Todavía me asombro –aun en contra del consejo del poeta Horacio de no asombrarse de nada– de la rapidez con que aprendieron a leer y escribir, lo cual atribuyo a la euforia y pasión con que se vivieron esos años. Al declararse el país Territorio Libre de Analfabetismo, la *teacher* Angustia, una de las responsables en la zona, me recomendó a la Junta de Coordinación, Ejecución e Inspección (JUCEI) como maestro popular. Aprobado por esta, ocupé el quinto lugar en el escalafón municipal con el que pude obtener en propiedad

la Escuela Rural N° 52 Miguel Teurbe Tolón de Bajo el Cerro, de Yaguajay. El salario era de \$112.65 y el Ministerio de Educación centralmente se encargaba de expedir el cheque al portador, que se cambiaba en cualquier tienda, sólo con la firma. Allí era director de aula y maestro de primer grado. Otra maestra impartía por la tarde los grados restantes. Para llegar a esta escuela recorría diariamente a caballo por lomas y pendientes varios kilómetros, tal vez más de diez. No recuerdo haber faltado a clases. Únicamente la crecida del río podía impedírmelo, no así el temor al fango y las tempestades u otras calamidades. Pero como todo tiene su lado bueno, aquella circunstancia me dio la posibilidad de usar como pares de medias las que en los últimos años habían quedado “viudas”, experiencia por la que muchos hemos pasado. Estaba convencido de que difícilmente quien al encontrarse conmigo y viera mis zapatos y mis medias por el lado del caballo al que se me acercaba, daría la vuelta por delante de este y mucho menos por detrás. Era, en fin, una oportunidad única, que aproveché muy bien. Ya por entonces las medias y los pañuelos, o mejor dicho, el derecho a un bono para su adquisición, se otorgaban en las reuniones de los Comité de Defensa de la Revolución (CDR) o en las de las asociaciones campesinas. Todavía no se había establecido la libreta de abastecimiento ni la de productos industriales. Recuerdo que en una ocasión, como si hubieran adivinado mis carencias, me lo concedieron a mí, y no niego que me puse muy contento; al fin y al cabo era también un reconocimiento o consideración por mi tipo de

trabajo. Poco tiempo después éramos los maestros los que entregábamos bonos para zapatos a los alumnos que más los necesitaban. Aún conservo las listas de los beneficiados. Deficiencias metodológicas aparte, que debo suponer o no ignoro, mi legado fue haber demostrado con mi presencia sistemática en el aula un alto sentido de la disciplina y del deber, una gran responsabilidad, y en alguna medida, de espíritu de sacrificio. Gestioné también para aquella escuela tan apartada un mobiliario nuevo, que con mis propios recursos hice llegar allí. ¡Qué distantes ya mis recuerdos en el tiempo, pero cuán vivos aún muchos de ellos!

Por ostentar también lo que se llamaba el mejor derecho escalafonario, los dos cursos siguientes los desarrollé en la ciudad de Banes mediante interinaturas en aulas de sexto grado de las escuelas José Tey y Frank País. En ellas me sentía más a gusto, pues los contenidos de las clases tenían un peso mayor y podía recorrer diversas asignaturas y temas de mi agrado, que sabía les serían útiles a los alumnos en su vida diaria y en su comprensión del mundo, aun cuando no continuaran estudios, pues creo que todavía no eran obligatorios o lo eran sólo hasta sexto grado. Me refiero al Español, las Matemáticas, la Historia de Cuba, la Geografía con la descripción de las nubes, los volcanes, etcétera, y otras materias más. Rimaba para mis alumnos, como recurso mnemotécnico y su empleo en los matutinos, la biografía de Céspedes y otros mensajes educativos. Por ese tiempo fui dos años financiero de 100% de cotización de una sección sindical territorial que abarcaba escuelas del

centro y de varios repartos del pueblo, algunos distantes hasta tres kilómetros. Fue una verdadera hazaña. Pero no me faltó apoyo en esta tarea, y sobre todo uno muy importante, el de una maestra que se ofreció como mi activista en el cobro de dos escuelas. No sólo fue mi colaboradora, sino pocos meses después mi esposa, mi pianista acompañante en las actividades culturales, y con el paso del tiempo la madre de mis tres hijos. Comenzaron a realizarse por aquella época pruebas de nivel de sexto grado, una especie de examen estatal. Los temarios o cuestionarios eran aplicados nacionalmente por los inspectores, hoy metodólogos, y calificados por los maestros más experimentados. Tuve la gran satisfacción, tal vez la primera después de mi buen desempeño como alfabetizador, de que en aquellos exámenes en los cuales no intervine para nada, mis alumnos obtuvieran muy buenos resultados y se me seleccionara maestro de los cursos de verano, algo que en nuestros días pudiera parecer insignificante, pero que en aquellos tiempos era para los iniciados un alto reconocimiento. Creo que esto, el volver a palpar los frutos del esfuerzo, influyó decisivamente para que continuara en el magisterio, pero con otra perspectiva y me propusiera nuevas metas, como fue en 1964 mi osada presentación a examen de oposiciones para cubrir una plaza de profesor de Español en Secundaria Básica (¡quién podría imaginar eso ahora!), y cuatro años más tarde el traslado a La Habana con mi esposa e hijos (solo dos entonces y uno más nacido allá) para realizar estudios universitarios.

Los años que trabajé como profesor en la Escuela Secundaria Básica Conrado Benítez, de Banes, fueron de entrega total a la Revolución. La calidad profesional del claustro –algunos habían sido profesores míos en el bachillerato– y también la preparación político-ideológica y combatividad de varios de sus miembros ejercieron una estimulante influencia en mí. Creo que como decía el poeta latino, me faltarían los días para enumerar... en mi caso, todo cuanto hice. Preparaba con un gusto extraordinario mis clases, que incluían la elaboración de medios auxiliares, para lo cual me ayudaban mis estudios por correspondencia de dibujo y pintura y mis experiencias como rotulista y miembro de la Asociación de Pintores de Holguín en tiempos de estudiante. Por esta habilidad y afición me convertí casi en el dueño de los murales y aporté ideas para estimular la emulación estudiantil, sobre todo en cuanto a la asistencia a clases. Considero que el logro mayor de la escuela entonces fue haber erradicado el fraude académico en todos sus años y grupos. También fundé dos periódicos que yo mismo mimeografiaba, de los cuales vio la luz un solo número. Uno creo que se llamaba *El Educador* y el otro, *El Divulgador Sindical*. Como diez años conservé ejemplares, hasta que me convencí de que ya habían cumplido su función en la escuela. Por los títulos, ¡ya se los pueden imaginar!... Una alumna mía, que después estudió acá en la Facultad, Marta Toro, recordaba una de mis iniciativas, la imagen de un niño bien sentado en su pupitre que yo colocaba en las aulas, con una rima sobre lo que era una obsesión entonces en Español:

“Cuando vayas a escribir/ cuida bien tu ortografía / y recuerda al comenzar / dejar margen y sangría”. Me preocupaba por mi autosuperación, sin desatender lo demás, que era –dadas las circunstancias de aquellos tiempos– quizás más urgente, y la complementaba con mi asistencia sistemática a los cursos de superación en la provincia. En la última evaluación la profesora destacaba “mi perspicacia para la gramática”, yo diría mejor, que mi sensibilidad para apreciarla y disfrutarla, al extremo de que muchos años después tuve una, la de Roca Pons, como libro de cabecera en una zafra. Llegué a dominar todos los contenidos del nivel e impartir los tres programas. Participaba en las movilizaciones de los estudiantes a la agricultura en el receso de Semana Santa y en otras, precursoras de la Escuela al Campo. Todo lo hacía con mucha alegría, lo que me daba fuerzas para atender no sólo varios grupos, sino impartir clases por la noche de superación a trabajadores de la construcción y ser asesor de las clases que se ofrecían a estos por la mañana, antes del inicio de la jornada laboral (1963-1964). Simultanear actividades era una urgencia del momento que muchos como yo asumían ante la necesidad de maestros generada no sólo por la creación de nuevas escuelas y la incorporación masiva a las escuelas de niños de todas las edades, que habían dejado las aulas para trabajar o no podían asistir a ellas por otros motivos, sino también por la Campaña de Alfabetización, que tuvo continuidad en los cursos de seguimiento a los alfabetizados y paulatinamente en los de Educación Obrera y Campesina, y lue-

go de Secundaria Obrero Campesina, hasta llegar a los cursos de Facultad. Mi esposa, por ejemplo, trabajaba en una escuela primaria por la mañana, en otra por la tarde, y al salir, atendía dos o tres horas la Biblioteca Municipal.

Simultaneando fui también profesor en Secundaria Obrera (1964-1965) nada menos que de Matemáticas, lo contrario de lo que enseñaba por el día; asesor regional Nipe de las Escuelas Obrero-Campesinas (EOC) entre 1965 y 1966; profesor de Español en sesión contraria en otra secundaria urbana, la Cándido Grass, y su director cinco meses por licencia de la titular; profesor por poco tiempo de los Cursos Dirigidos Industriales, e igualmente de la Escuela Básica de Instrucción Revolucionaria (EBIR); y del curso a trabajadores de los centrales de la región; también impartí clases a dirigentes del Regional del Partido. Con ese cúmulo de actividades pude llegar a ser vanguardia, a pesar de los méritos extraordinarios de otros compañeros como Iván Thompson, que era todo un paradigma de maestro y revolucionario, e integrar desde su fundación el movimiento de Activistas Pedagógicos y la Brigada Frank País del Llano, donde ocupé responsabilidades. Igualmente fui profesor guía (instructor) de los Cursos de Superación Educacional (ISE) en el curso 1967-1968 al tiempo que recibía clases superiores de Ángel Pérez, un hombre cultísimo como pocos, padre del profesor Ángel Pérez Herrero. Por otra parte, el trabajo sindical en la escuela y mi proyección en otras esferas propició que en el primer proceso de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) “Que las masas elijan y elijan a

los mejores” me eligieran cuadro municipal no profesional y desempeñara el cargo de divulgación y propaganda en el nivel regional, donde no estaba cubierto. Me convertí en corresponsal de las actividades obreras y sindicales (tres años antes había pasado un curso para ello), llené la ciudad de vallas y carteles con la propaganda que se me orientaba, e influí para que los reconocimientos fueran las *Obras completas* de José Martí y banderas cubanas. Había integrado la Defensa Popular y, posteriormente al reestructurarse esta, me hicieron, al menos en la práctica, no sé si en papeles, oficial de operaciones de la reserva de la División de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) por mi aptitud y disposición para ese tipo de trabajo. Con este aval llegué a La Habana en julio de 1968.

No disponía de mucho tiempo para matricular la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, pues era el día de cierre del plazo en la Escuela de Letras y de Arte (hoy Facultad de Artes y Letras). La secretaria general Yolanda Montané me dio la oportunidad de traer más adelante de Oriente o pedir allá los documentos que me faltaban. Me aconsejó, sin embargo, que examinara todas las asignaturas de ciencias y letras, y no sólo las pendientes del bachillerato, ya que se promediaban en una calificación única, y eso me haría más fácil el trámite. Así lo hice. Había una prueba de selección para todos los aspirantes, la cual consistía en un dictado y una composición sobre un tema de actualidad: los sucesos en Checoslovaquia. De aplicar estos ejercicios, se ocupó el doctor Salvador Bueno. En los cristales de la Secretaría aparecían las

listas de los aprobados. Mi esposa era quien miraba si mi nombre aparecía en ellas, y luego yo me atrevía a confirmarlo con mis propios ojos. El mismo temor y ansiedad experimenté cuando aparecieron los otros listados. Después vendría el anuncio para la entrevista, que la hacían un profesor y dos representantes de las organizaciones juveniles. Fue entonces cuando conocí no sólo a la doctora Mirta Aguirre, con quien me relacionaría más cuando ella era miembro del Consejo Asesor del Ministro de Cultura y yo, el secretario de actas; sino también a Marina Esturo Carbonell, mi profesora más tarde en el curso introductorio, y a Adolfo Cruz, a quien atendí cuando impartió como adjunto Latín en Lenguas. La entrevista fue breve y cordial y al término, la doctora Aguirre expresó su convicción de que por todo cuanto yo me había esforzado hasta ese momento y mi vocación, llegaría a ser profesor de la escuela. Esto lo supe por Marina, y mucho después por ella misma que, no obstante, me recordó más de una vez que tenía una plaza para mí en el Instituto de Literatura y Lingüística que dirigía. Ofrecimiento semejante debo agradecer, también como un halago y un reconocimiento a mi trabajo, al licenciado Pablo Pacheco desde que era director del Instituto Cubano del Libro y después del Centro de Investigaciones Juan Marinello. La primera oportunidad de dar clases en un aula de la Facultad me la ofreció la propia doctora Aguirre en 1970 y fue como profesor de Gramática española en el curso introductorio de la Facultad de Humanidades, que coordinaba o dirigía la profesora de Historia Leonor Ama-

ro. Tres alumnos míos de aquel curso fueron después profesores de la Universidad.

No tuvimos mi esposa y yo ninguna dificultad en conseguir trabajo de inmediato. La doctora Olga Vilasó, comprensiva y amable, la ubicó a ella en la Secundaria Básica Camilo Cienfuegos, de Lawton, cerca del apartamento donde íbamos a residir mientras cursara los estudios; a mí, en la Pablo de la Torrente Brau, de Mantilla. Lamentablemente el Regional de Educación de 10 de Octubre no pudo cumplir su palabra y garantizarme el horario de la tarde a partir de la una o una y media para que asistiera a la Universidad (las clases comenzaban a las 2:45 p.m.), creo que era mucho pedir. Ante tal contratiempo irresoluble e imprevisto, me vi obligado dos o tres meses después, a solicitar mi liberación y acogerme a la Resolución 258 de la CTC, en lo que conté con el apoyo de tres inolvidables compañeras. Logré, sin embargo, que se me autorizara a hacer sustituciones en la escuela de mi esposa. De esas incursiones mías ocasionales quedó la huella, al menos, en dos profesionales que asombrosamente me reconocieron muchos años después: uno, convertido en maestro; otra, en estomatóloga. Concluidos los dos primeros años de la carrera, opté por la Licenciatura en Lenguas y Literaturas Clásicas, como lo habían decidido ya mis compañeros y amigos Ángel M. Roda Rial, Ester Noval Viqueira y Emilio Sánchez Cartas, que por diferentes caminos, llegaron a ser profesores de la Universidad. En diciembre de 1971 la sección de Clásicas me nombra alumno ayudante de Latín, y comienzo a prestar servicio en el ter-

cer año del curso regular diurno de la Facultad de Español del Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona (ISPEJV), que funcionó un tiempo en el edificio Lasso de la Vega, de Miramar, y posteriormente en otras instalaciones de Ciudad Libertad. Me he sentido siempre satisfecho de haber contado con muy buenos alumnos allí, algunos de los cuales integran el claustro de aquel centro, en el que me mantuve hasta enero de 1974, y con el que no he dejado de mantener vínculos estrechos, aunque no ya tan sistemáticos. Al mismo tiempo explicaba Latín al curso para trabajadores (CPT) y Gramática española a Letras y por la noche a Lenguas Extranjeras, donde entre otros amigos, fueron discípulos míos Natalia Revuelta, Elsa Hernández Costales y Adigio Benítez, quien ocupó cargos como yo en el Consejo Nacional de Cultura.

Durante los cinco años de estudiante asistí a la Escuela Militar de San José de las Lajas y a la preparación militar de la Universidad, y participé en la investigación socio-cultural en el Escambray, en las movilizaciones a la agricultura, principalmente en el Plan Plátano de Artemisa y las zafras de 1970 y 1971 en Aguada de Pasajeros y en el Central España Republicana, respectivamente; sin contar los trabajos de fines de semana y nocturnos en los muelles, en la imprenta P. Fernández, en las fábricas de jabón y varios productos más y en la Elio Llerena de artículos de aluminio, entre otros. Todo esto requirió un esfuerzo familiar grande, pues teníamos tres hijos menores y mi esposa trabajaba. Vicepresidente de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) de la

escuela al separarse esta organización de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), fui también elegido joven ejemplar, y en 1973, en reunión presidida por la doctora Iraida Rodríguez, directora de la escuela, el más destacado de los graduados integralmente.

Aunque había sido asignado a la Universidad al igual que Romualdo Santos, Abel Prieto y algunos compañeros más, casi al concluir el semestre nos informaron que el Ministerio de Educación nos había ubicado en otros organismos. Por esta razón integré, primero como asesor y meses después como subdirector, la Dirección de Literatura del Consejo Nacional de Cultura (CNC), dirigida por el poeta, diplomático y ex profesor de la Universidad Adolfo Martí Fuentes. No puedo dejar de decir, al menos de paso, aunque se aleja de mi relato, que mucho aprendí allí de él, de otros valiosos compañeros, y de mi relación con escritores de todo el país, miembros de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y de los Talleres Literarios. No obstante, continué impartiendo Latín por las noches en la Universidad, incluso en los años 1976-1977, cuando me incorporé a la microbrigada de Cultura en Alamar, donde trabajaba diez horas diarias y me desempeñé como jefe de personal del Prefabricado Girón, director de la micro durante dos meses, y obrero, ayudante de albañil, durante un año. Como tal fui seleccionado trabajador ejemplar e ingresé en el Partido Comunista de Cuba. En una de sus escuelas del municipio Plaza resulté el Mejor Estudiante del curso, que estaba a cargo del médico y profesor Alejandro Parisi, una persona extraordinaria.

En ese período de seis años que se extiende de 1974 a 1980, cuando pasé a trabajar a tiempo completo en la Universidad, aparte de mis funciones en el CNC y en el Ministerio de Cultura (MINCULT), defendí el trabajo de grado “La *Latinitas*”, que no había sido requisito al graduarme; continué enseñando Latín en el curso para trabajadores de las escuelas de Letras y Arte, y de Lenguas Extranjeras, y en el curso regular diurno de Letras; al tiempo que fui asesor de cuatro profesores que impartían Latín, y tutor de una alumna ayudante. Obtuve la categoría docente principal de instructor adjunto y, a petición de la doctora María Castro, jefa del departamento, redacté las Orientaciones metodológicas de Latín II (1978). Por otra parte, viajé a la URSS al frente de una delegación de escritores; fui jurado de los concursos nacionales “La mujer en la Revolución”, en reportaje televisivo, y “La Edad de Oro” en música (letra de canción), cuyo premio lo obtuvo Guido López Gavilán; así como en concursos municipales y provinciales de talleres literarios. Asimismo, presidí la Comisión de Divulgación de la Esfera del Libro del Ministerio de Cultura, encargada de los Sábados del Libro; sustituí durante trece meses a Mayra Aguilera, jefa del Departamento de Promoción, el cual atendía las ferias del libro y exposiciones nacionales y en el exterior, actividades en que conocí y tuve el apoyo de muchos amigos y amigas, que mi corazón desearía nombrar; integré más de un año el Comité Preparatorio del Buró Sindical y, a petición e insistencia de Antonio Núñez Jiménez y con su colaboración,

traduje del latín en 1979 un extenso poema renacentista y otros textos neolatinos relacionados con Cuba, que fueron el inicio de mi ya larga actividad como traductor, que culminó recientemente con la localización y traducción del latín de la *Metafísica* de Félix Varela de 1812, dada por perdida.

Durante los últimos veintiséis años, dedicados por entero a la Universidad, he logrado mi realización completa como profesional. Añadiendo poco a lo poco, como aconsejaba Hesíodo, he hecho mucho más de lo que hubiera pensado o me hubiera propuesto en cada una de las etapas de mi vida. Lo primero fue robustecer mi formación con la matrícula y evaluación de numerosos cursos de postgrado, estudios y entrenamientos, impartidos en la facultad, los cuales suman la elevada cifra de cuarenta y cinco, de ellos cinco ofrecidos por profesores de universidades de París, Salamanca, Madrid, Barcelona y Valencia. De esos cursos y de las investigaciones por plan, principalmente sobre la tradición clásica y el neolatín, y de estancias en España y México, se han derivado treinta y cinco ponencias en eventos científicos nacionales e internacionales, seis de ellos realizados en el extranjero; más de 150 publicaciones en revistas, folletos y libros colectivos, veinticuatro de ellas en seis países (Argentina, Brasil, México, Estados Unidos, España y Bélgica), las cuales comprenden artículos, traducciones del latín, orientaciones metodológicas, glosarios, reseñas... Fruto de todo ello ha sido, directa o indirectamente, mi tesis de Doctorado en Ciencias Filológicas *El latín en Cuba*, defendida en 1995, destacada de

Universidad, mención anual de la Comisión Nacional de Grados Científicos, en 1996, y Premio Anual de la Academia de Ciencias de Cuba en 1999; y otros cuatro premios, dos en colaboración; cuatro menciones, dos como coautor, una de ellas en el Premio de la Crítica Mirta Aguirre, y cuatro recomendaciones. A ello debo agregar las conferencias dictadas en México, Italia y España.

Docentemente, transité por las categorías de asistente (1983), profesor auxiliar (1987), y profesor titular en el 2006. He impartido seis asignaturas de pregrado en la Facultad de Artes y Letras, y además prestado servicios en las de Lenguas Extranjeras y Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, en la Facultad de Español y Literatura del ISPEJV y en la Facultad de Música del Instituto Superior de Arte. Desde hace más de una década he impartido un curso libre de Introducción al latín en Extensión Universitaria, continuado luego en la Oficina en Cuba de la Unión Latina, e intervenido en ciclos de conferencias magistrales. He tenido a mi cargo seis asignaturas en la Maestría en Filología y Tradición Clásicas, de cuyo Comité Académico soy miembro, dos diplomados, cursos de postgrado y entrenamientos. He sido tutor de adiestrada, alumnos ayudantes, alumnos de alto aprovechamiento, tutor de trabajos de diploma y de curso, tesis de maestría; consultante, oponente y miembro de tribunales de trabajo de diploma, de trabajos de curso y tesis de maestría, del tribunal de examen estatal del Pedagógico, de doctorados, como integrante del tribunal nacional permanente del grado de doctor en

Ciencias Filológicas y el de mención en Lingüística Hispánica, exámenes de mínimo de idioma español y categorías docentes de asistente e instructor, y del tribunal de la municipalización. Desde el 2004 soy miembro del Consejo Universitario de Postgrado.

Paralelamente me he desempeñado como segundo jefe del Departamento de Lingüística y Letras Clásicas durante siete años y jefe dos años de él y de la cátedra de Filología y Tradición Clásicas; profesor principal del colectivo de Letras Clásicas (1989-1996) y jefe de la disciplina de Letras Clásicas desde 1989, año en que elaboré los dieciséis programas del Plan de estudios C y dos Orientaciones metodológicas de Latín III y IV en colaboración; profesor guía y coordinador de año durante dieciocho años; miembro de la Comisión de Carrera de Letras (2000-2002); presidente y miembro de los Tribunales de Exámenes de Ingreso a la Educación Superior por más de diez años; miembro de la Comisión Nacional de los Pedagógicos del Ministerio de Educación, que elaboró planes y programas de Español (1989); miembro de la dirección del núcleo veintitrés años consecutivos, aparte de otras tareas; miembro designado del Consejo Científico de la Facultad de Educación a Distancia desde hace dieciocho años; fundador y miembro de las Cátedras Martiana y Camila Henríquez Ureña de la Universidad de La Habana (1984) y de la Asociación de Lingüistas de Cuba, de la que soy jefe de la sección de Letras Clásicas e Indoeuropeo; miembro del Comité Nacional para la Olimpiada Cultural (2003-2004); del Grupo de Estudios Helénicos; de la Sociedad

Internacional de los Amigos de Kazantzakis; miembro de la Sección de Traducción Literaria de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba desde 1999; vicepresidente desde 1996 de la Sociedad Cubana del Libro (SCAL), que preside la doctora María Dolores Ortiz; colaborador del Centro de Estudios Martianos; miembro fundador de la Sociedad Cultural José Martí; miembro de la International Association for Neo-Latin Studies desde 1997, en dos de cuyos congresos (Ávila y Bonn) he participado.

He sido, además, editor-jefe de la revista *Universidad de La Habana* (1992-1997), dos de cuyos números recibieron premio universitario de Investigaciones; y subdirector del Cuaderno *Patria*, de la Cátedra Martiana desde 1999; jurado de los Seminarios Juveniles de Estudios Martianos de Facultad, Universidad, Municipio, Provincia y Seminario Nacional; jurado del Concurso 13 de Marzo de Extensión Universitaria en 1995 y 1997; del Concurso 27 de Noviembre de Ciencias Médicas de 1991; jurado de los Encuentros Debates Nacionales de 1983, 1984 y 1995; jurado del Premio Nacional de la Crítica (1993); jurado del Premio Nacional de Traducción Literaria José Rodríguez Feo de la UNEAC, 1998; jurado del Premio Panlatino de la Unión Latina y la FLEX (1999). He colaborado en Radio Rebelde en la sección “Y me hice maestro” (1999-2001) de la Revista Cultural Así, en el documental *Motos* de Jean Padrón, y con numerosos especialistas e instituciones en la traducción o revisión de frases latinas, glosarios, poemas, texto de canciones,

escrituras de propiedad y otros documentos, varios de ellos dados a la luz en libros y revistas por críticos, novelistas, y editores (Margarita Mateo Palmer, David Curbelo, Ana Cairo, Rolando Rodríguez, Guillermo Rodríguez Rivera, Virgilio López Lemus, Esteban Llorach, y otros). He colaborado asimismo con el grupo *Ars Longa* y con la revista *Opus Habana*. En la Emulación Sindical y la estimulación institucional, he obtenido dos premios de Universidad; he sido veinte o más veces destacado de Facultad, y muchas más de departamento; destacado Alma Máter en tres ocasiones, Vanguardia de Facultad en 1983, y Destacado provincial del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, la Cultura y el Deporte (SNTECD) en el 2000.

He recibido ocho condecoraciones de carácter nacional, entre ellas, para no relacionarlas todas, la Medalla de la Alfabetización y las Distinciones José Tey, Por la Educación Cubana y Por la Cultura Nacional, así como el Sello 270º Aniversario de la Universidad. Se me ha concedido en cinco ocasiones el

Premio para un Maestro de la FEU, que me estimula una y otra vez a seguir esforzándome, y en el vigésimo aniversario de la fundación de Alamar, fui reconocido como Vecino de Honor por el Poder Popular Municipal. Por último, como agradecimiento por la colaboración que he prestado vertiendo al latín o revisando sinopsis de plantas en esa lengua a especialistas de distintos organismos, uno de ellos, Rafael F. Castañeda Ruiz, del Instituto de Investigaciones Fundamentales en Agricultura Tropical Alejandro de Humboldt, bautizó en 1986 una especie de hongos con el nombre de *Physalidium Carbonis*, gesto que mucho le agradezco.

En resumen, mi vida no ha sido sólo la mía, pues son muchos los que pueden contar historias similares, sino un ejemplo, uno más, del quehacer de miles y millones de personas que hemos vivido en Cuba en el largo período de transformaciones y logros que ha sido la Revolución. En latín: *tempus faciendi* (época de creación).

La luz del museo

Mario A. Padilla Torres

Historiador e investigador

Un museo emana luz y hace ver elementos que nunca imaginamos o no comprendíamos. Al alumbrarnos, su esencia estética aparece y si nos adentramos sentimos el momento de lo que observamos.

Es un gigante espiritual que transmite ideas, pasado, presente, crea parte de las bases de los valores morales e impulsa al ser humano a reconocer virtudes pretéritas para emplear en la actualidad.

Está asociado a la identificación del hombre con la cultura, brillando porque nos presenta el valor testimonial y las evidencias como patrimonio.

Según los estudiosos de la Museografía, el origen histórico fueron los *museion*, donde se recogían los conocimientos de la humanidad. Dicen que era un conjunto de edificios construidos por Ptolomeo Filadelfo en Alejandría (siglo III a.n.e.) organizados sobre un abanico de programas, el cual incluía colecciones, jardín botánico, salas de trabajo y estudio, biblioteca, anfiteatro, observatorio y otras actividades. Lo cierto es que hasta nuestros tiempos, el museo representa un sol cultural.

John Cotton Dana, fundador del Museo de Nework, en Nueva Jersey, en 1909 expresaba: “Un buen museo atrae, entretiene, despierta curiosidad,

conduce al cuestionamiento y, por ende, estimula el aprendizaje”. Tales observaciones tienen una gran vigencia, pues nos ratifican las palabras de algunos de nuestros dirigentes y especialistas sobre el papel de esta institución como creadora de fuente de valores.

Un museo es de por sí un recinto de reflexión. Al llegar a él se produce una atracción espiritual que se traduce en el conocimiento de algo ya sea técnico, político, económico, social o deportivo y, cuando observamos sus exponentes, vemos fotos, videos o tomamos un libro, sentimos el pasado y entonces lo cognitivo se une al sentimiento y el cerebro habla junto al corazón.

Al museo lo podemos definir con muchas palabras o categorías, así por ejemplo el Consejo Internacional de Museos (ICOM) fundado en 1947, lo define como “[...] una institución permanente, sin finalidad lucrativa, al servicio de la sociedad y su desarrollo, abierto al público, que adquiere, conserva, investiga, comunica y exhibe para fines de estudios, de educación y de deleite, el testimonio material del hombre y su entorno”.

Como podemos apreciar, el museo no debe ser algo estático, ortodoxo, sus especialistas tienen que brindar creatividad, propiciar estudios investigativos y transmitir la dulzura de lo expuesto, pues aunque la fuerza de los objetos, fotos y videos por sí solos nos presentan un modelo, es el hombre con su emoción el que le da vida.

La existencia del museo no puede reducirse a cuatro paredes; sacarlo, enviar sus riquezas hacia otros lugares transitoriamente, ya sea el exponente

real o virtual, es una forma de mantener vivo el patrimonio que atesora.

Visitar esos centros llenos de historia y espiritualidad es propiciar el desarrollo de la inteligencia, es favore-

cer el proceso de análisis, es cultivar y recoger frutos.

Un museo es un alma a descubrir, es como el sol, porque tiene su propia luz.



Martí: ayer, hoy y siempre

Jesús Dueñas Becerra

Crítico y periodista

“Es ley que en el hueco del árbol en que se posa el águila anide la serpiente”.

JOSÉ MARTÍ



Ver para creer” es una frase antológica atribuida por la historia del cristianismo a Santo Tomás, uno de los doce apóstoles que siguieron a Jesús, abrazaron y difundieron la doctrina del mesías. No sé por qué curiosa asociación libre, cuando vi en la pantalla de mi ordenador el artículo “Enterrar a Martí”, del periodista Alejandro Armengol, publicado en la edición digital del diario *The Miami Herald*, acudió a mi memoria esa frase del santo católico, porque si no lo hubiera visto... jamás hubiera creído que un cubano, nacido en la mayor de las Antillas, pudiera atacar con saña a José Martí¹ y pedir con gritos histéricos que quienes viven en las entrañas del monstruo y en el indomable caimán caribeño destie-rren el vigente pensamiento martiano y sepulten en los más oscuros rincones del inconsciente freudiano a quien, a cambio de nada material ni gloria alguna, luchó hasta el final de su fecunda vida no sólo por la independencia de Cuba, sino también porque Nuestra América se emancipara del poderoso vecino del norte y la humanidad fuera

libre de pensamiento y de espíritu, que es, según el Maestro, la verdadera libertad. Es osada (o mejor, bien pagada) la pluma de ese periodista, porque ni los más reaccionarios defensores del colonialismo español, ni los ideólogos del imperialismo yanqui se atrevieron a estigmatizar a quien se ha hecho “[...] inmenso contemplando la inmensidad”.²

Ahora bien, ¿cuál es la génesis de ese furibundo ataque contra la vida y la obra de Martí, quien, por derecho propio, ocupa un lugar sagrado en la mente y en el alma de generaciones de cubanos que, desde lo más hondo de su yo patriótico, aman y respetan la venerada memoria del Apóstol?

Muchas y variadas podrían ser las respuestas a esa pregunta:

¿Será, acaso, que las diatribas contra el Héroe Nacional de la República de Cuba están incluidas en los ochenta millones de dólares que aprobara la administración republicana del presidente George W. Bush, para facilitar

la “transición hacia la democracia” (estilo *made in USA*, ¿cuál si no?), en la isla caribeña?

Si esas saetas envenenadas son parte de un macabro plan de desestabilización ideológica dirigido contra quienes vivimos, amamos y creamos en la codiciada Llave del Golfo, cabría preguntar si no les fue suficiente a los enemigos del pueblo cubano el escándalo desencadenado en Miami como consecuencia de la prostitución periodística en la que están involucrados “ilustres” columnistas de *The Miami Herald* y el *Diario de las Américas*, papagayos del imperio que recibían miles y miles de dólares por desacreditar los logros sociales de la Revolución cubana y ridiculizar la labor de los científicos, intelectuales y artistas caribeños, tanto en el territorio nacional como en los más apartados sitios del planeta, a donde llevan vida, salud, educación y cultura, o sea, el mensaje de amor, paz y solidaridad humana que los caracteriza e identifica.

¿Estará el periodista Alejandro Armengol en la nómina de los asalariados del gobierno estadounidense? O es que olvidó que el servilismo NO forma parte del código ético que regula el ejercicio de nuestra profesión, porque, según Martí, “[...] nada lastima tanto como un ser servil; parece que mancha; parece que hace [...] daño”;³ en consecuencia, deja en el alma de la persona servil dos secuelas principales: “[...] la una es que la priva de la paz espiritual y la otra es que el alma se cansa, atormenta, oscurece, ensucia, enflaquece y llaga”.⁴

Otro antecedente de esa iracunda reacción contra el fundador del periódico *Patria* podría estar relacionado

con la publicación en Miami del libro *Los seis grandes errores de Martí*, del doctor Daniel Román,⁵ quien se dedicó “[...] a escudriñar con mirada avara en la obra bella [de Martí] los [supuestos] lunares y manchas que la afean”,⁶ e incluso afirmó que el Mayor General del Ejército Libertador “[...] se suicidó el 19 de mayo de 1895 al ofrecer deliberadamente su pecho a las balas españolas [...]”.⁷

Los “lamentables errores” imputados a Martí por el también psicólogo clínico, historiador, teólogo y periodista cubano-americano fueron refutados con argumentos irrefutables por el profesor Paul Estrade,⁸ eminente catedrático de la Universidad de París VIII, y por el autor⁹ de este artículo..., pero, al parecer, Armengol buscó un punto de apoyo en ese libro, para fustigar el legado patriótico y antimperialista dejado a la humanidad por el espíritu más libre y puro que ha conocido la Historia.

Otra posible explicación a ese furibundo ataque contra la figura del Apóstol podría ser el odio y el resentimiento que sienten los anexionistas de nuevo cuño por NO poder morder la anhelada “fruta madura”, cuya semilla de la dignidad la defenderán once millones de espinas que se atravesarán en la garganta del monstruo imperialista y de los buitres que osen posar sus garras en esta bendita tierra, que siempre estará abierta al entendimiento con el otro..., pero jamás a la sumisión y el entreguismo.

Por último, estoy de acuerdo con las conclusiones a las que llegaron los intelectuales martianos, presididos por el jurista Armando Hart Dávalos, director de la Oficina Nacional del Programa

Martiano, el poeta y ensayista Cintio Vitier y el historiador y escritor Eliades Acosta Matos, director de la Biblioteca Nacional José Martí, en su enérgica respuesta a quienes aspiran a enterrar a Martí: hay que dar divulgar muchísimo más la vida y la obra del héroe de Dos Ríos para que en todas partes del orbe se conozca al dedillo la herencia intelectual y espiritual legada por José Martí a la humanidad.

No quisiera finalizar este artículo sin antes recordarle al periodista Alejandro Armengol que “[...] el respeto a [quien] lo merece honra al que sabe respetar”¹⁰ y “[...] el que respeta se honra tanto como el respetado [...]”,¹¹ porque “[...] no hay tormento mayor que escribir contra el alma, o sin ella”.¹²

Notas

¹ Martí, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. 28 t.

² Batlle, Jorge Sergio. *José Martí: aforismos*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2004. p. 182.

³ *Ibídem*: p. 353.

⁴ Dueñas Becerra, Jesús. En defensa de la flor. *Vivarium* (La Habana). 23:55; 2005.

⁵ Román, Daniel. *Los seis grandes errores de Martí*. Miami: Ediciones Universal, 1993.

⁶ Batlle, J. *Op. cit.* (2). p. 87.

⁷ Estrade, Paul. De la discrepancia en la investigación martiana (a propósito de un libro de Daniel Román). *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 95(1-2):57; 2004.

⁸ *Ibídem*, pp. 54-67.

⁹ Dueñas Becerra, Jesús. ¿Martí suicida? *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 97(3-4):179-182; 2006.

¹⁰ Batlle, J. *Op. cit.* (2): p. 345.

¹¹ *Ídem*.

¹² Martí, José. *El periodismo como misión*. La Habana: Editorial Pablo de la Torriente, 2002. p. 378.

La maestría de Zoila Lapique

Mercedes Santos Moray

Poetisa, novelista y ensayista

En mi niñez, cuando comencé a transitar por el mundo del arte y de la cultura, al abrigo de mi madre, quien amante de la música y del teatro cultivó la amistad de notables figuras como los maestros Gonzalo Roig y Ernesto Lecuona, creía que en planos de igualdad la creación artística y la calidad humana iban al unísono.

Muchos años después, luego de haber interiorizado la experiencia, y de cultivar yo misma el ejercicio intelectual, sigo apreciando el talento de los hombres y las mujeres que se dedican al arte y la literatura, aunque sin aquella dosis de ingenuidad infantil.

Por eso, cuando descubro ejemplares como Zoila Lapique, a quien conocí en mi adolescencia en los salones de la Biblioteca Nacional José Martí me admiro, y recobro aquella fe que entonces solía generalizar, porque veo cómo una de las más laboriosas e inteligentes bibliógrafas cubanas, una de nuestras más autorizadas voces en el campo de la investigación sociocultural e histórica es, también y sobre todo, un ser humano de enorme generosidad que abre su espacio, entrega su tiempo y sus conocimientos a cuantos lo demandan, como lo hizo desde su juventud aquel buen amigo que fue Panchito Pérez Guzmán.

Quizás en esta síntesis de amor y trabajo, de bondad y erudición esté la

clave de la maestría de Zoila, quien ha sido laureada por la obra de su vida con el Premio Nacional de Ciencias Sociales, y a quien debemos más de un título imprescindible para el estudio de la cultura cubana desde sus orígenes coloniales.

En la pasada Feria Internacional del Libro, y publicada por las Ediciones Boloña, de la Oficina del Historiador de la Ciudad, se presentó una nueva investigación de esta incansable científica y humanista que cuenta ya con setenta y seis años de plena lucidez.

Me refiero al volumen *Cuba Colonial. Música, compositores e intérpretes*, obra de Zoila Lapique Becali que bien merece el calificativo de monumental, pues abarca casi cuatro siglos de la música escuchada y producida en nuestro archipiélago desde 1570 a 1902, y que incluye además como valor añadido las principales y más antiguas partituras.

El libro se enriquece también con un grabado (xilografía) aparecido por primera vez en *La historia del Novo Mondo*, de Girolamo Benzoni, publicada en Milán en 1565 y que da a la edición el sentido espiritual de su autora, quien para realizar su escritura debió laborar casi dos décadas entre publicaciones periódicas, partituras, sin desdeñar fuentes orales, lo cual viene acompañado, desde su rigor intelectual,

también de una valiosa bibliografía que hacen de este texto capital de nuestras Ciencias Sociales una obligada obra de consulta.

Música, compositores e intérpretes es un estudio que aborda desde sus semillas, el horizonte de la expresión más genuina, masiva y popular de la cultura cubana, la música y en él aparecen diferentes niveles y referentes como la canción popular y el teatro bufo, tan importante para la escena cubana, los carnavales y también aquellas ya desaparecidas academias de baile, todo engarzado desde un montaje histórico que permite introducirse al lector en el complejo psicológico y social de la cultura cubana en su construcción identitaria.



Alegrías y penas siempre unidas

Marta B. Armenteros

Editora

Hace veintiséis años que trabajo en la Biblioteca Nacional José Martí y ello me ha permitido admirar y relacionarme con personas de gran valor humano e intelectual como la doctora Araceli García Carranza y los doctores Emilio Setién, Jesús Dueñas y Amaury Carbón Sierra.

En primer lugar me referiré a la doctora Araceli, quien este año cumple cuarenta y cinco años de su llegada a la institución, hecho que ella describió de la siguiente manera: “Rompiendo, no sé cómo, con mi timidez de siempre, fui a la Biblioteca y pedí ver a la doctora María Teresa Freyre de Andrade. Ella me recibió, no recuerdo exactamente el diálogo, pero me aceptó. A los dos o tres días, el 1° de febrero de 1962, empecé a trabajar en la Biblioteca”.¹

Su presencia en el centro ha permitido que la Biblioteca Nacional de Cuba pueda contar entre sus trabajadores con la primera bibliógrafa del país del siglo xx y una de las más importantes en este campo a nivel internacional.

Su labor ha sido reconocida con innumerables premios, pero recientemente, el 15 de marzo, durante la celebración del evento “Del papiro a la biblioteca virtual” en la Casa de las Américas, la Asociación Cubana de Bibliotecarios (ASCUBI) y la biblioteca de la Casa... le hicieron un reconocimiento público

por la obra de toda su vida en el campo de la Bibliotecología y la Bibliografía. También el 6 de abril la Sociedad Cultural José Martí, con motivo del cincuenta aniversario del entierro de la Constitución por los estudiantes universitarios, le entregó el diploma “La utilidad de la virtud” por su encomiable quehacer, en acto celebrado en la Fragua Martiana, centro que también recibió tal distinción al igual que a la escultora Thelvia Marín.

Asimismo, el doctor Emilio Setién Quesada, comprobado investigador de la actividad bibliotecológica y trabajador durante años en la Biblioteca, quien posee una obra amplia publicada en Cuba y otros países y que también ha recibido diversos premios por su tenaz e importante labor, recibió el mismo homenaje que Araceli en la Casa de las Américas.

Ambos son exponentes de los valores intelectuales de la institución y contribuyen a que sea uno de los más importantes centros culturales del país.

Igualmente, Jesús Dueñas, un colaborador asiduo de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* y del boletín electrónico *Librínsula*, quien se ha convertido en el divulgador mayor de las actividades de la Biblioteca y que, por tanto, aunque no aparezca en la plantilla, sí es un trabajador más en alma y corazón, recibió un reconocimiento por su destacada labor en la divulgación de las tareas científicas, políticas y culturales del Hospital Psiquiátrico de La Habana doctor Eduardo Bernabé Ordaz, donde bregó durante años. Este psicólogo, periodista y promotor cultural es autor de dos libros dedicados a la danza, en particular al ballet: *La danza*

vista por un psicólogo (2004) y *La danza vista por un crítico teatral. Arte danzario y periodismo cultural* (2006).

Pero entre estas alegrías llegan las penas, pues el 17 de enero falleció el doctor Amaury Carbón Sierra, al cual me unió una bella relación profesional por sus colaboraciones con esta Revista y para la que he recibido su trabajo “De maestro primario a profesor de la Universidad”, texto que es una pequeña autobiografía de un hombre tan lleno de virtudes y méritos, pero a la vez tan sencillo, humilde, amable y todos los adjetivos que califiquen la bondad. Cuando recibí la noticia de su muerte, sufrí un fuerte impacto, pues no imaginé que alguien como él, en plena capacidad intelectual, pudiera desaparecer físicamente. Ahora la Revista no tendrá sus colaboraciones, principalmente para la sección “Documentos raros”, pero nos sentimos orgullosos de haberlas tenido y que seguirán siendo útiles.

Una “personalidad” de la Biblioteca, quizás no en el ámbito puramente intelectual, también nos dejó el 7 de julio de este año: Iluminada Castañeda Martínez, que fue un ejemplo para todos, pues llegó a la institución limpiando pisos, y con la ayuda de muchas personas estudió el técnico medio en Bibliotecología y fue una de las importantes trabajadoras de los Fondos Bibliográficos. Ilu, con su cuerpo rollizo y su andar peculiar, siempre será recordada.

Asimismo este primer semestre del año ha sido de grandes cambios para

la Biblioteca Nacional: Eliades Acosta Matos fue nombrado jefe del Departamento de Cultura del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, labor que asumirá con la inteligencia y tesón demostrados aquí durante casi diez años. En el “Umbral” de este número dice: “Probablemente me perderé, en el 2009, el jubileo por el centenario de la *Revista de la Biblioteca Nacional* a la que tanto tiempo dedicamos, tras rescatarla de una etapa de silencio y oscuridad”, pero ¿piensa él acaso que no le vamos a insistir hasta que por cansancio, y a pesar de su poco tiempo, siga haciendo sus colaboraciones y esté con nosotros celebrando el aniversario de la Revista? Como director llegó a la institución, el doctor Eduardo Torres Cuevas, importante figura de la historia y la cultura cubanas, y al cual le damos la bienvenida, pues sabemos que es un admirador de la Biblioteca desde su etapa de estudiante universitario en la Universidad de La Habana, el cual desde que llegó a la institución se ha ganado el respeto de los trabajadores por el interés demostrado.

Para mí, como para muchos otros, Araceli, Setién, Dueñas, Amaury e Iluminada nos servirán de ejemplo no sólo en el campo profesional, sino también en el espiritual. Para ellos gracias, muchas gracias.

Notas

¹ García Carranza, Araceli. ¿Y cómo ha podido ser? *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 92(3-4):112; jul.-dic. 2001.

Traducción del latín al español de la Oración del presbítero don Santiago Comas

Amaury B. Carbón Sierra

Profesor de la Universidad de La Habana

Presentación

Traducción del latín al español de la Oración del presbítero don Santiago Comas fue publicada en la *Corona fúnebre a la indeleble memoria del excelentísimo [sic] e ilustrísimo Sr. D. Juan José Díaz de Espada y Landa* (La Habana, Imprenta del Gobierno por su Majestad, 1834, 103 p.).

Este discurso debió pronunciarse en la colocación del retrato del obispo Espada en el Aula Magna del Colegio Seminario. El retrato fue costeado por los estudiantes de Derecho. La lista de los contribuyentes forma parte de los papeles de Agustín Saavedra de la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional José Martí, quien la firma: “Suscripción de los estudiantes de Derecho del Colegio Seminario...”. El latín era aún la lengua de comunicación académica erudita.

Para ninguno de vosotros es un secreto, nobilísimos varones, cuán grandes fueron las virtudes por las cuales el ilustrísimo y excelentísimo Don Juan Espada, muy digno obispo de esta Iglesia, logró la inmortalidad de su preclaro nombre. La gravedad de las costumbres, la integridad de su vida, la autoridad, mezclada con el amor, su agudísimo juicio, esparcidos por la iglesia, la patria, las letras y los literatos, así como la beneficencia, sobresalían en él admirablemente, a lo que se debe que los más famosos hombres de todas las categorías lo admiraran con intenso amor. De ahí las notables alabanzas que por su ardiente fervor por la patria mereció por justas razones Espada, las cuales aún ahora parecen resonar en nuestros oídos; sin duda, purísimas manifestaciones de alabanza, puesto que son ajenas por completo a toda expectativa, temor o adulación. Por estos grandes elogios al Venerando Obispo, que fueron hechos por la clase de Derecho

Público, el Real y Conciliar Colegio Seminario de San Carlos consideraría que falta a su deber si no testimoniara su gratitud reconociendo los beneficios recibidos. ¿Por qué medio puede lograrse mejor ese propósito que si se dispusiera de su retrato para colocarlo en el Aula Magna de modo que las venideras generaciones que asistan a este Real Colegio se acuerden con agradecimiento de tan grande sacerdote, de quien incapaz de retribuirle los beneficios recibidos se declara La Habana?

Advertid conmigo –os suplico, prestigiosos oyentes– cómo desde la propia silla episcopal del Espíritu Santo conoció entre otras muchas cosas algo que llevó a cabo por la Iglesia y el bien público: consta también en sus publicaciones cuánto hizo por la equidad nuestro venerable Obispo cuando dotó de los beneficios de la religión a muchos hombres beneméritos que sabía ineptos e incapaces de obrar bien y les concedió una residencia propia. Y no sólo la gran generosidad del jefe de nuestra iglesia se limitaba al excelso círculo de sus amigos y de simples ciudadanos, por el contrario, extendía más aún el radio a la vastísima periferia de menesterosos: mitigaba todas las necesidades imperiosas de cualquier tipo que fueran, todos los infortunios tanto personales como públicos, y a los golpeados por una fortuna adversa, o los desterrados de la patria a causa de condenas de guerra o de partidos les tendía su mano auxiliadora. No hay que asombrarse de que las viudas y los huérfanos, con lágrimas amargas, acompañaran a la comitiva fúnebre con el dolor del bien perdido, y de que la fama de su nobleza de sentimientos se elevara con alabanzas hasta el cielo. ¿Pero qué digo de los huérfanos y las viudas que no lo sea respecto de todos? No sólo los pobres y hombres comunes pagaron debido tributo de amor y dolor. Incluso la flor y nata de la nobleza habanera, y los más honorables sectores religiosos, reales, ecuestres y militares, y los más selectos miembros de la Sociedad Patriótica; además de innumerables varones llamativos por su toga con todo el séquito de la Iglesia acudió en conjunto a tributar honras fúnebres al ilustrísimo Señor Don Juan Espada.

Y como estas cosas son así, ¿quién mejor que este Real Colegio podía, pues, consagrar un obsequio más delicado a la memoria de tan gran hombre que si con fino pincel bosquejara los numerosos beneficios con los cuales el muy sabio Espada colmó a manos llenas este Real Colegio, este recinto de las ciencias?

Pero para que se saquen a la luz los méritos del Venerando Obispo, conviene, famosísimos oyentes, que apreciéis o sopeséis cuán lleno de riesgosa incertidumbre es arrancar de las almas de los hombres los viejos prejuicios y sembrar en ellos el amor a la verdad. Pues todos nosotros tenemos propensión a abrazar estas cosas que hemos aprendido casi con la misma leche de la nodriza y caemos en ellas conforme a las costumbres e instituciones del siglo en que vivimos.

Cada siglo, uno a uno, marca cierta índole o carácter. En la Roma del Imperio, si no en su ocaso, invadió a las almas de los hombres la fuerza de Marte: el honor ecuestre, comúnmente la caballería, sucedió al bélico furor, cuyos efectos sentaron la base del carácter español: honor, fidelidad, generosidad –también muy

grande—, cuyo tipo de hombres es digno; la nobleza brilla en sus propios corazones. Apenas perciben la nueva luz, avanzan en el mundo de las letras con la Teología, el Derecho y la Poética, en cuyos estudios —avergüenza decirlo—, se presta un servicio más diligente por los de afuera que por nosotros. Finalmente llegó el siglo fatal que es llamado filosófico con la falsa significación del término, en el cual mientras se declara una guerra muy cruel a Dios y a la moral, el hombre se vuelve enemigo de Dios y busca en vano el fundamento de la moralidad en donde las ambiciones se propagan libremente una vez quitado el freno de la razón. Así pues, avanzando este siglo en el cual las ciencias físicas, matemáticas, económicas y políticas disputan entre sí por la supremacía, nuestro Obispo, cultivado en todas las artes y las ciencias que había acrecentado su excelente índole, intenso estudio y exquisita educación en la Universidad de Salamanca, descendió a la arena con alegre disposición, observó a su alrededor la naturaleza, las costumbres, las ventajas y necesidades de nuestra ciudad, y apenas dirigió sus ojos al estado de los estudios, le pareció encontrar oculto un cierto secreto para la destrucción de muchos, es decir, algunas opiniones malsanas se introducían en el modelo de los estudios recientes surgidos de la escuela francesa a los cuales se abrazaba con entusiasta ardor la juventud, impetuosa y deseosa de las novedades.

Siempre que creéis arrastrar a los jóvenes incautos con opiniones extravagantes, os equivocáis —dijo el Pastor, al amonestar suavemente: estáis en un error; estableced sólo la religión de vuestros padres como una base cierta de moralidad igual que un Oráculo Divino: A Dios, tu señor, adorarás y a él sólo servirás. El amor de todos vosotros me condujo a vosotros para mostrarles el verdadero camino por el cual los que andáis con el pie inseguro, alcanzaréis la recta senda de las virtudes cristianas de las que proceden las demás, civiles y morales.

Vuestros estudios civiles o profanos no propenden a las utilidades de las cuales nuestra época está necesitada. Ven a nosotros para informarte de las artes que los sapientísimos príncipes juzgaron muy útiles, por lo menos, a principios del siglo. A la Filosofía, hábil y sublime, y no a la Metafísica envuelta en palabras muy largas (literalmente de un pie y medio), siguieron las disciplinas Física, y Matemática: un lugar principal ocupó también la Química, la cual como compañera inseparable del cultivo de los campos, dio sus frutos y aumentó las riquezas de la Isla: precisamente la Economía Política que nos abastecía para poder hacer muchas guarniciones, era llamada de nuevo a ocupar un estado floreciente. Nuestra época no sólo disfruta de bienes reales, sino que con increíble placer se persiguen accesibles ventajas que son de aplicación humana. Incumbe al estudio de la naturaleza y la obliga a dar a los hombres los bienes reales a los que todos tienen afección.

Pero si el estudio de la Jurisprudencia se examina de cerca, aparecerá sin duda que no se cultiva en colegios y universidades esa ciencia que según las costumbres de los españoles y de nuestros reyes conviene a nuestra majestad. Es válido que el reino de Justiniano tenga un lugar conspicuo en la historia y puede ocupar un lugar preparatorio para establecer nuestras leyes. Sin embargo, lejos

de menospreciar a aquel célebre maestro de leyes, dediquémonos con todo el aliento a aprender el derecho español y las leyes de la patria.

La única base de la instrucción ciudadana se fundamenta en las ciencias del aprendizaje. Cualquiera que desee adelantar en las buenas artes, ocúpese de hacer cuidadosamente un trabajo esforzado en las disciplinas matemáticas. Dijo y llevó enseguida a la obra las cosas que había concebido sabiamente.

En primer lugar para enseñar la teología moral introdujo las Instituciones Teológicas redactadas por el Obispo de Lyon, las que juzgó útiles no sólo para regenerar las costumbres y para la administración de los sacramentos, sino para sus usos académicos.

La cátedra que llevaba la antorcha de la Filosofía abrió las puertas a la Mecánica, la Hidrostática, la Hidráulica, la Neumática, la Óptica, la Electricidad, el Magnetismo, el Galvanismo y la propia Astronomía. En buenas relaciones con la estudiosa juventud de este Real Colegio reúne los más famosos instrumentos de cada género, los adquiere, los regala, y llama al gremio de este Seminario a aquella gran luz de la Filosofía, al Presbítero Félix Varela, cuyo nombre se venera con sumo recuerdo de agradecimiento y siempre se venerará por todos los eruditos; abre las más ubérrimas fuentes de la ciencia útil, excita e inflama el ardiente ánimo de tan gran profesor para que penetre los milagros de la naturaleza; y no se descubre ninguna operación química en lo adelante que no aparezca en el Real Colegio en el justo lugar de las ciencias naturales. Se destina para enseñar aquellas artes que antes se escondían bajo su cubierta con la envoltura de palabras sutiles, un hermosísimo laboratorio físico-químico, dotado de todos los tipos de instrumentos.

A vosotros apelo, respetables varones, que asistís a este lugar con tan gran honor, legítimos jueces de esta causa, Vosotros, os digo, veis claramente con luz meridiana cuánto conviene que distingáis la línea divisoria entre el viejo plan de enseñar las ciencias naturales y la reciente filosofía que se comprueba diariamente no con rodeos de palabras, sino con razones y experimentos.

Todos vosotros podéis pesar en la justa balanza de vuestro juicio cuán notable transformación en las ciencias naturales introdujo durante todo el tiempo de su episcopado el ilustrísimo y excelentísimo Don Juan Espada; cuánto la fuerza ígnea de aquella alma transpiró para enseñar la física a los sapientísimos varones que llamó a cada una de las cátedras de este Colegio, cuya memoria si quisiera yo celebrar para su gloria sería infinita. Basta advertir que de los ingenios de este Colegio nutricio salieron muchas luces que causaron admiración no sólo entre nosotros sino en pueblos de afuera. Aquel espíritu vívido permanece también derramado en las almas de todos, y allí permanecerá siempre mientras el ingénito amor de los cubanos a la Patria anime sus pechos a realizar acciones y actos preclaros.

Creció una vez más la cátedra de Derecho Patrio. Primero introdujo las obras de Heinecio, transmitió su notable método de enseñar que puede ser aprendido por los mejores profesores, puesto que contiene el análisis de las mejores cues-

ciones que conciernen a la ciencia del derecho. Aunque concede el debido honor a la jurisprudencia romana, logró que el Derecho Español se enseñara en las obras de los escritores patrios y que se tratara acerca del Derecho comercial, del criminal y el procesal, cuyo tema de discusión era considerado muy raro en las cátedras cubanas y españolas.

Después de establecida la cátedra de la disciplina matemática, la cual dio conveniente prestancia a las necesidades de la Isla, ¿a quién, pues, debe La Habana antes que a este insigne Patrono y al muy ilustre Don Alejandro Ramírez haber creado la cátedra de Economía Política que perduró algún tiempo y propagó por todas partes útiles principios?

¿Pero qué diré de su propio ardor en favorecer a los talentos? ¿Acaso todos no lo vimos cuando en aquella agradabilísima edad de la juventud a la medianía de edad, se dirigía a esta aula magna; cuando desde este lugar que ocupa con tanta dignidad Vuestra Excelencia no sólo presidía los actos públicos, sino lo que es más, él mismo preguntaba, observaba, moderaba y estimulaba con grandes premios a los preceptores y a sus discípulos, quienes se consideraban premiados con la corona inmarcesible cada vez que recibían la aprobación del sapientísimo Obispo? Exhortar al tímido adolescente, incitar al aventajado y a los demás, alabar al profesor elogiado, colmar de premios y honores al ciudadano benemérito de la Patria y la Religión, estas fueron cualidades innatas del Obispo Espada.

Me faltarían los días, honrosos varones, si quisiera reunir en esta humilde oración los innumerables merecimientos por los cuales resplandeció la vida del gran Pastor; sin embargo no puedo pasar por alto en silencio que no dejó de ser recorrido por el ilustrísimo Espada ningún palmo de suelo cubano que, fecundado por la mano de tan gran Pontífice, no prodigara flores y frutos.

Por eso, carísimos señores, aclamad con toda la elevación de las almas a vuestro generosísimo Patrono Espada; exaltad las virtudes de este héroe hasta los astros, aquel ardiente fuego que para vuestro provecho, salud y felicidad anhelaba; custodiadlo bien cubierto en vuestros corazones para que podáis decir finalmente alguna vez a vuestros sucesores que vosotros tuvisteis un amantísimo Padre que vive en nuestros estudios, que pensó en nuestra dicha y que al morir dejó a Cuba un gratísimo monumento de devota benevolencia.

LIBROS

Roa director de cultura: una política, una revista

Jesús Dueñas Becerra

Crítico y periodista

“Los grandes hombres [...] cultivan la grandeza que hallan en sí y la emplean en beneficio ajeno [...]”.

JOSÉ MARTÍ

La máster Danay Ramos Ruiz, profesora de Historia Universal de la Universidad de La Habana, es la autora y prologuista del libro *Roa director de cultura: una política, una revista*, publicado por el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello (La Habana, 2006), y laureado con el Premio Anual de Investigación Cultural 2002, que otorga esa emblemática institución, donde ciencia, arte e investigación cultural son expresión genuina de ética, humanismo y espiritualidad, fundidos en cálido abrazo.

En esa obra, escrita con amor y respeto ternísimos a la herencia intelectual y espiritual legada por el doctor Raúl Roa García (1907-1982) a la cultura cubana, la también ensayista e investigadora reseña la fecunda labor desarrollada por el eminente jurista, profesor y diplomático como director de Cultura del Ministerio de Educación (1949-1951).

La huella indeleble dejada por el doctor Roa al frente de dicha dependencia

confirma, en la praxis (criterio de la verdad), el aserto de que en la Cuba Republicana (1902-1958) “[...] hubo dependencia política, corrupción [administrativa] y rutinas fraudulentas”,¹ pero “[...] también movimientos culturales, tradiciones cívicas e instituciones públicas que [fomentaron] el desarrollo de una conciencia nacional y ciudadana”.²

Por otra parte, la valiosa gestión realizada por el doctor Roa en la Dirección de Cultura durante algo más de dos años constituye una prueba fehaciente de que, si bien los gobiernos prerrevolucionarios prestaban muy poca atención a la cultura percibida por el “dueño del lenguaje de la centella y el fuego graneado”³ –como “[...] hontanar nutricio de la libertad”⁴–, no es menos cierto que los funcionarios estatales, salvo honrosas excepciones, lo único que hacían era medrar a cuenta del cargo, lo que implicaba desatender o delegar en algún subordinado las responsabilidades inherentes al ejercicio de sus funciones.

La digna actitud adoptada por el doctor Roa como director de Cultura demostró, con creces, que desde una instancia gubernamental podía hacerse mucho por elevar el nivel cultural y educacional del país..., siempre y cuando hubiera voluntad política y compromiso ético-moral para emprender con éxito esa noble tarea.

Roa director de cultura... se estructura en tres grandes capítulos, íntima y estrechamente relacionados entre sí: 1) “Cultura y política en la Cuba de los años 40”, donde se hace un esbozo sociohistórico de la ínsula caribeña durante esa década del pasado siglo y se traza una breve pincelada biográfica del doctor Roa; 2) “Una historia por escribir: Dirección de Cultura (1934-1951)”, que recoge el indiscutido aporte del polémico escritor y periodista a los más disímiles campos de la ciencia, la cultura y la educación cubanas; y 3) “*Mensuario*: memoria de la política de Roa hacia la cultura”, en el cual se analiza *in extenso* el perfil y

el alcance de la publicación insignia de la Dirección de Cultura, en cuyas páginas el doctor Roa dejara “en blanco y negro” una buena parte de su pensamiento revolucionario en lo que al quehacer cultural se refiere.

El libro es una verdadera joya de la investigación periodístico-literaria, es la forma *sui generis* en que la profesora Danay Ramos Ruiz saluda el centenario del natalicio del doctor Raúl Roa García, quien después de la alborada revolucionaria se convirtió en “Canciller de la dignidad”.

Notas

¹ Guanche, Julio César. *La imaginación contra la norma*. La Habana: Ediciones La Memoria, 2004. p. 16.

² *Ibidem*.

³ García Marruz, Fina. “Raúl Roa, el delicado” www.cubaminrex.cu 2007/Enero/Aniv. Roa

⁴ Roa García, Raúl. “El estado y la cultura”. *Mensuario de arte, literatura, historia y crítica* (La Habana) 1(1):1; 1949.

... del patio ...



Domingo, 2001

Acrílico / tela, 90 x 70 cm

Alfredo Rosales Díaz (Ciudad de La Habana, 1967) Graduado de Arquitectura en el Instituto Superior Politécnico José Antonio Echevarría (1990) y en la especialidad de pintura de la Academia Nacional de Bellas Artes de San Alejandro (1995). Entre sus exposiciones personales se destacan: "Las Puertas" (Palacio de los Capitanes Generales, C. Habana, 1998); "Demiurgos" (Galería Centro Cultural Literario, C. Habana, 2002); "Retazos de fauna" (Galería de la Biblioteca Pública "Rubén Martínez Villena", 2002) y "Los Dobles de Silencio" (Museo Casa Guayasamín, 2004). Ha participado en numerosas exposiciones colectivas en Cuba, Puerto Rico y los Estados Unidos. Sus obras se exhiben hoy en las más prestigiosas instalaciones turísticas del país.